



DAVID PARDO

INFECTUM

MÁS ALLÁ DEL MIEDO

La nueva y salvaje
novela del autor de
DEGENERACIÓN.



EDICIÓN DIGITAL INDEPENDIENTE

COLECCIÓN TERROR

INFECTUM
(Novela) David Pardo

INFECTUM

David Pardo

2ª edición en español en ebook: julio 2015

© **David Pardo**

Producción

David Pardo

Portada

© **H.Kramer**

Queda hecho el depósito que marca la ley

ASIN:

De acuerdo con la legislación vigente en materia de propiedad intelectual, queda prohibida la

reproducción (total o parcial), la distribución, la comunicación pública, la puesta a disposición interactiva, la transformación, así como cualquier otra explotación, por cualquier medio, de los Contenidos de esta obra salvo autorización expresa, otorgada por escrito, del titulares de los derechos sobre la misma.

A mis niñas

David Pardo
INFECTUM
Más allá del miedo

PRÓLOGO

DAVID PARDO TE HA PREPARADO UNA PIZZA.

Si estuviéramos en el París de 1897 probablemente David Pardo hubiese sido un autor del Grand Guiñol. Pondría a sus actores a cercenarse las extremidades y a sacarse los ojos en los mejores teatros, y las damas se taparían los ojos y se revolverían incómodas en sus asientos mientras que los caballeros tendrían una sonrisa estúpida en la cara. ¿Pero por qué disfrutamos de este tipo de atrocidades? Quiero imaginar que en la vida real a nadie le gustaría encontrarse con una cabeza decapitada, o con un cuerpo desmembrado. ¿Entonces, por qué existe el gore, o por qué funcionó tan bien el Grand Guiñol? Mi teoría es que todos llevamos dentro una parte diabólica que nos cuidamos de esconder. No solo hay blancos y negros. Nadie es tan bueno, ni tan malo. El hombre es un lobo para el hombre. Así que disfrutamos de obras de terror o gore porque dejamos que ese mal que tenemos oculto salga. Los escritores de terror permitimos que nuestro diablo interior tome el control del teclado, y vosotros, los lectores, dejáis que se esconda detrás de vuestros ojos, permitís que agarren el libro y que de vez en cuando tiren de la comisura de vuestros labios para que sonriáis ante alguna atrocidad. Y oigan, que no es malo, mientras no dejemos que tome completa posesión de nosotros y salgamos a la calle a repartir machetazos.

En muchas ocasiones he dicho que existen dos tipos de literatura: la que busca entretener y la que busca trascender. Quien busca trascender lo pasa mal, quien busca entretener disfruta con lo que hace. David Pardo quiere entretenernos. Stephen King una vez definió su literatura de forma muy gastronómica. Dijo algo así como que si extrapolamos el mundo de la literatura al de la gastronomía sus novelas serían como una hamburguesa del McDonalds. Enseguida se arrepintió de haberlo dicho, pero tenía razón. Y no hay que sentirse mal por ello. Infectum es una pizza picante, aceitosa, con bacón, con cebolla,

inmensa, y para mí ha sido un placer devorarla y mancharme la boca, las manos y hasta la ropa. Así que si eres de los que solo comen en restaurantes con estrellas Michelin esta pizza no es para ti, amigo. Pero si por el contrario la estás mirando y te estás relamiendo y babeando cual perro de Pavlov, adelante, David Pardo ha añadido muy buenos ingredientes a esta masa.

Juan de Dios Garduño.

28 de febrero de 2015.

INTRODUCCIÓN

La última década supuso un cambio global en nuestro planeta. Durante la crisis económica del 2008, los gobiernos optaron por aplicar políticas militares agresivas y, mientras engañaban a los ciudadanos y les hacían creer que luchaban por recuperar el bienestar y reconducir la economía, recortaban derechos sociales e invertían cantidades infames de dinero en investigaciones secretas para mejorar sus ejércitos con armamento avanzado. Conscientes de los tiempos difíciles y en un horizonte de sucesos cercano donde la guerra y la destrucción se adueñarían del planeta, los principales líderes mundiales decidieron preparar sus ejércitos para la descomunal batalla que se avecinaba.

Diversos blogs y páginas web hablaron de teorías conspiratorias y filtraron las primeras informaciones sobre unos experimentos con humanos llevados a cabo por Capital Tech, una empresa farmacéutica especializada en biotecnología. En un principio, la información fue catalogada de rumor absurdo y desmentida por dicha compañía.

Según las teorías conspiratorias, y siempre operando desde el más absoluto secretismo, Capital Tech renegó contratos con diversos gobiernos a los que prestaba servicios básicos con los que adquirió más poder dentro de sus estructuras políticas hasta convertirse en una gran potencia mundial, poderosa, cuyos tentáculos alcanzaban a las principales cúpulas gubernamentales de los estados, poniendo así en grave peligro los intereses de todos los ciudadanos del planeta. Gobiernos de todo el mundo, dictadores, grupos paramilitares, guerrillas, terroristas... Capital Tech financiaba sus investigaciones vendiendo sus productos a cualquier postor, sin preocuparse para qué uso serían destinados mientras su flujo de caja siguiera creciendo.

Desatendiendo la prohibición y las presiones de la ONU y la OTAN para el cese de las investigaciones destinadas a la obtención de armas biológicas, el

gobierno de los Estados Unidos decidió contratar los servicios de Capital Tech con el objetivo de desarrollar y crear el arma definitiva: un ejército de soldados biogenéticos capaz de vencer en cualquier situación de combate. Un ejército sin miedo y capacitado para derrotar a cualquier enemigo, formado por soldados invencibles y carentes de sentimientos preparados para combatir en los lugares más cruentos del planeta, sin temor a nada. Un ejército para dominar el mundo y sembrar el horror, portador del estandarte de la devastación y dispuesto a arrasar en cualquier territorio que se resista a someterse al yugo de una nación fraudulenta que se hace llamar «la tierra de la libertad».

En el año 2010, el temor hacia países como Irán, con importantes programas de desarrollo nuclear, fue en aumento. El apoyo que recibía Irán por parte de grandes potencias como China, Rusia y Corea del Norte obligó al presidente Obama a ampliar el Programa de Defensa, lo que aumentó los márgenes de poder otorgados a la empresa farmacéutica y armamentística Capital Tech, pioneros a nivel mundial en AMBAR -Armamento bioquímico para la mejora del rendimiento-, y le otorgó libertad absoluta para desarrollar sus investigaciones con el objetivo de crear el ejército definitivo.

En el año 2012, Barack Obama fue reelegido presidente de los Estados Unidos de América, pero las presiones recibidas por parte de influyentes senadores republicanos le obligaron a firmar un contrato exclusivo con Capital Tech y a sustituir a su secretario de Defensa por un directivo de la empresa armamentística, que pasó a formar parte del gabinete presidencial como Director del Pentágono y Jefe de Seguridad Nacional. Gracias a este acuerdo exclusivo, y con el apoyo de Capital Tech, el gobierno de los Estados Unidos se aseguró su hegemonía sobre el resto del mundo y, a cambio, cedió una parte considerable de su poder ejecutivo a Capital Tech. La empresa armamentística lo utilizó para favorecer sus propios intereses económicos y comerciales.

De nuevo, filtraciones que acusaban directamente al gabinete presidencial

fueron negadas por el gobierno de los Estados Unidos. El presidente Obama se vio obligado a comparecer en rueda de prensa para desmentir que hubiera entregado parte del poder ejecutivo a una empresa privada, y rechazó las acusaciones que señalaban a Capital Tech como receptora de grandes beneficios provenientes de la fabricación de armamento.

«Vivimos una época convulsa y de incertidumbre, pero Capital Tech nos está ayudando a mejorar la salud y la calidad de vida de los ciudadanos de los Estados Unidos de América, y juntos trabajamos por un futuro mejor para nuestros hijos», dijo el presidente.

Capital Tech se apresuró a limpiar su imagen donando millones de vacunas que fueron repartidas por todo el planeta. Este gesto fue elogiado por la OMS y es considerado como uno de los gestos altruistas y humanitarios más importantes del siglo XXI y de toda la historia de la Humanidad.

En el año 2013, un ataque químico durante el conflicto civil en Siria provocó la muerte de más de mil cuatrocientas personas en Ghouta, un suburbio de Damasco controlado por el Ejército Libre de Siria y enfrentado al gobierno de Bashar al-Asad. Diez días después del ataque, Barack Obama anunció la intención de intervenir en Siria con un ataque de larga distancia y sin tropas, con la intención de derrocar al gobierno de Bashar al-Asad, al que responsabilizaban del ataque al barrio rebelde. Ante el temor de que estas hostilidades pudieran desencadenar un conflicto a escala mayor para el que todavía no estaban preparados, Rusia decide intervenir y evitar el ataque. El presidente ruso, Vladimir Putin, ordena crear un plan para el control de las armas químicas del gobierno sirio. El plan es aceptado por el gobierno de los Estados Unidos y este cede en la intención de iniciar un ataque para defender los derechos humanos de los ciudadanos de Siria. Rusia evita el ataque que pudo provocar la III Guerra Mundial.

En el año 2014, Rusia recupera Crimea y la República de Ucrania, e inicia

ofensivas militares controladas contra ubicaciones estratégicas en Bielorrusia, Kazajistán, Uzbekistán y Turkmenistán. En mayo del 2015, Rusia se hace con el control de los cinco países tras vencer en los referéndums democráticos celebrados y al derrotar con contundencia a los ciudadanos proeuropeos. Rusia recupera el control de las fronteras con Irán y Afganistán, y abre de nuevo un camino estratégico hacia el Medio Oriente y los países islámicos.

Tras el genocidio de Gaza por parte del ejército israelí, las tensiones entre las grandes potencias comunistas y las capitalistas crecen de manera exponencial. Es el comienzo de la nueva Guerra Fría y se levanta el Telón de Acero por segunda vez en la historia.

En el año 2016, Hilary Clinton, candidata demócrata a la presidencia de los Estados Unidos, pierde las elecciones con el resultado más negativo de la historia para los demócratas. Reince Priebus es elegido presidente de la nación y los republicanos gobiernan con mayoría aplastante en las Cámaras de Representantes. Priebus dirige el grupo de inversores que controla más del ochenta por ciento de las acciones de Capital Tech.

Ese mismo año, la OTAN se disuelve y se forjan nuevas alianzas militares y estratégicas sin ánimo de mantener la paz.

La ONU, quizá la organización más hipócrita y cínica de la historia de nuestra civilización, se resquebraja tras el abandono de Rusia, China, y los países europeos.

En el año 2019, el mundo se consume por el hambre, la miseria y la drogadicción. No hay esperanza para la mayor parte de la población y los niveles de pobreza aumentan cada año.

En Siria, más de un millón de jóvenes musulmanes se entrenan como *muyahidines* y se preparan para combatir en la Yihad. Estado Islámico (IS) ejecuta al menos dos atentados terroristas al día en Occidente.

Europa ha levantado un muro desde Portugal hasta Turquía, con torretas

automatizadas que abren fuego a cualquier embarcación no identificada. Las bases militares estadounidenses ubicadas en el viejo continente han sido cerradas en un proceso controlado y sin incidentes.

Países enteros en el continente de África son arrasados por la hambruna, las sequías y enfermedades controladas o desaparecidas en el primer mundo. El ébola ha matado a más del veinticinco por ciento de la población africana en apenas unos años: trescientos millones de personas. Ciudades enteras han sido aisladas y convertidas en cementerios; otras han sido incineradas y reducidas a cenizas. África es un continente abandonado, incomunicado con el resto del mundo, un osario de proporciones colosales donde el aire que se respira apesta a enfermedad, muerte y descomposición.

Rusia se consume. El Kremlin se muestra impotente ante los millones de jóvenes que mueren por sobredosis en las ciudades abandonadas y lúgubres de la madre patria. La desesperación y la escasez de ayudas sociales empujan a los jóvenes a consumir *Krokodil* desde edades tempranas. Esta droga sintética ha desbancado en popularidad a la heroína: es más barata y sencilla de conseguir. Se trata de *desomorfina* sintetizada con un alto nivel de impureza y componentes tóxicos y corrosivos para el organismo. El *Krokodil* destroza a los jóvenes, y sus cuerpos presentan un aspecto enfermizo, escamado y repleto de pústulas, gangrenas, necrosis, e incluso sus extremidades llegan a requerir de amputaciones. El pueblo que se alzó contra la tiranía del zarismo y que puso en jaque al capitalismo, hoy se muestra débil e incapaz de combatir contra una droga que asola el país con la violencia de un huracán hambriento surgido de las entrañas del Infierno. Con todos los recursos destinados a los departamentos militares y sin medios económicos suficientes para contrarrestar los efectos de la droga, Rusia se muere con la parsimonia de un gigante derrotado que ha olvidado el esplendor que lució en el pasado.

En Estados Unidos, los consumidores de metanfetamina y heroína se

multiplican por diez cada año. El gobierno lo considera un ataque dirigido por los países islámicos contra sus ciudadanos, y se prepara para la III Guerra Mundial bajo las directrices de Capital Tech. La guerra no ha llegado, todavía, pero los cadáveres se acumulan en las calles de los suburbios marginales de las principales ciudades víctimas de la drogadicción y la pobreza. El pueblo permanece ajeno a los movimientos del gobierno para mejorar a su ejército, y es manipulado, engañado y utilizado como cobayas humanas en una sociedad decadente y sin futuro.

PARTE I: DOLOR

1

Año 2020. La guerra está más cerca.

Asqueado y con la garganta seca, Roger se levantó del colchón sucio que olía a vómitos. La luz de las farolas penetraba en la habitación acompañada por los destellos intermitentes de un neón publicitario que, anclado en la fachada del edificio, otorgaba un colorido mísero al apartamento.

Hubo un tiempo en el que soñó con una vida llena de éxitos, lujos, chicas guapas y mucho dinero, pero jamás pensó que su sueño terminaría por truncarse para convertirse en la pesadilla que le había tocado vivir.

Roger tomó asiento en una silla y apoyó los brazos en la destartalada mesa de la cocina. Habían transcurrido cinco años desde la trágica noche que cambió su vida, y desde entonces trataba de olvidar lo sucedido. No era capaz, y le resultaba imposible desprenderse de aquel viejo periódico. Las fotos de todas sus víctimas copaban la portada del *Capital Post*; en las páginas centrales, un artículo a doble página que cuestionaba el resultado del juicio y clamaba contra el fiscal que llevó el caso.

Echó un vistazo al reloj de pared: faltaban unos minutos para las dos de la madrugada. Tal vez no era la hora más indicada para echarse un trago; sin embargo, se levantó para prepararse un whisky solo, sin hielo. De reojo buscó con la mirada en la mesita de noche: la última papelina todavía contenía unas micras de heroína.

Quizá os preguntéis qué puede llevar a un joven aburguesado de la alta sociedad a torturarse y autodestruirse de esa forma; él se formulaba la misma pregunta todos los días. El inicio de su caída a los infiernos se remonta a una cálida noche de verano en la que acabó sedado en una cama de hospital: nunca

más pudo jugar al baloncesto. «Triste final para una estrella que empezaba a brillar», titularon los periódicos. El castigo que recibió no tuvo comparación al sufrido por sus acompañantes en aquella siniestra danza de carrocería destrozada, cercenamientos y muerte. Ellos lo visitaban todas las noches en forma de pesadilla, una pesadilla tan real como sus propios recuerdos. El viejo periódico se encargaba de recordarle lo ocurrido aquella fatídica noche, y los protagonistas de la noticia de portada visitaban sus sueños noche tras noche, puntuales como un reloj para no ser olvidados.

A su subconsciente le gustaba castigar a su mente, retorcerla y estrujarla, jugar con ella como si fuera un vaso de plástico tras una noche de borrachera, y hacerle sufrir. Por ello, incluyó en el repertorio de sus pesadillas los cuerpos calcinados de unos niños que se consumían en el fuego, con lentitud, entre gritos agónicos de dolor.

Siete vidas sesgadas. Siete ilusiones quebradas de cuajo y varias familias rotas, destrozadas por un ególatra que decidió celebrar su éxito emborrachándose y convirtiendo una peligrosa carretera en su pista de carreras particular. Siete muertos y un único superviviente: un culpable.

Roger Mears campaba a sus anchas por el mundo, libre, absuelto de toda culpa y responsabilidad por una justicia corrupta al servicio de los poderes económicos. ¿Poco castigo para él? Yo también lo creo. Debió acabar con sus huesos en la oscura celda de un correccional, de por vida, sin volver a ver la luz del sol. Pero ser el hijo de un poderoso abogado ofrece ciertas ventajas. No encontraron huellas de frenada en la calzada, y en parte era lógico: Roger conducía tan borracho y colocado que ni tan siquiera pisó el freno y, cuando quiso reaccionar, ya era demasiado tarde. La policía y el servicio de emergencias llegaron al lugar del accidente y se llevaron las manos a la cabeza. Con rostros estupefactos contemplaron la matanza, y centraron todos sus esfuerzos en salvar la vida del único superviviente.

Negligencia u olvido. Tal vez una fuerte suma de dinero, ese detalle nunca saldrá a la luz pública y será enterrado entre la miseria que corrompe la justicia. A Roger no le fueron practicadas las pertinentes pruebas de alcohol y estupefacientes en sangre, o quizá desaparecieron en una cadena de custodia más preocupada por asegurarse un buen soborno que de guardar las pruebas a buen recaudo. No encontraron testigos en el lugar del accidente.

Para el prestigioso abogado, socio principal de Mears & Asociados, vencer aquel litigio fue una tarea sencilla. RG Mears terminó absuelto por falta de pruebas y con una paga de dos mil dólares mensuales, cortesía del Estado. Qué ironía.

No hubo justicia, era cierto, todos los involucrados en el accidente estaban muertos mientras Roger seguía libre; aunque creedme cuando os digo que sus demonios lo atormentaban de tal forma que su vida se había convertido en la peor de las pesadillas.

Desde la fatídica noche del accidente, el mundo se desmoronó sobre su espalda y la presionó hasta partir en dos la columna vertebral de su existencia.

Las secuelas se transformaron en lesiones crónicas, invisibles para el ojo humano pero que le incapacitaban para jugar al baloncesto profesional. Roger sufrió durante seis duros meses en un centro de rehabilitación de alto rendimiento. Los días se hacían eternos encerrado en el gimnasio. Luchó hasta la extenuación con el objetivo de recuperar sus piernas, pero sólo obtuvo como recompensa el rechazo amable y los buenos deseos de los mismos equipos que, apenas un año antes, habían suplicado y puesto cheques de siete cifras sobre la mesa para que se incorporara a sus plantillas. Durante ese periodo de tiempo, Roger desarrolló una ligera adicción por la Vicodina, un potente calmante para el dolor.

Su padre quiso tenerlo cerca, o al menos esa fue su intención, y Roger se trasladó a la casa familiar ubicada en un barrio residencial de Capital City. Pero

allí nunca terminó de acomodarse. Su vida se había desmoronado y las imágenes del accidente se sucedían, una y otra vez, en su atormentada y castigada cabeza. Roger necesitaba de una ayuda externa para intentar calmar a sus demonios, y decidió ahogar sus penas en alcohol. Poco tiempo después de concluir la rehabilitación con un rotundo fracaso, su mejor amigo ya era un líquido oscuro resguardado en una botella de cristal, con etiqueta negra y de nombre Jack, que le ayudaba a mitigar el dolor, y que aderezaba con Vicodina para apaciguar a sus demonios.

El señor Mears, siempre de viaje por temas de negocios, no disponía de tiempo para preocuparse por la salud de su hijo. A Eveline, su madrastra, apenas unos años mayor que Roger y acomodada en la lujosa vida de la alta sociedad de Capital City, le repugnaba tener a un alcohólico depresivo dando tumbos por la casa. Roger no era una presencia agradable para sus amistades, que acostumbraban a poner muecas de repulsa y desprecio cuando iban a tomar el té de media tarde y se topaban con él.

—No quiero ver más a ese drogadicto en casa —escuchó a la esposa de su padre conversar por teléfono.

Roger no pretendía ocasionar problemas en el matrimonio de su padre, a fin de cuentas el gran abogado nunca estaba en casa y la relación con su madrastra empeoraba cada día. Por el bien de todos, decidió mudarse a otro lugar: un sitio más tranquilo donde poder desarrollar sus adicciones sin perjudicar a terceras personas.

La indemnización que cobraba del Estado le permitía vivir con cierta comodidad, así que buscó un apartamento decente próximo al Distrito Financiero, y allí trató de llevar una vida tranquila y sin causar problemas a sus allegados. Pero a medida que las hojas del calendario se desprendían, sus demonios le atormentaban con más asiduidad: no era extraño ver a Roger entre lágrimas empapadas en un 40% de alcohol, pedir disculpas a Louis, a las chicas, al

matrimonio pero, sobre todo, a los niños cuyas vidas sesgo tan temprano. La culpa era una losa pesada de la que no lograba desprenderse. Deseaba olvidar y se odiaba a sí mismo, mientras su angustia mental crecía a un ritmo feroz y amenazaba con destruir en pedazos su cordura.

La Vicodina y el consuelo de Jack pronto fueron insuficientes para domar a la bestia. Roger introdujo el Xanax en su dieta química. El Xanax es un potente relajante administrado en pastillas, que machacaba y esnifaba y que empezó a combinar con la Oxycodona. Xanax y Oxy, el elixir del siglo XXI. Si Calígula hubiera vivido en la época actual, habría sido un gran consumidor de estos fármacos.

El mundo ha cambiado y los camellos ahora visten con bata blanca y corbata. El Dr. Schürre le administraba las recetas, que después Roger canjeaba en la farmacia de turno. Transacción directa y sin preguntas innecesarias. Pero los medicamentos prescritos son caros y el bolsillo se queja, y el mono es un puto cabrón que no entiende de economías.

Me pica. Ráscame.

Pronto se vio obligado a buscar alivio en drogas más duras, pero baratas. Decidió que nunca se inyectaría, la misma decisión que toma cualquier yonqui que empieza a consumir. Su intención se centraba en subsistir, y no le atraía morir en el lavabo de algún garito de mala muerte rodeado de vómitos, meados, y con una jeringuilla colgada del brazo. Desde entonces, un trozo de papel de aluminio y un canutillo de plástico se habían convertido en sus nuevos acompañantes. Sin olvidar a Jack, él siempre estaba ahí cuando necesitaba aclarar su garganta.

Durante un largo periodo de tiempo, experimentó con diferentes drogas: cocaína, *crack* y metanfetamina. Pero le resultaban dañinas y ninguna de ellas le aportaba la relajación y la tranquilidad que tanto anhelaba. Roger buscaba una sustancia que le hiciera olvidar su desdicha. El subidón de la coca le hacía

sentirse bien, poderoso, pero le alteraba demasiado y nunca encontró el efecto deseado. El *crack*, al ser un derivado sin adulterar de la cocaína, le mantenía demasiado tiempo despierto: muchas horas muertas en las que pensar y en las que era incapaz de mantener alejados a sus demonios.

Con la *meta* la experiencia fue distinta. Ese polvo cristalino de apariencia inofensivo sacudía su cerebro de tal forma que le hacía perder los sentidos: con un par de gramos llegaba a pasar varios días despierto. Subía, viajaba, volaba, olvidaba, reía, follaba... Sin embargo, las paranoias que sufría con la bajada le aproximaban al borde de la locura. Con el bajón de la metanfetamina, sus pesadillas tornaban disfrazadas de criaturas de ultratumba dispuestas a mostrarle y conducirlo por un camino oscuro y aterrador hacia la esquizofrenia.

En los brazos de la heroína fue donde Roger logró calmar su dolor. Con el opio y junto a la calidez de la adormidera, logró apaciguar a la bestia que ansiaba por salir de su interior y que lo empujaba a terminar con su vida. En ese polvo marrón pudo ahogar su penoso llanto y olvidar así las vidas que había sesgado. El hombre que pudo ser y no fue. En el momento que perseguía la gota sobre el papel de aluminio e inhalaba el humo cautivador, su mente quedaba liberada por completo y hallaba la paz interior que buscaba con desesperación. Sin tiempo para percatarse de su poder de adicción, se convirtió en un esclavo más de la heroína. Y esa misma adicción le impidió pagar el apartamento. Roger tuvo que abandonar el Distrito Financiero en busca de un lugar más económico donde vivir y así poder costearse las papelinas.

Poco quedaba de aquel deportista que encandilaba a las universitarias. Roger se había convertido en una sombra de sí mismo, en un tipo consumido por las drogas, huesudo y de aspecto enfermizo. Sus ojos habían perdido el brillo de antaño para hundirse en unas cuencas casi vacías cubiertas por unas lívidas ojeras que resaltaban en un rostro blanquecino.

Una nueva mudanza lo llevó hasta uno de los barrios más conflictivos y

peligrosos de Capital City. Sin apenas darse cuenta, pasó a ser uno más entre las almas en pena que arrastraban sus molidos y taladrados cuerpos por las calles del Distrito Suburbano.

Allí encontró un nuevo lugar para vivir: un pequeño estudio situado en la quinta planta de un edificio semiderruido, alejado de los lujos a los que estaba acostumbrado desde la cuna, y con unas cucarachas que desafiaban como huéspedes. Un apartamento económico y acorde con el rumbo autodestructivo que había tomado su vida. En aquel cochambroso estudio no llamaría la atención de sus vecinos. Allí, el hijo del poderoso abogado sólo era un drogadicto más.

Dio un último trago a la botella de whisky y se levantó en busca de un mechero. Lo encontró en la cocina, sobre la encimera repleta de restos de comida en descomposición que servía de alimento para los gusanos. El contenido de la última papelina y un par de comprimidos de Trankimazin le ayudarían a conciliar el sueño. La dosis que iba a combinar con el whisky sería suficiente para descansar durante unas horas.

Roger no se consideraba un yonqui, aunque necesitaba consumir heroína para vivir y soportar su existencia. La droga no era más que una vía de escape para huir de la realidad, una amiga fiel con la que encerrarse en una burbuja hedionda para evitar enfrentarse cada mañana al pasado. La heroína se había convertido en un calmante que aliviaba su dolor y, a su vez, en la única medicina capaz de mantener a flote su cordura. Mientras ese jodido polvo marrón adormecía su sistema nervioso y elevaba su cuerpo a medio metro sobre el suelo, Roger le alzaba el dedo corazón al sufrimiento y lo enviaba a tomar por culo. A lomos de aquella infernal montura, hallaba la paz necesaria para vivir con dignidad en un mundo cargado de hostilidad. Un mundo cebado de mierda y desesperación, podrido y herrumbroso.

Sí. Por más que se empeñara en negarlo, se había convertido en un yonqui. Sin embargo, no le gustaba la connotación negativa de la palabra. En el fondo,

todavía pertenecía a la alta sociedad de Capital City, y pensaba como ellos. Ser un yonqui significaba que había fracasado. No se sentía bien hundido en la miseria, odiaba su modo de vida, pero en el fango había encontrado la única forma de mantener a su corazón palpitando.

«Despiértate tembloroso cada día, junto a un charco de vómito, con los músculos agitados y los huesos amenazando con quebrarse. Busca entre los restos de papel de aluminio una mota marrón que te permita afrontar un nuevo amanecer en el infierno. Sal a la calle, sobrevive a la inmundicia y encuentra los gramos de caballo que necesitas para demorar el apagón y posponer que esa oscuridad que tanto temes te envuelva de nuevo. Es una mala salida. Una pesadilla sucia y sangrienta, vomitiva, pero una salida a fin de cuentas».

Roger era consciente de que había tocado fondo, pero se sentía cómodo en el fango. Se ocultaba entre personas que sufrían el mismo dolor que él, invisible y silenciado entre almas destrozadas que lo habían perdido todo. El funambulismo no sirve de nada cuando has caído tan bajo que ya no tiene sentido aparentar normalidad, tampoco sonreír de manera forzada ni simular ser la persona que no eres. Allí donde la luz del sol pierde todo el brillo y las paredes son opacas, tu alma se hace añicos y es despedazada con tanta violencia que jamás se podrá recomponer; entonces lloras y sufres, pero nadie seca tus lágrimas.

En la miseria, Roger era un yonqui más. En la miseria, Roger sobrevivía.

Se tumbó en la cama e inició una nueva carrera, en la que los aplausos efervescentes del público eran sustituidos por el crepitar del polvo marrón al entrar en ebullición sobre el papel de aluminio. Inhalaba el humo que desprendía el surco y, mientras los párpados empezaban a pesar, su vista se nublaba y sus ojos iniciaban un confortable viaje hacia el único lugar donde todavía era feliz: su nirvana artificial. En ese momento, su mente castigada se relajaba hasta rebotar de placer, y su cuerpo flotaba en aquella lúgubre habitación con aspecto de vertedero. Las luces de neón, compañeras en sueños oscuros, se habían

convertido en destellos psicotrópicos que lo absorbían y transportaban a un mundo mejor, almidonado, un mundo rebosante de paz y tranquilidad, donde no existía el pasado, donde no importaba el presente.

Y así, día tras día, noche tras noche. Luz y oscuridad. Oscuridad y luz. Y tu mundo se apaga. Ya no encuentras la luz.

2

Al día siguiente, Roger se levantó de la cama y sus pies descalzos se bañaron por accidente en el vómito de la noche anterior. «Joder, qué asco», pensó. Ni siquiera recordaba haber vomitado.

No se preocupó por mirar el reloj. Sin horarios que cumplir, el ser humano deja de necesitar que un mecanismo le indique el paso del tiempo. Entró en el baño y se dio una ducha caliente. El agua caliente era un lujo que pocos de sus vecinos podían permitirse, pero incluso en el barro, Roger era un afortunado.

Bajó a la calle vestido con ropa vieja de abrigo, hacía frío. Tenía hambre y decidió comprar algo para comer. El Distrito Suburbano, también conocido como “El agujero”, era un auténtico vertedero: los servicios de limpieza apenas se dejaban ver por allí y la basura se acumulaba en las aceras. Vagabundos, delincuentes y toxicómanos habían convertido el asfalto humeante y quebrado en su hábitat natural, algunos incluso en el colchón donde descansar. La policía no patrullaba las calles del distrito, allí no había leyes ni ciudadanos a los que proteger. Sin embargo, Roger había logrado integrarse, a fin de cuentas lo consideraban uno de los suyos: un yonqui más que trataba de sobrevivir en una sociedad devastada y abandonada a la suerte, a su muerte. Pero los que frecuentaban o residían en el Distrito Suburbano se respetaban entre ellos, pese a sus problemas. En aquel barrio marginal, hogar para los proscritos de Capital City y basurero de la escoria para la gran ciudad, Roger sólo era un drogadicto que pasaba desapercibido entre la inmundicia en busca de una dosis de caballo para fumar.

Se aproximó a un pequeño establecimiento de comida rápida a pie de calle donde servían unos sabrosos perritos calientes. Un ventanal, presidido por el propietario del negocio, y por el que emanaba un humo con aroma a refrito que cubría las paredes y que le otorgaba un aspecto desagradable y carente de higiene

al local, servía como punto de interacción entre Malkhas y los clientes. Roger se situó al final de la cola y aguardó su turno.

—¿Qué tal el día, amigo? —preguntó Malkhas con amabilidad. Malk, como se le conocía en el Distrito Suburbano, llegó de Armenia en los ochenta con una ilusión desbordante por probar fortuna; casi cuarenta años después, se había convertido en un sesentón de piel arrugada y cortada por el frío que vendía perritos calientes en un barrio marginal. Estuvo casado y llegó a tener tres locales de comida rápida en el Distrito Financiero, pero se arruinó por culpa de su mala administración, la adicción al juego y la nefasta gestión de un bróker durante la crisis del 2008. Malkhas pasó una larga temporada malviviendo en la calle, durmiendo en pequeños adosados de cartón y alimentándose de pan y vino, como tantos ciudadanos a los que la nación dio de lado.

—Como siempre, Malk. ¿Me pones un perrito y un café bien caliente? —dijo Roger, esforzándose por sonreír.

—Claro, amigo. Aquí tienes, con poco ketchup y sin mostaza. El café solo, sin azúcar. Serán tres dólares.

—Gracias, Malk —dijo mientras le entregaba el importe—. Nos vemos.

El vapor emanaba por los aliviaderos de la calzada y formaba la típica estampa de invierno en la ciudad. Roger mordisqueaba la salchicha tratando de no ensuciarse con la salsa, mientras caminaba sin prestar demasiada atención al tráfico y con la intención de tomar asiento en un banco de madera.

Dejó el bocadillo sobre el banco y acarició el vaso de café con sus manos, tratando de que estas entrasen en calor. El sol apenas calentaba esa mañana, y la humedad de las calles se colaba por las suelas de sus zapatillas hasta que calaba en sus huesos. «Qué vida más perra», se dijo. Terminó de comer y bebió un sorbo de café. Por fin su cuerpo había entrado en calor. Luego apoyó la espalda en la madera y alzó la vista: desde allí sólo veía edificios lúgubres con fachadas de ladrillo de arcilla color ocre, ennegrecidos por el humo y la suciedad de la gran

ciudad.

—Chaval. Eh, chaval —le dijo un anciano mientras le propinaba pequeños golpes en el hombro. Roger abrió los ojos y se levantó de un respingo.

Anocheecía sobre Capital City.

Confuso, Roger observó al anciano. Un vagabundo que, situado frente a él, se rascaba su barba amarillenta y rancia.

—¿No tendrás unas moneditas para este pobre viejo?

—Claro —respondió con voz carrasposa, y encontró entre sus bolsillos varias monedas que entregó al anciano; este se lo agradeció y se marchó sonriente: aquella noche el viejo tendría su trago de vino.

Roger se llevó la mano a la nuca: quedarse dormido en un banco con ese frío no le hizo ningún bien a los músculos de su cuello. En otro tiempo hubiera calmado ese dolor con un visita a la clínica de su fisioterapeuta, pero esa noche buscaría los cuidados necesarios en una papelina de heroína.

El sol había desaparecido, ocultándose en el horizonte tras los altos rascacielos del Distrito Financiero, para dar paso a la noche. Roger, con las manos resguardadas en los bolsillos de su anorak, se adentró en un callejón oscuro donde un grupo de vagabundos calentaban sus entumecidos cuerpos junto a una hoguera prendida en un cubo metálico oxidado. Sentado en la portería de un edificio casi en ruinas, un chaval de raza negra, de no más de quince años de edad, hacía guardia con la mano derecha metida en el bolsillo de la sudadera ancha que vestía. Roger se acercó, se detuvo frente al chico y pudo ver cómo un bulto sobresalió entre la tela y apuntaba en su dirección. Aunque no podía ver la mano del negro, estaba seguro de que le apuntaba con un arma.

Roger no se sintió intimidado en ningún momento.

—Vengo a ver a Leroy —dijo.

El chaval le observó de arriba abajo con mirada inquisidora, y dudó si debía dejarle acceder al edificio.

—No me gustan tus pintas, blanquito. ¿Eres poli? —preguntó el chico con tono serio, pero que a Roger le sonó a imitación cómica de un gánster aficionado.

—¿Eres nuevo? Soy amigo de Leroy. Vengo por aquí a menudo y, si tienes dudas, sólo tienes que llamarle.

—Hablas como uno de esos pijos trajeados del Distrito Financiero. ¿Eres un puto poli? —dijo de nuevo el chico, con el nivel de nerviosismo en aumento.

Roger empezó a preocuparse. No sería la primera vez que un novato, víctima del miedo por cagarla ante su banda, fulminaba a un cliente al confundirle con un policía. Entonces, la puerta del edificio se abrió: un hombre corpulento y de raza negra apareció y propinó una patada al chico.

—Apártate, puto imbécil. Jodido negrata... este blanquito es amigo —dijo el vigilante que solía custodiar la entrada del edificio mientras estrechaba la mano de Roger—. Pasa, blanquito. Leroy te espera.

Roger entró en un rellano donde se acumulaba la suciedad y la basura que los vecinos lanzaban por el hueco de la escalera. Las paredes estaban repletas de grafitis, humedad, agujeros de bala, e incluso manchas de sangre seca que recordaban algún tiroteo. Roger empezó a subir hacia al ático. Mientras ascendía por la escalera, escuchaba gritos, insultos y golpes que provenían de los apartamentos. Por el camino se cruzó con varios chavales colocados que, tirados en el suelo, movían sus cabezas al ritmo de la música hip hop que emitía un viejo estéreo; fumaban *crack* y Roger tuvo que dar un salto para esquivarlos y continuar. Cuando llegó al apartamento de Leroy, un negro de aspecto intimidante le cacheó y golpeó cinco veces consecutivas la puerta, después hizo una pequeña pausa, y dio tres golpes más.

Una pequeña placa metálica se abrió y Roger pudo ver unos ojos oscuros, profundos, y de pupilas tan dilatadas que se perdían entremezcladas con el iris. La placa metálica se cerró. Después escuchó el sonido de varios cerrojos deslizarse por la ranuras. La puerta se abrió.

—Pasa, tronco. Leroy está dentro.

Roger era un tipo inteligente y capaz de adaptarse al entorno como si fuera un camaleón en plena sabana africana. Sus años dorados como base de un equipo ganador le habían enseñado a desenvolverse con soltura ante cualquier situación adversa; su mente era privilegiada en ese sentido: visualizaba y analizaba cualquier solución posible para sobreponerse ante cualquier fatalidad. Pero ya no era un jugador de baloncesto, ahora era un marginado y en su nuevo estatus social, Roger halló en la banda de Leroy un buen refugio para mantenerse a salvo en aquella jungla de asfalto.

El apartamento de Leroy olía bien, como a una mezcla dulzona de producto químico y perfume que se asentaba en las fosas nasales. Reformado y decorado con dudoso gusto pero sin escatimar en recursos económicos, cuando cruzabas el umbral de la puerta, accedías a un mundo contrapuesto a la suciedad y el abandono del resto del edificio. Una pantalla de televisión de grandes dimensiones estaba instalada en el centro de un salón, y emitía los videos musicales que de forma ininterrumpida hacían sonar unos bafles enormes instalados en las esquinas y que provocaban vibraciones en los cristales de los ventanales, con vistas al Distrito Financiero. El suelo era de madera oscura y elegante, impoluto. En un sofá de piel con capacidad suficiente para que un equipo de fútbol sentara allí sus culos, tres negros de la banda de Leroy fumaban *crack* mientras dos chicas blancas medio desnudas les practicaban una mamada. En la cocina, uno de los cocineros de Leroy, con el rostro protegido por una máscara antigás, trasteaba con utensilios de laboratorio mientras cocinaba algún tipo de droga; saludó a Roger con la cabeza y cerró la puerta para seguir trabajando en el producto.

—¡Blanquito! —exclamó Leroy, a la vez que estrechaba la mano de uno de sus camellos y se despedían con un abrazo—. Ven conmigo, tengo algo para ti.

Leroy era un tipo temido y respetado en la comunidad, un tipo de los que

acojonan de verdad, el cabecilla de los Oruche en Capital City. Los Oruche, un peligroso clan nigeriano que controlaba gran parte de la heroína que cruzaba el Atlántico hasta llegar a los Estados Unidos, estaban declarados en busca y captura por pertenencia a banda armada y acusados de crimen organizado. Pero a esos negros se la sudaba la policía, y la justicia. Y en un mundo sin justicia, los Oruche aplicaban sus propias leyes.

El negocio principal de Leroy no era el menudeo, pero le gustaba cuidar de sus chicos y les proporcionaba buena mierda sin apenas adulterar. La banda de Leroy también tenía trato directo con narcos colombianos que le hacían entregas regulares de coca de gran pureza y que sus cocineros convertían en piedras de *crack* en varios apartamentos repartidos por todo el edificio.

Leroy intimidaba, y no sólo por sus ojos profundos y negros y su aspecto de bestia africana capaz de destrozar a un hombre con sus propias manos, sino porque carecía de escrúpulos. Pese a todo, era culto y educado, lo suficiente como para tener acuerdos con la élite de la sociedad de Capital City y compartir mesa con ellos en los restaurantes más lujosos de la ciudad.

Roger saludó al traficante y entró en su oficina privada, tomó asiento en un sofá mientras el anfitrión preparaba unas copas. Roger contemplaba la ostentosa de aquel despacho, repleto de abalorios dorados, extrañas piezas de taxidermia, máscaras y objetos decorativos de origen africano. Leroy entregó una copa a Roger y se acomodó a su lado.

—Me alegra tenerte por aquí, chaval. Disfruta de la copa, porque luego tengo un regalito para ti —dijo Leroy con esa voz ronca y grave tan particular, que en ocasiones incluso sonaba perturbadora.

—No estoy de humor, Leroy. He tenido una noche dura. Vengo a por una papalina de caballo y me largo a tumbarme un rato en mi cama.

Leroy se levantó y caminó hasta la enorme mesa de ébano, ornamentada con motivos tribales, y que utilizaba como escritorio. Abrió uno de los cajones y

cogió una caja dorada, después tomó asiento junto a Roger. Leroy mostraba la cajita como un trofeo, y Roger sentía curiosidad por descubrir qué contenía en su interior. Leroy clavó la mirada en los ojos de Roger: los globos oculares del traficante eran oscuros y siniestros, atrayentes como los ojos de un hechicero africano. Roger tuvo que apartar la mirada. Acto seguido, Leroy abrió la cajita. Esta contenía una bolsa plastificada con un polvo marrón más denso de lo habitual.

—Chaval, nunca has probado una heroína como esta. Esto te hará feliz — dijo Leroy, y en su rostro se dibujó una sonrisa—. Dicen que es el polvo de los dioses. La recibí ayer mismo, venía en una valija directa desde los campos de Afganistán. No encontré la compañía adecuada para el viaje, pero cuando te vi en el salón supe que el momento de meterse esta mierda había llegado.

—Te lo agradezco, Leroy, pero...

—¿Sabes? Te aprecio y te admiro, blanquito. Yo jugué al baloncesto, sí. Qué tiempos aquellos. Era un buen escolta, de dobles dígitos en casi todos los partidos, pero la calle es una puta de tetas grandes y coñito prieto cuando no tienes nada más sólido a qué aferrarte que una treinta y ocho. El negocio de la droga es lo mismo: un jodido eufemismo que se ríe de la propia realidad. Es el puto espejo que proyecta una imagen en la que nadie quiere verse reflejado. La droga tiene clases. ¿Pero qué puta mierda digo? ¡La droga es la clase! Puedes fumar *crack* entre dos contenedores de basura en un callejón oscuro, o meterte un gramo de coca en el reservado de un garito de moda en el Distrito Financiero. Y ahí radica la diferencia. La sociedad se consume y no importa si eres rico o pobre. El pobre se desvanece pronto pero no esconde quién es, mientras que el rico muere con agonía mientras intenta ocultar su verdadero rostro ante una sociedad dispuesta a devorar su carne y a escupir sus huesos. Al final del viaje, el resultado no es muy diferente para ambos: uno con máscara y el otro a pecho descubierto, uno incinerado en la morgue municipal como un perro sin dueño y el otro

exhibido con bochorno en un sepelio vergonzante para una familia que se preguntará una y otra vez en qué coño se equivocaron. ¿Quién eres tú de los dos, blanquito?

—Leroy, tengo que marcharme —el negro estaba removiéndole su conciencia.

—¡La'keysha! ¡Claire!

Una joven y guapa afroamericana entró en el despacho, y tras ella, una rubia despampanante. La chica negra tenía un cuerpo precioso y unos enormes ojos azules de mirada cautivante. La'keysha portaba una bandeja con los instrumentos necesarios para inyectarles la heroína: dos jeringuillas precintadas, una cuchara, un pequeño soplete de cocina, una goma para obstruir la circulación sanguínea y agua destilada. Leroy les entregó la bolsita con el polvo marrón, y las chicas empezaron a calentar la heroína para disolverla.

—Eh... espera un segundo, Leroy —interrumpió Roger—, yo no me pincho, tío. Me la meto en papel de aluminio, fumada.

—Nada de fumar, hermano. Escúchame con atención: esto no es mierda de negrata... ¡Relájate, colega! —exclamó el traficante alzando los brazos—. Sabes que te aprecio, joder. Te estoy ofreciendo un puto chute hacia el paraíso, decide quién eres de una puta vez y elige: ¿chocolate o vainilla?

El aroma dulce del caballo impregnaba el despacho, era como oler el perfume de cientos de amapolas que estallaban a la vez y esparcían su esencia más pura y hermosa en el despacho de un narcotraficante sin escrúpulos; embriagaba los sentidos y empujaba a Roger para que experimentara con su sabor.

—Chocolate —dijo, sonriendo a la joven afroamericana. La'keysha le atraía, se le ponía dura con sólo pensar en sus labios.

—Estupendo, para ti el chocolate y para mí la vainilla. Sí, tengo ganas de probar a qué saben esas tetitas blancas. La'keysha te chutará y luego te comerá la polla como nunca te la han comido. ¡El polvo de los dioses, amigo! Va a ser un viaje alucinante...

Roger miró a la chica, y esta sonrió con sensualidad cuando sus miradas se cruzaron. Con la cuchara al rojo vivo, la heroína empezó a hervir y el polvo marrón se convirtió en un espeso líquido burbujeante hasta pasar a estado acuoso. La'keysha llenó una de las jeringuillas con la heroína disuelta y se arrodilló frente Roger dispuesta a inyectarle la droga. Con delicadeza, la chica le levantó una manga del jersey y colocó un cinturón de cuero negro que oprimiría su brazo obstruyendo la circulación sanguínea: pronto, las venas de Roger se marcaron ambiciosas, palpitaban por el deseo de recibir la dosis de polvo celestial. Roger emitió un suspiro: estaba asustado. La chica sonrió de nuevo y Roger deseaba con todas sus fuerzas sentir cómo la heroína recorría cada centímetro de su cuerpo, imaginó los labios carnosos de aquella diosa de ébano chupando su polla mientras jugueteaba con la lengua.

—Tranquilo. No tengas miedo —susurró La'keysha, a la vez que introducía con suavidad la aguja en la vena protuberante de Roger—. Pronto el caballo te envolverá con su calor y apaciguará esos demonios que te atormentan.

Roger pudo sentir como la aguja acariciaba la vena hasta perforarla, y como la droga penetraba en su cuerpo. La heroína circulaba de forma veloz por las arterias e inundaba su cuerpo de puro placer.

Una sensación cálida se apoderó de Roger.

La'keysha suspiraba de placer mientras le inyectaba la heroína. La chica emitía unos gemidos sensuales que provocaron una erección en Roger. La vista se tornó neblinosa; a su vez, la voz de Leroy retumbaba en su cabeza con insistencia, pero incluso el vozarrón ronco y perturbador del narcotraficante le resultaba placentero: *Es el polvo de los dioses* —escuchaba, una y otra vez, en las zonas más recónditas de su cerebro. Lo último que Roger vio antes de iniciar el viaje, fue su sangre bombeándose dentro de la jeringuilla y mezclándose con la heroína, tan pura que podía sentir cómo la tierra de los campos de Afganistán penetraba en su cuerpo hasta adueñarse por completo de él. A continuación, se deleitó con los

aterciopelados labios de La'keysha chupándole la polla, mientras su cuerpo se estremecía de placer.

Dicen que cuando el caballo que te inyectas contiene una gran pureza, el néctar de la amapola envuelve tus sentidos y encuentras la calma en los cálidos brazos del opio, como si volaras entre nubes de algodón, saltando de sueño en sueño hasta que tu corazón se ralentiza y olvida latir.

3

—El paciente presenta miosis, depresión respiratoria y disminución del nivel de conciencia. Se encuentra en estado de shock y no responde a los estímulos.

—¡No respira! ¡No respira!

—¡Respiración asistida!

—¡Tiene las pupilas dilatadas!

—Hacedle las pruebas de toxicología.

—¡Ha entrado en parada cardiorrespiratoria! ¡Se nos va!

—¡No se nos va! ¡Desfibrilador! ¡Daos prisa, joder!

—¡Prueba de toxicología positiva: el paciente ha consumido heroína!

—Venga, venga, venga... quédate con nosotros. ¡Dos miligramos de Naloxona por vía directa y preparad el desfibrilador! ¡Monitorizad de una puta vez!

—Naloxona administrada, jefe.

—Desfibrilador: tres, dos, uno...

—¡No responde!

—Vuelve con nosotros, chaval.

—Desfibrilador: tres, dos, uno...

—¡Tenemos constantes vitales!

Roger despertó dos días más tarde en la cama de un hospital, con la única compañía de su padre. El gran abogado estaba junto a él, tan elegante y serio como de costumbre.

Encontraron a Roger inconsciente, tirado frente a la portería del bloque de apartamentos donde residía. Alguien lo dejó allí y alertó al servicio de emergencias. La ambulancia llegó con retraso, adentrarse en aquel peligroso barrio no estaba entre las prioridades de los sanitarios. Durante el traslado, Roger sufrió una parada cardiorrespiratoria que lo llevó a bordear la muerte, por

fortuna lograron reanimarlo y salvarle la vida.

—¡Eres una vergüenza para la familia! ¡Ensucias mi nombre! —vociferó su padre, cuando su hijo hubo recuperado el conocimiento.

—Papá... ¿qué ha ocurrido? ¿Cómo me has encontrado? —preguntó confuso al ver a su padre. Cinco años sin estar juntos y ahora gritaba como un energúmeno.

—Eres un drogadicto... ¿Heroína? ¡¿Te estás metiendo heroína?! — interrumpió el señor Mears a gritos—. Tu madre se estará revolviendo ahora mismo en su tumba.

—No menciones a mamá...

Roger rompió a llorar como un niño desconsolado al que acaban de encontrar después de haberse perdido. El señor Mears le abrazó y trató de consolarle, consciente del mal momento por el que atravesaba su hijo. Su único hijo tirado en una cama sucia de un hospital público, sin dignidad, convertido en un despojo de la sociedad.

—Papá, esto es muy duro... ¿dónde has estado todos estos años? —le recriminó entre llantos, reclamando una atención que nunca había recibido.

—Lo siento mucho, hijo. Sé que no he sido un buen padre, pero te prometo que te ayudaré —dijo el señor Mears, con cierta frialdad—. Conozco a un buen médico que nos puede ayudar. Él te sacará del pozo.

Dos días más tarde, Roger recibió el alta médica tras la sobredosis. El señor Mears mandó un coche al hospital para recoger a Roger. El chófer le trasladó hasta las puertas de un imponente edificio de oficinas situado en la Avenida Roswell, próximo al bufete de abogados propiedad de su padre. Había transcurrido mucho tiempo desde que Roger caminó por última vez por las calles del Distrito Financiero de Capital City, tan limpias, cuidadas y seguras, que se hacía difícil creer que pertenecían a la misma ciudad que los suburbios donde residía. Desde que el alcalde firmara el contrato de seguridad con Capital Tech, la

empresa había dotado a las fuerzas del orden con mil humanoides que velaban de forma ininterrumpida por el bienestar del ciudadano. Sólo en el Distrito Financiero.

El señor Mears aguardaba la llegada de su hijo a los pies del edificio central de Capital Tech, en pleno corazón del Distrito Financiero. Ese día tenían cita con un prestigioso médico especializado en psiquiatría.

—Necesito tomar un poco de aire —dijo Roger, mientras caminaba en dirección al parque, agobiado por la multitud y el mundanal ruido que hacía vibrar las calles del Distrito Financiero.

—De acuerdo hijo, tenemos unos minutos —asintió el señor Mears.

Roger se detuvo frente al Capital Park, junto a unas escalinatas que conducían a una senda de tierra. Apoyado en la barandilla de madera, respiró el aire fresco que desprendían los árboles del parque, un pulmón inmenso en el centro de una ciudad donde una polución homicida se había asentado en el ambiente desde hacía más de un siglo. Tras emitir un largo suspiro, Roger tomó asiento en un banco de piedra y desde allí observó cómo los transeúntes caminaban con paso seguro: todos ellos parecían manejar con firmeza sus propios hilos, sin dudas, sin que su pulso temblara al articular la marioneta de carne y hueso. Le llamaba la atención lo cambiante que podía ser el mundo, pero, sobre todo, las vidas de aquellos que lo habitan. Dicen que el destino de cada persona está escrito incluso antes de nacer, pero Roger no lo creía así, y de ser cierto, el escritor de su historia era un cabrón que le había jugado una mala pasada. El ser humano tiene capacidad para escribir su propia historia, o reescribirla si es necesario, y así había quedado patente a lo largo de los siglos. Cada historia personal queda definida por unos actos que no podemos cambiar ni olvidar, pero Roger estaba dispuesto a tomar el mando de su vida y reescribir la suya.

—¿En qué piensas, hijo? —preguntó su padre, mientras tomaba asiento a su

lado.

—En nada, no te preocupes —respondió Roger con tono enigmático—. Vamos, estoy listo.

—De acuerdo —dijo el señor Mears, inquieto por la actitud distante de su hijo.

Roger presentaba un semblante desaliñado, pero su padre se mostraba comprensivo con él, estaba dando un paso muy importante y no exento de riesgo.

Las puertas acristaladas se abrieron dejando paso y accedieron al edificio «Capital Tech», un rascacielos de acero y cristal que gobernaba el Distrito Financiero. Un recepcionista tomó sus datos, los introdujo en un ordenador y les permitió la entrada no sin antes pasar por un escáner orgánico y un detector de metales. A continuación, tomaron un ascensor que los llevó hasta la planta ochenta y siete. Allí, el doctor Ridgway atendió a Roger en su despacho mientras su padre aguardaba en una sala de espera.

El doctor invitó a que Roger se tumbara en un diván, y allí charlaron sobre sus problemas.

—¿Siempre es la misma pesadilla, señor Mears? —preguntó el doctor.

—Así es. Noche tras noche.

—¿En alguna ocasión el sueño ha variado?

—No que yo recuerde.

—Bien, eso nos facilitará el trabajo. Señor Mears, quiero ayudarle y tenemos los medios para hacerlo.

—Ya escuché esa frase antes, doctor, y mire cómo estoy —dijo Roger incrédulo ante las palabras del psiquiatra.

—No sea usted tan escéptico, señor Mears. He trabajado con pacientes cuyos síntomas y problemas eran similares a los suyos; hoy son felices y están viviendo sus vidas con total normalidad.

—¿Es... es eso posible? —balbuceó Roger.

—Por supuesto que es posible, aunque desgraciadamente es un tratamiento muy costoso y al que pocos pueden acceder. Pero no se preocupe, su padre está dispuesto a correr con todos los gastos. Es usted un joven afortunado, señor Mears. Tiene una familia estupenda y un padre que lo adora.

El doctor se levantó de su silla y caminó hacia el ventanal que presidía su despacho y, con las manos cruzadas en la espalda, observó el ir y venir de la gran ciudad.

—Acompáñeme, quiero ensañarle algo.

El doctor Ridgway y Roger salieron de la consulta. Cuando cruzaron por la sala de espera, su padre se puso rápidamente en pie.

—¿Cómo ha ido, doctor? —preguntó el abogado, nervioso por conocer el resultado de la primera toma de contacto entre su hijo y el doctor.

—Ha ido muy bien, señor Mears —sonrió el doctor Ridgway con amabilidad—. Acompáñame usted también, por favor, quiero mostrarles algo.

Camaron hacia el ascensor, que a gran velocidad los llevó hasta la azotea del edificio. Allí arriba, una suave brisa les dio la bienvenida. Un helicóptero de color negro, con el logotipo color rojo de Capital Tech en las puertas, se encontraba estacionado sobre la gravilla de la azotea; sin duda estaban tratando con los mejores especialistas del mundo en medicina neuronal. Ni a Roger ni a su padre parecían preocuparles los rumores que pesaban sobre las prácticas llevadas a cabo por el departamento armamentístico de la empresa.

—Miren allí a lo lejos. ¿Qué ven? —preguntó el doctor con tono enigmático.

—¿El mar? —dijo Marsh Mears en voz baja, desconfiando de su respuesta.

—Yo veo dos islas —respondió Roger.

—¿Y si les digo que yo veo la curación? Una nueva vida para Roger, sin dolor, sin sufrimiento... En aquellas islas se encuentran las instalaciones del CMA, también conocido como Centro Mental Avanzado. El CMA tiene el centro de rehabilitación y tratamiento de problemas mentales más sofisticado del

mundo, con una tecnología revolucionaria capacitada para tratar cualquier enfermedad neuronal.

Roger y su padre sonrieron mientras contemplaban los dos puntitos en el mar donde se ubicaban las instalaciones del CMA. Enfermedades mentales, depresiones, estrés, adicciones, trastornos bipolares y de personalidad, paranoias, esquizofrenia... los mejores médicos e investigadores del mundo trabajaban en esas islas y eran capaces de curar cualquier enfermedad mental. Aunque no siempre el resultado era el esperado, y algunos rumores apuntaban a que de las islas propiedad del Capital Tech había dos formas de salir: sano... o muerto.

—Volvamos a mi consulta, tenemos que tratar ciertos temas de relevancia.

El doctor y Marsh Mears caminaron de nuevo hacia al ascensor, pero Roger no podía apartar la mirada del horizonte. Allí, en aquellas islas, se abrían nuevas esperanzas para él.

—Roger, vamos —le llamó su padre desde la otra parte de la azotea.

De nuevo en la despacho del doctor Ridgway, las esperanzas de curación para Roger fueron en aumento. Por primera vez desde el accidente, pudo ver un atisbo de luz en su oscura vida. Con la luz apagada, una sensual voz femenina explicaba el tratamiento en una exposición visual, proyectada en una pantalla tridimensional que flotaba en el centro de la consulta:

«El afamado neurólogo Egas Moriz descubrió un tratamiento para curar enfermedades neurológicas. Lo llamó: lobotomía. Si bien, las investigaciones de Egas Moriz nunca fueron llevadas a la práctica con seres humanos. Fue Walter Freeman, también conocido como “El Carnicero”, quien introdujo la práctica de lobotomías en seres humanos en el año 1935. La lobotomía antigua, en la práctica, consiste en cortar las conexiones nerviosas de los lóbulos frontales, o bien destruirlos ya sea de forma total o parcial. Por aquel entonces, la solución tecnológica pasaba por la utilización de un pica-hielo, que Freeman hacía servir para sus operaciones martilleando el cráneo a través del conducto lagrimal hasta

introducir el elemento metálico y cortar las conexiones nerviosas».

—¡Y una mierda! —exclamó Roger, horrorizado al ver la imagen proyectada de Freeman practicando una lobotomía a golpe de martillo—. No me someteré a algo así. Olvidadlo.

El doctor Ridgway detuvo la proyección y se dirigió a Roger:

—Tranquilícese, señor Mears. Ha pasado mucho tiempo desde aquellas prácticas tan primitivas. Deje continuar la exposición y luego dispondrá del tiempo que usted considere necesario para trasladarme sus dudas.

—Disculpe a mi hijo, doctor.

—No importa, es normal —comentó el doctor, activando de nuevo la exposición.

«Las técnicas avanzaron y se practicaron cerca de cincuenta mil lobotomías por todo el mundo, aunque los resultados no fueron los esperados. En el año 1965 se prohibió la práctica de lobotomías, y nunca más se realizaron con autorización oficial. Hasta que en el 2012, tras varias décadas de estudios e investigaciones, nuestros neurólogos idearon un nuevo tipo de intervención. La ciencia nos abre una nueva esperanza para la medicina y los tratamientos neuronales. En el CMA, nuestras instalaciones avanzadas de Capital City, ya está disponible un nuevo tratamiento revolucionario, sin cirugía y sin dolor para los pacientes. Los resultados han superado las expectativas de nuestros científicos, y hemos logrado curar la esquizofrenia en todos sus campos, depresiones, alucinaciones, trastornos bipolares, adicciones, trastornos obsesivos compulsivos... Cualquier enfermedad, trastorno neurológico o psicótico puede ser tratado y curado en nuestro centro con la más absoluta seguridad para el paciente. Capital Tech: soluciones para el ciudadano. Porque su bienestar es nuestra razón de ser».

El rostro de Roger cambió por completo. La exposición le había convencido, y estaba ansioso por iniciar el tratamiento. Sin cirugía, aquello no parecía

peligroso.

—¿Y cómo lo hacen sin cirugía? —preguntó Roger intrigado, aunque a su vez también receloso.

—Viajamos a través del cerebro del paciente en busca de recuerdos y localizamos la raíz de la enfermedad, el punto crítico que origina la disfunción. Una vez completada esa fase, erradicamos sus recuerdos de la memoria. Así de sencillo. Cuando el paciente vuelve a casa no recuerda nada de su enfermedad y, por supuesto, ha olvidado el motivo que la originó. Puedo afirmar que después del tratamiento estamos ante una persona nueva: cualquier dolor o sufrimiento que atormenta al paciente antes de ponerse en nuestras manos, desaparece por completo.

—¿Cuándo puede ingresar mi hijo, doctor? —preguntó Marsh Mears, que parecía entusiasmado ante la posibilidad de recuperar la salud mental de su hijo.

—Esto lleva un proceso, señor Mears —respondió el doctor Ridgway—. Primero, su hijo deberá ingresar en el CMA para su desintoxicación, ya que su organismo debe estar completamente limpio de drogas antes de empezar con el tratamiento neuronal. Entiendan que si este proceso no alcanza el éxito, no podrá someterse al tratamiento completo y deberá abandonar las instalaciones. No obstante, nuestras estadísticas indican que no tendremos problemas en desintoxicar a Roger.

—¡Quiero ingresar ya! ¡Hoy mismo me gustaría empezar con la desintoxicación!

—Me fascina su actitud, señor Mears. Estoy convencido de que será usted un paciente estupendo —dijo el doctor, a la vez que pulsaba una tecla en el intercomunicador—. Señorita Lay, haga el favor de traerme los documentos de ingreso para el CMA.

La secretaria del doctor Ridgway, una guapa joven de rostro risueño, entró en la consulta con varias carpetas con documentos. Una de ellas era meramente

explicativa y se la entregó al padre de Roger; la otra carpeta, que contenía los documentos de aceptación, la dejó sobre la mesa del doctor.

—¿Está usted preparado para dar el paso? —preguntó el doctor.

—Lo estoy, ya lo creo que lo estoy —dijo Roger con entusiasmo.

—Bien. Puede coger esta carpeta y leer detenidamente los documentos. Si está conforme, firmelos y hoy mismo puede viajar a la isla.

Acto seguido, Roger empezó a leer los papeles, aunque tampoco les prestó demasiada atención: estaba ansioso por viajar a la isla y empezar con la desintoxicación. Sin embargo, un punto del contrato le invitó a la reflexión y, temeroso, levantó la mirada hacia el doctor Ridgway.

—Doctor, tengo una duda en este apartado... —dijo Roger, señalando la cláusula número diez del contrato, redactada en letra pequeña, casi ilegible—. Entiendo que, si me ocurriera algo, ustedes quedarían libres de toda responsabilidad.

—Así es, señor Mears, pero no hay por qué preocuparse. Es una cláusula habitual en un contrato médico, incluso para una sencilla operación de apendicitis.

—Es cierto, hijo —secundó su padre.

—Entiendo —dijo, esbozando una amplia sonrisa—. ¿Dónde tengo que firmar?

—Primero debo recibir la confirmación de su padre, y si está de acuerdo con el precio del tratamiento y la forma del pago.

—El setenta y cinco por ciento del pago en este instante, y el veinticinco restante al finalizar, ¿verdad? Un poco abusivos los porcentajes —murmuraba el señor Mear Marsh mientras repasaba detenidamente los documentos—. De acuerdo, les extenderé un cheque ahora mismo.

—Papá, un cuarto de millón de dólares es mucho dinero... podemos buscar otras opciones.

—Hijo, nunca encontraremos nada mejor. Es la única forma de no perderte. El dinero viene y va, pero tu vida... —el señor Mears suspiró— nunca me perdonaría si te perdiera.

Roger miró a su padre y dejó escapar una lágrima, asintió con la cabeza y apartó la mirada. Nunca fue cariñoso con él, y este se conmovió al ver una lágrima brotar en el rostro de su hijo.

—Esto lo hago por ti, hijo. Creo que es lo mejor para todos.

ΩΩΩ

—Bloque de memoria cinco localizado e identificado en el lóbulo temporal medial. Procedan a la señalización del punto exacto.

—Punto de memoria señalado. Paciente 2511 en fase de sueño, procedemos a reanimarlo.

Un enfermero se acercó a la máquina situada en el centro de la sala. Era un moderno escáner de grandes dimensiones. En su interior, Roger dormía plácidamente, o quizá decir esto resultaba exagerado.

El escáner emitió un sonido estridente, y una pequeña puerta de cristal se abrió dejando paso a una camilla. Roger despertó, tenía la boca seca.

—Paciente 2511... Diga alto y claro su nombre y apellido.

—Roger Mears. Hoy es tres de febrero del 2020.

—Dígame la fecha de hoy —preguntó de nuevo el enfermero.

—Ya te la dije antes —respondió Roger.

—¿Fecha de hoy? —repitió el enfermero, mirando fijamente y con rostro serio al paciente.

—Tres de febrero de 2020 —respondió Roger.

—¿Cuántos dedos ve aquí?

—Tres

—¿Dígame el color de esta cartulina?

—Rojo.

—Paciente 2511 ubicado correctamente en nuestro espacio temporal —dijo el enfermero en voz alta. En ese instante, dos auxiliares entraron en la sala, se colocaron junto a Roger, y le ayudaron a incorporarse.

—Paciente 2511... levante la mano derecha —ordenó el enfermero.

Roger alzó su mano derecha con total normalidad.

—Camine hasta tocar con la mano izquierda la pared que tiene frente a usted.

Roger caminó hasta completar la orden del enfermero. Al llegar a la pared, levantó la mirada hacia el techo y observó las cámaras de vigilancia: a través de ellas los doctores seguían sus evoluciones.

—Paciente 2511, Roger Mears, funciones cognitivas en perfecto estado. El paciente se encuentra en condiciones óptimas para regresar a las instalaciones comunes.

El doctor Ridgway accedió con rostro sonriente a la sala del escáner. La localización del bloque de memoria había sido un éxito.

—Estupendo, señor Mears. Hemos localizado los días previos a su internamiento en el CMA, y también el momento justo en el que decidió someterse al tratamiento. ¿Qué tal se encuentra?

—Muy bien, doctor, aunque deseando terminar con todo esto.

—Le entiendo perfectamente, es un tratamiento agresivo y con mucho desgaste. Por hoy ya hemos acabado. Puede ir a descansar.

4

La vida dentro del CMA era aburrida, pura rutina programada en función del tratamiento correspondiente a cada paciente. El tiempo allí se ralentizaba y transcurría con una lentitud inusual para los internos; días largos y tediosos, con noches solitarias y silenciosas encerrados en las habitaciones insonorizadas.

La fase de desintoxicación fue dura, pero con el apoyo constante y la ayuda de médicos y auxiliares, en unas semanas el organismo de Roger se encontraba limpio por completo. Sin embargo, la pesadilla todavía seguía atormentándole; si no localizaban pronto los bloques de memoria relacionados con el accidente y empezaban con el tratamiento de lobotomía, terminaría por volverse loco allí dentro.

Roger descansaba en la cafetería del MPV -Módulo Privado Voluntario-, un lugar tranquilo, de aspecto metálico y limpio. Allí era habitual encontrarse con algún personaje público: era la zona VIP.

Las completas instalaciones del CMA se ubicaban en dos islas comunicadas por un túnel que las unía por debajo del agua; apenas doscientos metros separaban la una de la otra. La primera contenía dos módulos: el MPV era el centro privado donde la gente adinerada acudía para tratarse sus adicciones o curar enfermedades mentales; en el MO, o Módulo Obligatorio, trataban a los internos problemáticos que podían llegar a ocasionar molestias a la sociedad, y eran obligados a ser reclusos en el centro por la justicia, aunque decir que allí los trataban era una simple formalidad. En el MO contenían a los internos, alejándolos del mundo real y manteniéndolos apartados de una sociedad que los rechazaba. Tarde o temprano, los pacientes ingresados en el Módulo Obligatorio terminaban en la Prisión.

Pese a que estos dos módulos estaban ubicados en la misma isla, era imposible cruzar de uno a otro: ambas instalaciones eran totalmente

independientes, y tan solo las huellas digitales de los doctores jefes podían abrir las puertas de seguridad que separaban los pabellones.

—¿Descansando, RG? —preguntó un joven delgaducho, de pelo largo y grasiento.

—Brian... ¿Qué tal amigo? —respondió Roger, visiblemente cansado.

El joven tomó asiento junto a él, sin dejar de rascarse el antebrazo derecho. Brian estaba internado por sus padres en el CMA, al menos eso contaba el chaval, que siempre relataba con euforia cómo sospechaban que planeaba un ataque a gran escala. “The Phantom”, así era conocido el hacker en el mundo de los piratas informáticos, había terminado allí tras librarse de la cárcel: su última travesura había puesto en jaque al departamento de Seguridad Nacional. Brian no estaba en tratamiento, o al menos eso afirmaba él. No había nada en su cerebro que tratar a excepción de algunos síntomas visibles de trastorno obsesivo-compulsivo. Tras pagar la fianza y quedar en libertad condicional, sus padres decidieron internarlo en el CMA alejándolo así de cualquier ordenador; era un recurso desesperado para impedir que su hijo terminara con sus huesos golpeando en la celda de una prisión estatal. Lo cierto es que Roger siempre dudaba de las historias que contaba Brian: era mayor de edad y sus padres no podían obligarlo a permanecer encerrado.

—Esta conspiración nunca acabará, amigo... no entiendo qué hago aquí retenido contra mi voluntad.

—Lo sé, Brian. Intentan que no acabes con el mundo... —dijo Roger con ironía.

—Creen que son capaces de detenerme, controlarme, pero no saben que yo tengo las llaves de todo —Brian se acercó al oído de Roger—. Guárdame un secreto: no pueden retenerme mucho más tiempo aquí, terminarán por arrepentirse. Si consigo robar un ordenador, puedo *hackear* la seguridad del centro y joder bien a estos cabrones.

—Claro, Brian... o puedes coger tus maletas y largarte de aquí a nado.

Un hombre de raza negra, alto y corpulento, tomó asiento junto ellos. Curtis Douglas, al igual que Roger, había sido una estrella del deporte universitario que apuntaba a la *NFL*, hasta que una noche, en una reyerta a las puertas de un local de moda, acabó de un puñetazo con la vida de un hombre. Sus abogados alegaron defensa propia y pasó poco tiempo en la cárcel, aunque el suficiente para volver convertido en una persona distinta: extremadamente violento y adicto al alcohol y las drogas. La vida de Curtis se había desmoronado, y en el CMA intentaba enmendarse con un tratamiento menos agresivo.

—¡Lárgate de aquí, chalado! —vociferó Curtis, dirigiéndose al pirata informático. Brian se levantó de la silla sin rechistar; el enclenque informático no quería problemas con aquella enorme masa de músculos rebosantes de testosterona.

—Adiós, RG, hablamos luego —dijo Brian, mientras cogía su zumo de manzana.

—De acuerdo, amigo —respondió Roger de forma educada.

—Es un bicho raro, cada vez que me encuentro con él me entran ganas de meterle dos hostias —afirmó Curtis, mirando al hacker de forma desafiante.

—¿Por qué le tratas así? —le recriminó. A Roger no le gustaba la forma en que trataba a su amigo—. Es un buen chico.

Curtis guardó unos segundos de silencio, hasta que Brian se había alejado lo suficiente para no escuchar su conversación. El exfutbolista parecía nervioso, alterado, y daba pequeños saltitos inconexos mientras agitaba las piernas y se llevaba sus manos a las partes bajas.

—Tsss... RG, ¿has visto la nueva enfermera? —preguntó Curtis—. La rubia de las tetas grandes.

—¿Aquella? —susurró Roger haciendo un gesto con la cabeza, señalando a una enfermera joven y guapa que atendía el mostrador del comedor.

—Sí, hermano. Me la acabo de follar en el baño. Es una guarra de cuidado. Tendrías que ver cómo la chupa, la muy puta.

—No seas cerdo, Curtis. ¡Habla con más respeto de las mujeres, joder! — exclamó Roger, molesto por el tono que utilizaba su amigo y su actitud.

Curtis clavó sus ojos en los de su amigo, mirándolo desafiante.

—Colega, no creo que estés aquí por ser una buena persona. ¿Acaso tú las tratabas con dulzura cuando eras una estrellita del baloncesto universitario?

La vista de Roger empezó a nublarse: se encontraba mal y tenía náuseas. Por un instante, entró en un momento de letargo y el tiempo se detuvo para él. Pudo ver a las dos chicas que lo acompañaban la noche del accidente, disfrutaba viéndolas magrearse en el asiento trasero de su deportivo, con sus culitos prietos y los pezones rosados y duros. Dos luces cegadoras se convirtieron en un prelude del terror que lo acompañaría por el resto de sus días: eran los faros traseros de un monovolumen. A continuación, todo se tornó confuso hasta que vio el cuerpo de una de las chicas salir despedida, golpear y destrozar el parabrisas delantero con su cabeza y caer en la cuneta. Y como si la velocidad con la que se mueve el mundo redujera la marcha hasta girar a cámara lenta, observó cómo el paragolpes delantero de su coche aplastaba el cuerpo de la joven contra las piedras, despedazándolo al instante. La visión golpeó con dureza en su mente, azotando y removiendo sus recuerdos, despertando sus demonios y aproximándolo de nuevo hacia la locura.

—¡RG, tronco! ¿Estás bien? —preguntaba Curtis, mientras golpeaba el brazo de su amigo.

—¿Qué?! ¿Qué ocurre?! —gritó Roger asustado y confuso, casi desplomándose en el suelo por el sobresalto.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Eso creo —balbuceó—. ¿Me he dormido?

—Hermano, esa mierda que te hacen no es buena —afirmó Curtis con el

ceño fruncido—. Esos cabrones están derritiendo tu cerebro.

—Queda muy poco tratamiento... pronto todo esto habrá terminado — contestó Roger.

—¿Seguro? Ten cuidado si antes no terminas babeando por los rincones — dijo Curtis con cierta ironía—. En fin, alelado, a lo que iba... Le he dado caña a esa putita con esta enorme porra negra que Dios me ha dado —retomó Curtis el relato con entusiasmo.

—Vale... —interrumpió Roger con amabilidad—. Discúlpame, Curtis, pero estoy agotado. Me largo a mi habitación a descansar un rato. Nos vemos luego en la cena.

—¿Tienes celos, hermano? Tú también podrías follártela si quisieras... o los dos. ¿Qué te parece si nos la tiramos los dos? Estoy dispuesto a ver tu polla pálida siempre que la mantengas a una distancia prudente de mí...

—Ya... ya, venga luego hablamos.

Roger se levantó de la mesa y salió de la cafetería; no le apetecía escuchar los desvaríos sexuales de su amigo. En los últimos días, Curtis presentaba síntomas de estar perdiendo la cordura: se pasaba los días contando historias sobre cómo se cepillaba a las enfermeras, pero era evidente que eso sólo ocurría en su imaginación.

Roger caminaba por los pasillos del Módulo Privado. Las instalaciones tenían un aspecto metálico, sin más colorido que el blanco de los neones y el rojo de las señales informativas. Al entrar en su habitación, se dirigió a la ventana y apoyó el brazo sobre el cristal: era de noche y en el exterior el frío congelaba hasta las piedras. Desde allí presentía el sonido de las olas al romper contra las rocas. En febrero, el Atlántico se convierte en un asesino despiadado y la hipotermia en su arma más mortífera: en los primeros minutos a su merced, mientras luchas por salvar tu vida, sientes temblores y tus movimientos se vuelven torpes y descompasados; un par de minutos más tarde, te desorientas y entras en un

estado de semiinconsciencia; poco después, pierdes el conocimiento, la presión arterial desciende hasta desaparecer y tus órganos inician un fallo en cadena que acabará con tu vida. Y entonces no eres más en un saco de carne congelada a la deriva, hasta que días más tarde encuentran tu cuerpo hinchado en una costa cercana y unos adolescentes se hacen selfis junto a tu cadáver. En alguna ocasión, Roger había pensado en romper el cristal y saltar a las aguas heladas, pero el blindaje de la ventana era un escollo insalvable y la idea, una estupidez.

Cansado, se desprendió del impoluto chándal blanco y se tumbó sobre la cama para que su mente se perdiera en el techo. Allí solía relajarse y, en soledad, trataba de mantener la cabeza despejada en su lucha por conservar la cordura. Le complacía imaginar que disfrutaba de una cálida tarde de verano, mientras fantaseaba con nubes inexistentes que volaban sobre el techo y formaban figuras divertidas. En aquel cielo galvanizado, halló una válvula de escape, pero no sólo mental, sino también física. La habitación estaba diseñada para evitar el menor daño posible a los pacientes: nada de objetos punzantes, muebles sin esquinas, cristales blindados, iluminación mediante paneles planos... Sin embargo, el techo le ofrecía una escapatoria por si la situación se complicaba y su mente se derrumbaba; una solución de emergencia en el caso de que su maltrecha cabeza no soportara el encierro y la tortura de sus pesadillas. Roger había encontrado un pequeño saliente metálico: un error imperceptible en la construcción de los paneles y que, forzándolo, podía doblarse hasta convertirse en una afilada cuchilla fijada en el techo. Observó cómo el mismo fallo se repetía en varios dormitorios, tal vez en todos, y le resultaba extraño que nadie lo hubiera utilizado con anterioridad. Creía que si alguna vez necesitaba recurrir a esa escapatoria, sería capaz de cortarse las venas allí mismo.

Las habitaciones eran austeras por seguridad, pero no le importaba, y sólo echaba de menos un televisor con el que entretenerse o jugar a los videojuegos. Estaba cansado de las películas románticas que proyectaban en la sala de cine. En

apenas un mes, había visto «Los puentes de Madison» en cinco ocasiones, demasiadas para una persona sin una necesidad especial de afecto.

Desde su cama, Roger podía ver las estrellas. El reloj digital proyectado en la pared marcaba las 7:10 pm. Había perdido la noción del tiempo mientras descansaba, y debería darse prisa si quería llegar a tiempo para la cena.

El comedor se encontraba a rebosar de internos cuando Roger llegó, pero pudo ver que Curtis le hacía un gesto con el brazo levantado: le había reservado un sitio junto a él en la mesa. Roger cogió una bandeja y se dirigió a la zona de buffet. El celador que cumplía las funciones de cocina le atendió con semblante amabilidad. La comida en el Módulo Privado era excelente, no obstante, la estancia allí era un lujo que pocos podían permitirse, así que lo mínimo que podían exigir era una alimentación de calidad. Para esa noche, Roger escogió un succulento bistec de buey, patata asada con guarnición de verduras y pastel de limón para el postre.

—El tarado de Brian Mitnick quería sentarse aquí, con nosotros, pero lo envié bien lejos. Toma asiento, hermano —dijo Curtis señalando una silla vacía—. Mmm... esta noche tenemos carne, está riquísima, me he comido ya tres filetes.

Curtis hablaba sin parar mientras engullía de forma compulsiva la comida, pero Roger apenas le prestaba atención. En la mesa les acompañaban John Balzary y Chad Kiedis, dos jóvenes de la alta sociedad de Capital City conocidos por sus escándalos.

Chad Kiedis era descendiente de una larga estirpe de empresarios. Su padre era uno de los principales accionistas de la división tecnológica de Capital Tech. El chico había recibido educación británica en un disciplinado colegio, pero su marcado carácter violento le impidió terminar los estudios en la universidad. A su regreso a Capital City, Chad perdió el control de su vida y se vio involucrado en varias peleas. La prensa sensacionalista inició un seguimiento sobre él, hasta

que el joven terminó golpeando e hiriendo de gravedad a un paparazzi. El padre de John pagó una importante suma de dinero al fotógrafo, y así logró evitar que su hijo fuera juzgado y condenado por agresión con delito de lesiones.

—¿Qué tal el tratamiento, RG? —preguntó Chad mientras llenaba el vaso de Roger con agua.

—Bien, deseando que llegue el día en el que me limpien la cabeza de toda esta mierda —respondió Roger, mostrando una sonrisa apagada que delataba su agotamiento.

—Tío, tienes las pelotas como sandias —afirmó John, asintiendo con efusividad. John Balzary y Chad eran amigos desde la infancia; ambos se educaron en el mismo colegio británico, aunque sus vidas habían tomado caminos distintos, para unirse de nuevo en noches de lujuria y desenfreno. Balzary tenía un doctorado en Economía y un futuro brillante al frente de una importante empresa de diseño aeroespacial, pero sus continuos escarceos con las drogas y la prostitución estaban poniendo en serio peligro su carrera—. Hay que tenerlos bien puestos para someterse a un tratamiento así.

—Yo no podría —dijo Chad con rotundidad—. El día que no pueda más, me vuelo la puta tapa de los sesos. Eso sí, antes me llevaré a unos cuantos hijos de puta por delante. El cabrón de mi padre será el primero, y luego me cargaré a la putita de su novia.

—No es cuestión de pelotas, Chad, es la única solución. Mi caso es extremo y, si no borran esos recuerdos de mi memoria, no me rehabilitaré nunca —comentó Roger con resignación—. Es la única oportunidad que tengo para llevar una vida normal.

—¿Lo ves? Eres débil de mollera, hermano —se entrometió Curtis—. Yo le reventé la cabeza a un tipo de un puñetazo. El puto cerdo cayó al suelo como si fuera un muñeco, muerto... ¡¿Y qué?! ¡No sueño todos los días con su jodida jeta! Me tiré seis meses a la sombra y arruiné mi carrera deportiva, pero no

quiero olvidar lo que hice. Si otro capullo me vuelve a joder, ten por seguro que me lo cargo.

—¡Tronco, se llevó por delante a siete personas! ¡Dos eran niños! —exclamó John, indignado por el frívolo comentario de Curtis—. Algo así no puedes compararlo con nada. Yo te apoyo, RG, estás de mierda hasta el cuello y en todo lo que hagas para curarte tienes mi bendición.

—Yo también querría olvidar esa mierda. Cargar con la muerte de siete personas debe ser muy jodido —comentó Chad—. En Tailandia, ciego de coca...

—Y de metanfetamina... —apuntilló John—. Menuda juerga nos corrimos allí.

—¡Cállate, joder! Capullo... En Tailandia, ciego de coca y meta, me metí tanta mierda que terminé por pillar unos rollos muy chungos: voces que me hablaban, gente que entraba y salía de la habitación del hotel, y el caso es que allí solo había una prostituta medio dormida que estaba más colocada que yo. Joder... me alteré tanto y me puse tan nervioso, que casi la maté a golpes. Tuve que pagarle diez de los grandes para que no me denunciara. A lo que iba... ¿Me estáis escuchando?! —exclamó Chad cuando se percató de que nadie le prestaba atención.

—¿Te cargaste a dos niños? —preguntó Curtis con la boca llena de comida.

—¡A tomar por culo! —dijo Roger con tono enojado. Y cogió su bandeja y se levantó de la mesa con la intención de cenar en otro lugar más tranquilo.

—¿Hermano, qué ocurre? ¿Estás enfadado? —preguntó Curtis, extrañado por la actitud de Roger.

—Está cansado... —comentó Chad.

—¿Lo veis? —dijo Curtis, dirigiéndose a Chad y John—. Esa mierda no es buena, no señor, a ese blanco le están jodiendo el cerebro.

Roger estaba cansado de las tonterías de sus tres compañeros, no soportaba

más escuchar sus voces: le molestaban y azotaban su mente hasta hacerle merodear por los límites de la locura. Buscó un lugar alejado en el comedor donde poder cenar tranquilo. Encontró un asiento vacío junto a Brian, en una mesa arrinconada en el fondo de la cafetería. Al menos con el hacker no tendría que oír esas barbaridades.

—¿Qué tal, amigo? ¿Puedo sentarme? —preguntó Roger, esbozando una sonrisa amable que no ocultaba su cansancio.

—¡RG! ¡Claro que puedes! —respondió Brian, contento al ver que alguien le acompañaría durante la cena—. Curtis no ha dejado que me sentara en vuestra mesa, no entiendo por qué pero siempre me trata mal.

—Ya, bueno... a veces puede resultar un auténtico imbécil, pero en el fondo no es mal tipo y sé que te aprecia.

Roger terminó su postre de limón, mientras Brian lo observaba sin dejar de rascarse el antebrazo derecho; ese movimiento debía relajarle y lo repetía de forma inconsciente.

Visiblemente agotado, Roger observaba el ajetreo de la cafetería: el ir y venir de los internos, de los celadores... y el rostro de enfado que le mostró su amigo Curtis, molesto con él por haber abandonado la mesa. Sus miradas coincidieron, pero la evitó y optó por seguir a sus cosas. Fue en ese instante cuando la vio. Caminaba por la cafetería decaída y con ojeras, probablemente llevaba varios días sin dormir. A pesar de todo, su belleza lo cautivó.

—¿Te has enfadado? —preguntó Brian.

—¿Qué? No... ¿Por qué debería estar enfadado?

—Estás muy serio.

—Estoy cansado, amigo. Los días se hacen muy largos aquí dentro.

—Es muy guapa —sonrió Brian—. La chica morena... he visto que te fijabas en ella.

—Sí, lo es —asintió Roger—. ¿La conoces?

—Llegó ayer, pero no sé nada más de ella.

La chica se sentó a leer un libro en una de las sillas. El comedor estaba casi vacío de gente, y la mayoría de los pacientes habían recogido ya sus bandejas y disfrutaban de una película en el salón, descansaban en sus habitaciones, o se entretenían en la zona de juegos.

«La cafetería debe quedar vacía en cinco minutos. Por favor, terminen de recoger sus mesas» —se oyó decir por megafonía.

La limpieza del comedor era una de las normas que debían seguir los internos, que así colaboraban con el personal de servicio; era una forma de integrarlos en la sociedad, aunque en su vida en el exterior la mayoría de los pacientes de ese pabellón tenían asistentes personales hasta para limpiarles el culo después de ir al baño.

—¿Bajas al salón de televisión, RG? Hoy ponen “Un paseo para recordar” —preguntó Brian con aparente entusiasmo, pero las películas románticas empezaban a colmar la paciencia de Roger.

—Hoy no, amigo. Creo que leeré hasta caer dormido. Estoy agotado.

—Está bien, nos vemos mañana —dijo Brian mientras se marchaba.

Roger se levantó y caminó hasta el espacio habilitado para limpiar las bandejas. Aquella noche, las luces blancas del comedor le molestaban más que nunca. Después de limpiar su bandeja y tirar los restos de comida en un pequeño contenedor, se apoyó unos segundos con los ojos cerrados en una columna. Cuando se recuperó, tomó asiento en la misma mesa donde la chica recién llegada leía sin prestar atención a su entorno. Y allí permaneció durante varios minutos, observándola de cerca y sin atreverse a decirle nada, embelesado por sus preciosos ojos verdes.

—Chicos, tenéis que marcharos al salón —les indicó con amabilidad uno de los celadores que vigilaban los pasillos del Módulo Privado. Sin mediar palabra, los dos se levantaron de la mesa y salieron del comedor. Sus miradas se cruzaron

en el instante en el que Roger abrió la puerta y, con educación, cedió el paso a la chica.

—Gracias —dijo ella con tono serio—. ¿Sueles hacer esto muy a menudo?

—¿Abrirle la puerta a una guapa señorita?

—No —respondió ella con sonrisa irónica—. Quedarte durante casi veinte minutos observando a una desconocida y sin atreverte a decirle nada. ¿Eres retrasado?

Roger, perplejo, se quedó sin palabras ante la respuesta de la chica. Lo cierto es que visto desde la perspectiva de ella, había actuado de una forma muy extraña. Algo ya debía estar frito dentro de su cerebro.

—Lo siento, creo que es por el tratamiento al que me estoy sometiendo. Soy Roger Mears —dijo con franqueza, mientras extendía la mano para saludar a la chica—. Heroína, fármacos y alcohol.

—Alissa Ross—respondió ella tomando la mano de Roger con cierta indiferencia—. Un padre rico que nunca estaba en casa y ahora se preocupa de su hija. Cocaína.

—¿Y esos vendajes? —preguntó Roger al observar que las muñecas de Alissa estaban cubiertas por unas vendas blancas.

—¿A ti qué te parecen? Es la nueva moda, recién llegada de la pasarela de Milán —respondió ella.

—Ya... —balbuceó Roger, consciente de su indiscreción—. Lo siento, no pretendía molestarte.

—No te preocupes —dijo Alissa esbozando una tímida sonrisa—. Hace falta algo más que una pregunta indiscreta para que me sienta molesta. ¿Me acompañas al salón? Me vendría bien tu compañía.

Roger asintió y los dos caminaron hasta el ascensor que los conduciría a la planta inferior, donde se ubicaba el salón, la biblioteca, la sala de cine y un lujoso balneario con piscina climatizada. Obviando la presencia de los médicos y

personal sanitario, el metálico de las paredes, la molesta luz blanca de neón, y la extraña clientela que deambulaba como zombis por sus largos pasillos del centro, las instalaciones del Módulo Privado podrían pasar por lujoso hotel de cinco estrellas.

—¿Cuándo has salido de aislamiento? —preguntó Roger.

—Eh... ayer. Salí ayer por la mañana —tartamudeó Alissa. Parecía contrariada y dubitativa ante la pregunta del Roger—. Todavía me encuentro algo confusa.

—Es normal —dijo Roger mientras tomaba asiento en una de las sillas del salón. Alissa se acomodó a su lado, y continuaron allí su charla. Ambos parecían disfrutar de su compañía y, entre risas y miradas de complicidad, pasaron el resto de la tarde.

Durante los tres días siguientes de descanso entre sesiones, Roger dedicó tiempo a conocer a Alissa. Intimaron y la complicidad entre ellos fue creciendo. Compartieron charlas divertidas, practicaron deporte en el gimnasio y largos paseos por los jardines helados del Módulo Privado, e incluso disfrutaron de su compañía en el spa. Si no hubiese sido por los problemas mentales que ambos aparentaban sufrir, cualquiera habría dicho que estaban disfrutando de unos días de vacaciones en un resort de lujo. Nada más lejos de la realidad. Transcurridos los tres días de descanso de rigor, Roger volvió a la sala de escáneres a someterse a la siguiente sesión de localización de memoria.

5

El día amaneció nublado y el cielo amenazaba con descargar su furia sobre los muelles de Riverside, en el puerto de Capital City. Roger abrazó a su padre, y le agradeció todo lo que estaba haciendo por él, pero el señor Mears se mostró frío y distante. Acto seguido se despidió y caminó hacia la plataforma que daba acceso al transbordador que lo llevaría hasta las instalaciones del CMA.

Atrás lo dejaba todo, o en realidad nada.

La brisa del mar acariciaba su rostro con suavidad. A lo lejos podía ver las dos islas como dos bloques de piedra anclados en el horizonte. Una de ellas era su destino; pero con la otra era aconsejable guardar distancias y no pisarla jamás. Del CMA saldría limpio y convertido en una persona nueva, o al menos así lo aseguraba el doctor Ridgway.

Roger subió al barco. En la cubierta no había nadie, así que bajó por unas estrechas escaleras que conducían al compartimento inferior.

En el interior del pequeño transbordador aguardaban cuatro personas más: un miembro de seguridad, un celador, un joven corpulento de raza negra y un esmirriado con aspecto de empollón. Pocos pasajeros para ese viaje.

Roger se acomodó en uno de los asientos, y el chaval con pinta de empollón tomó asiento a su lado.

—Brian Mitnick —dijo, y le extendió la mano a Roger a modo de saludo.

—Roger Mears. Encantado de conocerte.

El empollón no apartaba la vista de Roger, como intentando averiguar por qué le sonaba tanto su cara.

—¡Apártate, monstruito! —dijo el chico negro, golpeando sin respeto a Brian en el brazo—. ¿RG? Soy Curtis Douglas... Nos conocimos en un evento deportivo. Creo que además compartimos un pasado en común.

—Eh... —masculló Brian en voz baja, a la vez que se echaba a un lado.

Roger levantó la mirada y observó al tipo. Curtis, de unos veinticinco años, era una enorme mole de músculo tallado en ébano con la cabeza afeitada y aspecto de rapero sacado de un videoclip de *50 Cent*.

—Lo siento, pero no te conozco. No sé de qué me hablas —dijo Roger sin darle importancia al comentario de Curtis.

—Conozco a tus demonios. Allí dentro seremos amigos —susurró el tipo negro al oído de Roger.

Un repentino ruido de máquinas, acompañado de una fuerte vibración, indicó que pronto pondrían rumbo a la isla. El capitán del barco había ordenado la puesta en marcha de los motores y el celador tomó asiento en la zona habilitada para la tripulación. El hombre de seguridad se dirigió a la pasarela de carga y se situó junto a la entrada, con las manos cruzadas al frente y a la espera para recibir al último pasajero.

—¿Qué coño pasa ahí fuera? —preguntó Curtis, señalando hacia los muelles. Cuatro coches patrulla cortaban el tráfico del muelle que conducía hasta el ferri. Un furgón blindado, escoltado por una decena de vehículos oficiales, cruzó el cordón policial y se detuvo en la entrada. Varios hombres armados con escopetas de asalto se situaron frente a la parte trasera del furgón. La puerta se abrió y un hombre vestido con un uniforme naranja se apeó del vehículo de transporte blindado. Era un tipo corpulento, con una melena larga y desaliñada, y de mirada perdida y hueca. Caminaba con grilletes en las manos y los tobillos, como si fuera un tigre hambriento al que trasladan de zoológico, y con paso lento emprendió la marcha hacia el ferri mientras soportaba algún que otro golpe en los riñones por parte de los oficiales.

—¿Quién cojones es ese? —preguntó Roger.

—Es Kurt Straker —afirmó Brian—, un asesino en serie despiadado y sanguinario. Le acusan de más de cincuenta asesinatos.

El asesino ascendió por la pasarela custodiado por varios oficiales, puso pie

en el ferri y descendió hasta la cubierta inferior, donde cruzó su mirada con la de Roger. Straker fue empujado hasta uno de los camarotes cubiertos, preparado con todos los elementos indispensables para el traslado de prisioneros a la cárcel de máxima seguridad.

Y el barco inició su travesía hasta las islas.

A medida que el ferri se aproximaba a las dos islas, estas mostraban a los pasajeros sus enormes edificaciones. La primera de las islas, a la que se dirigían Roger, Curtis y Brian, ubicaba el lujoso centro médico del CMA. La isla más alejada, de aspecto inquietante, ocultaba tras sus bosques los muros de la prisión mental de máxima seguridad más concurrida del Estado. Roger estaba cautivado por la Prisión, pero desde el barco sólo podían verse las torretas de seguridad. En la Prisión cumplían condena los criminales más peligrosos del país: asesinos, violadores dementes, terroristas y presos peligrosos, todos ellos convivían entre aquellas paredes controlados por los médicos del CMA y custodiados por unidades militarizadas. Desde el transbordador, y entre la densidad de los árboles, Roger pudo ver los muros húmedos de la edificación, y la visión fue aterradora. En las torretas de vigilancia, varios agentes armados no dudarían en abrir fuego si alguien intentaba escapar, o incluso si había alguna pelea entre los internos. La vida de los que habitaban tras esos muros carecía de valor para una sociedad que se apresuró en darles la espalda.

—Acojonante, ¿verdad? —comentó Curtis, y Roger asintió—. La Prisión... se cuentan muchas historias de lo que ocurre ahí dentro: algunos dicen que experimentan con los presos.

—¿De verdad? —preguntó Roger extrañado.

—Ya lo creo —comentó Curtis, con tono enigmático—. Nadie sale vivo de la Prisión.

—Un túnel por debajo del agua comunica las dos islas. Si un preso fuera capaz de cruzarlo, podría acabar con todos nosotros. Los chalados más

peligrosos del Estado están encerrados ahí dentro —añadió Brian.

—Eso no es posible. La seguridad del centro jamás permitiría que algo así sucediera.

—Pero... ¿y si falla la seguridad? —cuestionó Brian.

—Eso no puede ocurrir —se aventuró en afirmar Roger—. Lo matarían antes de que pudiera cruzar.

—Esos mercenarios son unos inútiles —comentó Curtis—. Los cerdos que dirigen estos centros solo piensan en los beneficios, en ganar dinero. Los de seguridad saldrían corriendo hacia el barco en cuanto sonaran las alarmas, me la juego.

—No hay barco —apuntilló Brian.

—¿Qué?

—No hay barco en la Prisión, por protocolo. Si la seguridad falla, los presos tomarían el control de la isla con facilidad, aunque dudo mucho que puedan cruzar el túnel. Las puertas sólo se abren con un escáner biométrico. Con un ordenador soy capaz de tumbar toda la seguridad del CMA con relativa facilidad, excepto las puertas del túnel, esas me plantarían batalla durante unas horas —afirmó Brian, y su rostro dibujo una mueca de superioridad.

Curtis y Roger observaron al chico, y entonces cayeron en la cuenta de quién se trataba. Aquel enclenque era Brian Mitnick, más conocido como “The Phantom”, considerado como un peligroso hacker activista que unos meses atrás había puesto en cuarentena la seguridad del Pentágono. Brian sonreía con la mirada perdida en el horizonte, mientras se rascaba con insistencia el antebrazo derecho.

El transbordador atracó en un pequeño embarcadero. Allí aguardaban dos celadores vestidos de blanco. Curtis, Brian y Roger se apearon del ferry, y este reinició su marcha hacia la Prisión.

—Bienvenidos al CMA —dijo uno de los celadores, mostrando una amplia

sonrisa—. Acompáñenme, si son tan amables.

El silencio en aquella isla era abrumador, tan solo perturbado por el golpear de las olas contra la rocas. Los tres jóvenes caminaron tras el celador, y se adentraron en el bosque hasta llegar a la entrada del complejo. Una escalera de acero los condujo a una enorme puerta acristalada: «PABELLÓN PRIVADO», se podía leer impreso en el cristal. Accedieron a un amplio recibidor, decorado con estilo minimalista y adornado con bonitas plantas. El punto de partida. Una señorita los atendió en la zona de admisiones; registró sus datos en el ordenador y les dio la bienvenida. Una vez cumplido con el protocolo de admisión, el celador los condujo hasta una pequeña sala con varias habitaciones. Una vez allí, les entregó un paquete plastificado que contenía la ropa de color blanco que deberían utilizar en las instalaciones del CMA. El celador invitó a los recién llegados a entrar en las habitaciones.

Roger abrió el paquete: calzoncillos, calcetines, una camiseta interior y un chándal de dos piezas. Todo de un blanco impoluto que, bajo la iluminación de las luces blancas de neón, llegaba incluso a causar molestias en los ojos.

—Este color resalta mi bronceado —bromeó Curtis, de nuevo en la sala y ya ataviado con la ropa del Módulo Privado.

El celador hizo un gesto al grupo, y estos caminaron tras él hasta llegar a una antesala con una puerta custodiada por un hombre de seguridad armado con un fusil de asalto. Roger sintió cierto respeto. «¿Es necesario un tipo armado aquí?», se preguntó.

—Sitúense sobre la marca roja que pueden ver en el suelo —dijo el celador. Entonces, las luces blancas se apagaron y se activaron otras de color rojo—. No se preocupen, están siendo escaneados por nuestro escáner orgánico para asegurarnos de que no introducen ningún objeto no autorizado en las instalaciones.

Las cegadoras luces blancas iluminaron de nuevo la antesala, y una luz verde

se activó sobre la puerta custodiada por el hombre armado.

—Pueden pasar —dijo el hombre de seguridad.

Los tres chicos cruzaron el umbral de la puerta y accedieron al CMA con la certeza de que, una vez allí dentro, sus vidas cambiarían por completo.

ΩΩΩ

El doctor Ridgway se acariciaba la barbilla tras el control de mandos, pensativo, consciente de que el tratamiento al que se estaba sometiendo Roger se acercaba a su fase final y el riesgo para la salud del paciente se incrementaba. Un error y Roger terminaría babeando en algún rincón de las instalaciones del CMA.

La sala de control tenía un aspecto futurista: pantallas proyectadas a modo de holograma ofrecían una clara imagen de los lóbulos cerebrales del paciente; el doctor Bracco trabajaba sobre las imágenes bajo la atenta mirada de Ridgway. Desde allí podían proyectar e incluso visualizar toda la vida del paciente, hurgando en su cerebro con nanomáquinas diseñadas para tal uso.

—¿Lo tenemos? —preguntó el doctor a uno de sus ayudantes.

El técnico manejaba unos pequeños controles con forma de joystick. Un punto rojo indicaba la posición proyectada en el diagrama del cerebro de Roger, e indicaba el bloque de la memoria que debían borrar cuando lo sometieran a la lobotomía.

—Lo tenemos, doctor. ¿Procedo a su señalización?

—Adelante —afirmó Ridgway con preocupación. Entonces, el ayudante inició el proceso de señalización, y dos enfermeros de bata verde se situaron junto al escáner; en su interior, Roger dormía mientras los científicos jugaban a visionar películas con su cerebro.

—Bloque de memoria seis localizado. Identificado en el lóbulo temporal medial —dijo el técnico—. Procediendo a la señalización del punto.

En la pantalla, la señal roja se había transformado en azul, iniciando el proceso para la identificación de la memoria. En apenas unos instantes, un

mensaje en los monitores indicó que el proceso había finalizado: «COMPLETADO»

—Punto de memoria señalado. Paciente 2511 en fase de sueño; procedemos a despertarlo —dijo el técnico, pulsando una tecla en su ordenador.

El escáner emitió su sonido característico y, entre el humo de los compresores, la puerta de cristal se abrió. El rostro de Roger, ya despierto, denotaba un exceso de cansancio.

—Paciente 2511... Diga alto y claro su nombre y primer apellido.

—Roger Mears.

—¿Qué día es hoy?

—Seis de febrero de 2020.

—¿Cuántos dedos puede ver aquí?

—Cuatro.

—¿De qué color es esta cartulina?

—Azul.

—Paciente 2511 ubicado correctamente en el espacio temporal —dijo uno de los enfermeros, y a continuación ayudó a Roger a levantarse.

El agotamiento era más evidente que en otras ocasiones, y Roger se encontraba al borde de la extenuación. El duro tratamiento le estaba causando graves daños físicos, y tal vez mentales. Su cuerpo y su cerebro habían sido llevados a una situación límite.

Desde la sala de control, el doctor Ridgway observaba mientras guardaba silencio: veía el rostro fatigado de Roger, pronto debería practicar la lobotomía si quería obtener buenos resultados.

—«Paciente 2511, levante la mano derecha» —dijo el doctor Ridgway por un micrófono, y su voz sonó en el interior de la sala de escáneres mediante unos altavoces ocultos en las paredes. Roger alzó su mano izquierda con cierta desidia. Ambos enfermeros buscaron con la mirada al doctor: era la primera vez que

Roger cometía un error. Ridgway asintió con la cabeza, consciente de la equivocación de su paciente, pero invitando al personal sanitario a que continuara con el proceso.

—Paciente 2511, camine hasta tocar con la mano izquierda la pared que tiene enfrente —dijo el enfermero.

Roger caminó con paso errático hasta completar la orden del enfermero, sentía que sus piernas pesaban varias toneladas y decidió detenerse un segundo, apoyando ambas manos en la pared. El enfermero buscó de nuevo la aprobación del doctor. Ridgway asintió, aunque intranquilo.

—Paciente 2511, Roger Mears, con todas sus funciones cognitivas en perfecto estado —asintió el enfermero cumpliendo con el protocolo, aunque dudando de sus propias palabras. Era evidente que Roger no se encontraba bien.

El doctor Ridgway se adentró en la sala de escáneres. Su rostro denotaba preocupación. La localización de la memoria había resultado un éxito, pero el estado físico y mental de Roger parecía estar empeorando.

—¿Cómo se encuentra, señor Mears? —preguntó el doctor, mientras tomaba notas en una tableta electrónica.

—¿La verdad, doctor? Hecho una mierda...

—Bueno, es normal que empiece a percibir síntomas de agotamiento. Estamos sometiendo a su cerebro a una situación de estrés elevado. No obstante, tengo buenas noticias para usted: hemos localizado el momento en el que llegó al CMA. Un par de sesiones más hasta localizar el punto exacto que originó su enfermedad y entraremos a la sala de operaciones.

—Gracias, doctor.

—Ahora necesito que descanse. No podemos alargar el tratamiento durante más tiempo, no sería bueno para el resultado final. Mañana localizaremos los bloques de memoria que necesitamos y entonces será sometido a la operación. Pronto no recordará nada y podrá disfrutar de una vida nueva, alejado de esas

pesadillas que en estos momentos le atormentan.

—Doctor, estoy muy jodido pero no quiero descansar. Me gustaría terminar con esto cuanto antes así que... si no le importa, me gustaría someterme a otra sesión —dijo Roger que firmeza. Acto seguido, el doctor Ridgway examinó las pupilas de su paciente con una linterna, y después verificó que las constantes vitales de Roger se mantenían en márgenes normales. Ridgway volvió su mirada a la sala de monitorización; desde allí, el técnico encargado de los controles hizo un gesto de aprobación.

—El protocolo de utilización del escáner cerebral señala que se deben guardar tres días de reposo tras una sesión —comentó el doctor Ridgway, consciente del peligro que corría el tratamiento para el estado mental del paciente.

—Puedo hacerlo, doctor —afirmó Roger con firmeza.

El doctor Ridgway solicitó la presencia del doctor Bracco en la sala de escáneres; este abandonó su puesto en el control y comentó con Ridgway la posibilidad de someter a Roger a otra sesión de localización de memoria. Tras una breve y gestual charla, el doctor Ridgway asintió y Bracco volvió al control.

—De acuerdo, señor Mears. Es probable que pase una mala noche, pero vamos a realizar otra sesión.

6

La primera luz de la mañana penetró por un pequeño respiradero, instalado en la parte alta de una pared húmeda y mohosa. En aquella oscura habitación se respiraba un aire repulsivo y fétido.

Roger llevaba dos días encadenado en aquella pared. El olor a vómito era insoportable en la opresiva celda, y si no sustituían pronto el recipiente metálico que utilizaba para vomitar por otro limpio, el olor agrio a bilis le provocaría más náuseas. Observó sus manos: las muñecas sangraban debido a las heridas provocadas por el forcejeo continuo con los grilletes. En aquel pabellón podía escuchar unos gritos aterradores, gemidos de desesperación provocados por otros pacientes en rehabilitación y que se encontraban en la misma situación que él.

Encerrado en esa celda y encadenado como si fuera un animal maltratado, Roger combatía para derrotar a sus adicciones con la ferocidad de un león, y trataba de expulsar y arrancar de forma definitiva cualquier resquicio tóxico de su organismo. «¿Cuánto tiempo lo tendrían en aquel agujero?», se preguntaba. Era consciente de que estaría allí el tiempo necesario, hasta que la heroína y los calmantes que durante años había estado consumiendo su maltrecho cuerpo desaparecieran sin dejar rastro. Era una batalla dura, y que debería vencer si de verdad quería cambiar su destino. Rehabilitarse era un requisito indispensable para someterse a la lobotomía y recuperar su vida.

Una pequeña rendija se abrió en la parte inferior de la puerta, y un celador lanzó a los pies de Roger una pequeña bandeja de aluminio: un poco de pan, leche y agua.

Roger, hambriento, se lanzó a por el pan. La leche y el agua terminaron derramadas sobre la bandeja.

—¡Necesito hacer mis necesidades! —gritó mientras volcaba la bandeja para

beber leche y se llenaba la boca con pan, pero el celador apenas le prestó atención.

—Eso es trabajo de mi compañero, deberás esperar al menos una hora — dijo el celador cerrando con un golpe la rendija.

—¡No aguanto más! —vociferó Roger, desesperado—. ¡Me cago!

—¡Pues háztelo encima! —se escuchó en la lejanía del pasillo, y el celador se marchó sin prestar más atención a Roger.

«—*Ánimo amigo, tienes que ser fuerte y seguir luchando* —sonó una voz, oculta en la oscuridad de la celda.

Roger se asustó y forzó la vista tratando de encontrar la procedencia de la misteriosa voz, pero no logró ver nada. Era una voz conocida y que le resultaba familiar; una voz amiga.

—*¿Quién eres? ¿Dónde estás?* —preguntó, confuso.

—*Ha pasado mucho tiempo, amigo. Necesitaba hablar contigo de nuevo.*

—*¿Louis? ¿Eres tú?* —Roger giraba la cabeza de un lado a otro, intentando que el pequeño hilo de luz que entraba por el respiradero le ayudara a descubrir a quién pertenecía aquella conocida, aunque misteriosa voz. Entonces, Louis se inclinó hacia delante y se dejó iluminar, mostrando un rostro sin heridas, sano. Roger sólo vio una sombra, después Louis volvió a envolverse en la oscuridad de la celda.

—*Tienes que ser fuerte. Lucha, hermano. Pelea por salir adelante.»*

La puerta de la celda se abrió de golpe y dos enfermeros acompañados por un celador irrumpieron vociferando y con rostros de preocupación. El celador empujaba un carrito con medicamentos y material sanitario.

—¡Deprisa! ¡Está alucinando! —exclamó uno de los enfermeros. El otro le introdujo a Roger un termómetro de oído.

—41° Celsius. ¡Inyéctale 1200 miligramos de Lysinotol y 2 miligramos de Suboxone! —ordenó el enfermero.

Roger, todavía encadenado, convulsionaba al borde de la inconsciencia mientras su cabeza rebotaba contra la pared de cemento. Su cuerpo sudaba de

forma exagerada, y expulsaba por los poros de su piel un sudor frío y amarillento. El medicamento que le inyectaron ejerció pronto su efecto y el cuerpo de Roger empezó a calmarse, aunque no evitó que perdiera el conocimiento.

—Se ha desmayado pero la fiebre está disminuyendo. Asearemos al paciente y que envíen a alguien para limpiar esta celda. Estas condiciones son inhumanas —dijo uno de los enfermeros, mientras se despojaba de los guantes de látex—. Que lo trasladen a la sala verde para desinfectarlo.

Siete días más tarde, los vómitos, los episodios de fiebre y las alucinaciones habían desaparecido. Roger, que todavía seguía encadenado a la pared, había eliminado con éxito cualquier sustancia que envenenaba su cuerpo: la adicción y la necesidad de consumir iban desapareciendo. Todavía le quedaba un largo proceso para la rehabilitación, pero había dado un paso importante y su organismo empezaba a limpiarse después de varios años de abusos y excesos. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía orgulloso. No obstante, era consciente de que sólo había dado el primer paso hacia su recuperación, y que el tortuoso camino hacia la rehabilitación no había hecho más que comenzar.

Por el rayo de sol que penetraba por el respiradero dedujo que debían ser las seis de la mañana. Un celador, más amable que quien lo atendió la semana anterior, abrió la puerta de la celda y entró para dejar la bandeja con el desayuno: la depositó sobre la mesa metálica anclada en la pared. A continuación, el celador sacó de su bolsillo un manojito de llaves y liberó a Roger de sus grilletes.

—Gracias —dijo Roger, a la vez que rascaba sus heridas de las muñecas—. ¿Cuál es el procedimiento a partir de ahora?

—No me está permitido hablar con los pacientes, señor. Pronto recibirá la visita del médico —se explicó de forma escueta el celador.

—Vamos —dijo Roger con la voz carrasposa—, échame una mano. ¿Cuánto tiempo me queda en este agujero de mierda?

—Siete días, pero sin grilletes —mencionó el celador mientras cerraba la puerta de la celda y se marchaba. Roger cogió la bandeja con el desayuno y se sentó sobre el camastro atornillado en la pared sobre el que descansaba un pequeño colchón de espuma. Partió el pan en varios trozos y los bañó en la leche caliente. Disfrutó de aquellos bocados libres de cadenas como si fuera un niño con una tableta de chocolate.

Esa semana de cautiverio le resultó mucho más llevadera: sin grilletes estaba más cómodo, aunque era consciente de que todas las medidas que allí se tomaban eran estrictamente necesarias para su rehabilitación. El médico le visitó más tarde, y le aconsejó hacer cortos paseos recorriendo los pocos metros que componían la celda, le dijo que necesitaba estirar los músculos de las piernas para que no se entumecieran. La dieta también mejoró y, aunque le mantuvieron el mismo desayuno, introdujeron dos comidas más: para el almuerzo, carne de ternera troceada al horno con patata asada, y pescado con verduras hervidas para la cena.

Una semana más tarde, el mismo celador que lo liberó de los grilletes trasladó a Roger a otra celda de aislamiento, pero esta vez ubicada en una planta superior. Su nueva habitación era mucho más cómoda y disponía de una ventana con vistas al mar.

—Aquí estará mejor, señor Mears —dijo el celador con una sonrisa amable—. Dos semanas más en aislamiento y lo trasladarán al Módulo Privado.

—Después del agujero de donde vengo, cualquier cosa me parece mejor. Cuéntame algo del Módulo Privado, supongo que estar allí compensará el mal trago por el que estoy pasando; mi padre soltó una pasta para ingresarme aquí.

—No lo dude, señor Mears. Habitaciones con ducha, sala de video, piscina y spa, librería, cafetería con unos menús excelentes...

—Vale, vale —interrumpió Roger entre risas—. No me hagas más difíciles los días que me quedan en aislamiento.

Aquella fase le resultó más llevadera, incluso pudo disfrutar de la lectura de libros infantiles. A Roger siempre le gustó la literatura de terror, pero no le quedaba más remedio que conformarse con lo que le llevaba el celador. Pasó los días en su nueva habitación tumbado en la cama, leyendo, pensando, y disfrutando también de las vistas al mar y de la preciosa puesta de sol, disfrutó viendo las olas romper contra las rocas y formar esa espuma blanca tan característica. Allí se encontró cómodo, aunque con el paso de los días echó de menos la compañía de otras personas.

Esas dos semanas en aislamiento se hicieron eternas para él: incluso con la mejora de las comodidades, se hacía pesado y duro estar solo y sin poder consumir heroína, su fiel compañera que durante cinco años había conseguido hacer que su soledad fuese más llevadera.

Encerrado entre cuatro paredes, pierdes la noción del tiempo, este parece detenerse creando en el ser humano una sensación extraña de abandono. El mundo sigue girando a gran velocidad, sin detenerse un solo instante a preguntarse qué ha sido de ti, o dónde estás. Ese tiempo perdido jamás se recupera. Pero hay ocasiones en las que el encierro y la soledad se convierten en algo tan necesario para vivir como lo es el respirar. Y ese pensamiento mantenía viva la esperanza de Roger, pues creía que sacrificando ese tiempo podría recuperar el control de su vida y olvidar el pasado.

El escáner se abrió por segunda vez para Roger en aquel duro día. Tras las comprobaciones de rigor, el doctor Ridgway se mostró muy feliz por el resultado, y su rostro sonriente delataba el asombro que sentía por el empeño que ponía Roger en su recuperación.

—Le felicito, señor Mears, tiene usted una voluntad de hierro. Nunca había tratado un paciente tan fuerte y comprometido. Estoy fascinado por la perseverancia que está mostrando. Es usted un verdadero guerrero.

—Gracias, doctor, aunque debo decirle que no es en el interior de esta

máquina donde me gustaría estar gastando mis fuerzas —dijo Roger, visiblemente agotado por el esfuerzo y el estrés que le suponía el escáner para su cerebro.

—Lo sé, pero por desgracia no creo que vuelva a jugar al baloncesto. No obstante, con su fuerza de voluntad y la capacidad que tiene para luchar, no me cabe la menor duda de que saldrá de aquí convertido en un hombre nuevo, se lo garantizo —dijo el doctor Ridgway con tono condescendiente.

—Eso espero, doctor... eso espero.

7

Roger se encontraba extenuado cuando salió de la sala de escáneres. Las luces blancas de neón golpeaban sus fatigados ojos, mientras el zumbido de los tubos reverberaba en sus tímpanos. Precisaba encontrar pronto su habitación para descansar. Deambuló por los pasillos, desorientado, perdido, y requirió de la ayuda de un celador para llegar al dormitorio.

Cuando accedió a la estancia, se tumbó sobre la cama y cerró los ojos: necesitaba descansar.

El doctor Ridgway había decidido localizar en la siguiente sesión los dos últimos puntos de memoria que debía borrar, entre ellos el momento del accidente. Tras la operación, Roger permanecería dormido y en observación durante siete días, después sería trasladado a un hotel en el Distrito Financiero de Capital City para ser despertado; era el procedimiento habitual en una lobotomía para confundir al cerebro, que nunca podría interconectar los recuerdos del CMA con la realidad, evitando así causarle una reacción adversa que pudiera llevar al traste la operación. A Roger le harían creer que había recibido un tratamiento de rehabilitación convencional en un centro habilitado en la ciudad, incluso introducirían en su memoria recuerdos simulados para fortalecer la coartada. Pero tumbado en la cama y ordenando sus pensamiento, Roger era consciente de que el resto de su vida se convertiría en una realidad distorsionada, una mentira, pero incluso así, esa distorsión era preferible a la horrible pesadilla en la que se había convertido su existencia. Con los ojos cerrados, pensaba en Alissa; había conectado con ella como hacía años que no conectaba con nadie, y una llama candente había despertado en ellos. Miradas, caricias, y algún beso cuando lograban escabullirse del control estricto de los celadores. Roger sentía la necesidad de conocerla en un entorno más humano, alejado del color metálico de las paredes y las luces blancas de neón pero, «¿de qué forma lo harían?», se

preguntaba. «¿Cómo la recordaría si su paso por el CMA iba a ser borrado de su memoria?». Se durmió. Y en su sueño, Alissa estuvo presente.

El reloj marcaba las seis y media de la tarde cuando Roger despertó, había permanecido dormido los dos últimos días. Se levantó y sus piernas, débiles, apenas eran dos bloques de carne y músculos inertes incapaces de soportar el peso de su cuerpo. Después una ducha caliente, se vistió con un chándal limpio y se dispuso para ir a cenar.

En el comedor, Curtis cenaba acompañado por John y Chad; le hizo un gesto para que tomara asiento con ellos, pero la mirada de Roger coincidió con la de Alissa, que en una mesa apartada reservaba una silla para él. Roger ignoró a sus amigos y dibujó una tímida sonrisa en su rostro mientras caminaba hacia ella.

—¿Cómo estás? —preguntó Alissa con voz suave, casi susurrando.

—Jodido —respondió Roger, y después guardó unos segundos de silencio—. Pero ya queda poco. Mañana me operan y todo esto habrá terminado.

Alissa bajó la mirada, triste y aterrada ante la posibilidad de que algo pudiera salir mal. Allí encerrados, los días parecían meses. Roger se marcharía al día siguiente y ella quedaría atrapada en aquel lugar, sola. Sus miradas se cruzaron de nuevo; Alissa desvió la suya y una lágrima surcó su mejilla.

—¿Qué pasará a partir de entonces? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Que te olvidaré... jamás habrás existido para mí.

—¿De verdad tan grave es lo que hiciste que no puedes vivir con ello? —dijo ella, inquieta por conocer la historia que tanto perturbaba a ese chico por el que estaba empezado a sentir con fuerza.

Roger se mantuvo en silencio, pensativo, sabedor de que era imposible vivir con esos recuerdos. Le aterraba la idea de tener que pasar el resto de sus días atormentado por las mismas pesadillas. «No, la única solución era borrar todo aquello de mi memoria», pensó Roger, pero terminó por rehuir de la pregunta formulada por Alissa.

—Prefiero no hablar de ese tema contigo... pero escúchame con atención: creo que tengo una solución.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella intrigada. Roger miró a la chica fijamente a los ojos. En su rostro cansado se había encendido una pequeña luz de esperanza. Deseaba conocerla más, pero como una persona normal, en una situación convencional, y no como un drogadicto atormentado que estaba encerrado en un centro de rehabilitación. Sintió la necesidad de llevarla a cenar a un buen restaurante, de pasear descalzos a la orilla del mar, y de besar sus tiernos labios bajo un cielo estrellado. Roger pensó que, junto a ella, podría vivir una nueva vida.

—Escúchame con atención —dijo Roger, tomando la mano de Alissa—. Debes buscarme cuando salgas de aquí. Para mí serás una desconocida pero si nuestros destinos están unidos, mi corazón palpitará con fuerza cuando nos encontremos. Algo me dice que te recordaré... no sé qué es, ni por qué, pero sé que nada en este mundo será capaz de evitar que nos conozcamos fuera de estas paredes de acero. ¿Confías en mí?

—Claro —respondió ella con una sonrisa, y acercó sus labios a los de Roger. Él quiso besarla, pero el doctor Bracco interrumpió el momento.

—Chicos, separaos un poco. Ya sabéis que no están permitidas las relaciones personales dentro del centro —dijo el doctor mientras pasaba junto a ellos. Roger se fijó en la bata del doctor, por norma general siempre de un blanco impoluto, pero aquel día tenía unas extrañas manchas de color rojo en una las mangas: salpicaduras de sangre.

—Doctor, tiene sangre en la manga —dijo Roger, advirtiendo al doctor Bracco. El doctor fijó su mirada en una de las mangas salpicada, pero le restó importancia.

—¿Esto? No es nada. Hubo una pelea en el Módulo Obligatorio y tuve que curar la nariz de un paciente —explicó el doctor con voz temblorosa y sin

detenerse, aunque su excusa no resultó demasiado convincente.

—Qué extraño... —comentó Roger.

Alissa y Roger pasaron juntos las últimas horas del día, charlando, riendo, y también evitando los detalles más escabrosos de sus vidas... hasta que un celador les invitó a que abandonaran la sala y se recluyeran en sus dormitorios. Se despidieron con una tristeza infinita; al día siguiente serían dos extraños. Él no la recordaría, ella nunca podría olvidarlo.

El reloj marcaba las siete de la mañana. Los primeros rayos de luz penetraron por la ventana de la habitación, y en la pared de acero dibujaron el despertar de una nueva vida. El rostro de Roger se iluminó, sonriente, pues se trataba de su último despertar en el CMA; pronto todo acabaría. De repente, un enfermero y un celador irrumpieron en el dormitorio. Roger los observó, inmóvil en la cama. «Ha llegado el momento», se dijo.

—Paciente 2511, traslado al quirófano del doctor Ridgway —le dijo el enfermero al celador—. Procedamos a su preparación.

El celador asintió y, acto seguido, inyectaron una vía en la muñeca de Roger.

—Un momento —interrumpió Roger con preocupación—. Avisen al doctor, todavía me falta una sesión de escáner.

—No se preocupe, señor Mears, estamos al corriente. Vamos a prepararlo y le trasladaremos a la sala de escáneres, después pasará al quirófano para ser operado por el doctor Ridgway —dijo el enfermero, y aquellas palabras tranquilizaron a Roger. Esa mañana localizarían el momento más importante de su historia: el origen de su enfermedad mental y el de su adicción a las drogas... el principio del fin de su vida.

—No obstante, el doctor pasará a visitarle antes del traslado —comentó el enfermero. Y como si hubiera estado escuchando la conversación oculto tras la puerta, el doctor Ridgway accedió a la habitación de Roger. El rostro del doctor reflejaba preocupación: sin duda, aquel también era un día importante para él.

—Buenos días, Roger. ¿Qué tal se encuentra? —preguntó el doctor con amabilidad.

—Estoy un poco nervioso, doctor. ¿Qué ocurrirá a partir de hoy?

—Una nueva vida empieza para usted, tal vez no como la dejó antes de que se resquebrajara, pero estoy convencido de que será mejor de lo que ha sido desde entonces. Lo olvidará todo, señor Mears, incluso si alguien intenta recordarle el pasado, su cerebro lo rechazará por completo. No quedará rastro de su adicción a las drogas, ni tan siquiera de su paso por las instalaciones del CMA.

—¿Y si quisiera recordar algo? Del CMA me refiero...

—Imposible, jamás tendrá constancia de haber estado aquí. Tras la operación cualquier recuerdo vinculado al accidente no tendrá nexo de conexión neuronal: para su cerebro será imposible procesar esa información porque esa noche nunca habrá existido para usted. Además, nos preocuparemos por borrar su estancia en el CMA. Es un tratamiento innovador, señor Mears, es usted un privilegiado de poder hacer uso de esta tecnología tan avanzada —explicó el doctor y, a continuación, ordenó que pasaran a Roger a una camilla. El celador acomodó a Roger y lo trasladaron a la sala de escáneres. Una vez allí, el doctor Bracco le inyectó un potente sedante. Roger clavó la mirada en las luces blancas de neón. Dentro de una semana, cuando despertara en la habitación del hotel, nada de aquello habría pasado. Roger estaba ansioso por recuperar su antigua vida. Entonces, su vista se nubló y pudo sentir cómo la camilla se introducía por última vez en el escáner. Alzó el cuello, las miradas de preocupación de Ridgway y Bracco fue lo último que vio.

ΩΩΩ

Roger había luchado en la canchas de baloncesto desde que era un niño por estar en aquella situación: adorado, aclamado y alabado por todos. Le llenaba de satisfacción ver el salón de actos de la universidad repleto de gente, y todos aguardaban a que él entrara en escena. No le intimidaba el escenario, estaba justo

donde quería estar, y para ello había trabajado duro durante los últimos años. Era el líder del mejor equipo universitario de baloncesto que se recuerda en Capital City; un base de la vieja escuela con una visión de juego espectacular. Partido tras partido, Roger era capaz de llevar al equipo hacia la victoria. La afición estuvo siempre con él. Se había convertido en un chico de oro.

Y allí se encontraba, vestido con un traje negro de cinco mil dólares y con una copa de *Moët* en la mano, rodeado de gente que le daba palmaditas en la espalda y que buscaban una foto con la que inmortalizarse junto a la estrella del momento. Integrante del quinteto ideal de la NCAA, mejor asistente de la liga, y con un futuro prometedor por delante. Pronto, su nombre sonaría por los altavoces y llegaría su momento, ese momento que había esperado y con el que había soñado desde que, cuando siendo todavía un niño, jugaba en el patio trasero de su casa. Roger subiría al escenario para recoger su trofeo y, una vez tuviera a todo el público rendido a sus pies, anunciaría que la prensa especializada lo situaba encabezando la lista del *Draft* para la NBA; el mejor premio posible. Casi con total seguridad firmaría un contrato millonario, y el próximo año estaría jugando en las mejores canchas del planeta.

Roger había logrado situarse en la cima sin descuidar los estudios, y aplicando la doctrina de su padre, estaba cerca de licenciarse con honores en Derecho. Sin embargo, aquella noche sintió que había llegado el tiempo de volar en libre: iba a ser una estrella de la NBA, y allí tus conocimientos sobre leyes no tienen valor, tendría dinero suficiente para contratar todos los abogados que fueran necesarios para controlar su carrera deportiva. Entonces sólo tendría importancia lo que era capaz de hacer con el balón en la cancha. Y en la pista, Roger era mágico.

—¡Damas y caballeros! ¡Tengo el placer de anunciar el premio al mejor jugador de baloncesto por la Universidad de Capital City! ¡El chico de oro que ha devuelto a los Tech Wolves al lugar que se merecen! ¡Nuestro base titular,

integrante del quinteto ideal de la NCAA y futuro número uno del *Draft* para la NBA: Roooooger “RG” Mears! —gritó el speaker desde lo alto del escenario. Y ese era él, había llegado su momento. Entonces, el público asistente a la gala empezó a corear su nombre. Roger dejó la copa de champán sobre una mesa, se abrochó su elegante americana, y subió al escenario alzando los brazos en señal de victoria. Desde allí arriba todo se veía mucho mejor. La gente lo aclamaba, lo adoraban. Buscó a su padre entre el público, pero no lo encontró: el gran abogado no había podido acudir a la gala, pero lejos de estar decepcionado, Roger se sentía feliz. El público aplaudía efusivo, y pudo sentir cómo el vello de su cuerpo se erizaba, sorprendido por la magnitud que estaba tomando su vida. Tal vez su padre no estuviera orgulloso de él, pero en aquel instante Roger descubrió que tampoco le importaba, nunca había estado a su lado y ya no lo necesitaba. Pronto, Roger estaría viviendo una vida de ensueño, convertido en una estrella del deporte: rico y famoso, siempre rodeado de mujeres despampanantes que le entregarían su cuerpo para complacerle a cambio de unos minutos de fama.

—¡Muchas gracias, Wolves! —gritó Roger por el micrófono.

Entonces, la gente se exaltó todavía más. El decano de la universidad hacía gestos con los brazos, intentado tranquilizar a los aficionados para que Roger pudiera iniciar su discurso.

—Es un honor para mí recibir este homenaje por parte de la universidad, y un placer ver que estáis disfrutando conmigo de este momento tan especial. Este premio no es sólo mío, sino de todo el equipo, de todos vosotros, porque nos habéis llevado en volandas hacia el título de campeones, y sin vuestro apoyo nada de esto sería posible. ¡Sois los mejores! —gritó de nuevo.

El público y los aficionados allí presentes coreaban al unísono su nombre. Aquello era grandioso para él; nunca en la vida había esperado que pudiera sentirse tan bien. Roger tenía la sensación de estar tocando la gloria con la punta

de sus dedos, y su meteórica carrera no había hecho más que comenzar.

—Los rumores apuntan a que la temporada que viene jugaré en la NBA... —prosiguió Roger con su discurso.

—¡Dales duro, RG! —interrumpió un aficionado, logrando arrancar una sonrisa en la joven estrella.

—Lo intentaré —dijo Roger señalando al hincha—. Pero antes quiero que sepáis que no estaréis solos la próxima temporada. El equipo es fuerte y tenemos al mejor entrenador del baloncesto universitario. Estoy convencido de que el año que viene volveréis aquí para celebrar otro título... pero ahora: ¡Fiesta! —gritó, haciendo temblar los altavoces, y con el público vibrando enardecido. Tras abrazarse con el entrenador, Roger bajó del escenario. La gala seguía en el pabellón de la universidad, pero Roger tenía mejores planes.

Salió al aparcamiento privado, donde su íntimo amigo, Louis Barckley, lo aguardaba junto a dos preciosas chicas para ir a una fiesta privada con los demás integrantes del equipo de baloncesto. La lujosa mansión de los Barckley, en los Humptons, a orillas de la playa, era el lugar indicado para una gran noche de desfase universitario.

—¡Vamos, RG, los chicos ya han salido! —dijo Louis sonriente.

—¿No han esperado para escuchar a mi discurso? —preguntó sorprendido.

—Ya los conoces... ¡Mujeres y alcohol! —exclamó Louis, mientras le entregaba una botella abierta de vodka ruso.

—¡Uuuuh! —gritó Roger dejándose arrastrar por el momento.

Ambos amigos se abrazaron y caminaron por el aparcamiento para montarse en el coche de Roger: un imponente Shelby GT 500 de color negro con quinientos cincuenta caballos de potencia bajo el capó.

Louis tomó asiento en el lugar del copiloto y las dos chicas, de las cuales no conocían ni sus nombres, se acomodaron en el estrecho sofá trasero del Shelby.

Roger orientó el retrovisor para observar a sus acompañantes: las chicas, una

rubia y una morena, lucían unos cuerpos preciosos y aquella noche iban dispuestas a satisfacer los deseos ardientes de las estrellas del equipo. Antes de arrancar el motor, Roger se detuvo un instante para contemplar sus escotes, luego bajó el espejo para fijarse en las piernas. Los vestidos de las chicas eran tan cortos que dejaban poco para la imaginación, e incluso pudo comprobar que una de ellas no llevaba ropa interior. Roger se había fijado en la chica de cabello rubio, en sus ojos claros y en sus tetas, y deseaba llegar pronto a la fiesta para arrancarle el vestido y follarla durante horas. El ego descontrolado le nublabla la vista y le hacía olvidar que esas chicas con las que tanto disfrutaba tenían familia, unos padres, hermanos, e incluso novio. Nada importaba si ni tan siquiera se preocupaba por preguntarles la edad; eran chicas fáciles ávidas de fama y popularidad, que ofrecían sus cuerpos a las estrellas universitarias con el afán de poseer su particular noche de gloria: ser folladas y olvidadas al día siguiente por las estrellas del equipo era un premio que buscaban con persistencia. Para ellas, la noche era especial, para Roger, una noche más.

Roger bebió un buen trago de vodka y le pasó la botella a Louis. Mientras tanto, en el asiento de atrás, las chicas preparaban unas rayas de coca.

—¡Joder, cómo quema esta mierda! —exclamó Roger entre risas y tos, mientras el vodka rasgaba su garganta poco acostumbrada al alcohol.

—Chicas, tirad esa mierda. No queremos drogas en el coche, podrían traernos problemas y arruinar nuestras carreras —ordenó Louis, poniendo un poco de cordura al momento.

—¡No jodas Louis, hemos terminado la temporada! No hay controles hasta septiembre —dijo Roger, mientras introducía la llave en el contacto y encendía el motor.

—Paso de la coca, pero no me importaría fumar un poco de maría.

—Venga, Louis, no nos amargues la fiesta —dijo la chica morena, con un tono de voz tan dulce y sensual que sería capaz de cautivar al mismísimo jefe de

la DEA—. Preparo un canuto de hierba si te metes una raya con nosotras. ¿La quieres sobre mis tetas?

—¡Qué coño! —exclamó Louis con los brazos en alto—. ¿Cómo puedo decirle que no a esta monada? ¡Vamos a colocarnos!

El motor del Shelby rugía con estridencia mientras el viento penetraba por las ventanillas y agitaba los cabellos de las chicas. Roger pisaba con fuerza el acelerador, a su vez, el descontrol en el interior del vehículo iba en aumento. La botella de vodka pasaba de mano en mano mientras el sabor desgarrador de la cocaína descendía por sus gargantas y les provocada arcadas. La fiesta había empezado, quizá demasiado pronto.

—¡Esta coca es cojonuda! —gritó Roger exaltado, a la vez que echaba un vistazo por el retrovisor. «Joder, que cachondo me están poniendo estas tías», pensó. En los asientos traseros del Shelby, las dos chicas habían empezado a acariciarse, se besaban y sus manos se deslizaban por los muslos y las tetas de una forma muy sensual. Roger no podía apartar la mirada del espejo, disfrutaba viendo cómo la chica morena lamía los pezones de la rubia. Roger se llevó la mano a la entrepierna: la erección estaba a punto de hacer que sus pantalones estallaran. Louis le lanzó una mirada cómplice y sonrió mientras se acomodaba en su asiento. La noche empezaba muy bien para los dos amigos.

Peter Deimmer llevaba meses deseando tomarse unas vacaciones. Su trabajo como presidente ejecutivo de una importante multinacional apenas le permitía pasar tiempo con Lenna, su esposa, y sus dos pequeños retoños. Por fortuna, ese fin de semana tenía tiempo libre a la espera de cerrar los flecos para una importante operación, y su jefe le había ofrecido la casa en los Humptons para pasar unos días. Peter y Lenna deseaban recrearse con los niños y divertirse en aquel entorno paradisíaco, donde podrían disfrutar de un fin de semana alejados de la contaminación de la gran ciudad. Peter no dudó en aceptar el ofrecimiento de su jefe.

Tommy, de cuatro años, dormía en su sillita mientras Alan, de seis, trataba de leer las señales de tráfico de la autopista. Peter odiaba conducir de noche, pero salió tarde del trabajo y querían aprovechar el sábado, por ese motivo decidieron salir un día antes de viaje, calculando que llegarían a los Humptons para la cena.

—Cariño, tengo ganas de llegar a la casa —dijo Peter, mientras agarraba el muslo de su esposa.

—¿Estaremos solos?

—Por supuesto, el señor Kovak no llegará de Europa hasta el lunes... tendremos toda la mansión para nosotros y los niños.

—Espero que cuando llegemos a la casa los niños ya estén dormidos —susurró Lenna al oído de su marido—. Los acostamos y podemos recordar viejos tiempos junto a la piscina.

El rostro de Peter se iluminó, recordó otras ocasiones en las que el señor Kovak le había prestado la casa en los Humptons. Peter deseaba estar a solas con su esposa; hacía tanto tiempo que no disfrutaban del buen sexo, del sexo pausado y tranquilo, que casi lo había olvidado. El exceso de trabajo y el estrés laboral terminan por hacer mella en la vida sexual de cualquier pareja.

—Mami, no le cuentes secretos a papi al oído, está feo —dijo Alan desde el asiento de atrás. Peter y Lenna se echaron a reír. El matrimonio inculcó a sus hijos buenos modales, como que hablar en susurros era de mala educación, pero dicho con la voz infantil y cargada de inocencia de Alan, les resultó gracioso.

—¿Cuántas señales has contado, hijo? —preguntó Peter mirando por el retrovisor.

—Mil quinientos millones, papi —dijo el niño, con convicción—. Cuando vaya al cole se lo diré a la señorita Dorian.

—Muy bien, hijo, pero no hables tan alto, tu hermano está dormido.

—¿Ya llegamos, papi? Estoy cansado de contar señales y quiero llegar a la casa de la playa.

—Pronto, Alan. Ya estamos cerca.

El Shelby, conducido por Roger Mears, circulaba a gran velocidad por una de las carreteras secundarias que llevaba hasta los Humptons. Era una carretera peligrosa y sinuosa, con curvas ciegas que en condiciones normales obligaban a circular a velocidades bajas. El coche derrapaba en las curvas, rozando el arcén que precedía a un peligroso acantilado oculto en la oscuridad de la noche, y tan solo iluminado de refilón por los faros de vehículo. Un accidente en aquel desamparado paraje podría resultar mortal.

—¡Conduces a mucha velocidad, RG! —gritó una de las chicas, asustada.

—¡Tú, cállate! ¡Si vuelves a decirme cómo debo conducir mi coche, te bajas ahora mismo y te dejo tirada en la cuneta! —exclamó Roger visiblemente enfadado, demasiado violento y alterado por el alcohol y la coca.

—Con tu permiso, creo que voy a pasar al asiento trasero —dijo Louis, lanzando una mirada cómplice a la chica morena.

Louis se incorporó para saltar al asiento de atrás e intercambiar su posición con la chica rubia. La varilla del velocímetro del Shelby rozaba las ochenta millas por hora cuando las señales indicaban una velocidad máxima de treinta y cinco. El vehículo entró derrapando en una curva y Roger estuvo a punto de perder el control, pero logró domar la potencia del coche y evitó una caída mortal al barranco. La suspensión trasera del Shelby se retorció e hizo que el vehículo se tambaleara, pero Roger demostró su destreza al volante y situó de nuevo el coche sobre la carretera. Louis volvió a sentarse en el asiento del copiloto y se abrochó de nuevo el cinturón de seguridad.

—Mejor esperaré a que lleguemos a los Humptons.

Roger, enardecido por haber controlado el vehículo, apretó con más fuerza el acelerador haciendo que la varilla del velocímetro se disparara. Al tomar otra de las curvas ciegas, se topó con los faros traseros de un vehículo familiar, y sin tiempo para reaccionar, lo embistió con tanta fuerza que lo lanzó con violencia

hacia el barranco. Conmocionado y asustado a la vez, Roger perdió el control del Shelby y se despeñaron tras el monovolumen.

En ese preciso instante, el tiempo se detuvo para Roger y ante sus ojos todo sucedió a cámara lenta: las dos chicas, semidesnudas, salieron despedidas y rompieron el parabrisas delantero: sus cuerpos se estrellaron contra las rocas y fueron aplastados por la carrocería del Shelby. El cuerpo mutilado, cercenado por la cintura de una de las chicas, volvió al interior del coche, golpeó a Louis y salpicó el rostro de Roger con sangre y vísceras. Louis y Roger llevaban puestos los cinturones de seguridad. Roger salvo la vida; Louis no tuvo tanta suerte: su cabeza quedó aplastada por una piedra de grandes dimensiones, y sus sesos fueron esparcidos por el interior del vehículo ante la mirada angustiada de Roger.

Tras varias vueltas de campana, la carrocería del Shelby se redujo a la mitad como si se tratase de una endeble caja de cartón. El vehículo se detuvo al golpear contra una roca, en la zona más profunda del barranco. Roger sintió el calor del motor estrujándole las piernas, aplastándolas y partiéndolas en dos sin contemplación, con la fuerza de una presa de varias toneladas. Apenas unos segundos después escuchó una atronadora explosión. El dolor era insufrible y ver a Louis decapitado a su lado encrudecía más la grotesca escena. Pero no pudo evitar ser egoísta y pensar en él, en su carrera como jugador de la NBA; si no acudían pronto en su ayuda y lo sacaban de aquella trampa de acero mortal, perdería las piernas. «¿Qué ha pasado?». «¿Qué coño ha pasado?!». «¿Qué ha sido esa explosión?». Escuchó los gritos de unos niños que provenían del monovolumen, y entonces su vista se tornó neblinosa.

Compungido por el daño que acaba de provocar, cerró los ojos y se dejó llevar.

Roger despertó tres días más tarde en una cama de hospital, frío, solo y abandonado. No podía mover las extremidades inferiores, tenía el cuerpo magullado y un dolor intenso en la cabeza que le impedía recordar. A duras

penas logró mover un brazo y, con temor a no encontrarlas, buscó sus piernas entre las sábanas, aterrado ante la posibilidad de que se las hubieran amputado, o de haber quedado tullido. Respiró aliviado cuando las pellizco y pudo sentir un agradable dolor en ambas extremidades.

El primer rostro que vio fue el de una enfermera. No muy amable, por cierto. Irrumpió en la habitación y se situó junto a él mientras inyectaba algo en el gotero, quizá morfina para calmar sus terribles dolores. Roger intentó hablar con ella, pero no tuvo la fuerza necesaria para articular palabra. Necesitaba conocer cómo había acabado en aquella habitación de hospital, pues sólo alcanzaba a recordar una sensación de aplastamiento en sus piernas, un desagradable sabor a humo en la boca, y gritos de sufrimiento. Sin decir nada, la enfermera se marchó de la habitación dejándolo solo de nuevo. Roger se sintió despreciado y no entendía los motivos.

Poco a poco, unos vagos recuerdos invadieron su mente: el homenaje en la universidad, unas chicas magreándose en el asiento trasero de su coche, a Louis gritando y bebiendo a su lado, una pequeña bandejita con rayas de coca que iba y venía del asiento trasero de su Shelby, el sabor amargo de la droga descendiendo por la garganta, y la imagen borrosa y confusa de los faros traseros de un vehículo familiar. De repente, Roger pudo ver ante sí los cuerpos desmembrados de las chicas, la cabeza de Louis aplastada contra el asiento del Shelby y una explosión que iba acompañada de unos gritos desesperados y desgarradores. Y dolor, mucho dolor. «¿Qué cojones he hecho? ¿Los maté a todos?», se preguntaba en la soledad alicatada de aquella habitación de hospital.

Desde la cama, contempló el cielo ennegrecido y cómo las gotas de lluvia golpeaban con timidez en el cristal de la ventana.

Él estaba vivo pero debería pagar por su imprudencia.

PARTE II: MIEDO

8

Cuando Roger abrió los ojos, la luz blanca cegó sus ojos, y pudo sentir que nada en él había cambiado. El mismo despertar y las mismas sensaciones que le habían acompañado durante su estancia en el CMA.

Con lentitud, se levantó de la cama y arrancó de su pecho los cables que lo conectaban a las máquinas. Olvidó extraerse la vía de su mano, y los goteros cayeron de forma estrepitosa al suelo, aunque no derramaron nada; estaban vacíos.

Tenía la boca seca y sentía náuseas. Su estómago se contraía, y su cuerpo se rebelaba ante la escasez de nutrientes.

Empezó a preocuparse cuando fue consciente de que no estaba en la habitación del hotel. Había despertado en su dormitorio del CMA, rodeado de paredes metálicas y luces blancas de neón. «¿Por qué no he sido trasladado al hotel? ¿El tratamiento ha fallado? ¿Por qué sigo aquí?», se preguntaba.

Entonces, el miedo se apoderó de él y sus manos empezaron a temblar. Se acuclilló en el suelo y, arrinconado en una esquina de la habitación, se agarró la cabeza con fuerza. Lo recordaba todo, absolutamente todo. Había sido sometido a una lobotomía para olvidar parte de su pasado, pero el fatídico accidente todavía seguía presente en su memoria, como si fuera un vampiro inmortal al que no se puede matar con facilidad. Recordaba a Curtis, a Brian, a Alissa, e incluso al doctor Ridgway. El quirófano, la sala de escáneres, los celadores. Su estancia en el CMA también debió ser borrada de su memoria, ¿por qué lo recordaba todo? La esperanza por recuperar su vida se desvaneció por completo en ese instante, y Roger rompió a llorar como si fuera un niño que ve alejarse a su madre. Lo había intentado. Había luchado por cambiar su destino, pero una vez más había vuelto

a fracasar. Las lágrimas descendían por su mejilla cuando levantó la vista al techo: sabía qué hacer. Utilizaría su válvula de escape para huir. De una vez por todas terminaría con aquella pesadilla que pretendía atormentarlo durante el resto sus días. Pondría fin a su vida.

Desolado, se incorporó y forzó la placa metálica con la intención de provocar un saliente con el que cortarse, pero desistió. Antes de acabar con su sufrimiento, quería ver a Alissa de nuevo, verla por última vez, aunque sólo fuera desde la distancia.

Roger se acercó a la puerta y observó por la ventana de metacrilato que se utilizaban como mirilla: el pasillo se encontraba vacío, sin rastro de personal ni pacientes. Con cuidado, giró la manivela. El cierre de seguridad automático estaba desactivado y, por seguridad, los pacientes sólo podían activarlos desde el interior de la habitación. Los celadores y enfermeros disponían de códigos maestros aleatorios.

Roger abrió la puerta y asomó la cabeza con precaución y miró a ambos lados del corredor: nadie.

«Qué extraño», pensó. Salió despacio al pasillo, debilitado y con una sensación de mareo que amenazaba con tumbarlo, quizá por la falta de presión arterial. Las luces le resultaban más molestas que en otras ocasiones, y tuvo que cerrar y contraer los párpados varias veces mientras sus ojos no dejaban de lagrimar. El zumbido de los tubos se incrustaba en su cerebro y le provocaba un estado de vértigo que le obligaba a apoyarse en las paredes.

Durante unos minutos, deambuló por los pasillos del Módulo Privado sin encontrarse con ningún paciente. No había rastro de los celadores. La vida en el CMA parecía haberse esfumado de repente, como si una inmensa bola de fuego los hubiese incinerado a todos.

De repente, Roger escuchó unos gritos que provenían de las habitaciones situadas en los pasillos contiguos, y aceleró el paso para dirigirse hacia allí. Se

situó en la esquina del pasillo y, con mucho cuidado, asomó la cabeza. Desde allí tenía una visión clara del corredor: todas las habitaciones parecían cerradas y no vio a nadie. Decidió avanzar con cautela. Los gritos se volvían más fuertes a medida que se acercaba al lugar de donde provenían, y las dudas se disiparon ante la certeza de que se trataba de quejidos de dolor. Escuchó golpes en el interior de una habitación próxima, como si alguien estuviese forcejeando. «Habitación 278». Los gritos eran tan desgarradores que Roger casi podía sentir el sufrimiento en su propio cuerpo. Sin embargo, nadie salvo él parecía atraído por la desesperanzadora petición de auxilio.

—¿Dónde se habrá metido el personal de seguridad? —farfulló Roger.

Atemorizado por lo que podía encontrarse en el interior de aquella habitación, Roger asomó la cabeza por la mirilla de la puerta y, con rostro horrorizado, observó las paredes salpicadas de sangre. En el centro del dormitorio, un paciente yacía en el suelo sometido por la rodilla que otro interno hincaba en su pecho mientras le agarraba la cabeza y la golpeaba contra el suelo con una brutalidad despiadada.

El cráneo del paciente agredido impactaba contra el suelo una y otra vez, hasta que el hueso empezó a quebrarse y se abrió como una sandía.

Las piernas del agredido temblaban e, indefenso, luchaba por evitar la muerte, agitando los brazos para forcejear con su agresor, pero pronto sus fuerzas se esfumaron y el forcejeo dio paso a los espasmos musculares. Roger acababa de presenciar un asesinato.

El agresor se incorporó. El cuerpo del asesino se contraía en una respiración agitada y convulsa, mientras la sangre de la víctima descendía por sus brazos, dibujando surcos de maldad que goteaban en el suelo.

Roger permaneció paralizado durante unos segundos, atenazado por un miedo que le impedía reaccionar. Había sido testigo de un acto salvaje y despiadado. Aquel maniaco había machacado el cráneo de otro paciente,

esparciendo su masa encefálica por toda la habitación, sin un ápice de respeto por la vida del otro.

Roger reaccionó, logró que su cerebro se recompusiera y trató de averiguar la identidad de la víctima, pero le resultó imposible: el rostro del cadáver estaba tan desfigurado que incluso resultaba grotesco. Entonces su cabeza empezó a dar vueltas, sintió náuseas y tuvo la sensación de estar montado en el primer vagón de una montaña rusa con dirección al infierno, pero su estómago se encontraba vacío y apenas escupió un poco de bilis.

El asesino se mantenía inmóvil en el centro de la habitación pero, de pronto, se dio la vuelta y su mirada se cruzó con la de Roger.

—¡Chad! —exclamó Roger con sorpresa cuando reconoció a su compañero. Pero algo había cambiado en él: Chad se mostraba enfurecido y en sus ojos, inyectados en sangre, se podía ver la perturbadora mirada de un asesino despiadado. Su rostro era el de la maldad.

Chad respiraba de forma violenta y su caja torácica se agitaba como si un demonio tratase de escapar del interior de su cuerpo. Sus manos temblaban y, observando sus ojos, era sencillo comprender que había perdido el raciocinio. Chad era preso de una locura que había despertado en él sus instintos más primitivos, los violentos. No reconocía a Roger. Ese monstruo despiadado ya no era su amigo.

Asustado, Roger empezó a correr sin un destino definido. El miedo le impedía razonar con claridad y por su cabeza sólo pasaba la idea de ponerse a salvo. Los pasillos parecían más largos y estrechos que de costumbre, y una sensación de agobio y claustrofobia se apoderó de su cuerpo.

—¡Seguridad! —chilló Roger—. ¡Seguridad! ¡Celadores!

Nadie oyó sus gritos.

Chad emitió un gemido y salió en persecución del que, hasta hacía unas horas, había sido su amigo.

Roger llevaba una ligera ventaja, pero el miedo bloqueaba su mente y todos los pasillos parecían iguales ante sus ojos. Se encontraba débil y buscaba con desesperación el corredor que le debía conducir hasta su habitación, pero estaba perdido y confuso. Chad se acercaba a él, y momentos antes había sido testigo de lo que era capaz de hacer esa bestia. No estaba dispuesto a enfrentarse con aquel monstruo; no quería que sus sesos acabaran esparcidos por las paredes del CMA.

Desorientado y sin rumbo definido, Roger corrió por los pasillos durante unos minutos que para él transcurrieron como si fueran horas. Tropezó y cayó de bruces, desconsolado, atrapado en un laberinto de acero y luces blancas de neón. Se arrastró y trató de incorporarse, pero las piernas no respondieron a los estímulos de su cerebro. No encontraba su habitación y Chad estaba cada vez más cerca: oía sus gritos retumbando en las paredes, como el eco de un oso hambriento que ruje en el interior de una cueva. La presión se agudizaba en el pecho mientras se arrastraba y giraba las manivelas de los dormitorios tratando de encontrar una habitación abierta donde ocultarse. Todas cerradas.

Roger aceptó que el momento de su muerte se acercaba, y en cierto modo lo deseaba, pero no a manos de un loco ni de una forma tan violenta.

Y cuando creyó que todo estaba perdido y que no quedaban motivos para luchar, alzó la vista y se percató de que se encontraba frente a su dormitorio. En un esfuerzo desesperado por salvar la vida, se incorporó y, aturullado, introdujo el código numérico de acceso en la cerradura electrónica. La puerta no se abrió.

—¡Mierda! —gritó Roger. No quedaba tiempo ni opción para encolerizarse y tecleó la contraseña de nuevo, pero el pánico se había apoderado de él.

La cerradura electrónica emitió un sonido y la pantalla se iluminó con una luz roja. En ese momento, Chad hizo acto de presencia en el pasillo. Aquel descerebrado se aproximaba hacia Roger con la intención de destrozar su cabeza contra el acero de las paredes.

Roger temblaba, estaba tan asustado que sus dedos apenas atinaban a pulsar

los comandos de la cerradura. Chad, enfurecido y violento, corrió hacia él. Desesperado, Roger cerró los ojos e introdujo la contraseña en un acto de fe.

La pantalla se iluminó con una luz verde y el *clíc* de la cerradura anunció que la puerta estaba abierta.

—¡Joder! ¡Joder! —exclamó, mientras accedía a la habitación y cerraba la puerta golpeándola y ejerciendo presión con el hombro. Sacó fuerzas de donde sólo había dolor.

Después se dejó caer en el suelo con la espalda apoyada en la puerta. Resopló. Había estado cerca y todavía podía sentir el miedo recorriendo cada centímetro de su cuerpo. La cerradura se bloqueó y Roger respiró tranquilo. En el pasillo, Chad aporreaba la puerta con violencia, enfurecido por haber dejado escapar a su presa y con una rabia fuera de lo común.

Con lentitud, Roger se incorporó y observó el rostro de su amigo a través de la mirilla. Aquella visión le resultó aterradora: Chad emitía unos sonidos extraños, gemidos grotescos e inhumanos que horrorizaron a Roger. Su mirada era la de un loco. Los ojos, desorbitados, parecían querer saltar de sus cavidades; lloraban sangre. De repente, Chad empezó a golpear su cabeza contra el cristal. A medida que sus gritos iban en aumento, golpeaba su frente con más violencia. Roger se alejó de la puerta. A pesar de que el cristal estaba blindado, optó por apartarse para sentirse más seguro. La puerta de acero reforzado se tambaleaba a cada golpe que recibía, pero el cristal encajaba bien los impactos. Si aquel loco continuaba estampando allí su cabeza, terminaría por matarse a sí mismo.

—Date más fuerte a ver si te matas, puto chalado —dijo Roger.

Chad emitió un grito de desesperación y los golpes cesaron. Roger se acercó a la puerta y observó a través del cristal ensangrentado. Respiró tranquilo, Chad se había marchado.

—¿Qué mierda está ocurriendo aquí? —se preguntó en voz alta. Las habitaciones y los pasillos estaban desiertos. No había rastro de gente en las

instalaciones del CMA. Algo peligroso, enfermizo y mortal parecía haber despertado en aquella maldita isla... donde nadie podía escuchar sus gritos.

Roger trató de calmarse y buscó con la mirada la escapatoria en el cielo galvanizado. Él no debía estar allí, aquel no era el lugar donde el doctor Ridgway le dijo que despertaría tras la operación. Algo había fallado.

«Qué mejor momento para acabar con mi vida que este», pensó. La operación había salido mal. Recordaba la noche del accidente y los recuerdos que le atormentaban seguían intactos en su memoria, golpeando las paredes quebradizas de su subconsciente. Entonces sintió una necesidad imperiosa por consumir heroína, por iniciar una carrera sobre el papel de aluminio o, tal vez, atreverse de nuevo a inyectarse el jaco en sus venas. Los viejos fantasmas no se habían marchado, allí seguían, dispuestos a joderle la vida. Sin embargo, el recuerdo de Alissa calmó su pulso acelerado y su deseo por consumir. ¿Dónde estaría ella ahora? Roger se sentó a los pies de la cama y rompió a llorar.

No le quedaban fuerzas para seguir luchando.

De repente, unos golpes en la puerta le obligaron a incorporarse dando un respingo. Alguien o algo se había situado frente a su dormitorio.

—¡RG, abre la puerta! ¡Date prisa! —gritaba desde el pasillo. La voz le resultaba familiar, pero Roger estaba demasiado asustado para abrir la puerta—. ¡Está cerca, RG! ¡Abre de una vez!

Desconfiado y con precaución, Roger se situó frente a la puerta y observó el pasillo por el cristal ensangrentado.

—¿Brian? —preguntó Roger, confuso—. ¿Eres tú, Brian?

—¡Sí! ¡Venga, abre! ¡Cada vez está más cerca! —gritaba el chico, visiblemente exaltado.

Pero Roger estaba demasiado asustado como para confiar en nadie. «¿Y si se trataba de un truco para hacerle salir», pensó. Tal vez Brian era cómplice de Chad y trataba de ganarse su confianza para luego asesinarlo.

—¡No pienso abrirte! ¿Cómo sé que no me matarás?

—¡No estoy infectado! ¡Mira mi cara!

«¿Infectado? ¿Chad se había vuelto un monstruo por una infección?», se preguntó extrañado, y después observó el rostro de Brian: a diferencia de Chad, el semblante del hacker era el habitual, tal y como lo recordaba, y su mirada no era la de un tipo violento, sino la de un chico asustado.

—¡Está aquí! ¡Me va a matar! —gritaba Brian, cada vez más nervioso y atemorizado.

Roger casi podía oír los gemidos enfermizos que emitía Chad: el engendro estaba cada vez más cerca. Dudó si abrir la puerta, no quería morir a manos de esa bestia. Un sentimiento contradictorio azotaba su mente. No podía dejar a su amigo a merced de aquel monstruo, así que debía tomar una decisión: ¿se arriesgaba y abría la puerta, o dejaba que Brian muriera aplastado por la demencia de Chad?

—¡Abre la puerta! ¡No quiero morir! —Brian se arriesgó al confiar en que Roger le abriría la puerta, y ahora tan sólo le quedaba pedir clemencia al dios del dolor para que no le hiciera sufrir demasiado. Chad se le echaba encima, y en los ojos del hacker se reflejaba el verdadero terror.

Dicen que puedes oler el miedo que siente una presa un momento antes de ser cazada. En ese preciso instante, cuando te encuentras cara a cara con el verdugo, el miedo paraliza tu cuerpo y el terror se apodera de ti. Descubres que ya no tienes escapatoria, que has llegado al final del camino y tras el velo sólo encontrarás oscuridad, entonces tu cerebro se detiene y el corazón deja de latir. Roger, que había sentido cómo la muerte acariciaba su mano cuando Chad estuvo a punto de darle caza, abrió la puerta y tiró del brazo de su amigo hacia el interior del dormitorio.

—Mierda... —dijo Brian con voz temblorosa—. Me he meado en los pantalones.

En el pantalón de chándal sucio del hacker se formó una mancha amarillenta que se agrandaba y descendía por las perneras. Chad acercó su rostro ensangrentado a la mirilla, emitió un fuerte gemido y se marchó.

Roger se abalanzó sobre Brian y lo agarró por el cuello, inmovilizándolo en el suelo, y observó detenidamente sus ojos: las venas que rodeaban el globo ocular presentaban un aspecto normal. Brian no parecía enfermo.

—Date una ducha, anda —dijo Roger, soltando el cuello del hacker y ayudándole a incorporarse—. Ahí tienes ropa limpia, aunque te quedará algo grande.

—Gracias, RG —suspiró Brian—. Me has asustado, tío. Por un momento pensé que me dejarías morir.

—Iba a dejarte morir. Lo siento, amigo, pero después de lo que he visto no sabía si confiar en ti. ¿Qué está ocurriendo aquí? He visto...

—Me aseo y hablamos —interrumpió Brian—. Hay cosas que debes saber, pero así me siento como un gilipollas.

9

Brian accedió al cuarto de aseo; era un espacio muy reducido con apenas una letrina, un lavabo, y una pequeña ducha con chorro de lluvia. Todos los elementos sanitarios eran de acero y estaban soldados a las paredes para evitar daños en los pacientes.

Roger se tumbó pensativo sobre la cama, aguardaba con impaciencia a que Brian saliera del baño.

—Qué miedo he pasado, ha estado muy cerca —dijo el hacker, mientras secaba su pelo rizado con una toalla.

Roger se incorporó y sonrió a Brian, trataba de restarle importancia a lo ocurrido, pero lo cierto era que su indecisión casi le cuesta la vida a su amigo. Sentado a los pies de la cama, miró al hacker.

—Lo siento mucho, amigo, yo también estaba asustado. Dime qué demonios está ocurriendo aquí.

Brian emitió un largo suspiro y tomó asiento en el suelo.

—Estábamos cenando cuando sonaron las alarmas. Fue muy confuso. No sabíamos que ocurría con certeza y la gente estaba asustada. Por los altavoces, anunciaron que iban a evacuar el Módulo Privado. Dijeron que caminaríamos en orden hacia los muelles de forma ordenada y siguiendo las directrices de los celadores y los miembros de seguridad, y que el transbordador zarparía en cinco minutos. Nos advirtieron de que quien no estuviera en el ferri, se quedaría atrapado en la isla. Los de seguridad estaban muy nerviosos, hablaban continuamente entre ellos y alguno incluso empuñaba su arma. Sentí miedo, Roger.

Brian hizo un gesto de negación con la cabeza, se adcentó el pelo con las manos, y siguió relatando lo sucedido mientras se rascaba con suavidad el antebrazo derecho.

—Pero algo debió salir mal en el plan de evacuación y la puerta de seguridad del Módulo Obligatorio se abrió por unos momentos. Se oyeron gritos y disparos. Algunos pacientes se colaron en el Módulo Privado. Gritaban algo sobre una infección y que los pacientes habían enloquecido; decían que se estaban matando unos a otros, y que los miembros del equipo de seguridad estaban abriendo fuego indiscriminado. El pánico se adueñó de todos. Corríamos hacia los muelles, nos tropezábamos, algunos cayeron abatidos por las balas. Finalmente, las puertas del Módulo Obligatorio se cerraron y los de seguridad lograron controlar la situación. Nos acompañaron hasta el transbordador, a empujones.

—Dios... ¿cuándo ocurrió todo?

—Anoche, poco después de que volvieras del quirófano.

—¿Y tú? ¿Por qué no subiste al ferri?

—Lo hice... pero logré escabullirme de la vigilancia y me bajé. No podía marcharme y dejarte aquí solo.

—¡Mierda, Brian! ¿Por qué hiciste semejante tontería?

—Porque eres mi amigo.

Un nudo se agarró a la garganta de Roger; no tenía palabras para agradecer el gesto de valentía y amistad que Brian había tenido hacia él. Mientras Brian arriesgaba su vida para no abandonarlo en aquella isla mortal, él pensaba en suicidarse. Sintió asco de sí mismo, por ser un cobarde y no tener el suficiente valor para hacer frente a los obstáculos de la vida.

—Eh, debiste quedarte en el barco —balbuceó Roger—. Eres un puto idiota. Gracias.

—No necesito que me agradezcas nada, tú habrías hecho lo mismo por mí —afirmó convencido el hacker.

Y en cierto modo Brian tenía razón. Con toda seguridad, Roger habría actuado de la misma forma. Era un cobarde para seguir afrontando la vida y su

conciencia estaba severamente dañada, se sentía incapaz de pasar el resto de sus días recibiendo la visita nocturna de las siete víctimas del accidente, viendo sus rostros ensangrentados y las cuencas de sus ojos vacías, pero jamás abandonaría a uno de sus amigos en aquella isla.

—Dime que Alissa logró escapar... —susurró Roger mientras se frotaba los ojos—. ¿Qué sabes de los demás?

—Poco después de que ingresaras en el quirófano se llevaron a Curtis al Módulo Obligatorio, al parecer acusado de abusar de una enfermera. A Chad ya lo has visto, está infectado y dispuesto a matarnos. Balzary no logró subir al ferri y se ha recluido en una habitación: está paranoico y no hay forma de hacerle salir.

—¿En qué habitación se ha encerrado? —preguntó Roger temiéndose lo peor.

—En la 278. Ni siquiera es la suya.

—Mierda... Balzary está muerto. He visto cómo Chad le reventaba la cabeza a golpes contra suelo —dijo Roger con tristeza—. Joder, eran como hermanos. Ha sido una muerte brutal, le ha dado una tremenda paliza y John está irreconocible. ¿Qué les ocurre, Brian?

—No sé qué decirte —negó con la cabeza—. Cuando se infectan dejan de ser ellos mismos y se convierten en depredadores sedientos de sangre y muerte. Chad no es el único, hay más de esas cosas en el módulo.

—¿Son zombis?

—¿Zombis? No, esto es mucho peor. ¿Has visto sus ojos? Sangran. Nunca había visto un ser tan violento, ni tan siquiera en un videojuego —añadió Brian.

—¿Y Alissa? ¿Qué sabes de ella?

—Nada, RG, de Alissa no tengo noticias. Tal vez todavía siga aquí, pero yo no la he visto. Es posible que subiera al ferri y escapara.

—¿Llegaste a verla en el ferri? —preguntó Roger con insistencia.

—Había mucha gente...

—¿La viste?

—No.

Aquellas palabras incomodaron a Roger. Algo en su interior le decía que Alissa todavía seguía en el CMA, podía sentir su presencia. ¿Pero dónde? ¿Por qué podía sentirla?

—¿Cuál es el plan? —preguntó Roger.

—Ahora que estás despierto... escapar de esta maldita isla.

—Estoy de acuerdo —asintió Roger.

Brian abrió con cuidado la puerta del dormitorio. Se asomó y miró hacia los dos lados: en los pasillos, el silencio era aterrador, un silencio sólo perturbado por los gemidos lejanos de algún infectado. El hacker hizo un gesto con la mano a Roger y, con extremada precaución, ambos salieron de la habitación.

—Hay un infectado en el comedor, es un celador. Podemos coger comida de las mesas cercanas a la puerta, pero debemos ser muy rápidos —propuso Brian—. Supongo que tienes hambre.

—Ahora mismo comer no es una preocupación —dijo Roger—. Necesitamos un arma, no podemos andar por ahí desprotegidos y a merced de esas bestias.

Brian se detuvo, pensativo. Durante las más de veinticuatro horas en las que se había ocultado, en ningún momento había pensado en armarse. Le pareció buena idea, pero no se le ocurría dónde conseguir un arma en unas instalaciones diseñadas para que los pacientes no pudieran hacerse daño.

—Tenemos que pensar dónde podemos encontrar un arma —mascullo Roger—. Tal vez en el sótano, en mantenimiento, haya algo con lo que defenderse.

—Es posible, aunque será complicado entrar; la cerradura de seguridad estará activada.

—Eres un hacker, seguro que se te ocurre algo.

—No puedo hacer nada sin un ordenador —dijo Brian con resignación—, y

no he visto ninguno desde que ingresamos aquí.

El semblante de Roger denotaba cada vez más preocupación: sin un arma con la que protegerse de los ataques de los infectados y sin un ordenador para *hackear* las cerraduras de seguridad les resultaría imposible escapar con vida del CMA.

—Bajemos al salón, quizá encontremos algo allí —dijo Roger.

Los dos amigos caminaron hasta la puerta que daba acceso a la escalera. Brian no se había movido de la planta tres, y desconocían con qué podían toparse allí abajo. Roger abrió la puerta y ambos agudizaron el oído: no escucharon nada; la escalera estaba despejada.

—Vamos.

Descendieron hasta la primera planta y accedieron al pasillo que conducía al salón. Era una galería amplia y bien iluminada.

Allí abajo, el silencio era absoluto.

Caminaron hasta llegar a la puerta de doble hoja que daba acceso al salón. Brian comprobó la cerradura: se encontraba abierta y accedieron sin mayor dificultad. Era un salón grande, con una capacidad para unas doscientas personas, y que solía utilizarse para proyectar películas. En el interior encontraron varias sillas esparcidas por el suelo y algunas mesas volcadas, probablemente algunos pacientes tropezaron con ellas al intentar salir cuando sonaron las alarmas.

—Si pudiéramos cortar las patas de las sillas... —comentó Roger. Las sillas en el CMA eran de aluminio reforzado con casco monobloque, diseñadas para que ningún paciente pudiera separar sus piezas y utilizarlas como arma. El entorno no era favorable para ellos: estaban atrapados en un lugar donde hasta el mínimo detalle había sido diseñado para evitar cualquier daño. Roger suspiró y buscó con la mirada algo en la estancia con lo que romper las sillas, pero no encontró nada.

—¡RG! ¡Mira! —exclamó Brian desde la otra parte del salón. El hacker

sostenía algo en la mano. Roger se aproximó y observó extrañado cómo Brian le entregaba una lata de bebida energética que todavía contenía algo de líquido.

—No es posible —dijo Roger confuso, pues cualquier producto con cafeína estaba prohibido en las instalaciones—. Esta lata no debería estar aquí.

—No. Alguien del exterior ha estado en el salón —afirmó Brian, y empezó a rascarse el antebrazo con fuerza. La presencia de un extraño alteraba su sistema nervioso.

—Tranquilo, amigo —le dijo Roger mientras ponía la mano en su hombro—. Tal vez hayan venido a sacarnos de aquí.

Pero los dos sabían que las probabilidades de que alguien hubiese acudido en su rescate eran remotas; si Capital Tech había enviado a alguien al CMA, seguro que tenía un motivo más importante que rescatar a dos pacientes.

Roger levantó la vista, observó la televisión apagada y pensó que debían encenderla, pero la activación estaba centralizada y no disponía de botones.

—¿Brian, crees que puedes piratear el encendido de la tele? —preguntó Roger señalando el aparato—. En algún canal de noticias podrían estar hablando de lo sucedido aquí dentro y nos vendría bien manejar información del exterior.

—Claro —asintió el hacker—, si logramos abrir el panel delantero, es pan comido.

Roger tiró con fuerza del plástico que cubría la caja de mandos del aparato. Sin nada con lo que hacer palanca, resultaba una tarea complicada pero, tras forcejear durante unos minutos, las grapas cedieron y la parte frontal del televisor quedó al descubierto. Para Brian, que cuando trasteaba con tecnología le gustaba ser llamado por el nombre de “The Phantom”, manipular aquel aparato resultaba un trabajo de niños; en un par de minutos, logró desactivar el sistema de encendido centralizado y activar el manual. Conectó un par de cables y, tras una pequeña chispa, la imagen se proyectó en la pantalla.

—Busquemos un canal de noticias —dijo Roger con entusiasmo, mientras

Brian toqueteaba los botones de sintonización hasta encontrar un canal de información:

«Según hemos podido saber, la investigación sobre los cuerpos encontrados en el puerto marítimo avanza a buen ritmo. Hasta el momento han sido hallados los restos de ciento veintisiete cadáveres, y varios de los cuerpos han sido ya identificados por las autoridades forenses. Entre los cuerpos sin vida se encuentran algunos personajes conocidos, personal del CMA, así como miembros del cuerpo privado de seguridad del centro. Fuentes internas del CMA han confirmado un incendio en las instalaciones, motivo por el cual se vieron obligados a evacuar con carácter de urgencia el Módulo Privado. Al parecer, no existía peligro en el resto de módulos, por lo que la actividad en los demás pabellones del centro no se ha visto afectada y sigue dentro de la normalidad.

La principal hipótesis del accidente apunta a un fallo en los depósitos de combustible del ferri que trasladaba a las víctimas hasta las instalaciones de Capital Tech, ubicadas en el Distrito Financiero de Capital City. El problema podría haber originado la explosión que acabó de forma dramática con la vida de todos los pasajeros, incluida la tripulación. Las causas del incendio en el CMA, así como la explosión del transbordador, todavía no han sido confirmadas, y la Policía Federal investiga entre los restos encontrados del barco en busca de pruebas que esclarezcan los hechos».

—¡Mierda! —exclamó Roger, estupefacto ante la noticia.

—¿Pero qué... qué...? —balbuceó Brian visiblemente atemorizado—. ¿Qué está ocurriendo aquí, RG?

El hacker se rascaba el antebrazo con mucha más fuerza de lo habitual. Brian estaba muy nervioso y su semblante denotaba preocupación y miedo.

—No lo sé, pero tiene que ser algo muy gordo. Los han matado a todos, han limpiado cualquier rastro de vida del Módulo Privado —masculló Roger, apretando los dientes enfurecido, aunque con la esperanza de que Alissa no hubiera tomado ese ferri.

La televisión mostraba imágenes de los cuerpos calcinados, todos ellos

amontados en una playa cercana a Capital City. Roger no podía apartar la vista del monitor, intentaba distinguir el cuerpo de Alissa entre los cadáveres carbonizados, pero le resultó imposible. En la oscuridad de la noche, las luces de las ambulancias y los vehículos policiales iluminaban a los muertos, mientras la Policía Federal buscaba entre los restos alguna prueba concluyente. Probablemente nunca encontrarían nada. Capital Tech se habría encargado de no dejar ningún cabo suelto.

—Debemos movernos, amigo. Si saben que no cogimos el ferri, habrán enviado a alguien para acabar con nosotros —dijo Roger sin quitar ojo a la lata de bebida energética. Entonces, un sonido estridente les asustó y, sobresaltados, se giraron hacia la entrada al salón: la puerta de acero había golpeado contra la pared, y allí, mirándolos fijamente, Chad se disponía a abalanzarse sobre ellos para acabar con sus vidas.

—¡Roger! —vociferó Brian, asustado y paralizado al ver al monstruo a escasos metros de ellos.

Chad avanzó, aunque esta vez de forma lenta y pausada, parecía ser consciente de que tenía a sus dos presas acorraladas, y se regocijaba en su ventaja. Roger observó los movimientos de Chad, estudió sus pasos, y se percató de que el infectado tenía intacta la capacidad de adaptarse a la situación; no mataban sin más, ni se movía por instintos primarios, sino que, dentro de la inusitada violencia que les otorgaba una fuerza sobrenatural, eran capaz de razonar y analizar de qué forma debían atacar a sus víctimas.

—Son inteligentes... —masculló Roger—. Coge una silla, Brian.

—¿Qué? —preguntó el hacker, aterido por un miedo que le impedía reaccionar.

—¡Que cojas una puta silla! —gritó Roger enfurecido. El chico recordó sus tiempos en la cancha de baloncesto. Por aquel entonces, luchaba por la victoria, por llevar a su equipo a la gloria deportiva; aquella noche, pelearía por salvar su

vida y la de su amigo.

Roger suspiró, debía mantener la concentración si querían salir de allí con vida. Sus ojos visualizaron el salón como si de una pista de baloncesto se tratase; el rival era fuerte y muy peligroso, pero ellos eran dos.

—Hacia la izquierda, muévete hacia la izquierda —dijo Roger con convencimiento y dando pequeños golpes al brazo del hacker, y Brian así lo hizo. Los dos amigos se movían con lentitud, buscando la pared izquierda del salón, de esa forma lograban una pequeña ventaja de posición sobre Chad y abrían un flanco para escapar. El monstruo emitió un gemido aterrador, mostró sus dientes y expulsó una bocanada de sangre ennegrecida y espesa, formando un surco grotesco sobre su barbilla hasta gotear en el suelo.

—Nos va a matar, nos va a matar —lloriqueaba el hacker sin cesar.

—Tranquilo, amigo, te sacaré de esta —dijo Roger asintiendo con la cabeza y armándose con una silla. Pero Brian no parecía muy convencido: temblaba de miedo y no ofrecía ninguna ayuda. De los ojos de Chad emanaban hilos de sangre que recorrían su rostro y dejaban una imagen atroz, espeluznante. Aquel ser era aterrador pero, por extraño que resultaba, Roger parecía no tener miedo. En su primer encuentro con Chad, el monstruo le sorprendió, sin embargo, esta vez era diferente, y él era consciente de que debía mantener la cabeza fría si no quería ser golpeado salvajemente hasta la muerte por aquel engendro del que apenas quedaba un ápice de humanidad en su rostro.

Roger se fijó en el movimiento de la caja torácica de Chad: se retorcía cada vez con más fuerza, y en la forma de respirar del monstruo se podía observar cómo su nivel de violencia iba en aumento. Roger entendió que esas convulsiones eran un indicador de que pronto atacaría, y se preparó para defenderse sin apartar la vista del engendro.

Roger lanzó una silla contra el infectado, pero el monstruo la apartó de su trayectoria con un simple movimiento de brazo. En ese instante, Chad lanzó un

quejido aterrador que retumbó en las paredes de acero, y otra bocanada de sangre salió escupida hacia el suelo. Tras ver aquello, las esperanzas de Roger por salir con vida del CMA se desvanecieron por completo: ese monstruo parecía gestado en las profundidades del infierno para acabar con la vida en el planeta, y contra un ser así sólo quedaba encomendarse a una muerte poco dolorosa.

—A mi señal, echas a correr hacia la puerta —dijo Roger, mirando a los ojos de Brian—. Yo lo entretendré.

—Pero... —balbuceó el hacker—. ¿Y tú?

—No te preocupes por mí, amigo, yo hace mucho tiempo que estoy muerto —comentó Roger resignado.

Sin dar más explicaciones, Roger se armó con otra silla y corrió hacia el infectado. Chad trató de abalanzarse sobre él, pero a la apagada estrella de baloncesto todavía le quedaba una última finta que realizar: Roger giró sobre sí mismo y golpeó con la silla en la espalda del infectado.

—¡Corre! —gritó Roger.

Brian corrió en dirección a la puerta. En una valiente maniobra de distracción, su amigo le había facilitado la huida, pero él había quedado a merced de aquel engendro.

El golpe con la silla no sirvió de nada. A los ojos del Brian, la escena se volvió a cámara lenta y, desde una posición más segura, pudo ver cómo Chad agarraba a Roger y lo empujaba violentamente contra el suelo. El infectado clavó su rodilla en el estómago de Roger y este gritó de dolor, luego agarró su cabeza con ambas manos dispuesto a reventarla a golpes contra el suelo. Respirando su último aliento de vida, Roger volvió la vista hacia la puerta, donde su amigo observaba horrorizado la escena.

—¡Vete! —gritó Roger de nuevo—. ¡Corre!

Indefenso ante la furia y el hambre de muerte del infectado, Roger vio pasar toda su vida reflejada en los ojos ensangrentados de aquel monstruo: recordó su

infancia acomodada en un lujosa vivienda en el Distrito Financiero; la fiesta de graduación, a su amigo Louis y a las chicas magreándose en el asiento trasero de su Shelby GT; también contempló en los ojos del infectado a la familia que viajaba para disfrutar de un plácido fin de semana en el lago; a su padre, el gran abogado que lo libró de la cárcel y que se mostraba ilusionado mientras firmaba un cheque para salvar la vida de su amado hijo, convertido en un drogodependiente sin futuro.

Roger no intentó defenderse: temía al dolor que podía causarle aquella aberración salida de las pesadillas más profundas de algún chiflado, pero no a la muerte, pues en ella hallaría la paz que tanto anhelaba.

Con el primer golpe, la vista se le tornó neblinosa. Pudo sentir un escalofrío que, acompañado por un cosquilleo, recorrió su cabeza hasta descender por la nuca, quizá buscando el sistema nervioso. Con el segundo golpe, un chasquido le hizo creer que su cabeza estaba abierta. Cuando Chad levantó de nuevo su cabeza, Roger supo con certeza que ese tercer golpe acabaría con su vida.

—Perdón... —fueron sus últimas palabras antes de recibir el mortal impacto.

10

«Un instante antes de recibir el último golpe, Roger vio la figura de su amigo Louis asomarse tras el infectado.

—Todavía no ha llegado tu hora. Sigue luchando».

Cuando Roger estaba convencido de que iba morir, un estruendo retumbó en el interior del salón. Las manos ensangrentadas de Chad soltaron la cabeza de Roger, que golpeó tímidamente contra el suelo.

Roger notó que una sustancia salpicaba su rostro: un líquido viscoso que con las manos trató de apartar de su cara. Mareado y confuso observó al infectado: le faltaba parte del cráneo y sus sesos se encontraban desparramados por el salón. Alguien le había volado la cabeza.

El cuerpo sin vida de Chad se desplomó sobre Roger, y restos del cerebro del infectado saltaron del cráneo y cayeron sobre el suelo emitiendo un sonido desagradable. Atónito, Roger apartó el cuerpo del monstruo y trató de incorporarse, pero los golpes recibidos habían sido tan violentos, que un segundo después le hicieron perder el conocimiento. Antes de desmayarse, pudo ver a un militar que le apuntaba con un fusil de asalto. Brian, con semblante aterrorizado, se encontraba junto al soldado.

Roger recobró el conocimiento una hora después. Su cabeza estaba a punto de estallar y la luz blanca de neón le impedía abrir los ojos con naturalidad. Estaba tumbado en una cama, cómodo, y desde allí podía escuchar los ecos de unas voces que retumbaban con fuerza en su cerebro. Estaba vivo, esas voces le indicaban que había sobrevivido al ataque de aquella despiadada bestia.

—No sirven... —Roger reconoció la voz Brian—. Cuando nos registramos me fijé en ellos, sólo es un sistema para almacenar datos. No tienen la suficiente potencia para conectarlos con mi servidor.

—¿Y qué propones? —dijo una voz extraña.

—Uno de los ayudantes del doctor Ridgway tiene un despacho en este módulo. Tal vez huyera y olvidara allí su ordenador. Creo que con un portátil sería suficiente, no necesito nada más, aunque los tiempos de espera dependerán de sus recursos —respondió Brian.

—¿Y podrías conectarte a la red si conseguimos ese ordenador?

—Claro, para mí no supone ningún problema. A no ser...

—¿Qué?

—Que hayan capado la recepción con inhibidores de ondas. De todas formas no nos queda otra opción que intentarlo.

—Está bien, vamos.

—Espera un momento, no es tan sencillo. Nos encontramos con el mismo problema: la cerradura del despacho del doctor Bracco tiene una codificación de seguridad, y sin un ordenador con el que conectarme al servidor para decodificar la cerradura, no puedo abrir la puerta. Estamos en el mismo punto de partida; es imposible avanzar.

—Tengo un poco de Semtex, no mucho, pero el suficiente como para volar un par de puertas sin blindaje.

—¡Semtex! ¡Mola! —exclamó Brian con entusiasmo—. Venga, tenemos que intentarlo.

A Roger le sorprendió oír cómo su amigo planeaba actos delictivos. Brian hablaba con absoluta normalidad sobre decodificar cerraduras y volar puertas con explosivo plástico; entonces comprendió que en realidad su amigo era un desconocido para él. Brian “The Phantom” Mitnick había sido uno de los miembros más activos de los “*Cinco de Subverville*”, heredero de los “*Subversivos Internacionales*” y descendiente directo del conocimiento y la sabiduría en criptología de Julian Assage, Adrian Lamo y Poulsen, hackers con los que compartía un mismo código ético: «*no dañes los sistemas computacionales que penetres; no alteres la información en estos sistemas excepto para encubrir tu rastro; y comparte*

información». La banda de Brian fue acusada de cometer crímenes contra la nación al vulnerar y desvelar documentos que comprometían a la diplomacia norteamericana, y habían sido condenados por más de cincuenta delitos informáticos. Pero por alguna razón, todos los miembros de los “*Cinco de Subverville*” cumplían condena en las prisiones del estado, con sus culos blancos expuestos a criminales peligrosos y todo tipo de delincuentes, mientras Brian disfrutaba de un encierro cómodo y plácido en las lujosas instalaciones del Módulo Privado del CMA, propiedad de Capital Tech.

Conforme sus pupilas se fueron adaptando a la luz, reconoció a Brian sentado cerca de él. La voz extraña correspondía al militar que había evitado su muerte a manos de Chad.

—¡RG! —se alegró Brian al ver que su amigo recobraba el conocimiento.

—¿Dónde estamos?

—En mi habitación —respondió Brian—. ¡Y tenemos buenas noticias!

—Algo he oído —dijo Roger mientras trataba de incorporarse con cierta dificultad—. ¿Cuál es el plan?

—RG, te presento a Gary, es el soldado que te ha salvado la vida —dijo Brian, señalando al tipo de aspecto duro que estaba sentado a su lado. Alto, de complexión fuerte y con una barba descuidada de varios días, el soldado vestía un traje militar de color azul oscuro y botas negras. Roger se fijó en el logotipo bordado en el brazo derecho y que le causaba cierto recelo: SECOM. Recordaba haber visto aquella insignia en otra ocasión, en el helicóptero detenido en la azotea del edificio de Capital Tech. Gary era un miembro del SECOM, las fuerzas militares de élite de la empresa farmacéutica que controlaba las instalaciones del CMA.

—¿Has venido a matarnos? —preguntó Roger, mirando fijamente a los ojos del soldado.

—¡RG, tío! ¡Estás vivo gracias a él! —interrumpió Brian, sorprendido ante la

pregunta de su amigo.

—Espera un segundo, Brian. Después de enfrentarse a ese infectado, tu amigo se ha ganado el derecho a preguntar —respondió el soldado—. Esto es una jodida mierda para todos y tenéis que saber la verdad.

—¿No estás aquí para ayudarnos? —cuestionó Brian, confuso.

—No exactamente... —negó el soldado—. Pertenezco a una unidad de élite de Capital Tech. Mi misión principal es, era, limpiar el Módulo Privado de cualquier forma de vida. Contener y erradicar la infección, y eso os incluye también a vosotros.

—De puta madre —dijo Roger con resignación—. Te han enviado aquí para sacar la basura.

Con rostro abatido, Brian tomó asiento en el frío suelo de acero. El hacker apoyó su espalda contra la pared y empezó a rascarse el antebrazo derecho con fuerza. Roger sintió tristeza ante el desánimo de su amigo que, en algún momento, llegó a creer que podrían salir de allí con vida.

—Estáis sacando conclusiones precipitadas... ahora la situación es distinta —siguió relatando el soldado—. Según nuestras informaciones, no debía quedar nadie vivo en el Módulo Privado a excepción de algún infectado, era una misión sencilla y por eso me enviaron a mí. El meollo estaba en la Prisión, aquello debió ser una locura. El sistema eléctrico falló y el generador de emergencia no pudo mantener todas las celdas cerradas. Yo soy un recién llegado a la unidad, por ese motivo me dejaron aquí mientras el resto del equipo abordaba el Módulo Obligatorio y la Prisión... pero hace varias horas que perdí el contacto por radio con ellos. No sé si están vivos o muertos. Desconozco la situación y no he recibido nuevas órdenes. Ahora lo único que me importa es escapar con vida de aquí.

Roger asintió. La historia resultaba creíble y Gary parecía un tipo sincero. El rostro de preocupación del militar era similar al de sus compañeros de huida: al

igual que ellos, se encontraba atrapado en medio de aquel infierno desatado entre los opresivos muros de las instalaciones de Capital Tech.

—¿En qué habéis pensado? —preguntó Roger, mirando fijamente a los ojos del soldado.

—Creemos que podemos conseguir un ordenador. Luego subiremos a la azotea para comprobar que el helicóptero del SECOM que nos trajo hasta aquí todavía sigue en el tejado de la Prisión. De ser así cruzaremos al Módulo Obligatorio y luego intentaremos llegar hasta la Prisión, y si sobrevivimos a ese infierno, escaparemos en el helicóptero —explicó Gary. A simple vista, el plan narrado por el soldado resultaba bastante sencillo. Brian parecía entusiasmado con la idea, pero Roger se mostraba escéptico y recordó la violencia desmesurada de los infectados, los ojos sangrantes de Chad y su rostro enfurecido, casi endemoniado, mientras intentaba aplastarle la cabeza contra el suelo. Roger buscó con los dedos la herida de su cabeza: le habían colocado un vendaje.

—Es demasiado peligroso —comentó Roger con pesimismo—. Estás diciendo que un comando experimentado y armado hasta los dientes no ha podido salir de la Prisión, y propones que lo hagamos nosotros. Un novato y dos pacientes; es de locos.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Gary con tono afable—. Escúchame, ese helicóptero es nuestra única vía de escape. Hazte a la idea de que nadie vendrá a rescatarnos; ese pájaro es la única esperanza que tenemos para escapar de estas malditas islas.

Roger se mostró dubitativo y se encogió de hombros. Aquel tipo era seguro y mantenía alta la confianza en su plan.

—¿Qué me dices? —preguntó Gary—. ¿Lo intentamos?

—Qué cojones... —asintió Roger—, pero necesito un arma. No saldré a esos pasillos sin una pistola.

—Por supuesto, no hay problema —dijo Gary mientras le entregaba una de

sus armas—. Toma, es tuya. Es una nueve milímetros. No tengo nada más potente; el fusil me lo quedo yo.

Roger empuñó la pistola, una *CZ 85 COMBAT* que utilizaba munición Parabellum, y la observó con cuidado. Apuntó a la pared y cerró un ojo intentando adivinar su precisión, luego asintió con la cabeza a modo de aprobación. Con el arma en la mano se sentía más seguro.

—¿Está cargada?

—Aquí tienes —dijo Gary mientras le entregaba el cargador—. Es el último; quedan ocho balas en el cargador y una en la recámara. Dispáralas siempre a la cabeza. Los infectados son capaces de resistir un buen puñado de balas el tiempo suficiente para abalanzarse sobre ti y acabar contigo, pero si les vuelas la tapa de los sesos, caerán al instante.

—Gracias. Podéis seguir con vuestro plan para escapar de aquí. Yo estoy hambriento y necesito comer algo.

El estómago de Roger empezaba a emitir unos sonidos extraños.

—De acuerdo, RG —dijo Brian—. Mientras estabas inconsciente Gary ha limpiado la cafetería: el infectado está muerto y el módulo es seguro.

—Pero ten cuidado y no bajas la guardia —advirtió el soldado con firmeza—. Esos cabrones saben esconderse muy bien. Por cierto, Brian me ha...

—Phantom, llámame Phantom —interrumpió el hacker, y el soldado lo miró extrañado.

—Le gusta que le llamen así cuando está trabajando —añadió Roger—. Jergas de piratas informáticos.

—Entendido. Phantom me ha comentado que buscas a una chica morena con vendas en las muñecas, lamento comunicarte que no la he visto. He inspeccionado cualquier rincón accesible del Módulo Privado y sólo quedamos nosotros —comentó el soldado.

Roger suspiró, todavía tenía esperanzas de encontrar a Alissa con vida,

aunque las noticias no eran alentadoras.

«Sé que está en algún lugar del CMA», se repetía para sí mismo. No sabía muy bien por qué, pero podía sentir su presencia.

11

Abandonaron la seguridad del dormitorio del hacker. Gary y Brian se dirigieron al despacho del doctor Bracco en la quinta planta del Módulo Privado, donde esperaban encontrar un ordenador portátil con el que decodificar las cerraduras de seguridad del CMA. El plan de Gary pasaba por cruzar el Módulo Obligatorio hasta llegar a la Prisión y, una vez allí, utilizarían el helicóptero del comando militar para escapar de las islas. Era un plan muy arriesgado, aunque el único viable para escapar. Tras la limpieza efectuada por el soldado, aquella zona estaba despejada y tranquila. Sin infectados, ya no se escuchaba ningún grito ni gemido. Sin embargo, desconocían qué podían encontrarse cuando cruzaran la puerta del Módulo Obligatorio y, si lograban sobrevivir a la primera fase de su huida, deberían acceder al túnel que los llevaría hasta la Prisión. Iban directos hacia la guarida del lobo.

Roger caminaba con extremada precaución; tanto silencio le resultaba perturbador. Sostenía en su mano la recién adquirida pistola, y armado se sentía más seguro. Al llegar a la cafetería, observó por el cristal de la puerta antes de entrar: todo parecía despejado.

Ya en el interior del comedor, buscó productos empaquetados; no quería arriesgarse a comer algo que hubiera estado expuesto al aire posiblemente contaminado del CMA. «Podría infectarme», pensó. No obstante, al igual que Brian y Gary, llevaba respirando el mismo aire desde que despertó y ninguno de ellos mostraba síntomas de haber contraído la enfermedad que había vuelto tan violento a Chad. Roger se planteaba diversas preguntas: ¿Por qué ellos no se habían contaminado? ¿Qué produjo la infección? ¿En qué se convertían los infectados? Gary debía conocer las respuestas a estas preguntas; le preguntaría cuando volvieran a encontrarse y esperaba respuestas.

Tras engullir un par de pastelitos de bizcocho con cobertura de chocolate,

Roger se dirigió hacia una de las esquinas de la cafetería. Junto a la puerta cerrada que daba acceso al almacén de servicio yacía, sobre un charco de sangre, el cadáver de un infectado. Roger lo golpeó con el pie para darle la vuelta. Ya con el cuerpo boca arriba observó cómo le faltaba una parte del cráneo; el disparo de Gary había sido certero y del agujero de su cabeza todavía brotaba un hilillo viscoso y sanguinolento de masa encefálica. El uniforme blanco, siempre impoluto de los celadores, no era más que un trapo de tela desgarrada bañada en sangre. Roger se arrodilló para examinar más de cerca el cadáver y reconoció al celador: era el chico, o al menos lo que quedaba de él, que lo atendió y lo ayudó a instalarse en el Módulo Privado tras su paso por las celdas de rehabilitación. Su piel había cambiado de tonalidad, adquiriendo una tonalidad amarillenta, además, las venas de su rostro se mostraban hinchadas y con un extraño color violáceo. Roger contempló detenidamente los ojos del celador, todavía abiertos e inyectados en sangre, pese a que su cuerpo ya descansaba en paz. Resultaba extraño ver aquel cuerpo allí, tan calmado, tan pacífico pese la violencia extrema y el deseo tan fuerte por matar con el que eran capaces de actuar los infectados. ¿Qué era lo que movía a esos seres? ¿Por qué habían dejado de ser humanos?

De una mesa, Roger cogió una cuchara de plástico y con delicadeza cerró los ojos del celador fallecido. Después, se sentó a descansar; las luces de neón todavía le causaban molestias y sentía un punzante dolor en la cabeza.

Dejó la pistola sobre la mesa y la miró fijamente durante unos segundos. Después, cerró los ojos y pensó en acabar con todo aquello, volarse la tapa de los sesos, pero el lejano sonido de una explosión le hizo reaccionar. Brian tenía ayuda, y sin duda más capacitada que la que él podía ofrecerle, además, el sentimiento de culpa por abandonar allí a su amigo casi había desaparecido: con Gary, Brian se encontraba seguro, o al menos sobreviviría durante más tiempo. También pensó en Alissa, la enigmática Alissa, con ella tal vez podría iniciar una nueva vida, al menos esa era la intención si todo hubiera salido bien. Pero una

vez más todo se había ido al traste.

Sin embargo, y por primera vez en mucho tiempo, estaba dispuesto a luchar.

La puerta de la cafetería se abrió con violencia, sobresaltado, Roger cogió la pistola y apuntó hacia esa dirección, luego emitió un suspiro y bajó el arma. Brian y Gary irrumpieron sonrientes en el comedor: el hacker sostenía un ordenador portátil, la llave maestra que abriría las puertas para escapar de aquel infierno.

—¡Lo tenemos, RG! —exclamó Brian—. Es un chisme viejo, con un procesador i3 de 2012, pero será suficiente para abrir las cerraduras de codificación baja y media.

—¿Qué tal tu cabeza? —Gary observó el cadáver del suelo y tomó asiento junto a Roger.

—Bien, en estos momentos es el menor de mis problemas —respondió Roger—. ¿Qué hacemos ahora?

Gary asintió y sacó un papel plegado de uno de sus bolsillos. Era un mapa de las instalaciones del CMA. Con un movimiento de brazo despejó la mesa, las bandejas golpearon estrepitosamente contra el suelo, esparciendo toda la comida. Acto seguido, desplegó el mapa sobre ella.

—Hemos encontrado este mapa en el despacho del doctor Bracco —explicó el soldado—. Es un plano detallado al milímetro de las instalaciones, además señala los puntos de máxima seguridad y las unidades militares de vigilancia; tal vez podamos hacernos con más armas o algo de munición.

—¿Puntos de máxima seguridad? —preguntó Roger extrañado.

—Básicamente son las cerraduras con codificación avanzada —explicó el pirata informático—: quirófanos, sala de escáneres, los despachos de Harrinson y Ridgway, y la puerta de acceso al túnel que conduce hasta la Prisión. Esas cerraduras se abren con un escáner biométrico de la palma de la mano, y suponemos que las huellas de Harrison y Ridgway abren todas esas puertas.

Necesitaremos sus cinco huellas digitales para cruzar esas puertas —aclaró el hacker.

—¿Quieres decir que necesitamos encontrar a uno de ellos y arrancarle la mano?

—En teoría sí, la derecha si es posible. Podríamos intentarlo con las manos de los enfermeros o de los miembros de seguridad, pero sería como buscar una aguja en pajar —respondió Brian sonriendo—. La buena noticia es que la codificación de la puerta de acceso al Módulo Obligatorio es de codificación simple, y sólo es necesaria una huella digital para abrirla. El tiempo para hackear estas cerraduras es mucho menor, y puedo codificarla para que acepte una de nuestras huellas digitales. Con las de máxima seguridad podría tardar horas en codificarlas, pero con un poco de suerte puede que los doctores Harrison o Ridgway todavía se encuentren en las instalaciones.

—¿Vivos o muertos? —preguntó el soldado—. Porque dudo mucho que encontremos a alguien con vida más allá de este módulo.

—No importa —respondió el hacker—, mientras las huellas digitales estén intactas, el lector biométrico las reconocerá.

Mientras comentaban los aspectos técnicos de la huida, Roger observaba con disimulo los ojos del soldado: intentaba ver si utilizaba *Lentillas Avanzadas de Información*, pero no lograba distinguirlos. Las lentillas fueron uno de los primeros inventos revolucionarios de Capital Tech, y su uso se había extendido del militar al particular a la misma velocidad que lo hacía una gripe común, aportando beneficios multimillonarios para la empresa. Las *Lentillas Avanzadas de Información* funcionaban mediante la implantación de nanomáquinas, y proporcionaban al usuario datos e información instantánea obedeciendo órdenes cerebrales, tanto voluntarias como involuntarias. En el uso particular, se utilizaban principalmente con fines comerciales y de entretenimiento; mientras que en el uso militar, las lentillas explotaban todo su potencial dotando al usuario de información vital

para el combate y la supervivencia: comunicación y órdenes, enemigos, mapeados, puntos estratégicos, visión nocturna, inventario, zonas seguras...

—Gary, ¿llevas lentillas avanzadas? —preguntó Roger para salir de dudas—. ¿Nos puedes guiar por las instalaciones?

—No —respondió el soldado con resignación—. Los científicos desconocen hasta qué punto puede afectar el virus a las nanomáquinas, así que por seguridad decidieron que no las utilizaríamos en esta misión, y optaron por una sencilla comunicación por radio analógica.

—De puta madre —masculló Roger, mientras hacía gestos de negación con la cabeza—. Esto será como un videojuego de los noventa: un *Survival Horror*. Real, terrorífico, y en primera persona.

—Será más divertido y emocionante —respondió el soldado con ironía—. Sólo tenemos una oportunidad y no encontraremos puntos de guardado, así que la única opción para salir de aquí con vida pasa por llegar de una pieza al helicóptero.

12

Phantom desmontó el panel de la cerradura de la puerta del almacén y conectó el ordenador al dispositivo de seguridad mediante un cable USB; necesitarían alimentos si no querían desfallecer en su intento por escapar de las instalaciones de Capital Tech. Mientras el hacker trabajaba, Roger decidió mantener una charla con el soldado.

—¿Por qué nos mantienes con vida? —preguntó Roger, mirando directamente a los ojos del militar.

—Os necesito para escapar de aquí.

—A Brian tal vez, pero yo no soy de utilidad.

—Tengo la sensación de que tú eres más importante —afirmó Gary, convencido de la importancia que Roger tenía en aquel extraño suceso—. Mi intuición me dice que sin ti nada de eso tendría sentido.

Las palabras de Gary crearon un momento de confusión en Roger, pero el dolor punzante en la cabeza le hizo desviar la atención. El soldado se percató y buscó entre sus bolsillos un bote de pastillas con la etiqueta “Paracetamol”.

—Tómame un par de comprimidos, te aliviarán un poco el dolor.

—¿Por qué no estamos infectados? —preguntó Roger, mientras bebía un sorbo de agua para tragar las pastillas.

—Ni idea. Yo tengo que tomarme una de estas cada tres horas —dijo el soldado, mostrando una cajita que contenía unas cápsulas transparentes con un extraño polvo azul en su interior—. Nuestros paramédicos dicen que se trata de un inhibidor que impide al cuerpo metabolizar los agentes patógenos que contiene el aire y que probablemente causan la infección.

—¿Y nosotros? ¿Qué ocurre con Brian y conmigo? Deberíamos estar infectados...

—Es posible que seáis inmunes. Tal vez formarais parte del experimento.

—¿Experimento? Son rumores —afirmó Roger, tajante.

—No, te equivocas. Encontramos esta nota en el despacho del doctor Bracco, échale un vistazo —dijo Gary, haciéndole entrega de un papel escrito a puño y letra por el doctor Bracco.

«Desde mi despacho puedo ver la humeante chimenea de la Prisión, su humo es cada vez más denso, oscuro, y ese olor tan desagradable... es el olor a muerte. Hace unos meses, era extraño ver la chimenea activa pero, desde hace unos días, prácticamente no ha dejado de escupir humo un solo instante.

Cada vez estoy más convencido de que los rumores son ciertos: bajo esos muros se experimenta con seres humanos.

Ridgway no me permite cruzar la puerta del Módulo Privado, siempre se muestra muy receloso con su trabajo y sólo el doctor Harrison parece gozar de su confianza. Me pregunto qué habrá allí abajo, tal vez algún día pueda acercarme lo suficiente como para averiguar en qué están trabajando. La curiosidad médica me corroe, pero a su vez siento miedo al imaginar hasta dónde puede ser capaz de llegar una mente tan brillante como retorcida y macabra. ¿Dónde estarán los límites del doctor Ridgway?».

El semblante de Roger cambió por completo, no tenía constancia de haber sido utilizado para ningún tipo de experimento, al menos no de forma consciente. Sin embargo, pensó en las horas que había pasado sedado mientras era tratado en el CMA, en el interior de esos escáneres en apariencia inofensivos. Tantas semanas en manos del doctor Ridgway daban para un estudio exhaustivo, pero también para que hubiesen experimentado con su cuerpo.

—¡Mierda! —gritó Roger muy enfadado.

—Relájate —trató de tranquilizarlo el soldado—. Al menos estás con vida y mantienes opciones para escapar de aquí. A juzgar por la nota, otros no han tenido tanta suerte.

—¿Quién está detrás de todo esto? —preguntó Roger, todavía irritado.

—Grupos paramilitares, terroristas... o quién sabe, tal vez nuestro propio

gobierno —comentó Gary—. Si te soy sincero, no tengo ni idea. Cualquiera dispuesto a pagar una cantidad desorbitada de dinero.

El sonido del aire al escapar de los compresores indicó que Phantom había logrado hackear la cerradura del almacén. Cogieron algunos alimentos de las estanterías y acto seguido se dirigieron hacia la primera planta, donde se ubicaba la puerta de seguridad que daba acceso al Módulo Obligatorio. Pronto dejarían atrás una zona tranquila y segura para adentrarse de lleno en el peligro, a partir de entonces, sus vidas penderían de un hilo.

Roger y Gary observaron varios cadáveres que se encontraban amontonados en el pasillo, sobre un enorme charco pastoso de sangre y vísceras, junto a la doble puerta de acero que los separaba del Módulo Obligatorio. Antes de que Brian desmontara la cerradura de seguridad para conectarla al ordenador portátil, decidieron comprobar que todos estaban muertos. Apuntando a sus cabezas, golpeaban los cuerpos buscando un mínimo movimiento para volarles la tapa de los sesos. Se trataba de celadores y pacientes. Roger centró su atención en una enfermera: por el rictus de su rostro, tenso por el terror, dedujo los momentos de angustia, miedo e incertidumbre que debieron pasar hasta que los certeros disparos acabaron con las vidas de aquellos desgraciados.

El silencio allí era aterrador, aunque a su vez resultaba tranquilizador. Con la zona asegurada y despejada podían estudiar con calma el camino más sencillo que debían seguir hasta llegar al túnel.

—Esta puerta nunca debió abrirse —dijo el soldado—, alguien la abrió a conciencia.

De uno de sus bolsillos, Gary sacó el plano del CMA y lo extendió sobre el suelo. Roger se arrodilló junto a él para trazar el plan. En un principio, y sobre el papel, resultaba bastante sencillo: tras cruzar la puerta acorazada deberían bajar por unas escaleras situadas al final del pasillo central. Dos plantas más abajo, dejando atrás la zona de almacenes, hallarían la siguiente puerta acorazada que

daba acceso al túnel.

—No parece muy complicado —dijo Roger.

—Lo es, créeme —afirmó el soldado—. Desconocemos qué podemos encontrar en el Módulo Obligatorio, ni a cuántos enemigos deberemos enfrentarnos.

—¿Crees que encontraremos a Harrison o Ridgway? —preguntó Roger.

Gary sonrió con ironía y movió la cabeza a modo de negación.

—No lo creo. Los peces gordos siempre tienen un plan rápido de evacuación; si no han podido escapar, estarán muertos.

El soldado volvió la cabeza hacia los cadáveres, examinando la escena con más detenimiento. Las paredes estaban salpicadas de sangre y se podía ver en ellas varios impactos de bala.

—¿En qué piensas? —preguntó Roger.

—Ninguno de esos cuerpos presenta signos sintomáticos de haber contraído la infección; estaban huyendo.

—Brian me comentó que la puerta se abrió por unos instantes, lo que produjo el caos entre los pacientes y el personal del CMA. Los de seguridad debieron disparar de forma indiscriminada.

—Eso parece pero, ¿por qué abrieron la puerta? —preguntó Gary—. Lo lógico sería que hubiesen intentado contener el brote de la infección y no dejarlo cruzar al siguiente módulo. Hay algo aquí que no encaja.

En ese preciso instante, el ordenador de Brian empezó a emitir unos sonidos extraños. El rostro alegre del hacker ocultaba el miedo que en realidad recorría su cuerpo. Brian había logrado crear una nueva codificación para la cerradura, creando un código por secuencia binaria que confundiría su huella digital con la de uno de los doctores. En breves momentos, y con sólo colocar su dedo índice en el escáner biométrico, la puerta acorazada se abriría dejándoles paso al Módulo Obligatorio.

—¡Buen trabajo, Phantom! —exclamó el soldado.

En silencio, Roger inhalaba el aire con fuerza y lo expulsaba con la mirada perdida en el suelo: le aterraba enfrentarse a los infectados que, quizá, aguardaban sedientos de sangre tras esa maldita compuerta. Gary le dio un pequeño golpe con el codo y le hizo un gesto con la cabeza; el soldado necesitaba que Roger estuviese concentrado y preparado para abrir fuego.

13

—Roger, no malgastes munición —ordenó el soldado—. Si son pocos, déjalos para mí; yo me encargo.

Roger y Gary se colocaron en posición. Se alejaron de la puerta para evitar ser sorprendidos y apoyaron la espalda contra la pared ensangrentada. Alzaron sus armas. Estaban listos para abrir fuego si era necesario.

—A mi señal abres la puerta y te pones a cubierto —le indicó el soldado a Brian. El hacker asintió con la cabeza y situó su dedo índice sobre el escáner; si la codificación había sido correcta, el escáner biométrico reconocería su huella y ordenaría a los compresores abrir la pesada compuerta.

—¡AHORA! —grito Gary.

Brian colocó el dedo índice sobre el lector del escáner y el indicador de color rojo pasó a ser de color verde. El hacker corrió a refugiarse junto a sus compañeros; aterrado, Brian se acurrucó junto a su amigo buscando protección como si fuese en cachorro asustado.

El sonido que emitían los compresores al dejar escapar el aire fue en aumento y el acero empezó a moverse. Un chirrido y, unos segundos después, la pesada puerta se abrió por completo.

El Módulo Obligatorio también disponía de corriente eléctrica, y las luces de los pasillos funcionaban correctamente.

Desde su posición, podían ver varios cadáveres esparcidos por el suelo, junto a un enorme charco de sangre ennegrecida y espesa. Roger sentía una fuerte presión en el pecho, y respiraba cada vez con más dificultad. Gary trataba de tranquilizarlo con la mirada; en ese momento lo necesitaba su lado.

El Módulo Obligatorio estaba construido con materiales de baja calidad pero resistente -acero oxidado en su mayoría- y su diseño era muy similar a los calabozos de la Policía Metropolitana de Capital City. El módulo se componía de

tres corredores por planta, donde se ubicaban las pequeñas celdas que ocupaban los pasillos de principio a fin.

—Seguid apuntando hacia el pasillo y no os mováis de aquí. ¿Entendido? —dijo el soldado.

Roger asintió.

En posición defensiva y preparado para abrir fuego en caso de que fuera necesario, Gary avanzó con precaución pero con la seguridad de un soldado bien entrenado. Primero se apoyó en el marco izquierdo de la puerta y comprobó que el flanco derecho estaba despejado; acto seguido y de forma muy veloz se colocó en el marco contrario: el flanco izquierdo también se encontraba despejado.

Por un momento, Roger apartó la vista del pasillo para comprobar el estado de Brian: el color amarillento del rostro del hacker era preocupante.

—¿Estás bien, amigo? —preguntó Roger.

Brian alzó la mirada pero no logró articular palabra: resultaba evidente que el miedo se había vuelto a apoderar de él.

El pasillo central estaba despejado, y Gary les hizo un gesto para que avanzaran hasta su posición.

—Roger, tú y Brian comprobad el pasillo de la derecha; yo me encargo del pasillo izquierdo —susurró el soldado—. No hagáis ruido, pueden haber infectados en las celdas.

Con las piernas semiflexionadas e intentado hacer el menor ruido posible, Roger y Brian se dirigieron hacia la esquina con el corredor de la derecha. Un indicador de PVC anclado en el techo anunciaba el pasillo número «3». Roger hizo un gesto a Brian para que se mantuviera tras él; entonces, aterrado por lo que podía encontrarse, asomó la cabeza para inspeccionar con la mirada: despejado.

Cubriendo el flanco izquierdo, Gary los observaba con atención. Un gesto con el pulgar en alto de Roger le indicó al soldado que todo estaba tranquilo en

el pasillo «3».

Gary se aproximó al pasillo número «1», el izquierdo, lo inspeccionó desde su posición y empuñó el fusil con fuerza; algo no iba bien.

A escasos veinte metros de él, Gary observó varios cuerpos amontonados en suelo: muertos, desgarrados, despedazados. Una carnicería. A un lado, y dando la espalda al soldado, un interno golpeaba con su cabeza la fría pared de acero. Una y otra vez, con una secuencia de tiempo tan perfecta como la de un metrónomo, su frente impactaba con dureza en el muro, emitiendo un desagradable chasquido de hueso quebrado y carne muerta, mientras pequeños grumos de sangre recorrían la pared y se acumulaban junto a sus pies, formando un charco sanguinolento y sucio. Quizás el infectado era responsable de aquellas muertes, y se flagelaba por haber cometido semejante atrocidad.

Con cuidado para no ser descubierto, Gary ordenó a los chicos volver a reunirse en el corredor central.

—Hay un infectado. Lo tengo a tiro pero no puedo abrir fuego, todo está muy tranquilo y no quisiera alertar a otros engendros; nos veríamos acorralados —explicó el soldado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Roger.

—Necesitamos un lugar donde ocultarnos y protegernos por si la cosa se pone fea. Phantom, quiero que abras una celda y modifiques su contraseña —dijo el soldado con tono preocupado—. Roger, tú cúbrelo.

Roger se situó en el pasillo «3» apuntando con la pistola hacia el horizonte. Brian se colocó tras su amigo, sacó de su bolsillo el cable USB, y lo conectó a la cerradura de la celda «178». Era la celda más cercana. La seguridad de aquellos calabozos era muy simple, y en apenas un instante la puerta estaba abierta. El hacker modificó la contraseña para que pudieran acceder a ella.

Roger y Phantom volvieron a la posición del soldado.

—Hecho —susurró Roger—. La clave es un 1111. ¿Necesitas ayuda con ese

infectado?

—No. Situaos en el pasillo izquierdo y estad atentos a cualquier movimiento; yo voy a volarle a ese desgraciado la tapa de los sesos.

Gary volvió al pasillo número «1», asomó de nuevo la cabeza y observó al infectado. Fijó su vista en la pared: la sangre descendía por ella al ritmo de la siniestra música que aquel monstruo percutía sobre el acero. «¿Qué clase de locura era aquella?», pensó. La mente de Gary no era capaz de procesar la imagen que se proyectaba ante sus ojos. Aquel virus convertía a los seres humanos en monstruos sacados de una película de terror, sin embargo, no se trataba de ficción, tampoco de un simulacro, aquel infierno era real, palpable, y una seria amenaza para la humanidad.

Con el fusil en modo semiautomático, el soldado clavó una rodilla en el suelo y acomodó sobre ella el peso de sus brazos. A través de la mirilla telescópica, apuntó a la cabeza del infectado, mientras que con el dedo índice acariciaba el gatillo. Tomó aire, con una pausa tensa, y luego lo expulsó de sus pulmones; era un ritual que utilizaba para tranquilizarse desde los años de instrucción. Con sutil delicadeza apretó el gatillo de su M4A1 y una bala del calibre 45 surcó el aire contaminado hasta impactar de lleno en la nuca del infectado: un enorme boquete se abrió en la cabeza del monstruo y el proyectil encontró salida por la mejilla, arrastrando con él parte de la masa encefálica y empujándola violentamente contra la pared. El cuerpo sin vida del infectado se desplomó en el suelo.

En ese instante, un aterrador quejido alertó a Gary de la presencia de más infectados en la planta.

—¡Cuidado, tenemos compañía! —gritó el soldado, tratando de alertar a sus compañeros de huida—. ¡Escondeos en la celda!

Demasiado tarde.

La puerta de uno de los calabozos del pasillo central se abrió, y un infectado

vestido con un uniforme naranja hecho jirones caminó con paso errático hacia Roger y Brian. La ropa desgarrada dejaba ver la carne amoratada del infectado, cubierta por unas abultadas venas de color azulado que palpitaban a un ritmo fuera de lo común, como si la sangre luchara por reventar el tejido. El monstruo agitaba los brazos, intentaba levantar el vuelo mientras la sangre que emanaba de los muñones de sus manos salpicaba en las estrechas paredes del corredor: se había arrancado las puntas de los dedos a mordiscos. Bailando una danza macabra, el infectado contorneaba la cabeza y mostraba su lengua ensangrentada, y al mismo tiempo dejaba escapar bocanadas de sangre espesa que esparcía por el suelo. No quedaba rastro de humanidad en ese cuerpo.

Roger alzó el arma y abrió fuego, pero estaba tan aterrorizado ante la extraña criatura que veían sus ojos, que el disparo impactó en el pecho del infectado, que apenas se inmutó y siguió avanzando hacia ellos emitiendo desagradables gemidos. El temblor de las manos le impedía fijar la mirilla de la pistola en la cabeza del monstruo, y el segundo disparo lo alcanzó en el cuello, destrozándole la vena yugular, que empezó a despedir sangre con la misma fuerza que lo hace un cerdo al que acaban de degollar; sin embargo, el infectado continuaba agitando los brazos con la mirada fijada en ellos, sus presas. Brian había cerrado los ojos y Roger lo golpeó, intentando que reaccionara.

—¡Corre! ¡Corre hacia la celda! —gritó Roger, pero el hacker estaba demasiado asustado y no se movió de su lado, ni siquiera parecía oír los gritos.

Aquel engendro se encontraba tan cerca de ellos que Roger pudo sentir el olor a sangre corrompida que desprendía su cuerpo. El tiempo se detuvo cuando el tercer disparo impactó de lleno en su cabeza. El infectado dejó de caminar. El siniestro aletear de sus brazos cesó, mientras la sangre de su cuello destrozado salpicaba las manos de su verdugo, o quizá de su redentor. Roger clavó la mirada en los ojos sanguinolentos del monstruo: en lugar de violentos se mostraban arrepentidos, como si quisiese pedir perdón por las atrocidades cometidas en

aquel pabellón. Un último quejido carente de vida y cayó de frente, golpeando su rostro contra el suelo y partiendo su barbilla en dos.

—¡Vamos! —exclamó Roger, agarrando a Brian por el brazo y arrastrándolo hasta el interior de la celda de seguridad.

Combatiendo en el otro pasillo, Gary abría fuego contra varios infectados; sus disparos eran certeros y acababan rápidamente con aquellas criaturas infernales. Dos. Tres. Cuatro... y así hasta ocho infectados terminaron con sus sesos esparcidos por el pasillo.

Cuando terminó con todos los infectados de la primera planta del Módulo Obligatorio, Gary volvió sobre sus pasos hasta el corredor derecho y buscó con la vista la celda «178». Acto seguido, pulsó las teclas 1111 y la puerta de seguridad se abrió. El soldado tomó asiento a los pies de una cama anclada a la pared; un lavabo de acero y una letrina sucia era todo el mobiliario de la celda. El soldado observó a sus acompañantes: Brian, acurrucado en una esquina, lloraba como un niño; Roger permanecía sentado en el cabezal de la cama con la mirada perdida tratando de encontrar una explicación coherente y lógica a la situación, pero la racionalidad parecía haberse esfumado de aquellas instalaciones.

—Esto es una puta pesadilla... —repetía Roger una y otra vez, una y otra vez.

—Has salvado tu vida y la de tu amigo —dijo el soldado—, deberías estar contento.

—¿Contento? ¿Estás de broma? —exclamó Roger, molesto por las palabras de Gary.

—Estás vivo y no vagas por los pasillos escupiendo sangre como hacen esos pobres desgraciados, ¿no te parece suficiente motivo para estar contento?

Roger hizo un gesto de negación con la cabeza:

—¿Qué demonios son esos monstruos, Gary? ¡Qué son! —vociferó, luchando contra su mente para no derrumbarse y mantener así la cordura.

—No lo sé... —bisbiseó el soldado. Gary estaba tan confuso como sus dos acompañantes.

14

Mientras Roger y Brian trataban de recuperar la compostura, Gary decidió salir a los pasillos para cerciorarse de que había terminado con todos los infectados. Con la seguridad que le otorgaba su fusil de asalto y la excelente puntería perfeccionada en los campos de entrenamiento, se dirigió al pasillo número «1».

Se aproximó a la zona donde tuvo el encontronazo con el primer infectado y contempló horrorizado la matanza que allí se había cometido: las paredes salpicadas, e incluso la sangre que goteaba del techo, indicaban la brutalidad que eran capaces de desarrollar esos seres.

Al menos contabilizó los cuerpos de ocho personas amontonados en el pasillo, como si el asesino nazi más sanguinario hubiese pasado por allí. Algunos de los cadáveres habían sido desmembrados, y sus restos estaban esparcidos por el suelo. Compungido, el soldado dio dos pasos hacia atrás para observar la escena desde otra perspectiva.

Entre los cadáveres, encontró el cuerpo de un miembro de la seguridad del CMA: parte del cuello le había sido arrancado, quizás a dentelladas, unas dentelladas salvajes que debieron ser la causa principal de su muerte. El semblante aterrado de su rostro y los ojos abiertos y casi fuera de sus cuencas indicaban que su muerte debió ser lenta y muy dolorosa. Su brazo derecho apenas se mantenía unido al tronco por unos filamentos de carne tensada, como si el infectado hubiese intentado arrancárselo sin éxito. Su mano, agarrotada por el *rigor mortis*, sujetaba con firmeza una pistola. Con mucho esfuerzo, Gary logró arrancar el arma de la mano del cadáver y comprobó el cargador: vacío. Después, registró el cuerpo en busca de munición, pero tampoco encontró nada. Guardó la pistola en uno de los compartimentos de su cinturón; tal vez más adelante encontrara algo de munición.

Cuando se incorporó de nuevo, la alarma de su reloj le recordó que debía tomarse una cápsula inhibidora; si no lo hacía, podía terminar convirtiéndose en uno de esos engendros, o al menos esas eran las instrucciones del paramédico, aunque, a esas alturas de la misión, dudaba de cualquier instrucción recibida por el SECOM. Tras ingerir la cápsula, se acuclilló frente al pobre desgraciado al que momentos antes le había volado la cabeza, y cuyo cadáver yacía apoyado sobre la pared de acero a la que había estado golpeando.

—¿Qué os está pasando? —masculló el soldado. Cuando subió al helicóptero del SECOM que los condujo hasta las instalaciones del CMA, lo hizo advertido de que la amenaza era violenta y extremadamente peligrosa, pero ni en sus peores pesadillas habría imaginado encontrarse con un brote vírico capaz de transformar a los seres humanos en despiadadas máquinas de matar. La información que Gary manejaba era mínima: «Nos enfrentamos a un brote vírico en las instalaciones del CMA, cuyo origen procede de los laboratorios secretos de la Prisión. Nuestra misión consiste en contener y eliminar la amenaza; no debe quedar nada con vida en esas instalaciones cuando nosotros las abandonemos. Recordad: contener y eliminar». Debería avanzar más si quería encontrar respuestas.

En el suelo, junto al cadáver de un enfermero, encontró una nota ensangrentada. Por el tipo de letra, dedujo que había sido escrita por el doctor Bracco.

«El doctor Harrison ha venido a verme esta mañana. Después de dos años tomando la temperatura a los hijos drogadictos de los señoritos ricos de Capital City, tengo la esperanza de que, de una vez por todas, mi suerte haya cambiado. El doctor Harrison me ha formulado ciertas preguntas para las que me estuve preparando a conciencia, con la esperanza de que algún día confiaran en mí para el proyecto en el que están trabajando en los laboratorios de la Prisión.

Después de mi charla con él, tengo la absoluta certeza de que están experimentando con

humanos.

El doctor Harrison ha tanteado mi lealtad al Juramento Hipocrático, pero me he mantenido firme y le he respondido que yo sólo me debo a la ciencia y a lo que esta nos aporta para que sigamos avanzando hacia el futuro; él ha sonreído, pues era justo la respuesta que andaba buscando.

Mientras charlaba con Harrison, recordé el día tan especial que viví cuando fui admitido por los miembros de la comunidad médica, en el que tal y como establece el juramento, me comprometí solemnemente a consagrar mi vida al servicio de la humanidad. Sin embargo, hay algo que no se aprende en las universidades de medicina, y que tampoco te enseñan los catedráticos. Y es que nunca había sentido la tentación tan cercana a mí; me susurra al oído y su voz, lejos de asustarme, se presenta colmada de conocimientos, y es tan fuerte y poderosa que ahora el juramento se muestra ante mí engalanado de una falacia constituida por los débiles.

Jamás pensé que me llegaría la oportunidad de convertirme en un médico antihipocrático. Siempre he sido fiel a los principios de mi familia, una larga estirpe de médicos, rechazando por completo la idea de experimentar con seres humanos pero, ¿cómo seguir avanzando si renunciamos a conocer nuestros propios límites? Desde que conocí el rumor sobre la existencia del Proyecto Erika, lo he dejado todo para participar en él. Los tiempos están cambiando y el futuro requiere de científicos como ellos, como yo.

Mañana tengo una reunión con el doctor Ridgway en su despacho de la planta noble de la Prisión; tal vez me admita en su grupo de trabajo y pueda conocer al fin los secretos que se ocultan tras los oscuros muros de esa siniestra cárcel.

Gary guardó la nota en el bolsillo de su chaleco, y de este sacó una foto. Durante unos minutos la estuvo observando en silencio, perdido en los ojos claros y en la bonita sonrisa de una guapa mujer.

—¿Quién es? —preguntó Roger, que se aproximaba por detrás al soldado—. Es tu...

Gary volvió de su pequeño letargo y asintió con la cabeza. Una lágrima recorrió su mejilla hasta desvanecerse por completo entre su barba de tres días.

—Mi esposa, sí, o al menos el recuerdo, lo único que me queda de ella — respondió el soldado con tristeza.

—¿Está...?

—¿Muerta? —interrumpió Gary—. Lo peor de todo es que no lo sé. Trabajaba como científica para Capital Tech en unas instalaciones subterráneas al norte de Islandia. Un día se presentaron en casa dos enviados de la corporación y me comunicaron que la planta había dejado de existir. El informe oficial dice que hubo una fuga de un gas altamente inflamable, y que la planta se había volatilizado junto con todas las personas que trabajaban en las instalaciones, incluida mi esposa. Volatilizado, ¿te lo puedes creer? Ni cadáveres, ni restos; nada.

—Lo siento —dijo Roger, apoyando su mano en el hombro del soldado—, todos tenemos nuestros demonios.

—¿Sabes lo más jodido? Me levanto por las mañanas con la sensación de que un día volverá, pero pasan los días y ella no vuelve. Si al menos tuviera un lugar donde depositarle un ramo de flores, si tuviera la certeza de que está muerta...

—Vamos, te ayudo a inspeccionar la zona —dijo Roger cuando vio que la moral del soldado estaba a punto de derrumbarse, y si eso ocurría, estaban perdidos.

—No. Es demasiado peligroso. Será mejor que descanses mientras Brian se recupera —propuso Gary, empuñando con fuerza el fusil de asalto y sorteando los cadáveres para iniciar la marcha por el pasillo.

—Prefiero soltar un poco de adrenalina a permanecer un minuto más en esa jodida celda. Voy contigo.

El soldado se encogió de hombros.

—Está bien. Según el plan de actuación, debo tener dos compañeros de unidad en este módulo, pero tampoco he logrado establecer comunicación con ellos... probablemente hayan caído. Sitúate tras de mí y cubre mi espalda. No

gastes munición, los infectados son míos. Vamos.

Mientras Brian descansaba en soledad en la mugrienta celda, Roger y Gary subían hasta la segunda del planta del Módulo Obligatorio en busca de más infectados y para conocer el destino de los dos compañeros de unidad.

—Contener y eliminar la amenaza —dijo Roger.

—¿Qué?

—Contener y eliminar la amenaza, ¿no son esas las órdenes?

—Cuando Brian se sobreponga al pánico que lo mantiene bloqueado, subiremos a la quinta planta, donde se ubicaban los despachos del módulo y los laboratorios, y con un poco de suerte encontraremos a uno de los doctores. Seguimos necesitando sus huellas digitales para abrir la compuerta del túnel; esas son las órdenes.

15

Roger y Gary accedieron al segundo nivel, compuesto en su totalidad por celdas de aislamiento. El soldado inspeccionaba la planta mientras Roger cubría su espalda. La zona parecía carecer de actividad hostil, pero no había ni rastro de los soldados del SECOM.

—¿Por qué motivo estabas ingresado en el CMA? —preguntó Roger.

—Adicción.

Gary asintió con la cabeza.

—¿Y estás curado?

—Es pronto, pero creo que sí. Llevo un mes limpio, aunque el tratamiento no se ha completado como habían establecido los doctores. Debían trasladarme a un hotel de Capital City, pero desperté aquí una hora antes de que tú me salvaras la vida. Discúlpame, Gary, pero no te di las gracias, y quiero que sepas que te agradezco...

—Déjalo, no importa. —al soldado no le gustaban los agasajos. Su vida se regía por un patrón: obligaciones y cumplimiento del deber. Al salvarle la vida a Roger, era consciente de que estaba incumpliendo las órdenes de la misión para la que había sido contratado.

Sin rastro de cadáveres y de infectados en la segunda planta, decidieron no perder más tiempo: bloquearon la cerradura y ascendieron al tercer nivel.

La puerta que daba acceso a la tercera planta se encontraba bloqueada. Gary forcejeó con la puerta, pero esta no cedió.

—Qué raro, todas las cerraduras están desconectadas menos esta... —dijo Gary mostrándose pensativo—. Es posible que mis compañeros hayan asegurado esta planta y estén aquí.

—Voy a buscar a Brian.

Roger descendió por las escaleras y accedió de nuevo a la primera planta.

Recorrió el pasillo central con cierto temor, aun siendo consciente de que Gary había limpiado la zona y que no debería encontrarse cara a cara con ningún infectado. Pero el silencio absorbente ha desarrollado la curiosa habilidad de despertar el miedo en los seres humanos y, cuando esto ocurre, el miedo se adueña por completo de nuestro cerebro, toma posesión de nuestros sentidos y nos ayuda a resolver situaciones en un entorno adverso y peligroso. El miedo nos obliga a huir; otras veces, en cambio, quiere que luchemos y nos empuja a enfrentarnos a él, derrotarlo, y sobreponernos para salir victoriosos ante cualquier situación.

Roger se detuvo frente a la celda «178» y pulsó las teclas 1111. Una vez dentro, observó cómo Brian, aparentemente más calmado, tecleaba en el ordenador.

—¡RG, mira esta noticia! —dijo Brian, entregándole el portátil a Roger.

En la pantalla del ordenador se podía ver una fotografía con varios cadáveres chamuscados en la orilla de una playa.

Apenas habían transcurrido unas de horas desde el accidente del transbordador, y la Policía Federal daba las investigaciones por finalizadas. Según se podía leer en la noticia, la explosión resultó ser provocada por un accidente, y todas las evidencias encontradas indicaban que el suceso fatídico había sido provocado por un escape en el sistema de combustión del barco. Caso cerrado, o mejor dicho, no había caso.

—Capital Tech sabe encargarse muy bien de sus asuntos —dijo Roger—, pero lo que ocurra en el exterior no tiene importancia si no logramos salir de aquí. Vamos, te necesitamos arriba.

Brian asintió y recogió sus cosas. Recorrieron de nuevo el pasillo y subieron hasta llegar a la puerta bloqueada de la tercera planta. Una vez allí, el hacker conectó el cable USB a la cerradura electrónica y abrió la puerta con facilidad.

—No os separéis de mí —ordenó Gary cuando accedieron al pasillo central

de la tercera planta.

Gary alzó el fusil de asalto y apuntó hacia el horizonte. Primero cubrió el flanco derecho y luego, el izquierdo: todo parecía despejado y tranquilo. Sin embargo, no era así, y un rastro de sangre alertó al soldado de que algo no iba bien. Gary advirtió a sus compañeros señalando el reguero de sangre con el dedo índice, después les hizo un gesto con la mano para que guardaran silencio y permanecieran tras él.

Avanzaron con precaución, siguiendo la hilera de sangre reseca que los condujo hasta una celda. Gary observó por la mirilla de la puerta.

—Mierda... —masculló el soldado—. Quedaos aquí y vigilad el pasillo. Uno de mis compañeros está malherido en el interior de la celda, pero aun así existe la posibilidad de que su actitud hacia vosotros no sea tan benevolente como la mía.

Tumbado en el catre, sobre unas sábanas cubiertas de sangre, uno de los miembros del SECOM se deshacía en dolor.

—Garret, soy Reiniger —susurró Gary, mientras golpeaba la puerta con sigilo para evitar alertar a los infectados que pudieran merodear por la planta.

En el interior de la celda, el militar se levantó de la cama realizando un esfuerzo descomunal y, tras comprobar que no estaba infectado, abrió la puerta de la celda.

—Novato... —dijo Garret, tomando asiento en la cama y apoyando la cabeza contra el acero de la pared—, me alegro de verte.

El rostro amarillento del militar acompañaba a sus gestos de dolor. Gary lo observó desde la distancia: de su brazo derecho goteaba la sangre que bañaba las sábanas.

—El hijo de puta me ha jodido bien. —Garret mostró la herida abierta de su brazo izquierdo. La chaqueta azul se había rasgado y un torniquete en el bíceps ayudaba a que la herida sangrara en menor medida. Entre el amasijo de carne y ropa empapada de sangre, asomaba un trozo de hueso que provocó en Gary una

mueca de repulsión. Con cuidado, Gary desprendió el tejido sobrante de la manga y observó horrorizado cómo el brazo de su compañero estaba partido en dos: el cúbito, astillado, sobresalía varios centímetros y había desgarrado la carne que había encontrado a su paso.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó Gary—. ¿Pudiste acabar con él?

—No. Pude encerrarlo en la quinta planta y esconderme, pero nada más. Es una mole de dos metros y más de 150 kilos. Una bestia salida de lo más profundo del infierno.

—Después de dejarte en el Módulo Privado, el helicóptero nos trajo hasta aquí —relataba el militar—. Nicolai y yo éramos los encargados de limpiar esta zona. Nos dijeron que no tendríamos problemas, que este módulo estaba prácticamente desierto... Ya sabes, contener y eliminar la amenaza; sencillo. Saltamos a la azotea y tiramos la puerta con el ariete. Descendimos por las escaleras hasta la quinta planta, todo parecía tranquilo, ya sabes, oficinas cerradas, laboratorios, salas de descanso para el personal; sin infectados. Pero cuando ya nos disponíamos a bajar a la cuarta planta, ese cabrón nos sorprendió. Agarró a Nicolai y lo levantó en alto como si fuese un muñeco de trapo. En sus manos, el cuerpo del ruso parecía el de un crío de primaria. Lo golpeó una y otra vez contra una esquina hasta que su espalda se rompió. ¡Joder, lo partió en dos! Yo abrí fuego, pero el miedo se había apoderado de mí, mis manos temblaban y apenas podía sostener el peso del fusil. Vací el puto cargador, o ni siquiera sé si disparé, en cualquier caso, esa bestia no parecía sentir el dolor. Cogió mi fusil y lo rompió por la mitad, fue como si mi M4A1 fuese un juguete de plástico fabricado en China.

En el pasillo, Roger y Brian escuchaban, atemorizados, la historia que relataba el mercenario del SECOM. Brian se rascaba con violencia su antebrazo derecho, y esas fricciones habían empezado a levantar la piel; Roger, nervioso, dudaba de que pudieran escapar de aquellas instalaciones y, por su cabeza,

sobrevolaba la idea de terminar con su vida y poner fin a la pesadilla.

Las manos de Garret temblaban pero, con una mueca de dolor, siguió relatando el suceso:

—Cuando esa bestia me desarmó, traté de escapar, pero me agarró del brazo y entonces pensé que todo había terminado, que acabaría conmigo de la misma forma que lo hizo con Nicolai, pero yo tuve más suerte. Su mano resbaló gracias a la sangre salpicada del ruso, me clavó las uñas hasta desgarrar la carne, pero forcejeé y mi brazo se partió; pude escapar de sus garras. Corrí despavorido, huyendo como un gato asustado, llegué a las escaleras y pude activar la cerradura de la puerta. Logré encerrarlo allí arriba y bajé a la cuarta planta, pero la cerradura estaba bloqueada, así que bajé a la tercera planta y pude esconderme aquí. Llevo un par de horas encerrado en esta celda y este maldito corte no deja de sangrar.

—Está bien, descansa un poco, compañero. Vamos a intentar curar esa herida —dijo Gary—. Roger...

Roger se asomó a la celda y saludó a mercenario herido.

—¿Quién coño es este, novato? ¿Un civil? Me cago en la puta. —entonces Garret echó mano a su pistola, pero Gary se interpuso y le arrebató el arma con un movimiento defensivo de *krav magá*, una técnica de CQC que Gary dominaba a la perfección. Garret se encontraba debilitado para ofrecer resistencia, y cedió sin luchar.

—El chico viene conmigo, y su amigo también —dijo Gary, inspeccionando la pistola y arrebatándole el cargador—. He perdido el contacto por radio con toda la unidad, y ellos están colaborando conmigo para llegar a la Prisión y escapar de este infierno. Podemos ayudarte, o dejarte aquí; tú decides.

—Largaos... El dolor se va apagando, apenas siento nada —dijo el mercenario, agarrándose el brazo y apoyando su espalda contra la pared.

Aquellas palabras de Garret pusieron en alerta a Gary, que buscó la

complicidad en los ojos de Roger.

Gary cogió a Roger por el brazo y salieron de la celda.

—¿Lo has oído? Creo que no se ha tomado las cápsulas inhibitoras — susurró el soldado.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Los infectados no sienten dolor —afirmó Gary, convencido de sus palabras—. Cuando les disparas, siguen caminando como si nada. Reciben los balazos como si fueran los arañazos de un gatito. No sienten nada. Y Garret está dejando de sentir dolor, creo que está infectado.

Roger observó al militar. La sangre goteaba de su herida y el hueso astillado que sobresalía de su brazo debía causarle un dolor insoportable. Recordó que en una ocasión, cuando jugaba en el equipo de baloncesto del Stuyvesant High School de Capital City, se le astilló un hueso de la mano, y el dolor que sufrió con la herida hizo que se perdiera varios partidos importantes. Cuando encontraron a Garret, se retorció en dolor y, sin embargo, cada vez parecía estar más calmado, como si el dolor se fuera disipando pese a no haber recibido cuidados paliativos ni medicación alguna.

—Es posible que tengas razón —asintió Roger—. ¿Qué propones?

—Tal vez... —Gary bajó todavía más su tono de voz—, deberíamos matarlo.

Roger movió la cabeza de un lado para otro de forma categórica: no estaba dispuesto a sentenciarlo a muerte por una sospecha. ¿Y si estaban equivocados? Sin embargo, la actitud de Gary le preocupaba; aquel hombre, su compañero, se encontraba malherido y Gary, en lugar de ayudarlo, proponía sacrificarlo como si se tratara de un animal al que entierras en un hoyo con una piedra a modo de lápida.

Gary miró fijamente a los ojos de Roger, casi desafiante.

—De acuerdo. Tú mandas —dijo el soldado.

—Bien. Busquemos la enfermería: vamos a curarlo.

Gary sacó el mapa del CMA de su bolsillo y lo desplegó apoyándolo sobre la pared. Tras observarlo minuciosamente, el soldado señaló una pequeña habitación situada en el subsuelo del Módulo Obligatorio. El almacén de enfermería, ubicado en el sótano 1, había sido señalado con el símbolo de seguridad media, y necesitarían de la ayuda de Phantom para acceder.

Tumbado en la cama y con la mirada perdida en el techo, Garret sangraba. Las gotas de sangre escapaban del amasijo de carne que envolvía la herida de su brazo izquierdo, recorrían la astilla del hueso quebrado y descendían hasta las sábanas; su brazo se había convertido en un grifo mal cerrado, y el sonido de la gota al unirse con el charco de sangre que se había formado resultaba tan molesto como perturbador. *Toc, toc, toc.*

—Que Brian vaya contigo y abra la cerradura —ordenó Gary—; yo me quedo aquí con Garret, por si cambia...

Gary tenía la intención de volarle la tapa de los sesos a su compañero al mínimo síntoma de infección en su cuerpo, no dudaría. Roger lo sabía y miró fijamente a los ojos de Gary. El soldado le transmitía mucha seguridad, y Roger era consciente de que sin su ayuda nunca podrían escapar del CMA. Sin embargo, tenía la intuición de que había algo extraño en él, algo que ocultaba y que a Roger le hacía desconfiar.

—Prométeme que estarás seguro de que está infectado antes de disparar.

El soldado asintió con la cabeza y se encerró en la celda con Garret.

Roger y Brian salieron hacia el almacén de enfermería mientras Gary, atento a la evolución de su compañero, tomó asiento en el suelo, apoyando la espalda contra el acero de la pared y sosteniendo el fusil entre sus piernas. Garret, que a cada segundo que transcurría tenía peor aspecto, permanecía inmóvil y con la mirada perdida en el techo. Un momento después, y para sorpresa de Gary, Garret se levantó de la cama y echó un vistazo a la herida de su brazo. Gary se

incorporó y no dudó en apuntarle a la cabeza: si Garret mostraba hostilidad, estaba preparado para abrir fuego y estucar las paredes de la celda con la masa encefálica de su compañero. El mercenario herido, cuyo rostro blanquecino empezaba a tomar una tonalidad lívida, dirigió la mirada hacia su compañero.

—¿Qué coño haces, novato? —preguntó el militar con voz entrecortada y cansada—. Baja el arma, gilipollas.

Gary, sin dejar de apuntar a su compañero, observó sus ojos. Buscaba sangre, un indicio, por imperceptible que fuese, que le aportara la seguridad necesaria para saber que hacía lo correcto si elegía la opción de disparar. Garret apenas podía mantenerse en pie y estuvo a punto de desplomarse al suelo, pero logró apoyar su brazo sano en la pared de la celda. Esa debilidad era un claro síntoma de que no estaba infectado, de lo contrario ya se habría abalanzado sobre Gary con la intención de matarlo.

—¿Te has tomado las cápsulas inhibitoras? —le preguntó Gary, sin dejar de apuntar a su cabeza y con el dedo sobre el gatillo.

Garret dio dos pasos hasta situarse frente a la letrina. Después apoyó su brazo sano en la pared y trató de bajarse la cremallera del pantalón. El hueso astillado le impedía articular su extremidad con normalidad.

—Claro que las he tomado novato, ¿crees que soy idiota? —dijo Garret, dejando escapar una sonrisa irónica—. Ven y ayúdame; yo solo no puedo.

—¿Qué te ayude? ¡Venga tío, no me jodas! —exclamó Gary, asqueado ante la petición de su compañero.

—¡A bajarme la cremallera, imbécil! No creas que voy a dejar que me toques la polla con esas manos de maricona.

Gary dejó el fusil en el suelo y se situó junto a Garret, luego le bajó la cremallera. Una vez solventado el trámite, Garret le pidió a su compañero que lo sujetara por el abdomen para orinar con tranquilidad.

—Ah... ¡Qué gusto echar una buena meada! —exclamó el mercenario,

levantando la cabeza hacia el techo y tratando de sonreír. Cuando terminó, se tumbó de nuevo en la cama.

Gary también aprovechó para orinar, la acción de las últimas horas le había hecho olvidar sus necesidades más básicas. Cuando terminó, se lavó las manos y la cara, después, de uno de sus bolsillos, sacó un pastelito de chocolate, le quitó el envoltorio y se lo entregó a su compañero; a continuación, sacó otro para él. Garret devoró el pastelito, que en sus manos hambrientas parecía un manjar, y después volvió a examinar con la mirada la herida de su brazo.

—Qué putada, colega... —masculló Garret, apenado.

—No te preocupes, vamos a curar ese brazo.

—El brazo ya no importa. No hay escapatoria, novato: todos vamos a morir.

—El helicóptero sigue en la azotea de la Prisión, podemos usarlo para escapar.

Garret miró a los ojos de Gary, acto seguido hizo un gesto de negación con la cabeza. No estaba de acuerdo con las palabras de su compañero.

—No seas idiota, novato. La Prisión es el puto infierno, jamás podréis escapar de allí. Mefistófeles se ha levantado contra nosotros. Esos chupatintas descerebrados de Capital Tech han liberado a sus criaturas más salvajes para que nos despedacen uno por uno. Estamos condenados ante su ira. O nos unimos a él o seremos devorados por las llamas del averno.

Gary permanecía atento a las palabras de su compañero. Garret había servido durante décadas en el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, y en la primera guerra de Irak se había ganado el apelativo de “Pastor” por su afición a citar pasajes de la biblia durante la batalla, pero esta vez, su voz sonaba como la de los predicadores post apocalípticos que vagan por las calles de Capital City haciendo sonar una campana, molestando a los transeúntes con sus sermones sobre la llegada del Ángel Caído y el fin de los días.

—¿Te encuentras bien, Garret? —preguntó Gary, confuso por el sermón

repentino de su compañero. Desconfiando, se levantó y apuntó a la cabeza del mercenario.

—Mejor que nunca —respondió con voz rasgada—. Su llamada es intensa y el ser humano se muestra débil ante su excelso poder. ¿Cómo negarse a recibirlo? No hay motivo para hacerlo. Debes permitir que te abrace con sus garras, que acceda a tu interior y te revele sus caminos ocultos, senderos de dolor y poder que jamás creíste que existían. Su ejército es el más poderoso, nunca tendrás la posibilidad de servir a otro igual; pronto dominará los confines de la Tierra sumiendo el planeta en el caos más oscuro. La muerte campará a sus anchas por el planeta, los mares y océanos se teñirán de rojo con la sangre de los cadáveres, hasta que el aire pesado por el hedor a descomposición sea el oxígeno que nos dé la vida.

Garret parecía divagar, sin embargo, cada vez se mostraba más enérgico. Gary apretó con fuerza el fusil y se mantuvo en alerta. Garret se incorporó y, en un alarde de violencia inusitada, atenazó con la mano derecha su brazo herido y lo arrancó dando un fuerte latigazo. Después levantó su cabeza al techo y lanzó un terrorífico alarido. Cuando volvió su vista hacia Gary, sus ojos ya estaban inyectados en sangre. Una bocanada de sangre espesa emanó de su boca y recorrió su barbilla para descender lentamente por el cuello.

—Únete a nosotros —el sonido gutural de su voz indicaba que apenas quedaba humanidad en él—. No hay dolor. No hay sufrimiento... no hay miedo. Toma mi mano y déjate abrazar por las llamas del Infierno.

Entonces, Gary apretó el gatillo y le voló la tapa de los sesos a su compañero. Garret cayó hacia atrás y quedó tendido sobre la cama de aquella mugrienta celda.

16

Roger y Brian llegaron a la puerta que daba acceso al subsuelo. «SÓTANO 1», indicaba el cartel que tenían frente a ellos. Aquella zona era inhóspita para ellos y, a pesar de la desconfianza que Gary despertaba en Roger, en ese momento lo echaba de menos. Roger se armó de valor y empujó la puerta con suma precaución.

Roger alzó la pistola y apuntó hacia el horizonte. Avanzaba con temor por aquel silencioso pasillo, donde sus pasos retumbaban en las estrechas paredes de cemento. Brian se ocultaba tras él, como si fuera un cachorrito asustadizo que se protege bajo el cobijo del líder de la manada.

El sótano 1 se componía de un único pasillo. El suelo estaba resbaladizo y las paredes húmedas por culpa de las pérdidas ocasionadas en las viejas tuberías oxidadas que cruzaban el techo. Caminaron por el corredor hasta situarse frente al almacén de mantenimiento. La puerta estaba entornada y Roger pensó que tal vez podrían encontrar algo de utilidad allí dentro. Al acceder al almacén, descubrieron horrorizados un cadáver que yacía tendido sobre la mesa de escritorio del encargado. El uniforme, azul oscuro, indicaba que se trataba de uno de los miembros del equipo de mantenimiento del CMA. El cuerpo, tumbado boca abajo, debía llevar varias horas muerto. Roger observó cómo un palo de fregona atravesaba su cabeza y lo mantenía unido al tablero. La sangre coagulada, y esparcida por toda la mesa, se entremezclaba con los albaranes y las listas de inventario.

—Mantén los ojos abiertos, Brian. Quién haya hecho esto todavía puede andar por aquí.

Pero lo cierto es que en el almacén no se escuchaba el mínimo ruido. Todo allí parecía muy tranquilo.

Un trozo de venda tirado en el suelo llamó la atención de Roger. Pensó que

podía pertenecer a Alissa. Lo cogió y estuvo observándolo en silencio, acariciando la suave gasa con la esperanza de que ella todavía siguiera con vida.

—¿Crees que es de Alissa? —preguntó Brian.

—No lo sé, tal vez... —reflexionó Roger—. Busquemos algo de ropa; si encontramos unos uniformes azules, nos camuflaremos mejor.

Los chicos examinaron las estanterías: botellas de lejía y productos de limpieza, cascos, herramientas... En unas cajas apiladas en lo alto de la estantería encontraron unos uniformes sin estrenar, y decidieron sustituir los de color blanco que llevaban puestos por los trajes de mantenimiento.

Al quitarse la camiseta interior fue cuando lo descubrió: algo extraño circulaba por las venas de sus brazos, que se mostraban hinchadas, palpitantes, y con un inquietante color azulado. Roger, nervioso, se colocó la camisa del uniforme con rapidez y disimuló, pero Brian se había percatado del nerviosismo de su amigo.

—¿Ocurre algo, Roger? —preguntó el hacker.

—Nada. Tengo un poco de ansiedad, necesito salir de aquí y respirar aire fresco —respondió Roger, y a su vez entregó a Brian un destornillador de un tamaño considerable, ideal para el combate cuerpo a cuerpo; un arma perfecta para clavar en la cabeza de los infectados. Guardó otro en su bolsillo.

—Por si fuera necesario —le dijo a su amigo, forzando una sonrisa y con la esperanza de que nunca tuvieran que utilizarlos.

Continuaron registrando el almacén pero no hallaron nada más de utilidad. Roger se centró en el escritorio, estudiando con la mirada cada detalle. Se situó frente al cadáver y observó sus ojos: unas hileras de sangre seca que descendían por sus mejillas alertaban de la posibilidad de que había estado infectado. Roger introdujo el destornillador en la boca del infectado y le forzó la mandíbula, entonces, del cadáver exhumó ese desagradable líquido espeso. Estuvo infectado.

Junto con los papeles esparcidos por la mesa, Roger halló una nota perdida

entre los albaranes ensangrentados y que le llamó la atención. Iba firmada por el doctor Bracco:

«Hoy me he reunido con el doctor Ridgway, que se ha mostrado muy receptivo conmigo. Hemos conversado sobre mis estudios universitarios y se ha interesado por mi aprendizaje al lado del doctor José Rodríguez Delgado. Creo que su intención era estar seguro sobre la convicción de mis principios antes de ofrecerme el trabajo. He comentado con él mi trabajo en el Proyecto Pandora. Por aquel entonces yo era un joven recién doctorado con la suerte de trabajar como ayudante para el doctor Delgado. Sin embargo, tuve la sensación de que Ridgway conocía algunos detalles que jamás debieron salir de aquel hospital. El doctor Ridgway debe tener buenas influencias, pues la mayor parte del trabajo de “el español”, como lo conocíamos en la universidad, sigue archivado como Alto Secreto Clasificado por la CIA y es imposible acceder a esos documentos, ni tan siquiera para los médicos que participamos en ese proyecto; supongo que ya no existen secretos clasificados para Capital Tech. Ridgway me ha dicho que coincidió con Delgado en alguna reunión y que cursó estudios con su padre. En todo momento se ha mostrado muy respetuoso, creo que tiene en alta estima al doctor Delgado, y valora que yo pasara algún tiempo a su lado.

El doctor Ridgway se ha mostrado receptivo conmigo, y hemos mantenido la conversación en un tono amable y cordial. Tengo la sensación de que, desde mi llegada al CMA hace más de un año, ha estado observando todos mis movimientos, estudiándome, atento a cada paso que daba hasta estar seguro de que yo era el científico que andaba buscando. Hemos tomado café y disfrutado de una charla muy distendida. Me he armado de valor y le he preguntado sobre sus investigaciones. Él ha sonreído y me ha emplazado a visitar las instalaciones de la Prisión, pero antes he tenido que firmar un contrato de confidencialidad. Sé que estoy poniendo en riesgo mi vida, pero no me importa. Llevo años escuchando rumores sobre este proyecto, demasiado tiempo tras su pista intentado tener acceso a las investigaciones del doctor Ridgway. Hoy lo he logrado, creo que ya estoy dentro».

Roger leyó la nota y la guardó en uno de sus bolsillos.

—Aquí ya no hacemos nada, RG. Cojamos las medicinas del almacén de

enfermería y vayámonos —dijo el hacker, cansado de rebuscar entre los objetos de las estanterías. Roger asintió.

—¿Confías en él? —preguntó Roger. Brian se sorprendió ante la pregunta de su amigo.

—¿En Gary? Sí, claro. Te salvó la vida...

—Lo sé. Pero creo que nos oculta algo. Tengo la impresión de que sabe mucho más de lo que cuenta.

Roger y Brian salieron al pasillo y caminaron hacia la enfermería, ignorando el resto de estancias que permanecían cerradas. Una vez frente a la puerta de la enfermería, Brian desmontó la cerradura y conectó el cable USB. Roger, pistola en mano, vigilaba a un lado y a otro, no quería ser sorprendido por algún infectado.

Tras un par de minutos de tensa espera, el indicador de seguridad cambió de rojo a verde y la puerta se abrió.

Astringente, desinfectante, grapas y algunas vendas. Roger pensó que tendría suficiente, hasta que vio la caja de Vicodina en el armario de las medicinas. Entonces, su semblante cambió por completo y sus manos empezaron a temblar. El tiempo se detuvo para él, y su cerebro quedó expuesto de nuevo al atrayente influjo de la droga. Quedaban resquicios en él de su adicción a los narcóticos y no había olvidado cuánto adoraba a la enigmática dama de sabor amargo que, una vez más, se mostraba ante él tan poderosa y sensual como siempre lo había hecho. Anhelaba el efecto que le provocaban los opiáceos mientras recorrían cada centímetro de su cuerpo. Con sólo alargar la mano e ingerir varias pastillas, el miedo que lo acompañaba desaparecía por completo. Su angustia disminuiría hasta el punto de quedar reducida a un simple paseo inadvertido por su sistema nervioso.

—Ni se te ocurra, RG —dijo Brian con contundencia—. Aléjate del armario de las medicinas.

—Necesito un poco de Vicodina. Siento dolores en las piernas y tengo la cabeza a punto de estallar —manifestó Roger, tratando de convencerse a sí mismo—. Me duele...

Roger intentó forzar la cerradura del armario, pero no logró abrirla, entonces se armó con una silla con la intención de reventar el cristal.

En un intento por apartar esa idea de la mente de su amigo, Brian agarró a Roger por el brazo y trató de empujarlo fuera del almacén de medicinas. Pero el hacker nunca hubiera esperado la reacción que tuvo Roger: enajenado y fuera de sí, Roger apuntó con la pistola a la cabeza de su amigo, apoyando el cañón contra su frente.

—¡Al suelo!

Brian se arrodilló y Roger apretó con fuerza el cañón, empujando la cabeza de su amigo contra el suelo.

Roger acarició el gatillo: estaba dispuesto a matarlo.

La mente de Roger había entrado en su habitual espiral de autodestrucción: recordó el accidente, a su amigo Louis con la cabeza reventada, los cadáveres destrozados de las chicas, los cuerpos de los niños calcinados en el interior del vehículo familiar. Aquellos recuerdos que debía y quería olvidar seguían muy presentes en su memoria.

—Estoy contigo, RG. Estoy contigo —repetía una y otra vez el hacker—. Soy Brian, tu amigo.

—Me duele tanto... —rompió a llorar Roger, mientras bajaba el arma y se sentaba en el suelo—. Tengo tanto dolor...

—Estoy contigo, estoy contigo —repetía Brian.

Cuando Roger y Brian volvieron a la tercera planta, Gary los aguardaba apoyado en la puerta cerrada de la celda; el semblante serio del soldado les hizo temerse lo peor. Decidieron no contarle nada al soldado sobre lo ocurrido en el almacén de medicinas. Roger echó un vistazo por la mirilla de la puerta y pudo

ver el cuerpo de Garret abatido sobre la cama, después observó la pared salpicada de sangre y masa encefálica.

—¿Estabas seguro cuando lo has hecho? —preguntó Roger.

Gary asintió.

—Estaba infectado —dijo el soldado—. Guardad las medicinas, tal vez más tarde nos sean de ayuda. ¿Y esos uniformes?

—Son de mantenimiento —respondió Roger—, nos ayudaran a camuflarnos mejor en la Prisión.

—Bien. Bien.

Gary desplegó el mapa sobre el suelo, debían planear cómo actuar en la quinta planta, donde según Garret, una bestia capaz de partir a un hombre en dos campaba a sus anchas.

—¿Es necesario que subamos ahí? —preguntó Brian con temor.

—Necesitamos peinar esa zona en busca de una llave que nos abra la cerradura, de lo contrario no podremos acceder al túnel —afirmó el soldado—. En esa planta no hay celdas, sólo laboratorios, salas de reuniones y despachos. Creo que ahí arriba podemos encontrar lo que buscamos.

En la quinta planta todas las cerraduras eran de seguridad media, por lo que necesitarían de la ayuda de Brian. El hacker se rascaba con fuerza el antebrazo, consciente del peligro que suponía la misión que iban a emprender.

—Conocemos al infectado —dejó escapar Brian de repente.

—¿Qué? —preguntó Gary sorprendido. Roger hizo un gesto de resignación con la cabeza.

—Es amigo nuestro... —dijo Roger—. Puede que todavía haya una solución para él. Tal vez...

De repente, el soldado agarró a Roger por las solapas de la camisa y lo acorraló contra la pared del pasillo. Gary estaba enervado ante la actitud de sus compañeros de huida.

—Escúchame, chaval, porque no lo repetiré. Aquí ya no quedan amigos, ni familiares. ¡No queda nada! ¿Lo entiendes? Vuestro amigo ha matado con sus manos a dos soldados de élite, curtidos en batallas, guerras y operaciones especiales. No volveré a dudar si tengo que matar a alguien, y eso también os incluye a vosotros.

Gary soltó a Roger y volvió su vista al mapa, el soldado tenía claro cómo salvar su vida, y en su plan no quedaba lugar para la clemencia. Unos minutos antes, se había visto encerrado en una celda con un infectado, y tenía muy claro que algo así no volvería a ocurrir; era un riesgo que no estaba dispuesto a asumir.

El soldado señaló sobre el mapa la primera estancia de la quinta planta: un laboratorio que además se comunicaba con la habitación contigua.

—Aseguraremos estas dos salas, será nuestro punto seguro en la quinta planta. Misma contraseña que abajo —explicó Gary, seguro en sus palabras y convencido de sus directrices.

—Es muy arriesgado —dijo el hacker—, son cerraduras de seguridad media y necesitaré varios minutos para conseguir los códigos y codificar la cerradura de nuevo.

—Es la forma más segura de acceder a la quinta planta. Adentrarnos más supone cubrir dos flancos, y no estoy dispuesto a correr ese riesgo. Cruzaremos los dedos para que esa bestia no nos descubra antes y aseguraremos la primera estancia —sentenció Gary.

—Tal vez deberíamos ir en su caza, limpiar la zona. No veo por qué tenemos que poner en riesgo a Brian —propuso Roger.

Gary miró a Roger, después mostró su disconformidad con un movimiento de cabeza. El plan de Roger era demasiado arriesgado, y Gary no quería aventurarse a caminar por la quinta planta sin tener un punto seguro donde protegerse en caso de ser atacados.

—No. Dos de los mejores soldados de un comando de élite han muerto ahí arriba, es demasiado peligroso subir sin asegurar un punto donde escondernos.

Gary se mostró tajante, conocedor del peligro que suponía enfrentarse al infectado. El relato de Garret lo había condicionado y, a su vez, advertido de que no debía subestimar al enemigo.

Roger asintió. Si alguien había mostrado capacidad para liderar el grupo, ese era el soldado. Gary sabía bien cómo actuar en cada momento, y Roger pensó que sería mejor no cuestionar sus órdenes. Así pues, los tres abandonaron la planta donde se encontraban y subieron por las escaleras comunes hasta la puerta que daba acceso a la quinta planta, donde un Curtis infectado, y convertido en ser horripilante y saturado de brutalidad extrema, se erguía como el dueño absoluto de esa zona.

Gary suspiró, necesitaba descargar tensión, y comprobó su fusil de asalto; Roger miró fijamente el suelo, y empuñó con fuerza la pistola que sostenía con una mano quizá demasiado temblorosa. Mientras, Brian se rascaba con tanta insistencia el antebrazo, que su piel estaba empezando a levantarse; el hacker se sentía indefenso y aterrado.

17

Brian cerró los ojos cuando el led de la cerradura que controlaba el acceso a la quinta planta cambió el color rojo por el verde. Gary hizo un gesto a sus dos compañeros de huida para que mantuvieran la posición, mientras él, armado con su fusil de asalto, daba los primeros pasos en aquel silencioso pasillo. La quinta planta del Módulo Obligatorio habría resultado una trampa mortal de no ser por las advertencias recibidas de Garret. Con precaución, y prestando absoluta atención al entorno, el soldado se situó junto a la puerta del laboratorio. A continuación, clavó su rodilla en el suelo y apuntó al horizonte, atento a cualquier movimiento extraño y acariciando el gatillo con el dedo índice, preparado para volarle la cabeza a todo aquel que se atreviera a mostrarse. Con un gesto de mano, el soldado solicitó el avance de Roger y Brian. El hacker se mostró reacio a penetrar en el pasillo pero, empujado por su amigo, no le quedó más remedio que adentrarse en la guarida de la bestia.

El miedo provocaba que las manos de Phantom temblequearan y se agitaran como si de un enfermo de Parkinson se tratara, pero el hacker se esforzó para desmontar la carcasa de la cerradura de seguridad y conectar el cable USB: tardaría unos minutos en codificar de nuevo la cerradura, una espera demasiado larga que decidió afrontar con los ojos cerrados y sin prestar atención a los códigos numéricos.

Gary respiraba de forma pausada y, con una concentración absoluta, permanecía atento a cualquier movimiento que identificara en el pasillo. A escasos metros de su posición, una puerta golpeaba una y otra vez contra un cadáver que le impedía cerrarse con normalidad, esos golpes, y el sonido de los compresores que activaban los mecanismos, empezaban a poner nervioso al soldado. Gary se movió y apoyó la espalda en la pared de enfrente, así obtuvo una perspectiva mejor y descubrió que se trataba de su compañero Nicolai. Unos

metros más adelante, y arrojado sobre un charco de sangre y vísceras, vio el tren inferior del militar seccionado de cintura hacia arriba. Fue una visión espeluznante.

—¿Ya lo tienes? —susurraba una y otra vez el soldado, temeroso porque el infectado los sorprendiera.

—Falta muy poco —dijo Phantom, mucho más nervioso y asustado que sus dos compañeros.

—Date prisa, cada segundo que permanecemos aquí fuera estamos poniendo en riesgo nuestras vidas.

El hacker fijó la mirada en el monitor del ordenador, recorriendo con la mirada los códigos y fuentes que transcurrían por la pantalla a una velocidad de vértigo. Cuando por fin la cerradura se abrió, el hacker modificó la contraseña por 1111.

El primero en entrar en el laboratorio fue Roger. Encendió las luces y comprobó que se trataba de una sala grande y repleta de toda clase de utensilios de investigación: ordenadores, microscopios, centrifugadoras, neveras y congeladores, cubetas, pipetas, ampollas de decantación... todo bien ordenado sobre mesas de trabajo y, a juzgar por la escasa seguridad y la ausencia de carteles de advertencia, allí no trabajan con materiales peligrosos.

El laboratorio se comunicaba con la estancia contigua, que se podía observar a través de un cristal que ocupaba la mayor parte de la pared del fondo, aunque la falta de iluminación impedía ver más que una mancha enorme al otro lado del cristal. El laboratorio y la jaula de los monos.

Brian y Gary accedieron al laboratorio y bloquearon la puerta. Roger señaló la pared del fondo, donde se ubicaba el ventanal. Gary se aproximó y trató de ver lo que había dentro, pero sus ojos no lograron atravesar la oscuridad. El soldado apoyó el rostro en el ventanal y ordenó a sus compañeros que guardaran silencio; trataba de localizar algún rastro de vida tras el ventanal

—¿Habéis oído eso? —preguntó Gary.

Roger prestó atención, mientras Brian se rascaba el antebrazo con la mirada perdida en el suelo.

—¿Son cadenas? —dijo Roger extrañado.

—Eso parece —asintió el soldado, todavía con la oreja pegada al cristal—. Creo que puede haber alguien encadenado en esa habitación.

De repente, escucharon el sonido de un compresor al activarse. Gary reaccionó a tiempo y se abalanzó sobre el cuadro de luces: logró dejar el laboratorio a oscuras antes de que la puerta de la estancia contigua se abriera por completo. Entonces observaron cómo Curtis, a pecho descubierto y con el torso empapado en sangre, entraba en la habitación contigua y las luces se activaban con su presencia, iluminando toda la estancia.

El grupo se quedó perplejo, a la vez que horrorizado, ante el espectáculo atroz y dantesco que contemplaron sus ojos.

—¿Qué es este lugar? —susurró Roger, mostrando una mueca de repulsión. No obtuvo respuesta.

Las paredes de alicatado aséptico y el suelo estaban embadurnados en sangre, como si un pintor de brocha gorda hubiese empuñado un rodillo para pintar aquella sala con el color rojo de la muerte. Dos camillas sucias en el centro de la estancia, instrumental esparcido y roto por el suelo; sin duda, allí hubo varios forcejeos. En el fondo, y encadenadas a la pared, cuatro mujeres jóvenes, semidesnudas, con signos evidentes de haber sido torturadas, y cubiertas de sangre; dos mujeres presentaban un profundo corte en el cuello que les seccionaba la yugular, muertas; otra tenía el cuerpo repleto de cortes, cientos de pequeñas incisuras que convertían su cuerpo desnudo en un lienzo abultado por las grietas; la cuarta mujer era Alissa. En ese instante, Roger estuvo a punto de gritar; Gary, atento, le tapó la boca con las manos, evitando así que fueran descubiertos por el infectado. Alissa se encontraba allí, encadenada en un rincón

de aquella terrorífica habitación, inmóvil, con su chándal blanco cubierto de sangre. ¿Muerta?

Curtis agarró por el pelo a la chica degollada -por su bata de color blanco se podía intuir que trabajaba como enfermera en el CMA- y propinó repetidos puñetazos a su rostro. Después sacó de su bolsillo un manojito de llaves, le quitó los grilletes y cargó con el cuerpo inerte para depositarlo sobre una camilla sanguinolenta y sucia. El infectado arrancó la bata de la joven, después hizo lo mismo con la escasa ropa que cubría el cuerpo amoratado de la mujer, y contempló durante unos segundos su carne desnuda y palidecida. Para el horror de los tres improvisados voyeurs que observaban la escena ocultos tras el ventanal, el infectado se bajó los pantalones, escupió sobre la vagina de la mujer, y la penetró con una violencia aberrante. La obsesión que mostraba Curtis por el sexo antes de la infección se convirtió en necrofilia tras quedar expuesto al virus en el Módulo Obligatorio, y elevó su locura. Roger miró a Gary y no dijo nada; el soldado asintió. El virus tenía la capacidad de aumentar la demencia de los enfermos hasta límites que escapaban a la comprensión humana, transformando a los infectados en monstruos carentes de humanidad y sentimientos, en bestias primitivas ajenas a cualquier razón o código ético. «¿Qué clase de mente retorcida ha creado algo así?», se preguntó Roger. «¿Y con qué finalidad?».

—Hijo de puta —murmulló Gary, mientras observaba con asco cómo Curtis violaba el cadáver de la chica.

La grotesca escena hizo que a Roger se le retorciera el estómago hasta provocarle arcadas. Curtis gemía mientras penetraba el cuerpo sin vida de la mujer, sacando su asquerosa lengua para lamer la sangre coagulada del cuello degollado de la víctima. Una segunda arcada hizo que Roger vomitara bilis sobre el suelo

Gary, consternado, se preguntaba cómo iban a salir de allí con vida. Jamás en sus años de servicio había contemplado semejante locura, y ni siquiera habían

llegado a la Prisión.

—Tenemos que comprobar si Alissa sigue con vida —susurró Roger.

—Lo sé. En cuanto ese cerdo se largue, entraremos —dijo el soldado.

—¿Y si le ataca?

—Entonces no podremos hacer nada. Lo siento.

Un alarido precedió a que Curtis eyaculará en el interior del cadáver para dar por finalizada la violación *post mortem*. Después de subirse los pantalones, el infectado depositó el cuerpo de la chica sobre el suelo, colocó su pie derecho sobre el tórax y presionó, ejerciendo una fuerza descomunal que destrozó la caja torácica de la mujer y partió en dos su columna vertebral, provocando que de los orificios corporales emanara la escasa sangre que contenía el maltratado cadáver. Después, apretó las dos manos contra su cabeza y empezó a forcejear, tirando de ella con una rabia infernal hasta que logró separarla del tronco, arrastrando con ella la columna vertebral y llevándose tras de sí un cúmulo espeso de tripas y entrañas. Entonces, el infectado alzó la cabeza de la mujer a la vez que la agitaba lentamente hacia el espejo, como si fuese una calabaza de Halloween. El hijo de puta parecía sonreír mientras les mostraba su macabro trofeo, y lanzó la cabeza con violencia contra el ventanal. Roger y Gary hicieron un gesto involuntario por apartarse, y se preguntaron si aquel engendro los habría descubierto. Curtis se volvió y pisoteó los restos del cadáver de aquella pobre desgraciada, dejándolo en el suelo como si se tratase de un trapo sucio ya carente de utilidad.

Alissa permanecía inmóvil, impasible, con la cabeza baja y los ojos cerrados. Roger suplicaba en voz baja para que el monstruo se marchara. No apartaba la mirada de la chica, esperando cualquier movimiento, una señal que le indicara que todavía seguía con vida. Entonces Alissa alzó la cabeza con precaución y abrió un ojo para echar un vistazo a los movimientos del infectado. El monstruo debió percibirla y se situó frente a ella: con su enorme mano acarició el rostro de Alissa, manchándolo de sangre, luego lo lamió con su lengua sanguinolenta,

lanzó otro alarido, y se volvió hacia la camilla. Curtis cargó con el cuerpo de la chica decapitada, echándolo sobre su hombro como si fuese un saco de pienso para animales, y abandonó la habitación. Por fortuna para Alissa, su turno todavía no había llegado.

—¡Tenemos que liberarla! —exclamó Roger, visiblemente exaltado.

—Ssssh. Baja la voz, idiota, o esa bestia nos descubrirá y nos destrozará. Vale, este es el plan —asintió Gary—. Yo saldré al pasillo y cubriré la entrada, vosotros ocupaos de las cerraduras. Brian, cuando accedáis a la habitación, preocúpate por codificar la puerta que comunica con el pasillo para que el infectado no pueda entrar.

El soldado salió al pasillo mientras Phantom conectaba su ordenador a la cerradura de la puerta que comunicaba los dos laboratorios. Sólo dos dígitos, fue muy fácil desbloquearla, y el hacker se puso a trabajar en la otra cerradura.

—¡Alissa!

—¿Roger? —se sorprendió ella—. ¿Estás vivo?

—Sí, cielo. Vamos a soltarte, tranquila.

Roger comprobó los grilletes que mantenían encadenada a la chica, bregó con ellos y trató de arrancarlos, pero estaban anclados a la pared y no había forma de romperlos.

—Es imposible —dijo con resignación—. Necesitamos la llave.

Phantom logró hackear la cerradura de seguridad media y la puerta del laboratorio se abrió. Gary entró y se situó en posición de defensa, apuntando a la puerta y cubriendo al hacker, que trataba de restaurar la contraseña a 1111 para asegurar la zona. Alissa observaba al soldado sin apartar la vista de él, como si desconfiara de su presencia.

—¡Hecho! —exclamó Phantom levantando una mano.

—Buen trabajo, chaval —asintió Gary, a la vez que le daba un golpecito en la espalda—. Buen trabajo.

El soldado echó un vistazo a la habitación: con tanta sangre derramada y miembros mutilados parecía el sótano de un asesino demente. ¿Qué lugar era aquel? ¿Para qué se utilizaba ese laboratorio? ¿A quién o a qué encadenaban allí antes de que se desatara la infección? Gary comprobó los cuerpos: dos mujeres habían sido asesinadas y sus cuerpos estaban empezando a descomponerse en la sala de los horrores, donde un hombre había abandonado la cordura para mostrarles hasta dónde puede llegar la demencia. Con aversión, Gary dirigió su mirada hacia el ventanal ensangrentado, y en el suelo pudo ver la cabeza de la chica decapitada. Después se acuclilló frente a la chica cuyo cuerpo presentaba múltiples cortes: inconsciente y moribunda, no se podía hacer nada por ella.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Gary de forma inconsciente, pero no buscaba respuesta, sabía que no había una explicación coherente para lo que estaba ocurriendo.

—Ese infectado... —dijo Alissa.

—¿Infectado? —interrumpió el soldado—. ¿Por qué lo llamas así?

—Infectado, loco, tarado... ¿Qué más da? —respondió ella—. Intenté escapar pero me atrapó. No sé cuántas horas llevo aquí encadenada, pero no me ha tocado. Primero las mata y luego las viola.

—¿Cómo llegaste hasta el Módulo Obligatorio?

Gary parecía interrogar a Alissa. El soldado sospechaba de ella, y ella empezaba a incomodarse.

—¿Qué te pasa, soldadito? ¿Tengo que superar tu test antes de que intentes ayudarme? —cuestionó Alissa con su ironía característica.

—Tiene razón, Gary. Antes de nada deberíamos trazar un plan para conseguir la llave de los grilletes —propuso Roger, tratando de enfriar el mal ambiente que se había generado entre su compañero de huida y Alissa.

El soldado se acarició la barba. Pensativo, trataba de visualizar en su mente un plan viable para acabar con aquel infectado y arrebatarle las llaves. No sería

fácil, y en cierto modo tenía motivos suficientes para estar preocupado, sobre todo cuando recordó el brazo astillado de Garret y el cuerpo partido en dos de Nicolai. Echó un vistazo a su entorno, a sus compañeros: un hacker que no le resultaba de utilidad en el combate y un interno con buena puntería pero al que el miedo le impedía mantener el pulso firme cuando se enfrentaba a los infectados. Mal asunto.

—No podemos salir a su caza, seríamos carnaza para esa bestia y nos destrozaría uno a uno —sentenció el soldado—. Usaremos a la chica como cebo y nos enfrentaremos al infectado aquí. Lo sorprenderemos y no tendrá tiempo para reaccionar.

—¡Y un mierda! —exclamó Alissa enervada, a la vez que hacía gestos de negación con la cabeza—. Roger, Brian, no dejéis que me utilice. ¡Habéis visto lo que hace ese monstruo, por el amor de Dios!

Los chicos se miraron, pero sabían que Gary tenía razón. Salir a la caza de Curtis era una majadería, una acción arriesgada con escasas probabilidades de éxito. En cambio, resultaría más sencillo enfrentarse a él en aquel del laboratorio, sobre todo si la bestia se centraba en la chica como objetivo.

—Tiene razón, Alissa —sentenció Roger—, es la única forma de que podamos derrotarlo.

—Hijos de puta... ¡Que os jodan, que os jodan a los tres!

—Lo siento pero no hay otra forma, créeme.

Gary y Roger empujaron dos mesas y las colocaron al fondo de la habitación tumbadas a modo de trinchera, desde allí tendrían visión directa con la puerta. El compresor los alertaría cuando el infectado tratara de acceder al laboratorio y, con un disparo certero en pleno cráneo, Curtis debería caer abatido. Era un plan infalible.

Brian conectó de nuevo el ordenador para desactivar la seguridad de la cerradura. Roger y Gary se ocultaron tras las mesas y comprobaron sus armas:

estaban preparados. Alissa se mostraba reacia a colaborar. El plan consistía en que ella gritara para atraer la atención del infectado pero, aterrada ante la posibilidad de que el plan se fuera a al traste, no parecía dispuesta a participar.

—¡Hecho! —advirtió el hacker, y corrió a esconderse en el laboratorio contiguo.

Roger y Gary levantaron sus armas y apuntaron hacia la puerta. La distancia era corta, un disparo cercano y certero que sorprendería a Curtis, y que con la buena puntería del soldado el margen de error se reducía a mínimos. Un plan cojonudo.

—Casi no me queda munición —susurró Gary—. No podré abrir ráfaga.

—¿Cómo?

—Tengo el fusil en semiautomático, tendremos que alternar los disparos. Si yo fallo, disparas tú, pero sólo si fallo, no malgastes munición.

—Entendido —asintió Roger.

Un espeluznante bramido puso los pelos de punta a Roger; Curtis estaba cerca. Gary le hizo un gesto a Alissa para que gritara. Pero la chica se negó, no iba a colaborar. Gary tocó a Roger para que permaneciera atento tras las mesas. El soldado improvisó y lanzó contra la puerta un alambique de vidrio que encontró a mano. El sonido de los cristales al romperse llamó la atención del infectado, y el compresor de la puerta se activó.

Roger susurraba lo que parecía ser una oración.

—¿Eres católico? —preguntó el soldado, pero no obtuvo respuesta.

La puerta se abrió pero Curtis no accedió al laboratorio. La bestia respiraba con violencia y su caja torácica se agitaba con movimientos convulsos. Sus ojos ensangrentados observaban el laboratorio, parecía presentir que algo no iba bien. El infectado emitió un alarido espantoso y dejó escapar una bocanada de sangre espesa y negra.

—¡Ahora! —gritó el soldado, y salieron de su escondite para abrir fuego

contra Curtis.

Gary fijó la mirilla de su fusil en la frente del infectado. No había tiempo para rituales y apretó el gatillo.

Clic.

Apretó el gatillo otra vez.

Clic.

—¡Mierda! —se lamentó el soldado—. ¡Se ha encasquillado! ¡Dispara, Roger!

Pero entonces el infectado echó a correr hacia la trinchera, y Roger se acobardó, sus manos temblaban y no pudo fijar el objetivo. Disparó una vez, pero la bala hizo saltar chispas al golpear el acero del techo.

—¡Dispara! —gritó Gary—. ¡Dispara, joder!

Y Roger apretó el gatillo de su 9mm por segunda vez, esta vez un disparo certero y la bala se incrustó en el cráneo de Curtis, que lanzó un fuerte quejido y se detuvo. El infectado expulsó otra bocanada de sangre y empezó a contornear su cabeza.

—¡Le he dado! ¡Le he dado! —repetía Roger una y otra vez.

Sin embargo, el infectado parecía no estar afectado por el disparo. Curtis seguía vivo y se abalanzó sobre Roger. Con una mano, agarró por el cuello al que una vez fue su amigo y lo levantó hasta juntar su rostro con el suyo. En un acto repulsivo, pasó la lengua sanguinolenta por la barbilla de Roger.

—¡Me conoces! ¡Soy yo! —dijo Roger en un acto desesperado para que Curtis entrara en razón, pero en la mente que hacía moverse aquel cuerpo nada quedaba de su amigo.

—No —dijo el infectado con una voz desgarrada y profunda, una voz gutural que sonaba como las voces oscuras del Infierno.

No había tiempo que perder, un segundo más vertido en los aliviaderos del laboratorio y Roger terminaría desmembrado por aquella bestia. El soldado sacó su machete y sin titubear asestó un golpe contundente en el antebrazo de Curtis,

provocando un corte limpio que lo cortó de cuajo. Roger cayó al suelo, con medio brazo del infectado todavía aferrado a su cuello. Curtis roció el laboratorio con su propia sangre, mientras daba pequeños pasos hacia atrás emulando a un minotauro herido. Entonces Gary le arrebató el arma a Roger y vació el cargador en la cabeza del infectado: cinco balazos certeros para abrir un boquete en la cabeza de Curtis y matarlo. El infectado cayó de espaldas, haciendo temblar el suelo con el impacto. El soldado dejó caer la pistola y asesinó con la mirada a Roger.

—O espabilas de una puñetera vez o te dejo atrás.

Roger se arrancó el brazo seccionado de su cuello y tomó asiento en el suelo, conmocionado, paralizado otra vez por el miedo, bañado por la sangre de aquel engendro y decepcionado consigo mismo por haber fallado.

Gary se situó frente a Curtis y le propinó varias patadas con rabia, quería comprobar que estaba muerto. Inspeccionó el cráneo del cadáver, y descubrió una placa metálica incrustada. A continuación, empezó a golpearle en el rostro hasta dejarlo desfigurado.

—¡Quitadme estas cadenas! —gritó Alissa, ansiosa por ser liberada.

—Ya vale, Gary, hace unos días ese era mi amigo... —dijo Roger con resignación, invitando al soldado a detener su ira—. Regístralo de una vez, debe tener las llaves en algún bolsillo.

—Una puta placa metálica en el cráneo. El cabrón tenía una puta placa metálica en el cráneo... ¿Lo sabíais?

Roger y Brian se miraron y ambos se encogieron de hombros, pero la pregunta no obtuvo respuesta.

—Sois unos gilipollas.

Gary se contuvo y dejó de golpear el cadáver de Curtis. Inspeccionó el cuerpo sin vida del infectado y encontró un arma blanca de fabricación artesanal, las típicas que fabrican los presos, muy afilada, y que Curtis utilizaba para

degollar a sus presas. También halló el manajo de llaves que abría los grilletes y se lo lanzó a Roger, este las recogió al vuelo y se acuclilló frente a la chica.

—¿Estás enfadada? —dijo Roger, mientras comprobaba las llaves en la cerradura en busca de la correcta.

—¿Tú qué crees, imbécil?

—Ese pasillo era una trampa. Hemos hecho lo correcto, este era el único modo de sorprenderlo nosotros a él, y no él a nosotros. Ahí fuera podrás comprobar lo que Curtis hizo con un soldado de élite del SECOM.

La cerradura hizo clic y Alissa quedó liberada. Roger se fijó en sus muñecas: los vendajes habían desaparecido y, para su sorpresa, no quedaba rastro de las cicatrices. En ese instante se sintió engañado, traicionado. Alissa le había mentado cuando se conocieron en el Módulo Privado. Sin embargo, Roger no dijo nada y ella tampoco le prestó atención. Alissa se levantó y se situó frente a Gary:

—Soldadito, ¿qué plan tienes para salir de aquí?

—Hay un helicóptero en la azotea de la Prisión, lo usaremos para escapar —explicó el soldado—, pero apenas nos queda munición y antes debo reparar mi fusil.

Alissa miró a los ojos al soldado y, por un momento, dudó si unirse al grupo o continuar por su cuenta, como si tuviera otros planes.

—Sé dónde encontrar una pistola. La perdí cuando ese cabrón me atrapó, aunque sólo quedan cuatro balas en el cargador.

—Chicos, no salgáis de laboratorio. Vamos a buscar un arma —ordenó Gary, y le hizo un gesto con la cabeza a Alissa para que lo condujera hasta la pistola.

Roger se sentía ignorado por Alissa, ni siquiera le había preguntado por la operación, tampoco había mostrado interés alguno en saber qué salió mal, por qué la recordaba en lugar de haberla olvidado. Brian se acercó y golpeó el hombro de su amigo, tratando de animarlo. Roger sonrió y, a continuación, se dirigió hacia un pequeño lavabo ubicado en una de las esquinas del laboratorio.

Abrió el grifo y se lavó la cara. El agua arrastró la sangre de su rostro formando pequeños riachuelos de color rojo que se perdían por el desagüe. No se encontraba bien, sentía un ligero mareo que amenazaba con azotar su mente otra vez, demasiados momentos de tensión para alguien que había sometido a su cerebro a un tratamiento agresivo y que durante la huida había recibido duros golpes. Archeó sus manos y las cubrió de agua, después la dejó caer por la nuca; necesitaba refrescarse.

—¿Qué tal la cabeza? —preguntó Brian—. ¿Te duele?

—Sí —respondió Roger, llevándose la mano a la herida.

—Toma —le dijo el hacker entregándole una pastilla—. No te hagas ilusiones, sólo es Paracetamol.

—Gracias, amigo —asintió Roger, introduciéndose la pastilla en la boca— pero necesitare varias como esta para calmar el dolor.

Brian sonrió, consciente de que Roger lo estaba pasado mal. Quería ayudarlo. Sacó de su bolsillo un par de sándwiches envueltos en plástico y le entregó uno a su amigo.

—¿En serio? —preguntó Roger, sorprendido cuando su amigo sacó los dos bocadillos en medio de aquella matanza.

—Son los únicos que encontré en el almacén del Módulo Privado, y los guardé para nosotros. Comamos un poco. Te vendrá bien.

—Tengo el estómago revuelto —y observó la carnicería que tenían a su alrededor, con pedazos de cuerpos y vísceras esparcidas por la estancia—. Vayamos al otro laboratorio, esto es un matadero.

Ya en la otra sala, más limpia y cuidada, los chicos tomaron asiento en un escritorio y se dispusieron a disfrutar de los sándwiches con la tranquilidad que otorgaba ver el cuerpo sin vida de Curtis tras el ventanal. Brian, hambriento, terminó con su sándwich en un par de bocados; Roger comió despacio, le dolía la mandíbula al masticar y la faringe al tragar: Curtis empleó toda su fuerza cuando

lo agarró por el cuello.

—¿Alissa está bien? —se interesó el hacker —La encuentro diferente.

—Está cambiada, tal vez afectada por la situación, por haber estado encadenada, no lo sé, pero me ha ignorado por completo —dijo Roger con resignación.

—La has encontrado, eso es lo importante —afirmó Brian.

—Ya, bueno... —murmuró, tratando de restarle la importancia que en realidad tenía Alissa para él.

Mientras mordisqueaba el sándwich, Roger encontró entre los documentos esparcidos por el escritorio una nota. La letra le resultaba familiar, era del doctor Bracco:

«Hoy he visitado la Prisión. Acompañado por el doctor Harrison, crucé por fin el túnel, y una vez allí nos encontramos con el doctor Ridgway. Hemos charlado del proyecto y finalmente me han mostrado el centro de investigaciones subterráneo. He visto las llamas del crematorio. Ridgway me ha comentado con frialdad que son bajas necesarias, y yo así lo entiendo.

También la he visto a ella, a La Creadora. Son muchos años escuchando, en círculos médicos cerrados, historias sobre ella; algunos catalogaban estas historias como imposibles, ridículas, pero hoy puedo decir que son ciertas. Después de tanto tiempo rastreándola, por fin he dado con ella. La Creadora existe, estuve a escasos metros de ella, y lo cierto es que todavía sigo impresionado por lo que he visto.

Mañana empiezo a trabajar en la Prisión, espero poder ayudar en las investigaciones y aportar mis conocimientos sobre biogenética avanzada, para que este maravilloso proyecto pueda ser utilizado para un bien común. El doctor Ridgway dice que confía en mis posibilidades. Espero no defraudarle.

Después de conocer las evoluciones del proyecto en el que están trabajando, tengo la certeza de que nuestros nombres entrarán en la historia y se situarán en el lugar más alto de la evolución médica; el país entero nos deberá su agradecimiento».

Alissa y Gary caminaron hacia la siguiente estancia. En el suelo,

entorpeciendo el buen funcionamiento de la puerta, se encontraba el torso de Nicolai con las entrañas esparcidas por el suelo, revueltas entre litros de sangre viscosa derramada, y que todavía descendía de forma lenta por la pared y las juntas de acero donde el militar había sido golpeado hasta que su cuerpo se partió en dos. Gary observó el cadáver seccionado de su compañero: sus tripas se agitaban cada vez que la puerta golpeaba en el abdomen, y emitía un desagradable sonido que recordaba al de una salchicha al espachurrarse. Gary se acuclilló frente al cadáver de su compañero, la mirada de Nicolai denotaba dolor y terror a partes iguales. El rostro desencajado del militar fallecido indicaba sufrimiento, y sus ojos, abiertos hasta que los párpados se habían rasgado, relataban el pánico que debió sentir al ser apresado por aquella bestia, justo en el momento en el que los ojos de víctima y verdugo se cruzaron un instante antes de morir. El soldado pasó una mano por el rostro de su compañero fallecido y, con delicadeza, le cerró los ojos acariciándolos con la yema de los dedos.

—Descansa en paz, socio.

Acto seguido dio un salto para evitar pisar su sangre. Alissa saltó tras él.

Accedieron a la estancia y, a juzgar por la enorme mesa volcada y la cantidad de sillas esparcidas y amontonadas, debía utilizarse como sala de reuniones. En una esquina, Gary vio la pistola de la que Alissa le había hablado. El soldado se acercó y cogió la Beretta de 9mm, observó que las piezas del arma seguían colocadas en su lugar, y apuntó hacia la puerta para comprobar que el cañón no se había deformado con el golpe.

—Parece que no está dañada —comentó Gary, y entonces Alissa intentó arrebatársela—. ¿De dónde la has sacado?

—La tomé prestada de uno de los guardias de abajo. Por el aspecto que tenía el tipo no creo que la necesitare.

Gary miró extrañado a la chica. Pensó que ese comentario estaba fuera lugar, y descubrió que a ella no parecía afectarle lo que sucedía a su alrededor. El

soldado sospechaba. Alissa se mostraba como una mujer dura, inteligente e incluso parecía preparada para el combate y entrenada para la supervivencia en entornos hostiles y peligrosos; características extrañas en una civil encerrada en un centro de rehabilitación. «¿Quién eres?», se preguntaba el soldado. «¿Por qué motivo has cruzado al Módulo Obligatorio en lugar de subir al ferri?» «¿Cómo has logrado sobrevivir tú sola a los infectados?» En cualquier caso, la ayuda de Alissa podía resultar necesaria y vital para escapar de allí con vida, y de eso el soldado era consciente con sólo mirarla a los ojos.

Gary y Alissa inspeccionaron la sala de reuniones, pero no encontraron nada de utilidad, así que decidieron volver al laboratorio en busca de los chicos. Antes, el soldado registró el cuerpo de Nicolai: primero el torso y después las piernas amputadas y lanzadas contra la pared del pasillo. Al menos el pobre desgraciado conservaba el cuchillo de combate, y Gary lo guardó en uno de sus bolsillos. Había llegado el momento de buscar el despacho del doctor Harrison y hackear la cerradura. Tal vez en su interior hallaran la llave que abriera el túnel, ese túnel que los podía conducir a la salvación, o bien, convertirse en un pasaje directo hacia el Infierno.

18

Gary empujó el cuerpo seccionado de Nicolai hacia el interior de la sala de reuniones, después hizo lo mismo con las piernas, y la puerta por fin se cerró. Luego observó el pasillo, tratando de localizar el despacho del doctor Harrison. Todas las cerraduras estaban en rojo, bloqueadas. La única que encontraron abierta era la sala para el descanso. Gary entró en posición de defensa, seguido por Alissa, y lo que encontraron allí dentro revolvió sus estómagos: los cuerpos de dos mujeres yacían apoyados sobre una pared y habían sido abiertos en canal para vaciarles las entrañas.

—No mires —dijo el soldado.

—Ya es tarde.

—Necesito un café —dijo Gary, mientras buscaba una moneda en sus bolsillos en un acto reflejo.

—Me vendría bien un sándwich —comentó Alissa—, llevo horas sin comer.

Mientras la cafetera emitía su ronquido característico al preparar el café, Gary lanzó una silla contra la máquina expendedora de alimentos y destrozó el panel delantero. Ella asintió agradecida y cogió un sándwich y un paquete de snack.

—¿Qué te ha traído hasta aquí? —le preguntó Gary—. Es evidente que no eres una paciente.

—Te equivocas, soy paciente del CMA —contestó ella de forma tajante.

—Cuando sonaron las alarmas debiste correr despavorida hacia el ferri, como todos los pacientes y, sin embargo, cruzaste al Módulo Obligatorio. Algo no encaja...

—Me puse nerviosa. Sonó la alarma y yo paseaba por el pasillo que comunica con el Módulo Obligatorio, entonces la puerta se abrió y los guardias abrieron fuego. Me protegí entre los internos que corrían de un lado a otro, y en

medio del caos y sin darme cuenta crucé desorientada. Cuando cerraron la puerta quedé atrapada, y mientras los de seguridad eran atacados, supe que debía preocuparme por poner mi culo a salvo. Escondida, vi cómo los infectados mataban a los guardias, fue horrible. Cuando la situación se calmó, me hice con el arma y entonces decidí buscar una forma de salir de aquí... hasta que esa bestia me atrapó. Cuando me llevó al laboratorio, las otras chicas todavía seguían con vida. He estado horas encadenada, a un par de metros de donde ese monstruo las usaba como juguetes, las torturaba y las mataba para después violarlas —entonces Alissa rompió a llorar—. No quiero seguir hablando de esto.

Gary desconfiaba de las lágrimas de Alissa mientras esta le narraba su conmovedora lucha por la supervivencia. El soldado no entendía por qué, en lugar de correr en la misma dirección que el resto de pacientes, lo hizo en sentido contrario, cruzando incluso la puerta del Módulo Obligatorio para meterse en la boca del lobo. «¿Qué buscaba?», se preguntaba. No creía en su historia. Alissa había pasado horas encadenada esperando ser carne para Curtis y, sin embargo, ahora estaba comiéndose un sándwich junto a dos cadáveres con la misma serenidad como si estuviera sentada en la terraza de un centro comercial. Alissa y Gary no eran muy distintos.

—Roger está preocupado por ti.

Alissa guardó silencio. No dijo nada y dirigió su mirada a la molesta luz blanca que iluminaba la estancia.

Todavía en el laboratorio, Brian trasteaba con el ordenador tratando de buscar información del exterior, aunque no encontraba nada. Las webs de noticias habían caído y sólo tenía acceso a su servidor personal. No era normal que la red tuviera esos problemas. Alguien estaba permitiendo la conexión, los guiaba para que siguieran avanzado, pero no quería que conocieran información del exterior de las instalaciones, sino que estuvieran incomunicados.

El Paracetamol hizo efecto en Roger, calmando su cefalea. La tranquilidad de haber encontrado a Alissa le permitió relajarse y, apoyado sobre la mesa de escritorio, se quedó dormido.

«Las olas golpeaban con furia en las rocas erosionadas del muelle. Sentado sobre las tablas húmedas del embarcadero, Roger contemplaban la puesta de sol. Louis se acomodó a su lado.

—¿Qué te han hecho, amigo? —preguntó Louis.

Roger no podía ver su rostro.

—No entiendo...

—Las venas de tus brazos están hinchadas y palpitan furiosas. ¿Qué eres?

—Un asesino —respondió Roger con tono resignado.

—Tú las has visto, tus venas... Tú mente sigue luchando, pero empieza a mostrar síntomas de agotamiento. Deberás averiguar qué eres para combatir, o dejarte llevar —dijo Louis.

Roger intentó ver el rostro de su amigo, pero de nuevo su intento fue en vano. Y entonces Louis desapareció».

—¡Louis! ¡Louis! —gritó Roger muy exaltado.

—Tranquilo, has tenido una pesadilla —dijo Gary mientras le entregaba el cuchillo de combate de Nicolai—. Toma este cuchillo, necesito que me devuelvas la pistola hasta que consiga reparar el rifle.

—¡No me jodas! No me muevo de aquí sin la pistola.

—Cómo quieras, pero devuélvemela —dijo el soldado con tono serio—. La pistola en tus manos es un arma de mantequilla, y sin mi rifle, la necesitamos.

Brian miró a Roger y asintió con la cabeza; por la seguridad del grupo, estaba obligado a entregársela. Roger aceptó, cogió el cuchillo y entregó la pistola al soldado.

—Vamos, Brian, hemos localizado el despacho del doctor Harrison. Es tu turno.

El hacker sonrió nervioso, cogió el ordenador y se levantó de la silla. Junto con Gary, salió al pasillo mientras Alissa tomaba asiento al lado de Roger.

—¿Qué tal estás? —preguntó.

—El Paracetamol me ha sentado bien y la cabeza no me duele tanto.

—Oye, yo... lo siento, ¿vale? Tal vez esperabas algo más de mí cuando me encontraste pero...

—No es necesario que te disculpes —dijo Roger con la mirada perdida en el suelo—, entiendo que lo has pasado mal y que te sientas confusa conmigo. Tal vez no esperabas que te recordara.

—En medio de toda esta locura ni siquiera creía que estuvieses vivo. Y me alegro de que estés bien y nos hayamos encontrado, de verdad, pero no es momento para jugar a los adolescentes. Centrémonos en escapar de aquí con vida.

—Lo sé, Alissa, lo sé... No te pido nada, pero me sorprende que estés tan distante, tan cambiada, y no soporto que me mientan.

—Yo no te he mentado, nunca te prometí nada. Me gustó conocerte, pero los dos sabíamos que después de tu operación nuestros caminos se separarían para siempre, aunque pusiéramos empeño en evitarlo.

Él tomó las manos de Alissa y puso sus palmas hacia arriba, ella se sorprendió pero no ofreció resistencia. Roger levantó la mirada y clavó sus ojos en los de la chica.

—¿Dónde están tus cicatrices? ¡Me mentiste, Alissa! —dijo Roger, a la vez que soltaba las manos de ella y las dejaba caer con decepción—. No sé quién eres.

—Lo siento, nunca pretendí hacerte daño. A veces las cosas surgen así y escapan a nuestro control.

—¿Y así termina nuestra historia, escapando a nuestro control?

—No. Nuestras historias siguen su curso, pero que se unan o se distancien

para siempre no depende de nosotros, sino de que sigamos con vida cuando amanezca.

Roger se mantuvo en silencio. Alissa acompañó al silencio de Roger. Y el silencio se hizo cortante.

Gary irrumpió en el laboratorio y les hizo un gesto con la cabeza para que le siguieran.

—Venid. Brian está terminando de hackear la cerradura.

Cuando llegaron al despacho del doctor Harrison, el ordenador de Brian todavía procesaba códigos numéricos. El hacker sonrió al verlos, tan sólo quedaba una cifra y la cerradura estaría abierta. Pronto descubrirían si el doctor se encontraba allí escondido, aunque no les importaba encontrarlo muerto con tal de que estuviera. La potente luz blanca de los pasillos molestaba a Roger, que parpadeaba de forma constante deseoso por salir al exterior. Pasados unos minutos, el led de la cerradura cambió su color rojo por el verde y los compresores expulsaron aire. La puerta del despacho del doctor Harrison estaba abierta.

Gary fue el primero en entrar. Empuñando la pistola, comprobó que no había infectados allí dentro, al menos vivos. En el suelo había dos cadáveres con un boquete en la cabeza. El soldado saltó por encima de los cuerpos e inspeccionó con la mirada el resto de la estancia. En el fondo, tras una enorme mesa de escritorio, yacía el cuerpo sin vida del doctor Harrison, recostado sobre un sillón de dirección de cuero negro y con los brazos colgando. La bata blanca del doctor se encontraba salpicada de sangre y vísceras, quizá restos de las mismas que cubrían la cortina colgada tras él. La mano derecha sujetaba un revólver que Gary logró arrancar con esfuerzo.

Roger y Alissa habían seguido al soldado hasta el escritorio, mientras Brian aguardaba en una esquina y se rascaba el antebrazo con insistencia, atento desde la distancia pero con cierto temor.

Gary apoyó el brazo del doctor sobre el escritorio y, sin más tiempo que perder, le amputó la mano con un golpe seco de cuchillo. Ya tenía la llave que andaban buscando: la mano del doctor Harrison abriría la puerta del túnel.

—Ya tenemos lo que buscábamos, así que no perdamos más tiempo —dijo el soldado.

—Espera un momento —interrumpió Roger—. Harrison ha dejado una nota.

«Hemos cruzado la línea. Cuando el doctor Ridgway me propuso participar en el proyecto sabía que experimentaríamos con seres humanos, pero siempre pensé que lo haríamos con los presos. Hoy hemos trabajado con un paciente sano, un civil, un inocente... y algo así me supera. No estoy preparado para esto.»

La situación en el centro de investigaciones de la Prisión es insostenible. El doctor Bracco se encuentra a medio camino entre la brillantez y la locura, y supera con creces la inteligencia de cualquier médico que haya trabajado en el proyecto. Estoy convencido de que pronto obtendrá resultados, pero sus métodos... sus métodos son demenciales y rozan la brutalidad. Bracco tiene autorización para trabajar con La Creadora, dice que sabe cómo detener la mutación del virus y evitar su contagio por el aire. Si no lo logra, estaremos perdidos.

Han pasado dos horas desde que empecé a redactar esta nota, y el CMA se derrumba. El virus ha mutado y todos los prisioneros que reteníamos en jaulas para su estudio se han infectado. Han empezado a golpear sus cabezas contra los barrotes y escupían espesas bocanadas de sangre. Hemos fracasado, otra vez. Esperábamos obtener conclusiones, pero el resultado ha sido el mismo que en Alaska. Pronto estaremos muertos, aunque mejor muerto que terminar infectado por ese maldito virus.

He intentado escapar, pero el módulo ha caído y está repleto de infectados. No reúno el valor suficiente para salir al pasillo. No estoy infectado, puede que Bracco haya logrado detener la propagación del virus a través del aire, no lo sé, pero cada vez hay más infectados matando a todo aquel que encuentran a su paso. He visto su furia, y puedo garantizar que han dejado de ser humanos.

He intentado huir, no tenía sentido quedarme aquí encerrado esperando una muerte segura, pero dos infectados me han cortado el paso y me han seguido hasta mi despacho. Los he matado. Cabrones. Les he volado la tapa de los sesos; es la única forma de acabar con ellos.

Me queda una bala y la reservo para mí.

Si alguien lee esta nota, es porque estoy muerto. Si la infección ha cruzado al Módulo Privado, el daño puede ser irreparable. A estas alturas sólo puedo pedir disculpas por el daño que hemos hecho. Ahora espero que borren estas islas del mapa antes de que la infección llegue a la ciudad, porque si eso ocurre, la humanidad estará perdida.

El Proyecto Erika es un fracaso que nunca debió existir».

—¡El Proyecto Erika! —gritó Roger, y enervado se abalanzó sobre Gary—. ¡Maldito hijo de puta!

El soldado cayó al suelo placado por Roger, pero tuvo la sensación de que había sido arrollado por un camión. Gary perdió la pistola, mientras Roger propinaba golpes en su rostro con tanta violencia que estuvo a punto de romperle la mandíbula. De repente, los dolores de Roger y la debilidad habían desaparecido. Gary intentó zafarse utilizando técnicas de combate cuerpo a cuerpo, pero la fuerza de Roger era descomunal.

—¡Cuéntame de qué va toda esta mierda o te mato! —exigió al soldado una vez lo tuvo inmovilizado y estrujando su cuello—. ¡Habla!

Gary se sentía impotente ante la rabia inusitada de Roger, trataba de apartar las manos de su cuello, pero empezaba a sentir cómo el aire llegaba con dificultad a sus pulmones. Alissa se interpuso y trató de convencer a Roger para que soltara el cuello del soldado, pero la apartó de un manotazo.

—¡Suéltalo! —gritó Alissa, encañonando a Roger en la sien y dispuesta a apretar el gatillo—. ¡Te he dicho que lo sueltes!

Roger dudó unos segundos, pero no tuvo más remedio que entrar en razón y soltó el cuello de Gary. El soldado tosió y recuperó la verticalidad.

—Casi me ahogas, imbécil, ¿qué coño te pasa?

Alissa apuntó a Gary y clavó la mirada en sus ojos.

—¿Qué sabes del Proyecto Erika? —preguntó con tono serio.

—Nada —respondió el soldado—. No sé de qué me hablas.

—¡Está mintiendo! —gritó Roger—. ¡Erika es el nombre de su esposa!

—¡Es una coincidencia!

—¡Miente!

—Escúchame bien, soldadito, estamos de mierda hasta el cuello y cualquier información puede ayudarnos a sobrevivir. Necesitamos saber qué ocurre aquí dentro. Si no hablas, entiendo que me quieres joder, y antes de que me jodas te vuelo la puta cabeza. ¿Lo has entendido?

Entonces Gary agachó la cabeza y su mirada se perdió en suelo. El semblante de su rostro cambió por completo, y con tristeza emitió un largo suspiro. Su verdadera misión, por la que arriesgó su vida infiltrándose en el SECOM y adentrándose en la zona infectada, había quedado al descubierto y le obligaba a explicarse ante sus compañeros de huida. Pero contar su historia, una historia con la que había cargado durante demasiado tiempo, también supondría una liberación para él.

—Mi esposa, Erika —dijo mirando a Roger—, era la mejor científica en el campo genético del mundo. Experta en biotecnología y bioquímica avanzada y pionera en ADNR.

—¿ADNR?

—ADN Recombinado. Erika trabajaba sobre el código de ADN para mejorar el genoma humano. Descubrió una modificación capaz de crear seres humanos perfectos a partir de la implantación de un nuevo cromosoma, y así hacernos inmunes a enfermedades, dotarnos de más fuerza, más velocidad y agilidad, pero además de una inteligencia superior a cualquier otro ser humano conocido hasta entonces. Pero los códigos éticos y deontológicos de la universidad le impedían trasladar sus estudios teóricos a la práctica. Hasta que un

día, un alto ejecutivo de Capital Tech se presentó en casa y le ofreció trabajar para ellos liderando un ambicioso proyecto en unas instalaciones secretas bajo el suelo de Alaska. Le prometieron libertad absoluta para investigar, y ella dudó. Dudó sobre la conveniencia de abandonar la comodidad y la seguridad de la universidad, pero sobre todo dudó de las intenciones que podía tener una empresa como Capital Tech en sus investigaciones.

—¿Qué tiene que ver la vida de tu esposa con esta infección? —inquirió Alissa.

—Erika aceptó y se marchó a Alaska. Su trabajo estaba calificado como de Alto Secreto de Estado, pero entre ella y yo nunca hubo secretos. ¿Recordáis el incidente en la planta farmacéutica de Capital Tech en Alaska? Capital Tech dijo que lo provocó un escape de gas inflamable y que las instalaciones desaparecieron bajo el fuego. Oficialmente es lo que ocurrió, pero la realidad es otra bien distinta. Capital Tech falsificó los informes, y fueron ellos quienes volatizaron las instalaciones para contener la infección, el verdadero accidente.

—Recuerdo la tragedia en las instalaciones de Alaska —interrumpió Alissa—. Murieron cientos de trabajadores.

—Sí, lo fue. Unos meses después, descubrí que el virus que Erika había creado era demasiado inestable. Mutó y se propagó con una velocidad vertiginosa, infectando y provocando una reacción adversa en el personal que trabajaba en las instalaciones subterráneas. Enloquecieron. Se volvieron violentos y se mataron entre ellos.

—¿Qué más descubriste? ¿Qué coño les pasó a los que se infectaron? —preguntó Roger elevando la voz. Si estaba infectado, necesitaba saber más sobre el virus que ya había empezado a invadir su cuerpo.

—Erika logró modificar el genoma humano y creó un virus capaz de hacernos más fuertes y resistentes. Capital Tech se acercaba a su objetivo: crear un ejército invencible capaz de arrasar con cualquier enemigo, pero no

encontraba la fórmula para inocularlo sin causar severos daños neuronales en los pacientes cero. Erika no se detuvo y, en su afán por estabilizar el virus, halló una fórmula para mejorarlo y logró inhibir los transmisores químicos que activan los nervios raquídeos. El nuevo virus también suprimía el dolor en los seres humanos.

—Por eso no sienten los disparos... —susurró Brian, que prestaba atención minuciosa a la conversación desde el otro lado de la habitación.

—Erika se involucró demasiado en el proyecto —continuó relatando el soldado, se podía notar la tristeza en el tono de su voz—. Apenas podía comunicarme con ella una vez al mes y siempre bajo estricta vigilancia, pero sentía que estaba obsesionada. Dejó de ser ella y, en su ambición por mejorar el virus, logró aislar el miedo. Genéticamente había desarrollado un virus capaz de aumentar las características físicas del ser humano y dotar a la especie de mayor inteligencia y, a su vez, era capaz de inhibir los sentimientos de dolor y miedo. Si las pruebas con seres humanos resultaban positivas y lograba estabilizar el virus para inocularlo sin causar daños neuronales, habría creado el arma biológica más mortífera jamás creada.

—Un ejército invencible y que domine el mundo —murmuró Alissa.

—¿Qué has dicho? —preguntó el soldado, extrañado.

—Sigue hablando.

—Pero la teoría fue diferente a la práctica y, cuando dieron luz verde para inocular el nuevo virus en seres humanos, algo salió mal. El ser humano deja de serlo cuando no siente como tal: por más inteligente y fuerte que este sea, en realidad se convierte en un monstruo cuando le inhibes los sentimientos y le privas de la racionalidad. Sin miedo y ante la imposibilidad de sentir dolor, los instintos primarios se apoderan del infectado y, por ese motivo, se convierten en esos engendros a los que nos estamos enfrentado. El funcionamiento del cerebro cambia de forma radical, es una evolución precipitada y severa con un salto de

millones de años en apenas unas horas. El resto de la historia ya la conocéis: el virus era altamente inestable, mutó, y su contagio se extendió por el aire transmitiéndose por todas las instalaciones. Capital Tech reaccionó con rapidez e hizo desaparecer el centro de investigaciones de Alaska de la faz de la Tierra. El Proyecto Erika, así lo llamaron, pasó a formar parte de los archivos secretos clasificados de los Estados Unidos.

—No has explicado cómo el virus llegó aquí —apuntilló Roger.

—Por ese motivo vine hasta el CMA. Cuando Erika desapareció, abandoné las FE...

—¿FE? —interrumpió Alissa sorprendida— ¿Abandonaste las FE?

—No exactamente, para ellos soy un desertor —respondió Gary con resignación.

—¿Qué coño son las FE? —preguntó Roger.

—Fuerzas Especiales... —respondió el soldado—. No sé cómo llegó el virus hasta las instalaciones del CMA, pero descubrí que las investigaciones se reanudaron en la Prisión de Capital City y me infiltré en el cuerpo militar de élite de Capital Tech: el SECOM. Si han estado trabajando con el virus, no hay duda de que Erika está aquí, estoy convencido. Ella es la creadora del virus y la única capaz de sacar adelante este proyecto.

—La Creadora... Erika es La Creadora —interrumpió Roger, mirando a los ojos del soldado.

—¿Cómo dices? ¿Dónde escuchaste ese nombre? —se sorprendió el soldado.

Roger entregó a Gary la nota del doctor Bracco que había encontrado en el laboratorio. En la nota, el doctor hablaba de ella, de La Creadora, y afirmaba que todas las historias contadas sobre ella eran ciertas, y que además se encontraba en la Prisión.

—¡Joder! ¡Joder! —repetía una y otra vez el soldado— ¡Sigue viva! ¡Lo sabía! ¡Erika está aquí y sigue con vida!

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Brian, confuso por el giro de los acontecimientos—. ¿Seguimos adelante con la intención de escapar de aquí, verdad?

—Eso no lo dudes, Brian —dijo Gary—, pero antes tengo que averiguar cómo acceder al centro de investigaciones de la Prisión.

—Mierda... —masculló con resignación el hacker.

Roger hizo un gesto de negación con la cabeza, y no parecía estar de acuerdo con el nuevo plan del soldado, pero no se opuso; si seguía vivo, era gracias a él, y su sinceridad bien merecía un voto de confianza.

Alissa asintió. Bajó el arma y no dudó un instante de que su lugar se encontraba junto al soldado. Se sentía segura con Gary, o tal vez tenía otras intenciones que se preocupaba por ocultar. En cualquier caso, estaba dispuesta a seguir a su lado y dejar las hostilidades.

Gary apartó la cortinilla de la ventana del despacho, y desde allí pudo observar la Prisión. Tras los siniestros muros que se erguían amenazantes bajo aquella fría noche de invierno, a duras penas podía atisbarse un rasgo de luz en las instalaciones. La Prisión se encontraba sumida en la oscuridad, y sólo unos destellos aislados indicaban que algunas luces de seguridad todavía seguían funcionando.

Antes de descender hasta la puerta de acceso al túnel, Gary se acomodó en el despacho para intentar reparar su fusil de asalto, pero al desmontarlo con la ayuda de un destornillador que Roger le había prestado, descubrió que el acero del percutor se había fundido con las paredes del cañón, dejando al rifle inutilizado. El soldado extrajo el cargador, el último que le quedaba, y lo guardó en uno de sus bolsillos con la esperanza de encontrar el fusil de alguno de sus compañeros abatidos en la Prisión. Otro contratiempo desesperanzador para afrontar su asalto al infierno.

Ya situados frente a las puertas del túnel, Brian, Roger y Alissa observaron

cómo Gary colocaba la mano amputada del doctor Harrison sobre el lector del escáner biométrico. Al instante, la iluminación de seguridad cambió el color rojo por el verde, y un fuerte sonido de compresores precedió a la apertura de la enorme puerta de acero que bloqueaba el acceso al túnel subterráneo. Pronto, el grupo abandonaría la relativa tranquilidad del Módulo Obligatorio para adentrarse en el infierno, en el lugar donde se había originado aquella locura. Tras los muros de la Prisión, se encontraban retenidos los psicópatas más peligrosos del país y, con el virus recorriendo la sangre de sus cuerpos, esos criminales se habrían convertido en unos monstruos capaces de fulminar a un grupo militar de élite armado hasta las trancas y entrenado para solventar con éxito cualquier amenaza, a excepción de esta, porque en esta ocasión no se enfrentaban a una situación límite sino a criaturas surgidas del fuego del averno.

PARTE III: TERROR

19

Cuando la puerta del túnel se abrió por completo, el grupo quedó horrorizado ante la macabra escena que contemplaron sus ojos: decenas de cadáveres, quizá más de un centenar, yacían en el suelo: algunos desmembrados, otros, decapitados. Vísceras esparcidas por el suelo y las paredes que dibujaban siniestras pinturas sobre un lienzo de acero oxidado. Litros de sangre coagulada y reseca en apenas un espacio de metro y medio de ancho. Uno de aquellos pobres desgraciados, tal vez respirando su último aliento de vida, había dejado en la pared un mensaje escrito con letras ensangrentadas: «*AQUÍ NO EXISTE EL MIEDO, YA NADA PRODUCE DOLOR. MÁS ALLÁ DEL MIEDO SÓLO HALLARÉIS TERROR. LA MUERTE OS ABRAZARÁ DESPUÉS, CUANDO EL TERROR SEA FRÍO Y LA OSCURIDAD ENVUELVA VUESTRAS ALMAS*».

En el suelo y bajo la espeluznante advertencia, un hombre vestido con el uniforme de la seguridad interna yacía muerto. El *rigor mortis* detuvo su brazo justo debajo de la última letra.

Trescientos metros de acero separaban el CMA de la Prisión, trescientos metros estrechos y agobiantes con un manto de cadáveres, extremidades amputadas y sangre resbaladiza por suelo; si Dante imaginó una entrada al Infierno, quizá se asemejaría al túnel por el que estaban obligados a cruzar. Los generadores de emergencia mantenían iluminado el conducto por unas pequeñas lámparas incrustadas en el techo que proyectaban una tenue luz anaranjada. Las paredes lucían un color oxidado y emitían potentes crujidos provocados por la presión del agua. El túnel había sido construido durante la II Guerra Mundial, cuando el ejército utilizaba las islas como base militar y almacén de armas y

munición. Al menos ese era el uso oficial. La realidad fue otra. Con la operación Paperclip, más de setecientos científicos de la Alemania nazi fueron deportados en secreto a los Estados Unidos por el Servicio de Inteligencia, y entre ellos se encontraba Erich Traub. El doctor Traub, considerado por algunos expertos como el padre de las armas biológicas, desarrolló gran parte de sus estudios en las instalaciones subterráneas que hoy ocupaba Capital Tech. Si La Creadora era la madre del *Virus Erika*, Erich Traub pudo ser el padre que engendró a la temible criatura en los años cincuenta.

Gary inspeccionó el cadáver del hombre de seguridad, y comprobó que había sido desarmado con anterioridad, quizá perdió la pistola en su huida, o tal vez era un inútil que olvidó su arma mientras desayunaba en la sala de descanso.

No tenía sentido buscar armas entre los cuerpos amontados y despedazados de los internos, no encontrarían ningún objeto de utilidad.

Escucharon varios gemidos en la lejanía, alaridos de dolor que golpeaban contra el acero del túnel creando un eco ensordecedor. Roger suspiró preocupado, mientras Brian se rascaba con fuerza el antebrazo derecho hasta provocarse una herida. Alissa alzó el arma y apuntó hacia el horizonte. Gary hizo lo propio y trató de concentrarse al máximo. Roger blandió su cuchillo de combate como si de una espada se tratase, pero con la certeza de que sería un arma inútil si los atacaban varios infectados.

En la entrada al túnel, el grupo se mantuvo inmóvil a la espera de acontecimientos, aguardando cualquier sonido o movimiento que les anticipara un posible ataque de los infectados. No ocurrió nada.

Gary se armó de valor y les hizo un gesto con la mano para que avanzaran.

El grupo se encaminó hacia la boca opuesta del túnel, que se encontraba abierta a juzgar por la luz blanca que se divisaba al fondo, pero ellos sabían que la luz blanca ya no significaba esperanza, sino más desolación a la que enfrentarse, y también nuevos enemigos. Avanzaban con precaución, sorteando y

dejando atrás los cadáveres mutilados con cuidado de no resbalar al pisar sobre la sangre. El horror vivido allí dentro por aquellas personas se había impregnado en el ambiente y, a medida que se adentraban en el túnel, el aire se volvía cada vez más denso y fosco, como si las almas bailaran una siniestra danza con la muerte empapando sus paladares con el sabor metálico de la sangre. Roger estuvo a punto de vomitar. Brian hacía extraños gestos, y sus mejillas hinchadas trataban de contener una regurgitación que acabó derramando en el suelo. Alissa le entregó un pañuelo de papel y el hacker se limpió la barbilla y la comisura de los labios. El soldado encabezaba el grupo, tratando de no tropezar con los cadáveres. Los demás seguían sus pisadas para intentar no resbalar con los grumos de sangre derramaba en el suelo. Más que un túnel, aquel pasadizo simulaba las entrañas del Diablo, o quizá una de sus arterías, saturada de porquería y a punto de reventar para escupir su maldad.

Sin sobresaltos, alcanzaron el final del túnel. Gary encontró el cuerpo de un compañero sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la pared; cabizbajo, parecía estar descansando. Gary golpeó ligeramente a su compañero, y este se desplomó dejando visible un boquete de salida en la parte trasera de su cráneo. El rostro del militar abatido presentaba un aspecto atroz, desfigurado: le habían arrancado la piel del rostro dejando visibles los músculos faciales.

—Sargento... —mascullo el soldado.

—Parece que fue mordido —comentó Alissa, señalando la huella de una dentadura marcada en el brazo del soldado fallecido, que todavía sostenía una imponente ametralladora Gatling de seis cañones rotatorios y con una cadencia de disparo cercana a los seis mil por minuto. La *minigun*, conocida así en el argot de combate, era un arma mortífera a bordo de un vehículo repleto de munición, pero cuyo rendimiento disminuía de forma drástica cuando se utilizaba en uso manual y restaba movilidad y versatilidad al soldado que la portara.

Gary registró el cadáver de su compañero y no encontró ni munición ni

armas, pero se apoderó de la radio para escuchar la última conversación que mantuvo antes de morir. Las radios analógicas de última generación para situaciones de emergencia en las que resultaba desaconsejable el uso de las nanomáquinas incorporaban una memoria con la grabación de los últimos minutos de conversación, como si de una caja negra se tratase.

«—...PSSS... *Aquí el sargento Herman. ¿Me recibe, teniente?*

—...PSSS... *Le recibo, sargento. ¿Cuál es la situación ahí abajo? Cambio.*

—...PSSS... *Es una zona caliente, teniente. ¡Mierda! (sonido de ráfagas de disparos) ¡Son muchos, señor! ¡Nos han acorralado!*

—...PSSS... *¡Salgan de ahí! ¡Enseguida!*

—...PSSS... *Teniente, aquí el sargento Herman. Estoy frente al túnel que comunica la Prisión con las instalaciones del CMA. La puerta está abierta y la zona, plagada de infectados. Collins y Stigers han caído en la primera planta; esos cabrones nos han jodido bien. Hay algo grande ahí arriba que nos acecha. Cambio.*

—...PSSS... *Resista y defienda la posición, sargento. Intentaremos bajar en su ayuda. Cambio y corto.*

—...PSSS... *Sargento Herman, informe de la situación. Cambio.*

—...PSSS... *He acabado con una horda de infectados; el túnel está limpio de bichos. ¿Qué tal ustedes? Cambio.*

—...PSSS... *Por aquí arriba pinta mal. No hemos podido descender de la quinta planta y ya he perdido a dos hombres. En cuanto sea posible, nos encontraremos con usted. Cambio.*

—...PSSS... *No se moleste, teniente, no será necesario. Uno de esos cabrones me ha mordido y no dispongo de munición. Aquí todo está perdido... todo está perdido.*

—...PSSS... *Sargento Herman, ¿cómo se encuentra? Cambio.*

Silencio.

—...PSSS... *Sargento Herman, responda. Cambio.*

—...PSSS... *Sargento Herman, informe de su situación. Cambio».*

La grabación terminó y Gary observó a sus compañeros de huida. En ese momento, un latigazo de desesperación atizó en lo más profundo de su pecho, haciéndole sangrar por la sensación de que no lograrían salir de allí con vida. Sin munición, no podían enfrentarse a los infectados que ocupaban la Prisión. Pero la idea de que Erika estuviera viva en algún lugar de aquellas instalaciones le hizo recomponerse y le empujó a continuar. Arrancó la radio de la solapa de la chaqueta del sargento Herman y se la entregó a Roger.

—Nos puede ser de utilidad.

El soldado examinó con la mirada la zona en la que se encontraban: era un pequeño bloque de cemento humedecido con una escalera de acceso a la Prisión y que el sargento había bloqueado desde dentro, y un ascensor que había dejado de funcionar. Pero Gary descubrió otra escalera, metálica, antigua y herrumbrosa, cuya función debía estar destinada a casos de emergencias.

En la Prisión, las paredes cambiaban el frío acero del CMA por hormigón armado y bloques de cemento de un color ennegrecido por la humedad y el paso de los años.

El soldado desplegó el mapa en suelo y todos se acuclillaron junto a él para elaborar un plan seguro, aunque mencionar la palabra “seguro” atrapados en aquellos muros sonaba a utopía. Gary se dirigió a la escalera metálica y levantó la mirada: se sorprendió al comprobar que la escalera no sólo conducía hasta la primera planta, sino que ascendía hasta perderse en la oscuridad. En el plano que disponían de las instalaciones no figuraba ese detalle, ni siquiera la escalera de emergencias. Aun así decidió no alterar los planes.

—Esta escalera da acceso a la primera planta de la Prisión —dijo el soldado señalando la escalera principal—. Propongo limpiar la zona de infectados y bloquear todas las entradas a la planta para estar seguros, de esa forma podremos comer algo y descansar un rato en el comedor. Según la información de que dispongo, las puertas de seguridad con barrotes no funcionan, así que

atrancaremos las entradas y cruzaremos los dedos para que los infectados no nos encuentren. Después buscaremos el acceso al centro de investigaciones el cual no se encuentra indicado en el mapa, así que será mejor que estemos despejados antes de buscar esa entrada. El camino que nos queda por recorrer será duro y os veo agotados.

—Estoy de acuerdo —asintió Roger—, necesito cerrar un poco los ojos.

—¿Alissa? —preguntó el soldado, buscando la aprobación de la chica.

—No creo que sea conveniente descansar. El tiempo aquí dentro corre de forma distinta y cada segundo juega un papel importante. Mi opinión es que deberíamos seguir.

Brian no dijo nada, pero le hizo un gesto a Alissa desaprobando que se negara a detenerse sin pensar en Roger.

—Está bien —dijo ella con resignación—, nos tomaremos un vermut antes de seguir matando bichos.

El grupo subió por la escalera para desatancar la puerta. A partir de ese momento, sus vidas penderían de un hilo.

—Bien. En teoría, las luces de emergencia deberían estar funcionando —explicó el soldado—, dispondremos de poca luz ahí fuera, pero la suficiente para distinguir a los infectados y volarles la tapa de los sesos. Permaneced atentos a mis instrucciones y no os separéis. ¡En marcha!

Gary ascendió por la escalera, encabezando de nuevo al grupo. Alissa le seguía armada con la pistola, aunque escasa de munición. Tras ellos, Roger y Brian: el primero blandía el cuchillo de combate, mientras el hacker hacía lo propio con un destornillador, sus únicas armas para defenderse de una horda de monstruos sedientos de sangre y muerte.

La puerta que daba acceso a la Prisión era antigua, de un modelo abatible que se utilizaba a principios de siglo y sólo las podías encontrar en los viejos edificios del Distrito Suburbano. Herman había colocado una tubería entre las bisagras

para atrancarla. Gary retiró la tubería y se la entregó a Brian.

—Con esto podrás defenderte mejor —le dijo.

Cuando Gary se preparó para abrir la puerta, el grupo contuvo la respiración aterrado por lo que podía encontrarse. El soldado empujó con fuerza pero la puerta no se abrió, debía estar bloqueada desde el otro lado. Roger apoyó los brazos sobre el metal y, en vano, trató de ayudar al soldado. La puerta no cedió. «Hay que joderse», pensó Gary. El camino más corto hacia el centro de investigaciones subterráneo de la Prisión estaba bloqueado, y el soldado desconocía hacia dónde conducía la escalera metálica. No obstante, no había otra opción y, si querían avanzar, deberían tomar el camino más largo.

El grupo volvió sobre sus pasos para ascender por la estrecha escalera metálica, que anclada a la pared apenas ofrecía seguridad, pero que era la única vía de acceso. Los peldaños se encontraban húmedos y resbaladizos, y Brian se mostró reacio a subir, pero no le quedó otra opción que tragarse su miedo y seguir tras sus compañeros.

—Yo cargaré con el ordenador —dijo el soldado—, será más seguro.

No había más puertas que abrir. La escalera conducía a la planta más alta de la Prisión, sin interrupciones ni salidas alternativas, unos cincuenta metros de ascensión hacia la incertidumbre. A cada paso que daban, a cada metro que ascendían, Brian se sentía más inseguro y temeroso, hasta que esa inseguridad hizo que a mitad de camino vacilara en uno de sus pasos y perdiera el equilibrio. Su pie derecho no encontró apoyo en el escalón y su barbilla golpeó contra el metal oxidado. El hacker se tambaleó, trató de agarrarse al peldaño mientras buscaba con el otro pie un apoyo que no encontró, y fue entonces consciente de que iba a morir, de que se precipitaría unos treinta metros hasta reventarse contra el suelo. Llegó su hora. Allí terminaba la aventura para él.

Pero Alissa, que cerraba el grupo, reaccionó a tiempo y empujó el cuerpo de Brian contra la escalera y logró estabilizarlo.

Por poco.

—Gracias —suspiró él, tembloroso—. Pensé que había llegado mi final.

—Me debes una —sonrió Alissa.

Resoplando por el cansancio, alcanzaron el final de la escalera, accedieron a un rellano y se detuvieron frente al único obstáculo que les cortaba el paso: una puerta metálica, vieja, se intuía que pintada de color verde, o al menos así debió ser durante un tiempo, porque cuando el grupo llegó allí presentaba un aspecto sucio, corroído, y apenas quedaba un pequeño rastro de pintura burbujeada que no había logrado desprenderse del metal.

—¿Dónde estamos, Gary? —preguntó Roger.

—No tengo ni idea —respondió el soldado, mientras buscaba en sus bolsillos una ganzúa para forzar la cerradura. Tras unos segundos de forcejeo, la cerradura cedió y el grupo accedió a una pequeña sala repleta de trastos viejos y muebles cubiertos con plástico polvoriento. Las paredes de la estancia temblaban, un temblor provocado por los aparatos de climatización y regeneración de aire que, para su fortuna, el generador de emergencia todavía mantenía operativos.

Llegados a ese punto, les tocaba decidir: salir a la azotea, comprobar que el helicóptero seguía allí y largarse de aquel maldito infierno, o cruzar la Prisión en busca del laboratorio subterráneo y de respuestas... y tal vez la muerte.

Gary no dudaba qué decisión iba a tomar. El soldado no buscaba respuestas, llevaba años tras la pista de su esposa desaparecida y jamás renunciaría a encontrarla cuando creía estar cerca de ella. Apartó varios trastos que encontró a su paso y se situó frente a la puerta que daba acceso a la azotea, forzó la cerradura y el grupo salió al exterior.

Roger inspiró la brisa gélida del mar, y sintió un ligero y reconfortante sabor salado en su lengua. Por primera vez, tuvo la sensación de que podían salir de allí con vida, que escapar era viable. Gary se tranquilizó al ver que el helicóptero seguía estacionado, aunque eso también indicaba que la unidad del SECOM

había caído en los muros de la Prisión presa de esos engendros diabólicos.

El soldado tomó asiento al borde de la azotea y Alissa lo acompañó. Desde allí podían ver la majestuosidad de Capital City, con sus gigantescos edificios iluminados bajo un cielo oscuro y contaminado. Rascacielos que desafiaban a las estrellas. Maravillas de la ingeniería construidas en acero, hormigón y cristal, que encumbraban al ser humano por encima de todas las especies, convertidas en templos de la codicia y la desigualdad. A sus pies, hormigas sin hogar que buscan en los contenedores de basura un trozo de carne desechado con el que alimentar su pesaroso apetito.

—Tú decides, soldadito —dijo ella, clavando la mirada en los ojos de Gary.

—Yo sigo —respondió Gary sin dudar un instante—, nunca estuve tan cerca de encontrarla.

Alissa volteó la cabeza y dirigió su mirada hacia Roger y Brian, que alejados y en silencio aguardaban una decisión.

—A ellos no puedes obligarles.

—Lo sé —dijo con firmeza—. Podéis subir al helicóptero y marcharos.

—Mi decisión está tomada —dijo Alissa—. Bajo contigo, le he cogido gusto a enfrentarme a esos monstruos.

—¿Por qué? —preguntó el soldado, sorprendido por la decisión de la chica y confuso ante su actitud—. ¿Quién eres, Alissa?

—Una chica rebelde que no tiene nada que perder —respondió Alissa guiñándole un ojo al soldado.

—No. Reconozco esa mirada y he visto cómo te mueves. Has sido entrenada y parece que siempre tienes la situación bajo control, incluso cuando ese engendro te tenía encadenada no dudabas de que saldrías de aquella situación. Espero descubrir quién eres antes de que finalice la noche.

—Vamos —sonrió ella, levantándose—. Hay que comunicarles nuestra decisión.

Roger y Brian escucharon con atención a sus compañeros, y no dudaron ni un instante en acompañarlos.

—Estamos juntos en esto hasta el final —sentenció Roger.

20

Gary desplegó el mapa sobre la grava del suelo y el grupo se situó junto al plano. El soldado señaló una puerta dibujada en la zona de la azotea, y todos buscaron con la mirada hasta encontrarla: no iban a necesitar forzarla, los del SECOM la dejaron hecha trizas con un ariete.

La Prisión era una construcción antigua, de viejos muros de piedra ennegrecida y suelos de cemento, de gritos ahogados y habitaciones donde se había instaurado el sufrimiento. Un monumento al dolor y la demencia levantado en medio del océano, sobre cadáveres olvidados y rocas salpicadas de sangre.

Se inauguró en los años veinte, antes de la gran depresión que hundió la economía de los Estados Unidos. Durante varias décadas, se utilizó como hospital y centro de investigaciones. En los setenta, el hospital se transformó en la cárcel psiquiátrica más segura del país, un centro de los horrores donde cualquier práctica con los enfermos se mantenía en secreto. La leyenda negra de la cárcel se acrecentó cuando Capital Tech tomó el control de las instalaciones y amplió el programa de investigación bioquímica. Aquel no era el primer brote infeccioso que estallaba en la Prisión, pero Capital Tech siempre salió al paso y desmintió cualquier tipo de rumor; esta ocasión no iba a ser una excepción. La multinacional estaba dispuesta a poner todo de su parte para ocultar el brote infeccioso y el caos desatado aquella noche.

El grupo descendió por unas escaleras estrechas y se adentró en un tenebroso pasillo, tímidamente iluminado por unas pequeñas lámparas de emergencia atornilladas al techo. Se encontraban en la zona noble del edificio, compuesta por oficinas y despachos para el personal y los médicos que allí trabajaban. Pronto encontraron varios cadáveres, desgarrados, desmembrados y con sus órganos esparcidos por el suelo. Iban vestidos con uniformes blancos y alguien o algo, quizás una criatura con garras, los había destripado. El grupo se

detuvo ante los cuerpos y comprobaron que todos estaban muertos.

A escasos metros, y tras la esquina que comunicaba con el siguiente pasillo, oyeron unos sonidos desagradables, como si algún animal gruñera mientras se disputaba los pedazos de su presa con otro animal.

Gary ordenó al grupo que mantuvieran la posición y asomó la cabeza por la esquina del pasillo. El soldado pudo distinguir a dos infectados que, sentados en el suelo, arrancaban a mordiscos las vísceras de un vigilante. Los dos engendros, vestidos con el uniforme naranja de la Prisión, chasqueaban sus funestas mandíbulas en el estómago de aquel pobre desgraciado. Gary quedó horrorizado cuando descubrió que el vigilante seguía con vida, pues esbozaba muecas de dolor mientras los infectados hurgaban en sus entrañas. Lo devoraban vivo y se recreaban; disfrutaban de la presa.

El soldado hizo un gesto con la mano al grupo para que no avanzara, y les recordó que vigilaran sus espaldas realizando un movimiento circular con el dedo índice. Entonces estudió la situación: si abría fuego, alertaría a otros infectados de su presencia, y pese a que en apariencia la quinta planta estaba tranquila, el sonido de un disparo rebotando en las estrechas paredes llamaría la atención de los infectados de las plantas inferiores, y todavía sin las puertas bloqueadas suponía un riesgo para el grupo que no estaba dispuesto a asumir. Para evitar sorpresas y además ahorrar munición, Gary optó por enfrentarse a los dos infectados en un peligroso combate cuerpo a cuerpo. Tal vez un enfrentamiento directo con aquellos engendros no era lo más recomendable, pero ser sorprendidos por una horda de infectados sin apenas munición sería una muerte segura para todo el grupo.

El soldado enfundó su pistola y se armó con el cuchillo de combate. A continuación, avanzó lentamente hacia los monstruos, tratando de hacer el menor ruido posible para no alertarlos de su presencia. Se detuvo a menos de un metro de distancia de los infectados, que gruñían mientras retorcían sus cabezas

en el interior del estómago del vigilante.

El soldado, repugnado ante la salvaje escena de canibalismo, se colocó en posición de ataque y flexionó las piernas. Gary saltó en dirección al primer infectado, y con una estocada brusca le traspasó la cabeza con el machete. Unas décimas de segundo después extrajo el machete y la cabeza del monstruo escupió un chorro de sangre espesa que bañó la pared, y haciendo gala de una velocidad sorprendente y sin tiempo para que el segundo infectado reaccionara, clavó el chuchillo en su cabeza e hizo un giro de muñeca destrozando con los dientes de acero el cerebro de la criatura.

Gary se aseguró de que los dos estaban muertos, se acuclilló y colocó dos dedos en el cuello del médico buscando su vena yugular: todavía latía, aunque con un ritmo descompasado. El vigilante abrió los parpados, y sus ojos enrojecidos dejaron escapar un hilo de sangre que descendió por sus mejillas. El desgraciado estaba infectado y el soldado le dio muerte de un cuchillazo en la sien.

Gary observó los tres cuerpos sin vida, a los que había dado muerte sin utilizar una sola bala. A continuación, limpió la sangre de su cuchillo en el uniforme de uno de los infectados y registró la ropa del vigilante en busca de munición o algún objeto de utilidad. Nada.

Volvió sobre sus pasos para indicar al resto del grupo que el camino estaba libre y podían avanzar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Roger cuando vio los cadáveres.

—Dos infectados se daban un festín a costa de este desgraciado —explicó Gary con rostro confuso.

—¿Canibalismo? —cuestionó Alissa, sorprendida.

—Eso parece —respondió el soldado pensativo—. El vigilante también estaba infectado, pero desconozco si fue antes o después de ser devorado.

—¿Qué quieres decir? ¿En qué piensas? —preguntó Roger.

—No he visto a los infectados atacarse entre ellos hasta este momento. Tal vez el vigilante no estaba infectado cuando fue atacado, y eso significaría que el virus le fue transmitido por contacto.

—Eso explicaría por qué no estamos infectados —comentó Alissa.

—Sí, y también nos advierte de que será mejor evitar cualquier contacto con esos engendros —comentó Roger.

—Es posible que el doctor Bracco consiguiera evitar el contagio por el aire. De ser así, la infección habría quedado contenida en el CMA y nos abre una esperanza. Si salimos de aquí, tal vez podamos volver a casa —dijo el soldado.

—Pero, ¿y el ferri? —preguntó Alissa—. Es posible que hubiera gente infectada en el ferri...

—No llegó a la ciudad —le comunicó Brian, sin levantar la mirada de su antebrazo derecho, el cual rascaba cada vez con más insistencia—. Están todos muertos. Fritos.

—Es cierto —ratificó Roger—. Vimos la noticia en la televisión del salón. Hubo un accidente a bordo y los depósitos de combustible estallaron. No llegó nadie vivo Capital City.

—Mmm... —gruñó Gary mientras acariciaba el pelo de su barbilla—. No creo que fuera un accidente, Capital Tech debió intentar contener la infección. Brian, ¿puedes conectarte para ver noticias?

—Hace horas que Internet se comporta de forma extraña. Las noticias sobre el accidente han desaparecido y no encuentro información sobre nada de lo ocurrido en el CMA. Parece ser que en la red sólo tienen importancia los deportes, es absurdo. He intentado conectarme a la *Deep Web* para obtener datos reales, información clasificada, pero un potente cortafuegos me impide el acceso y aquí no dispongo de las herramientas necesarias para encontrar puertas traseras.

—Qué extraño... —dijo el soldado con rostro de preocupación—.

Aseguremos esta planta y lo intentas de nuevo. Si han ocultado el accidente, es que algo no va bien. Separémonos. Roger y Alissa, atrancad las puertas de las escaleras 1 y 2. Nosotros cerraremos la 3 y 4. Quizá este bloque no sirva de nada, pero estaremos más seguros aquí.

Mientras que Gary y Brian atrancaban las puertas con sillas, Roger y Alissa se dirigieron al norte del pasillo con la intención de hacer lo propio con las puertas que daban acceso a las plantas inferiores. La oscuridad del corredor y las luces parpadeantes impedían ver con claridad, y el miedo los envolvía ante la posibilidad de ser atacados por un infectado. El silencio en aquella zona era perturbador, todo parecía tranquilo, demasiado, y resultaba inquietante.

Roger iba armado con el cuchillo de combate, y Alissa apuntaba hacia la penumbra con una pistola sin apenas munición.

Encontraron varios cadáveres a su paso, todos vestidos con los trajes naranja de la Prisión. Quizá fueron abatidos por el equipo de élite, o tal vez por los miembros de la seguridad interna, de la que no había rastro salvo por el desgraciado al que Gary dio muerte un instante antes.

De camino a la puerta de acceso a la planta, la pareja se topó con la sala de controles. Accedieron a un pequeño habitáculo con varios monitores apagados y un control de mandos repleto de botones. Roger pulsó el botón que indicaba: ZONA NORTE ESCALERA 1. Entonces, la puerta de gruesos barrotes se cerró haciendo temblar el muro de cemento.

—¡Funciona! —exclamó Roger sorprendido—. A ver... ¡Sí! Podemos controlar desde aquí todos los accesos de seguridad del edificio. ¡Avisaré a Gary!

Roger echó mano a la radio y trató de ponerse en contacto con el soldado.

—Gary, ¿me recibes? Cambio.

—¿Qué ocurre? ¿Tenéis problemas? Cambio.

—No, no, estamos bien. Hemos encontrado una sala de controles y logramos bloquear la puerta de seguridad que da acceso a la planta inferior. Desde aquí

podemos intentar bloquear las demás puertas y tal vez asegurar toda la planta. Cambio.

—Bien, ahora estamos frente a la escalera A53. Bloquéala. Cambio.

Roger buscó con la mirada el botón de la puerta A53 y lo pulsó con la esperanza de que funcionase.

—Perfecto, está bloqueada —dijo Gary—. Bloquead las puertas restantes y nos encontraremos en el comedor. Cambio y corto.

Con todas las puertas bloqueadas, Roger se volvió y miró sonriente a Alissa, pero la chica estaba abstraída, pensativa, y no le prestó atención. Sentada en una silla y con la mirada perdida, era evidente que la mente de Alissa estaba centrada en otros asuntos.

—¿Qué te ocurre? —se interesó Roger.

—Ehh... Nada. Estoy agotada, eso es todo.

Roger asintió, aunque percibía que Alissa le ocultaba algo. ¿Pero qué? Todos allí parecían esconder sus cartas, guardaban secretos. ¿Qué podía ocultar la misteriosa paciente del Módulo Privado?

De repente, la puerta de la sala de control se abrió de golpe: un infectado irrumpió en la estancia. El engendro escupía sangre por la boca y trató de abalanzarse sobre Alissa. La chica no tuvo tiempo a reaccionar y el infectado la agarró por el cuello y la levantó de forma violenta varios centímetros del suelo. El infectado abrió la boca con la intención de morder a Alissa, y una bocanada de sangre espesa descendió por su barbilla. Entonces, Roger reaccionó y le propinó un fuerte puñetazo en el abdomen al infectado. El monstruo soltó a Alissa y se volvió contra él, intentó abalanzarse sobre Roger, pero estuvo veloz y esquivó las manos cubiertas de sangre del infectado. Roger le asestó una brutal patada en la pierna derecha, a la altura del muslo. La rodilla del engendro se hizo añicos y perdió apoyo. Otro golpe certero y contundente destrozó la otra pierna del infectado, y quedó arrodillado frente a Roger: la criatura se encontraba a su

merced.

Los ojos enloquecidos del infectado se clavaron en los de Roger, y este esbozó una sonrisa irónica y a su vez agresiva, una mueca rabiosa y cargada de poder, con una mirada fría y egocéntrica del que se siente superior en el combate. Roger percibía cómo una rabia desbocada recorría su cuerpo, y con un movimiento rápido empuñó el cuchillo con ambas manos para descargar toda su furia sobre la cabeza del monstruo. Un chasquido penetrante que destrozó el hueso y perforó el cráneo. De arriba hacia abajo, la hoja dentada del cuchillo seccionó la cabeza del infectado hasta partir su barbilla en dos.

Roger extrajo el cuchillo y empujó el cuerpo del monstruo, que cayó desplomado y sin vida ante la mirada atónita de Alissa.

—¡Qué demonios ha sido eso! —exclamó la chica, sorprendida ante la repentina e inusual fuerza que mostraba Roger, capaz de cortar hueso como si fuese mantequilla.

—Te salvé la vida, ¿no? Pues vamos.

—¡Eh! ¡No me jodas, Roger! Hace un rato eras una jodida carga para escapar de aquí, y ahora parece que estás entrenado como un puto soldado de élite. ¿Quién cojones eres? —preguntó Alissa enfurecida.

—¿Quién cojones soy? ¡Quién cojones eres tú, chica dura! ¡Deberías estar agradecida porque he sido yo quien ha evitado que ese cabrón te arrancara la cara de un mordisco! —gritó Roger enervado, perdiendo la compostura y con los ojos fuera de sus órbitas—. Yo nunca te engañé... tú no puedes decir lo mismo.

Alissa se sentó de nuevo en la silla y emitió un suspiro entrecortado. A continuación, alzó la vista hacia Roger.

—Está bien... está bien. Vamos a calmarnos, ¿de acuerdo? —dijo la chica, tratando de imponer un poco de cordura.

—Vale... lo siento. Discúlpame. No sé qué me ocurre.

—Soy yo la que debe disculparse. Te engañé desde un principio. Os mentí a

todos. Lo siento...

—No importa. Ahora centrémonos en escapar de este infierno.

—No, Roger, escúchame, por favor. No soy quien digo ser. Aquello que te conté sobre mí cuando nos conocimos, de mi vida, de mis problemas... es mentira. No soy una drogadicta depresiva, ni tampoco intenté suicidarme.

—Pero qué... —balbuceó Roger desconcertado.

—Soy una oficial de las Fuerzas Especiales. Estoy... estaba en una misión de infiltración en el CMA —reveló Alissa—. El doctor Bracco trabaja para nosotros, es nuestro especialista en biogenética avanzada y se infiltró en el CMA tras la pista de La Creadora, pero tras varias semanas sin informar tememos que haya cruzado la línea. Es posible que el poder del virus creado en el Proyecto Erika le sedujera y nos haya traicionado. Si esto es así, y con sus conocimientos sobre armamento bioquímico, puede convertirse en alguien muy peligroso.

Roger escuchaba con asombro la confesión de Alissa, e incrédulo, tomó asiento en la silla giratoria del controlador de seguridad. Y entonces se detuvo a observar el cadáver del infectado: «¿Por qué te hicieron eso?», se preguntó.

Tras un instante de silencio forzado, Roger alzó la mirada pero fue incapaz de escupir palabra. Cualquier pensamiento que cruzará por su mente no era más que una amalgama de sentimientos confusos e irracionales.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Alissa, incómoda por el silencio.

—No sé qué decir. Esto me parece surrealista —dijo Roger, mientras movía la cabeza en gesto de negación—. No entiendo qué papel juego yo en tu historia. ¿Por qué te acercaste a mí?

—Si no recuerdo mal, fuiste tú quien se acercó a mí —dijo ella esbozando una sonrisa de complicidad. Pero el gesto de Roger no cambió, seguía molesto—. Vale, al principio te utilicé para integrarme en el CMA... pero después, mis sentimientos hacia ti fueron reales.

—¿Reales? No sé qué significado tiene para ti esa palabra, pero creo que

tenemos una percepción muy diferente de la realidad —afirmó Roger con resignación—. Siempre fui sincero contigo, me abrí a ti, sentí cosas que hacía años que no sentía, y en las últimas horas recé por encontrarte y supliqué para que estuvieras viva. Tú has sido mi motivación para seguir luchando por mantenerme a flote y cuerdo, pero ahora no sé quién eres, tampoco cuándo eres sincera o si mientes. No sé qué pensar, Alissa, pero esta pesadilla cada vez se complica más.

Alissa escuchó con atención las palabras de Roger, consciente de que él tenía razón. No había sido justa, pero sus sentimientos hacía Roger parecían sinceros. Sin embargo, ella pertenecía a un cuerpo militar de élite y debía anteponer las órdenes de sus oficiales al mando frente a cualquier contratiempo.

El silencio se hizo cada vez más cortante en la sala de controles. Roger estaba triste y había dejado de confiar en Alissa; las explicaciones no le resultaron convincentes.

Por el contrario, Alissa se sentía más vulnerable que nunca. Su rostro, siempre frío e imperturbable, en cualquier momento podía romper a llorar. La presión amenazaba con derrotarla.

El sonido de la radio rompió aquel silencio, y Gary les anunció que se dirigían al comedor de la quinta planta. Roger y Alissa se pusieron en camino.

—Roger, por favor, no desveles nuestra conversación. Nadie puede saber que soy una agente infiltrada. Y evita a Gary, no termino de confiar en él —comentó ella, mirando a los ojos de Roger y buscando un gesto amable.

—Descuida —dijo él, sin devolverle la mirada. Después de todo lo sucedido, Roger confiaba más en Gary que en Alissa, pero no desvelaría que ella pertenecía a las Fuerzas Especiales. Gary también le había mentado, pero al menos le salvó la vida cuando cayó en manos de Chad; gracias al soldado, los sesos de Roger no quedaron esparcidos por la sala de cine y, a pesar de que todavía desconocía qué intenciones tenía el soldado, no se sentía decepcionado por él.

Unos minutos más tarde, el grupo al completo volvió a reunirse frente la puerta del comedor de oficinas. Gary hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo, y Roger le dio un golpecito en el brazo. Brian sonreía, menos nervioso y asustado que de costumbre, pues la planta se encontraba relativamente tranquila. El soldado y el hacker no tuvieron que enfrentarse a ningún infectado mientras se cercioraban de que las puertas quedaban bloqueadas.

Roger relató a Gary su encontronazo con el infectado en la sala de controles, pero suavizó la narración eludiendo la facilidad con la que acabó con él, pues no quería levantar sospechas sobre su recién adquirida habilidad para el combate cuerpo a cuerpo.

El soldado giró la manivela de la puerta del comedor, pero esta no se abrió. Entonces pudo oír el sonido característico de una escopeta al armarse. Alguien estaba apuntando desde el otro lado. Gary hizo una señal para que sus compañeros de huida guardaran silencio y, a su vez, les ordenó alejarse del ángulo de disparo. A continuación, empuñó la pistola y apoyó la espalda contra la pared, junto al marco de la puerta y protegido del alcance de la escopeta.

—¡SECOM! —gritó el soldado, golpeando la puerta con los nudillos—. ¡Abran!

Un instante de silencio.

—¿Reiniger? —se escuchó una voz, con marcado acento ruso, desde el interior del comedor—. ¿Reiniger, eres tú?

—¡Teniente Vólkov! —exclamó Gary, al reconocer la voz de su superior al cargo—. Afirmativo, soy el soldado Gary Reiniger.

En el interior del comedor, el teniente Alexey Vólkov apuntaba con una escopeta de combate hacia el pasillo. El militar desconfiaba del soldado, pues era consciente de la dificultad de cruzar todas las instalaciones hasta llegar allí.

—¿Cómo ha llegada hasta la Prisión, soldado? —preguntó Vólkov—. ¡No debería estar aquí!

—¡Abra la puerta, señor! —vociferó el soldado—. ¡Aquí estamos expuestos!

Era extraño que Gary cometiera errores, sin embargo, sus gritos podían alertar a los infectados... como así fue. Y del interior de una de las salas surgieron dos infectados, ambos vestidos con uniformes de la seguridad interna de la Prisión. Uno de ellos portaba una pistola en la mano, pero parecía haber perdido la habilidad de utilizarla.

—Mierda, Gary, te han oído —susurró Roger—. Vienen hacia nosotros. ¿Qué hacemos?

El soldado observó a los infectados, todavía se encontraban lejos y caminaban con lentitud, con cierta torpeza. No presentaban síntomas de la violencia extrema característica en los infectados a los que se habían enfrentado con anterioridad, e incluso habían perdido movilidad. «Qué extraño», pensó el soldado. De pronto, el infectado armado alzó la pistola y apuntó hacia ellos.

—¡Agachaos! —gritó Alissa.

La explosión del cañón de la pistola retumbó en las estrechas paredes de la Prisión. Por fortuna, el infectado había perdido fuerza en sus brazos, y a duras penas podía sostener el arma en alto. La bala se estrelló en el techo, a escasos metros del grupo, y provocó una pequeña humareda de polvo. Entonces, Alissa no dudó, levantó su pistola y apuntó a los engendros, pese a que estaban demasiado lejos para garantizar el tiro. Abrió fuego y abatió a los dos infectados con sendos disparos en la cabeza.

—Buena puntería —comentó Gary con tono irónico—. ¿Tu papá te llevaba de pequeña a disparar a las palomas?

—Muy gracioso, soldadito —respondió Alissa mientras sonreía, para después fruncir el ceño y poner rostro serio—. O tu jefe nos abre o tiramos la puerta abajo, porque con el estruendo que hemos causado aquí ya no estamos seguros.

Gary era consciente de que Alissa tenía razón. La quinta planta de la Prisión se encontraba tranquila en apariencia, pero todavía no habían podido limpiarla y

corrían el riesgo de ser sorprendidos por los infectados. El teniente Alexey Vólkov debía dejarlos pasar para descansar y acometer después la limpieza de la planta, siguiendo así con el plan que había trazado.

—Teniente, aquí no estamos a salvo —dijo el soldado—. Necesitamos entrar para descansar.

La puerta del comedor se abrió de repente, y un enorme cañón negro se asomó amenazante. El teniente Vólkov apuntaba repetidamente a todos los miembros del grupo, incluso a Gary, que levantó las manos como señal de paz.

El teniente era un tipo de unos dos metros de altura. Una mole de más de cien kilos de peso y de aspecto rudo, curtido en cientos de batallas, entre sangre y barro. Vólkov tenía un pasado oscuro: había formado parte del ejército de la URSS y, una vez caído el telón de acero, había sembrado el terror allá por donde pasaba como lugarteniente de un comando paramilitar. El teniente tenía la cabeza rapada y repleta de marcas de guerra, y una fea cicatriz cruzaba su cara desde la mejilla derecha hasta la frente, atravesando la nariz, aunque por fortuna había salvado el ojo. Iba vestido con el uniforme azul del SECOM salpicado de sangre, y se mostraba nervioso y alterado, tal vez asustado. Para estar al mando de una unidad militar de élite, presentaba síntomas de estar desbordado por la situación.

—¿Quiénes sois vosotros?! —preguntó Vólkov, encrespado y sin bajar el arma, apuntando a las cabezas de unos y otros—. ¿De dónde han salido estos civiles, soldado?!

—Supervivientes del Módulo Privado, señor —respondió Gary—. Me han ayudado a llegar hasta aquí.

Entonces, el teniente Vólkov encañonó a Roger, y presionó el agujero negro de la escopeta de combate contra su frente, hasta arrinconarlo contra la pared del pasillo. Vólkov se encontraba fuera de sus cabales, y en ese estado resultaba un tipo demasiado peligroso.

Roger permaneció inmóvil y, asustado, pensó que aquel loco podía volarle la cabeza en cualquier momento. Esa bestia rusa daba más miedo que los infectados a los que se habían enfrentado hasta el momento.

—¿Ha olvidado mis órdenes, soldado? —preguntó Vólkov, con el rostro desencajado y furioso—. ¡Tenemos órdenes de eliminar cualquier forma de vida que encontremos en estas jodidas instalaciones!

En ese momento, Roger temió por su vida. Era evidente que Vólkov, a pesar de encontrarse derrotado por los infectados y atrincherado en un comedor, no había olvidado el objetivo de su misión.

—¡Teniente! —reaccionó Gary, tratando de calmar a su superior—. La misión se ha ido al garete. Hemos perdido a todos los hombres, estamos solos.

—¡Cualquier forma de vida, soldado!

Vólkov apretó el cañón de la escopeta con fuerza en la frente de Roger, y este cerró los ojos y visionó en su mente cómo podía zafarse del teniente para arrebatarse el arma, estaba seguro de lograrlo utilizando las técnicas de defensa que, sin saber cómo, había adquirido. Sin embargo, Roger decidió confiar en que Gary sería capaz de persuadir a Vólkov para que se tranquilizara y bajara el arma.

—Ese es Peter... ¿Peter Foree? —preguntó Gary al observar que en el interior del comedor descansaba un soldado sentado en el suelo y reclinado sobre un pilar de carga. El militar estaba de espaldas, pero un pequeño charco de sangre en el suelo indicaba que podía estar herido.

—Tenemos medicinas —dijo Roger sin levantar el tono de voz, tratando de no alterar todavía más al teniente.

Entonces, el semblante de aquel energúmeno cambió por completo. Sin dejar de encañonar a Roger, volvió su mirada hacia Gary.

—¿Es eso cierto, soldado? ¿Tenéis medicinas?

—Así es, señor. Y ella es enfermera —dijo Gary señalando a Alissa.

—Trabajo en la enfermería del CMA. Si nos calmamos un poco, puedo ayudar a su hombre —afirmó Alissa, tratando de urdir una coartada que les permitiera salir de aquella situación sin resultar heridos.

—Vosotros dos, ¿sois de mantenimiento? —preguntó el teniente Vólkov a Roger y Brian.

—Sí, señor, trabajamos como electricistas en el CMA —respondió Roger sin titubear, y tras unos segundos de angustioso silencio, el teniente Vólkov bajó el arma y Roger pudo respirar tranquilo.

—Está bien, podéis pasar. Rápido, no quiero que me sorprendan esos demonios —dijo Vólkov mientras les hacía un gesto para que lo siguieran.

El comedor se encontraba casi a oscuras, sólo iluminado por las escasas luces de emergencia y las linternas de los militares. Una vez con todos en el interior, el teniente cerró la puerta con llave y bloqueó la entrada con mesas y sillas. Roger y Brian le ayudaron mientras Alissa y Gary acudían con las medicinas para ayudar al herido.

El soldado Peter Foree era el tirador de la unidad y el encargado del apartado armamentístico de la misión. Con la espalda apoyada en la pared, Foree sonrió al ver a Gary acercarse a él.

—Novato... me alegra verte con vida —balbuceó Peter. El soldado Foree taponaba, con un trapo manchado de sangre, una aparatosa herida abierta en su brazo izquierdo.

Alissa dejó sobre la mesa las medicinas que Brian le había entregado: vendas, desinfectante, Paracetamol, un astringente para cortar hemorragias y sulfamida. Foree destapó la herida y en el rostro de Alissa se dibujó una mueca de repulsión. Marcada, pieza por pieza, una mandíbula completa que había desgarrado la carne de Foree. La herida presentaba una infección avanzada, apestaba a queso y expulsaba un líquido amarillento y viscoso similar al pus; alrededor de donde el infectado había mordido se formaba una necrosis que amenazaba con extenderse

por todo el brazo.

Alissa le hizo un gesto con la cabeza a Gary, y el soldado hizo un mueca de repulsión.

—¿Te han mordido, compañero? —preguntó Gary.

—Ese maldito hijo de puta me atacó por la espalda, aunque pude esquivarlo y tan sólo atinó a mordirme en el brazo. Luego lo tiré al suelo y le reventé la puta cabeza de un disparo —explicó Peter, mientras giraba el brazo y observaba su herida—. Estoy jodido, ¿verdad?

—¿Te duele? —preguntó Gary de nuevo, temiendo que Foree pudiera estar infectado.

—Mucho... es como si me estuvieran rebanando la carne sin cesar —asintió Peter—. Tiene un color muy feo y huele fatal. Creo que se está gangrenando. ¿Qué cree, enfermera?

Alissa omitió la respuesta.

Gary se alejó de su compañero herido y solicitó con disimulo la presencia de Alissa. Cuando la chica se acercó a él, Gary le comentó que su compañero podría estar infectado. Le contó lo ocurrido con Garret en la celda del Módulo Obligatorio, la transformación, cómo su compañero había cambiado de repente hasta el punto de arrancarse el brazo de cuajo.

Alissa volvió la cabeza y miró al soldado Foree. Era un chaval joven, de poco más de veinte años que acabó enrolado en el SECOM seducido por las altas sumas de dinero con las que Capital Tech reclutaba a sus mercenarios.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alissa—. Puedo tratar la herida y aparentar que todo está bien, pero llegado el momento puede ser peligroso.

Gary emitió un suspiro cargado de incertidumbre. Con su teniente allí, él dejaba de tener el mando y debía responder ante su superior. Alexey Vólkov se mostraba inestable, superado por la situación, pero ahora las decisiones dependían de esa bestia rusa.

—En condiciones normales hablaría con el teniente y le explicaría la situación, pero no creo que se encuentre con la capacidad mental necesaria para tomar decisiones sensatas. Opino que lo mejor será practicarle una cura paliativa y no perderle de vista mientras averiguamos más sobre el nuevo virus.

—Estoy de acuerdo. La aplicaré sulfamida, calentaré un cuchillo y cauterizaré la herida. Espero que al menos podamos detener la infección... pero no podemos posponer durante mucho tiempo la toma de una decisión —dijo Alissa con rostro de preocupación.

—Y si amputamos el brazo, ¿detendría la infección?

—No lo sé... Es posible, pero en su caso el virus ya estará extendido por todo su organismo.

—Aparentemos normalidad y a la mínima sospecha le volamos la cabeza.

—Entendido.

Gary vació el contenido de una papelera y a continuación le prendió fuego a una bengala táctica que emitía una potente fuente de calor. Alissa empuñó el cuchillo de combate, lo apoyó en la papelera y calentó la hoja durante un largo rato hasta que esta se volvió incandescente. Vólkov los observaba con atención, sentado en una silla que temblaba con su peso y con los pies sobre una mesa.

—Esto te va a doler —dijo Alissa, y apretó la hoja del cuchillo contra la herida del soldado.

El grito de Foree retumbó en las paredes del comedor y el soldado estuvo a punto de perder el conocimiento, su brazo empezó a humear y el olor a carne quemada impregnó el poco aire limpio que flotaba en la estancia. Foree sudaba y temblaba, azotado por una fiebre que le empujaba al delirio. Alissa le introdujo una cápsula de Paracetamol en la boca y Gary le obligó a sorber un poco de agua. La herida se cauterizó y dejó de supurar, pero no mejoró de aspecto.

Vólkov se incorporó, caminó hasta la posición de Foree y le agarró del brazo,

después hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No podemos hacer nada más, señor —dijo Gary con tono condescendiente. El teniente Vólkov asintió, era evidente que Foree estaba jodido, y en aquella situación no podían hacer nada más para ayudarlo.

—Bien. En marcha, soldado —le dijo el teniente a Gary—. Coge el fusil de Foree. Vamos a limpiar la planta de esa basura orgánica. Todavía tenemos una misión que cumplir.

21

Alexey Vólkov pertenecía a esa clase de soldados que siempre tienen órdenes que cumplir, e incluso en los entornos más hostiles, donde la muerte aplasta al hombre más duro, la misión que le han encomendado tiene preferencia sobre su propia vida.

Hijo de una polaca y un soldado de la URSS, decidió enrolarse en el ejército rojo. Con la Perestroika y el fin de la Guerra Fría, muchos militares que servían a la desaparecida Unión Soviética no tuvieron más remedio que unirse a grupos paramilitares para sobrevivir en la fría y empobrecida Rusia. En un país devastado por la pobreza y la heroína que llegaba desde Afganistán, Vólkov pasó a formar parte de un grupo de mercenarios que se encargaba de custodiar los camiones que transportaban la mercancía por las embarradas carreteras de una madre patria que había decidido abandonar a sus hijos a su suerte, sin contemplaciones. El comando recibía el convoy en Novosibirsk. Tres camiones cargados con toneladas de puro jaco afgano. En Omsk, al amparo de un polígono industrial abandonado, trabajadores que durante décadas fueron honrados servidores del partido manipulaban la heroína y triplicaban las toneladas con productos químicos. El convoy se dividía en dos: uno partía con destino a Moscú y el otro, a San Petersburgo. Vólkov y sus hombres cubrían la ruta más larga y peligrosa, de Omsk a San Petersburgo sin escalas, cruzando carreteras nevadas donde en cada curva acechaba un grupo de cuatros. El sueldo era bajo y los riesgos elevados. El trabajo no distaba mucho del que desempeñó durante la Guerra Fría, y al final del día tenía un mendrugo de pan que llevarse a la boca y una botella de vodka con la que ahogar sus penas.

Una mañana de invierno, el convoy fue obligado a desviarse de la carretera y se adentraron en un camino rural, donde un nutrido grupo de hombres de *Los Kirienkos*, una mafia rival, les habían preparado una emboscada. *Los Kirienkos*

disponían de una sofisticada infraestructura militar, mejor armamento y más hombres, además sobornaron y combatieron con la complicidad de la policía rusa, derramando la sangre de los camaradas de Vólkov sobre el manto de nieve que cubría el camino de tierra.

Perros de presa que se adueñaban de poblados. *Los Kirienkos* eran ladrones, violadores y asesinos sin escrúpulos. Fríos como el hielo cortante, sádicos como el fuego del Infierno. Colgaban de los pies a sus víctimas y les rajaban el cuello. Hombres, mujeres y niños tratados como animales, asesinados como gorrinos. El invierno es duro y el hambre aprieta, y la carne humana alimenta tanto como cualquier otra.

Vólkov logró escapar y se ocultó en los bosques. Sobrevivió a la cacería, pero llegaron tiempos difíciles. El teniente se convirtió en un montañés, un ladrón que robaba para comer, hasta que fue apresado y condenado a prisión en una cárcel de Siberia. Encerrado tras unos muros que destrozaban la esperanza del más fuerte, Vólkov se endureció más y, rodeado de toda la escoria de la nación, se adaptó para sobrevivir. En aquella cárcel conoció a Sennikov, la mano derecha de Volgan Sokolov -un traficante de armas cuyo clan estaba ferozmente rivalizado con *Los Kirienkos*-, con el que entabló una estrecha amistad. Vólkov se encargó de protegerle, y cuidó de Sennikov durante el tiempo que cumplió condena. Cuando Vólkov volvió a la calle, Sokolov le había preparado un regalo por cuidar de su camarada: apresó a tres cabecillas del clan de *Los Kirienkos* y se los sirvió en una bandeja de plata. A solas con ellos, encerrado en un cuarto apenas iluminado, Alexey se cebó con aquellos hombres, que pagaron muy cara la emboscada que le tendieron, la muerte de sus camaradas y los diez años de condena en la cárcel de Siberia. Dicen que aquellos hombres quedaron desfigurados hasta tal extremo que el propio Sokolov sintió miedo de Alexey cuando vio los cadáveres tendidos en el suelo, con sus cráneos convertidos en un amasijo de hueso y carne. Los mató con sus manos, sin armas, y necesitó cirugía para recomponer sus nudillos

astillados. La leyenda de Alexey Vólkov corrió como la pólvora por toda la estepa rusa, y *Los Kirienkos* juraron venganza. Vólkov trabajó bajo la protección de Sokolov durante varios años, hasta que el traficante de armas pactó un acuerdo de colaboración legal con una empresa americana. Alexey no podía permanecer en Rusia sin la ayuda de Sokolov, y Volgan utilizó sus contactos para que el teniente entrara a formar parte de los SECOM, la fuerza militar de élite que se encargaba de la seguridad de Capital Tech. Fue una buena salida para él, o al menos en apariencia, pues pasó de ser un forajido oculto en los densos bosques de Siberia a convertirse en un militar con nómina, hogar, seguro médico y doble nacionalidad. Otros soldados de élite de la vieja Europa, tanto en su amada Rusia como en la antigua Yugoslavia, se habían convertido en asesinos a sueldo con el fin de los conflictos armados en sus países. Eran criminales temidos que sembraban de dolor y muerte la tierra que pisaban, como *Los Tigres de Arkan*, bestias sin escrúpulos entrenadas para infligir daño y acusados de cometer crímenes contra la humanidad durante la Guerra de los Balcanes. Quizá el destino de Vólkov fue diferente, pero su historia también estaba escrita con tinta de sangre.

Gary conocía la historia del teniente, Garret se la contó durante una misión en el desierto de Texas, y por ese motivo le extrañaba que hubiera acabado allí, arrinconado y recluso en el comedor de la Prisión como un animal indefenso, pero comprendía que, en esta ocasión, sus enemigos iban más allá de los criminales a los que llevaba enfrentándose toda su vida. Enemigos biológicos para los que no había sido entrenado. Pero aun así, Vólkov no estaba dispuesto a rendirse. No. La llegada de Gary fue para él como un bálsamo revitalizante, un chute de adrenalina que provocó un *clic* en su cerebro que activó de nuevo el protocolo sobre el que se sustentaba la misión, y también sus ansias de pelea.

Gary y el teniente abandonaron el comedor y salieron al pasillo. Allí fuera, el silencio sólo era roto por los golpes que el resto del grupo daba mientras

atrancaban de nuevo la puerta con sillas y mesas. Gary comprobó el fusil de Foree y la munición que momentos antes el teniente le había entregado: era el último cargador.

Seguían escasos de munición, pero al menos disponían de algo con lo que continuar.

Vólkov hizo un movimiento rotatorio con la cabeza y su cuello crujió, en su mirada se reflejaba la confianza de un militar curtido en mil batallas.

—Estamos solos, muchacho, pero vamos a destrozar a esos bichos a balazos. Pagarán por haber jodido mi unidad —dijo Vólkov, furioso—. Volveremos a casa con honor.

Gary observó al teniente: no confiaba en ese salvaje. La misión había cambiado de rumbo nada más aterrizar en el Módulo Privado del CMA, y por su cabeza sólo pasaba la idea de encontrar a Erika con vida y escapar de allí. Ese pensamiento y el amor hacia su mujer mantenía su mente con la lucidez necesaria para combatir con garantías. Pero ya no luchaba bajo las órdenes del SECOM, aunque ocultaría a Vólkov ese detalle.

—¿Cuál es el plan, señor? —preguntó el soldado.

—Para empezar, vamos a bloquear los accesos a esta planta.

—Están bloqueados, señor. Bloqueamos todas las puertas antes de encontrarnos en el comedor —interrumpió Gary.

—Buen trabajo, soldado. Entonces vamos a reventar unos cuantos cráneos —sonrió el teniente.

Gary era consciente de que la estabilidad mental de Vólkov había iniciado un paseo por la cuerda floja, y que incluso el mejor funámbulo corre el riesgo de caer y acabar hecho papilla sobre el asfalto. El teniente ya no estaba capacitado para actuar con raciocinio. El episodio que debió vivir en aquel infierno le había marcado, pero incluso así, su ayuda sería mejor que la de sus compañeros de huida. «¿Qué puede haber mejor que ir acompañado de un mercenario de la

antigua URSS sediento de sangre para acabar con los infectados?», pensó Gary.

Pronto dejarían atrás las oficinas y se adentrarían en la zona para internos de la quinta planta, donde se ubicaban las salas para reuniones con los familiares de los presos con privilegios. Los dos militares recorrieron los oscuros pasillos, tan sólo iluminados por las lámparas tácticas de sus armas y las fallidas luces de emergencia, que comunicaban con la zona de internos. A Gary le llamó la atención uno de los despachos: observó que su puerta era de acero reforzado y la cerradura iba conectada a escáner biométrico. «Seguridad de nivel 3», pensó el soldado. Entonces alzó la vista y pudo leer el cartel: Dr. Ridgway.

Conseguida la mano del doctor Harrison y con la puerta abierta del túnel, a Gary nunca se le ocurrió localizar el despacho de Ridgway. En el mapa no estaba indicado, y daba por hecho que se ubicaba en el centro de investigaciones situado en la zona restringida de la Prisión. El soldado no comentó nada con el teniente Vólkov, y decidió investigar más tarde por su cuenta.

Abandonaron las oficinas y se adentraron en la zona para internos. En aquella planta, las pocas habitaciones se utilizaban para los encuentros familiares de los prisioneros menos peligrosos y que disponían de ciertos privilegios. No todo en aquel edificio era pura maldad, e incluso algún domingo se podían encontrar a niños correteando por la quinta planta.

—Esto parece muy tranquilo —comentó Gary, tal vez esperando una horda de infectados recorriendo los pasillos—. La situación aquí no es tan dramática como pensaba.

—Limpiamos esta zona nada más llegar, pero decidimos dejar las puertas abiertas por si necesitábamos huir, y por fortuna eso nos salvó la vida a Foree y a mí. Es posible que algún infectado haya subido, así que no bajes la guardia, no quisiera perder otro hombre... por esta noche ya he tenido suficiente. Las plantas inferiores son un puñetero hervidero de bichos. Entramos siete y sólo quedamos dos... y ya has visto a Foree. Si uno de esos monstruos te muerde,

estás jodido.

—Creemos que el virus ha mutado y la infección no se transmite por el aire sino por contacto —se aventuró a informar el soldado.

Y para sorpresa de Gary, el teniente Vólkov asintió.

—Eso explicaría por qué no estoy infectado. Perdí mis cápsulas inhibidoras mientras huíamos de esas cosas —dijo el teniente Vólkov, que se negó a utilizar las cápsulas de su compañero herido—. ¿Estás completamente seguro de que Foree está infectado?

—Señor, de estar seguro ya le habría volado la cabeza.

—Bien. Si en algún momento estás seguro, no dudes en disparar.

—¿Incluso a usted?

—No quiero convertirme en uno de esos bichos —afirmó el teniente, con rostro serio.

Gary asintió.

Pese a todo, el teniente Vólkov se mostraba firme y seguro de sus palabras; tal vez Gary subestimó la entereza de su superior tras observar el nerviosismo con el que los había recibido en el comedor. Sin embargo, Gary no confiaba plenamente en él. Vólkov caminaba sobre una delgada línea roja, y en cualquier momento se podía derrumbar y convertirse en un tipo muy peligroso.

Gary y el teniente Vólkov inspeccionaron todas las estancias abiertas de la quinta planta, y a su paso encontraron decenas de cadáveres, todos ellos mutilados y desmembrados, algunos cuerpos pertenecían a empleados de la Prisión, mientras que otros eran prisioneros; ninguno de ellos se libró del ataque de los infectados o de las balas del SECOM.

Mientras investigaban en la zona, el teniente Vólkov narraba sus enfrentamientos con los monstruos en la huida que los llevó desde las plantas inferiores hasta el comedor donde se ocultaron cuando creyó que todo estaba perdido. Al encontrar los cadáveres de los soldados Colins y Stigers, el teniente

se detuvo y emitió un suspiro prolongado. Los cuerpos de los dos soldados estaban desgarrados y desmembrados; no consiguieron llegar al comedor con vida. Gary no podía apartar la mirada de Colins: le habían arrancado la mayor parte de su rostro a mordiscos. Con delicadeza, Gary se acuclilló y cerró los párpados de los soldados fallecidos.

—Nosotros entramos en el edificio por la azotea, y el resto del grupo lo hizo por el patio. No era consciente de la amenaza a la que nos enfrentábamos, y los envié directos a su muerte... —dijo Alexey Vólkov con resignación—. Contener y eliminar la amenaza. ¿Cuántas veces hemos hecho este trabajo, novato?

—No fue su culpa, señor. Nadie podía esperar encontrarse con semejante infierno.

—Nunca debí separar al equipo, tal vez unidos...

—Teniente, vamos —dijo Gary tratando de evitar que Vólkov se derrumbara.

Gary registró los cadáveres de Colins y Stigers, en busca de munición, pero los soldados vaciaron sus cargadores en el valiente enfrentamiento contra la horda de infectados. Les arrancó las chapas de identificación y se las entregó al teniente.

Gary y Vólkov avanzaron y liquidaron con facilidad a varios infectados que salieron a su paso: eran pocos, y de forma aislada, eliminarlos era una tarea sencilla para dos militares bien armados y entrenados. La seguridad que les proporcionaba el bloqueo de las puertas permitió a los militares limpiar la zona con cierta tranquilidad. Vólkov manejaba la escopeta con soltura, y Gary apenas tuvo que apretar un par de veces el gatillo de su fusil de asalto.

Una vez terminada la tarea y con la quinta planta asegurada y limpia de infectados, Vólkov tomó asiento en una de las oficinas y dejó la escopeta sobre la mesa. Gary se acomodó también. El soldado estaba cansado y la tensión acumulada empezaba a hacer mella en él. La única iluminación provenía de sus

linternas, que dejaron apoyadas contra pared.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó Vólkov—. Supuestamente el túnel debería estar cerrado.

—Y lo estaba, señor. Nos hicimos con la mano del doctor Harrison y la utilizamos en el escáner biométrico. No fue fácil, pero aquí estamos. El resto de puertas las abrió uno de los civiles que me acompañan. Es un hacker. ¿Qué cojones es esto, señor? Lo que hemos visto allí... no tengo palabras para relatar semejante locura.

El teniente hizo un gesto de negación con la cabeza; él mismo había visto con sus propios ojos lo que ese maldito virus era capaz de hacer con los humanos.

—En el Módulo Obligatorio encontré a Garret, todavía con vida pero herido de gravedad... e infectado. Tuve que matarle. Y una bestia de ciento cincuenta kilos partió a Nicolai en dos y lo dejó allí tirado como a un muñeco de trapo.

—Nicolai... —interrumpió el teniente con tristeza—. Mi camarada, necesitaba el trabajo para sacar a su familia de Rusia, pero nunca fue un buen soldado, era incapaz de mantener la concentración.

—A Herman lo encontré en la puerta del túnel, creo que se voló la tapa de los sesos, pero antes les dio su merecido a esos engendros con la Gatling. Vacío todas las tolvas de munición contra los infectados. Joder, ese túnel era lo más parecido a un matadero.

—Los tienes bien puestos, muchacho —dijo el teniente con su marcado acento ruso—. Cuando perdimos la comunicación contigo, te dimos por muerto.

—Si le soy sincero, teniente, jamás lo habría logrado sin la ayuda de los civiles. Gracias a ellos he podido llegar hasta aquí.

—Ya, bueno... —dijo el teniente Vólkov con cierta indiferencia—. No esperes clemencia por mi parte, soldado. Pienso cumplir con mi misión y en

cuanto dejen de sernos útiles me veré en la obligación de liquidarlos.

22

En el comedor, Brian disfrutaba con tranquilidad de un pastelito de chocolate, mientras que Roger descansaba en una silla con los ojos cerrados y los pies sobre una mesa.

Alissa conversaba con el soldado Foree, y sin dejar de empuñar la pistola, permanecía atenta a cualquier cambio en el joven que le indicara señales de que la infección se extendía por el organismo de aquel desgraciado. Foree observaba la herida de su brazo que, chamuscada por el cuchillo, había dejado de sangrar. Sin embargo, el líquido amarillento no cesaba de emanar. La fiebre de Foree iba en aumento, y el rostro del soldado presentaba un aspecto pálido y mortecino. Alissa decidió ser precavida y se alejó de él para tomar asiento a varios metros de distancia, y con la pistola en la mano se acomodó sin apartar la mirada del rostro de Foree.

—¿Te duele? —preguntó la chica.

—Cada vez menos —sonrió forzado—. Gracias por la cura.

—Ya...

Pero esas palabras no tranquilizaron a Alissa. Si la teoría de Gary sobre la infección por contacto y fluidos era cierta, la disminución del dolor no era causada por la cura, sino por el virus que ya debía circular por la sangre del soldado.

—Vaya putada —dijo el soldado Foree—. Tenía pensado comprarme un deportivo con la pasta que iba a cobrar de esta misión. ¿Crees que me amputarán el brazo?

Alissa se sorprendió por las palabras de Foree. Casi con total seguridad, el joven soldado se iba a convertir en un infectado y sus sesos terminarían desparramados en algún lugar de aquella cárcel para desequilibrados. Sin embargo, la preocupación del soldado se centraba en si podría conducir el

deportivo que tenía pensado comprarse. ¿Qué clase de capullos contrataba Capital Tech?

—No creo que necesites una amputación. Si salimos pronto de aquí, te podrán limpiar bien esa herida con cirugía, y pronto estarás conduciendo tu deportivo —mintió Alissa, convencida de que Foree no escaparía con vida de aquellas muros.

—De puta madre —respondió el soldado esbozando una sonrisa, interrumpida por un fuerte ataque de tos y un escupitajo sanguinolento que terminó en el suelo—. Si lo conseguimos, te invito a cenar. ¿Sales con alguien? ¿Casada?

Alissa sonrió, motivada quizá por los dientes ensangrentados del soldado.

Incluso malherido, el soldado Foree intentaba ligar con ella. Atento a la conversación, Brian dibujó una sonrisa en su rostro y luego se sumergió de nuevo en el ordenador. Roger ni tan siquiera prestaba atención, tal vez se había quedado dormido.

—No, nada de eso, estoy sola —respondió, mirando de reojo a Roger. Pero este ni se inmutó.

—¿Y bien? —preguntó Foree.

—¿Qué chica puede negarse a una cena y a un paseo en deportivo? Acepto tu invitación, y si salimos bien de esta, tendremos una cita —dijo Alissa con tono condescendiente.

—Bien, bien... —y el soldado apoyó la cabeza contra el pilar de carga y cerró los ojos.

«Sentando en el viejo embarcadero, Roger disfrutaba de la preciosa puesta de sol. El mar estaba tranquilo y las pequeñas olas golpeaban contra los postes de madera formando una espuma blanca con olor a sal.»

Desconocía qué lugar era aquel, pero allí se sentía bien.

—Me alegra verte, amigo —dijo Louis al tomar asiento junto a Roger—. Desde aquí la

puesta de sol es maravillosa.

—*¿Por qué estás aquí, Louis? —preguntó Roger—. En cinco años no he sabido nada de ti, ¿por qué ahora?*

—*Supongo que algo tiene que ver contigo, con tu desintoxicación. Es posible que la lucha por cambiar tu destino haya propiciado que estemos juntos de nuevo. Yo estoy muerto, así que no tengo nada que ver. Tú me llamas y yo vengo, así creo que funciona.*

—*Algo no va bien, Louis. Me siento extraño.*

—*Lo sé.*

—*¿Estoy infectado?*

—*Lo estás, pero no tienes motivos para estar preocupado, eres diferente a esos engendros con los que te estás enfrentado. Tú no eres un monstruo y debes seguir luchando por escapar de aquí. ¿Cómo te encuentras?*

—*¿La verdad? Mejor que nunca. Me encuentro fuerte, apenas siento dolor y la necesidad de consumir drogas ha desaparecido.*

—*Me alegro por ti, amigo. ¿Has pensado cómo será vivir sin sentimientos?»*

La pregunta formulada por Louis le sorprendió, pero entonces la figura de su amigo se desvaneció y Roger despertó en el comedor de la quinta planta de la Prisión. La tristeza golpeó en él de nuevo, y la soledad lo envolvió como la dama enmarañada de dolor y sufrimiento que te abraza momentos antes de tu muerte. Roger alzó la vista y pudo ver a Brian con la mirada fijada en la pantalla del ordenador: un mes atrás, aquel chaval era un desconocido para él, pero en aquel momento era lo más parecido que tenía a un amigo.

Alissa estaba sentada frente al soldado Foree. Roger la observó con ojos cándidos: a pesar de las mentiras, su atracción por ella seguía intacta. Aquella chica desprendía un magnetismo difícil de esquivar, pero no confiaba en ella, ya no sabía cuánto de verdad había en sus palabras, y hasta cierto punto le habría gustado odiarla, pero el amor que sentía hacia ella era el principal motivo por el cual luchaba para mantenerse con vida.

Roger se levantó y con la linterna inspeccionó el comedor con la esperanza de encontrar una nueva nota del doctor Bracco, pero no halló nada de interés, tan sólo servilletas y papelorios sin utilidad. La fuerza que sentía recorrer su cuerpo le resultaba tan cautivante como perturbadora. El dolor se desvanecía, desaparecía con el paso de los minutos, como una hoja que mece el viento de otoño. Roger tenía la seguridad de que habían experimentado con su cuerpo. Supuso que él debía ser el civil que el doctor Harrison nombraba en su última nota, aunque pensó que por el momento lo más adecuado sería ocultar al resto del grupo estas conclusiones.

Roger se acercó a Brian y tomó asiento a su lado. El hacker apartó la vista por un momento de la pantalla y sonrió.

—¿No has descansado, amigo? —preguntó Roger.

—Este es mi descanso, RG. Tengo la capacidad de estar varios días sin dormir siempre que esté frente a un ordenador —dijo el hacker—. Un litro de café y las bebidas energéticas con *Taurina* también ayudan, pero la falta de sueño y la hiperactividad son mis superpoderes.

—¿Has encontrado algo de interés?

—Nada, es como si todo lo relacionado con el CMA y Capital Tech hubiera dejado de existir —comentó Brian—. He buscado en varios foros de la *Deep Web* a los que soy asiduo y que suelen tener información interesante sobre teorías de conspiración, pero nada.

—¿Estás seguro de que no pueden rastrear tu conexión? Si nos descubren, jamás saldremos de aquí con vida —comentó Roger, con semblante de preocupación.

—Mi servidor está oculto y bien encriptado, y ni tan siquiera el gobierno tiene pruebas refutables de que encontré una brecha de seguridad en sus portales. Pero no sé, tengo la sensación de que alguien juega conmigo. Me siento como un ratón en un laberinto en busca de queso. Pero he conseguido algo que quizá sea

de utilidad. He reprogramado la encriptación de los códigos de todas las instalaciones, de forma que las huellas digitales del doctor Harrison abran todas las puertas con seguridad de nivel 3.

—Genial, seguro que a Gary le encantará saberlo.

Alissa, que escuchaba con atención la conversación entre sus dos compañeros de huida, se entrometió:

—No subestimes la capacidad de Capital Tech, Brian. Sus tentáculos llegan a lugares a donde tú sólo puedes acceder a través de la imaginación. Su influencia en el poder y los políticos es estremecedora y tienen el control absoluto de varios gobiernos y sus respectivos ejércitos. En Capital Tech confían plenamente en el SECOM, y estos soldados tienen órdenes de acabar con toda clase de vida dentro de estas instalaciones... y eso nos incluye a nosotros. Vemos aquello que quieren que veamos, y llegaremos hasta donde ellos nos permitan llegar. ¿Más allá? Sólo veo oscuridad.

De repente, los rostros de Roger y Brian mostraron un semblante de preocupación. El soldado Foree se había levantado y caminó hasta situarse a escasos centímetros de Alissa, que distraída en la conversación no se había percatado del peligro.

23

—¡Cuidado! —advirtió Roger, mientras se levantaba para ayudar a Alissa.

Alissa reaccionó a tiempo y apuntó a la cabeza del soldado que, sorprendido, alzó las manos. La chica dudó, no tuvo tiempo para coger la linterna y la falta de iluminación le impedía ver con claridad el rostro del soldado.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me apuntas? —preguntó Foree, confuso ante la situación. El sonido de la voz del soldado todavía era reconocible.

Con la linterna, Roger iluminó el rostro de Foree, y se cercioró de que no presentaba síntomas de estar infectado. Alissa disimuló y bajó el arma.

—Lo siento, supongo que me asusté —dijo la chica tratando de no despertar suspicacias en el soldado—. ¿Te encuentras mejor?

—Me duele el brazo, pero la fiebre parece estar remitiendo. Tengo sed, necesito un poco de agua.

—Siéntate y descansa, enseguida te traigo un vaso con agua —dijo Alissa, y a continuación se dirigió hacia un surtidor de agua mineral ubicado en una de las esquinas del comedor. Alissa entregó el vaso con agua al soldado Foree, y este dio un par de sorbos. Roger y Brian habían dejado de prestarles atención, los dos amigos parecían tranquilos y charlaban sentados frente a la pantalla del ordenador. Alissa daba conversación al soldado: empuñando la pistola, trataba de no perder detalle de sus ojos, y si percibía cualquier síntoma de cambio en él, no dudaría en meterle una bala entre ceja y ceja.

Gary golpeó dos veces en la puerta del comedor para que les abrieran. Roger y Brian se levantaron y la desatrancaron al escuchar su voz. El soldado y el teniente Vólkov accedieron al comedor y dejaron una bolsa con armas sobre una mesa: un fusil de asalto, una escopeta y varios cargadores de munición.

—De los chicos de seguridad —dijo Vólkov, molesto—. Los desgraciados vaciaron la armería cuando se largaron. Putos cobardes.

Gary se acercó a Roger y le comentó en voz baja que había encontrado el despacho del doctor Ridgway, y este le informó de que podrían abrir la cerradura con la mano de Harrison. Ambos decidieron ir a investigar en cuanto el teniente se distrajera lo suficiente como para darle esquinazo durante unos minutos.

Vólkov se dirigió hasta donde descansaba el soldado Foree, se acuclilló frente a él y agarró su brazo para observar la herida. Esta seguía expulsando el repulsivo líquido amarillento y no presentaba signos de mejoría. El teniente le hizo un gesto con la cabeza a Alissa y se apartaron para hablar, alejados del soldado. Alissa era incapaz de apartar la mirada de la cicatriz que recorría el rostro de su interlocutor.

—Esa herida no mejorará, ¿verdad, enfermera? —preguntó Vólkov.

—No lo creo. Creemos que si una de esas cosas te muerde...

—Lo sé —interrumpió el teniente—. Estaremos atentos a su evolución.

—¿Teniente?

—Ja, ja —rio él—. ¿Tienes curiosidad por mi cicatriz? No has dejado de observarla desde que llegaste aquí.

—¿Qué le ocurrió?

—Un hachazo en una cárcel de Siberia. No me preguntes cómo quedó el otro.

Vólkov tomó asiento en una silla y sacó algo de alimento deshidratado de uno de sus bolsillos, luego bebió un poco de agua y, pensativo, se cruzó de brazos. El teniente trató de visualizar en su mente la manera de afrontar el descenso hasta las plantas inferiores, y emitió un suspiro entrecortado. Hizo un gesto de negación con la cabeza y cerró los ojos: imaginaba todas las situaciones posibles, pero sólo podía ver muerte.

—Chaval —dijo el teniente, refiriéndose a Brian—, ¿tú eres el que controlas de ordenadores?

Brian asintió.

—Acompáñame a la azotea. El piloto del helicóptero está hecho papilla en las plantas inferiores y necesito que programes el automático por si ocurre una urgencia y tenemos que salir de aquí cagando hostias.

—Por supuesto, señor —respondió Brian, mostrando cierta complicidad con Vólkov, y de la cual Alissa se percató al instante. Ella había sido entrenada y preparada para detectar ese tipo de situaciones, y nunca terminó de confiar en el hacker.

—Pues vamos —dijo el teniente, mientras se levantaba de la silla y cogía su escopeta.

Aprovechando que el teniente se había marchado, Roger y Gary se escabulleron del comedor y se situaron frente a la puerta del despacho del doctor Ridgway: comprobaron que el escáner biométrico estaba conectado a los generadores de emergencia y se encontraba operativo. El soldado colocó la mano sobre la pantalla azul del escáner, y tras un pitido, una luz verde iluminó la pantalla. En un instante los compresores se activaron y la puerta se abrió.

Una vez dentro del despacho hallaron la bata blanca del doctor Ridgway colgada de una percha, manchada de sangre seca. En la mesa sólo encontraron papeles y un cable de alimentación, pero ni rastro del ordenador: el doctor debió cogerlo mientras huía con prisas de la Prisión. Mientras Gary inspeccionaba entre los papeles buscando información sobre el virus, Roger cogió una foto de una de las estanterías y guardó silencio. En la foto aparecían dos hombres vestidos con pantalón corto y camisas hawaianas floreadas, ambos posaban sonrientes y sostenían un enorme pez espada.

Uno de los hombres de la foto era el doctor Ridgway. El otro, Marsh Mears, su padre.

Roger dejó caer la foto de sus manos, y el sonido del cristal al romperse sobresaltó al Gary.

—¿Qué ocurre? —preguntó el soldado.

—Lo siento, golpeé la foto sin querer —se excusó Roger. En un primer momento se sorprendió al ver que su padre mantenía una relación de amistad con el doctor Ridgway. Se sentía engañado y decepcionado, pero pronto ese sentimiento desapareció y la rabia y el odio inundaron su cuerpo, incluso pudo sentir las venas de sus brazos hincharse y contraerse al ritmo de los latidos de su corazón. Comprendió que su tratamiento fue una farsa, y que en realidad había sido objeto de un experimento biológico en busca de un arma mortífera. Un soldado perfecto. Un asesino. Roger se lamentó por no haber estado más audaz, por aceptar someterse al tratamiento propuesto por el doctor Ridgway sin investigar ni tan siquiera con quién estaba tratando. Confió en su padre, ese padre que jamás se había preocupado por él y que se avergonzaba de su hijo, y el deseo por cambiar su destino y superar su adicción a las drogas fue tan fuerte que aceptó someterse al tratamiento sin detenerse un instante a razonar, empujado por el ansia de escapar del agujero al que estaba condenado. Sonrió. El tiempo para el arrepentimiento era parte del pasado. El *Virus Erika* circulaba por sus venas, se alimentaba de su sangre y transformaba sus células y, por extraño que resultase, se sentía bien, y más fuerte de lo que jamás había estado. Por primera vez, tuvo la seguridad de que saldría de allí con vida.

—¡Roger! —exclamó el soldado, provocando que regresara del letargo—. Encontré un informe redactado por el doctor Bracco, habla del virus:

«A la atención del doctor Ridgway:

Estimado doctor Ridgway, esta mañana recibí al paciente 2511 y tras cerciorarme de que se encontraba sedado le practiqué un chequeo rutinario. Sus constantes vitales eran excelentes, y tras comprobar que los impulsos eléctricos de su cerebro mostraban síntomas de estar en perfectas condiciones, procedí a inyectarle la modificación del virus. A esta nueva versión del Virus Erika la he denominado Virus ErikaB03, o en su abreviatura: Virus EB03. La nueva modificación tiene la particularidad de contener la infección por aire en caso de mostrarse inestable y corrige los errores del Virus EB02, ya que sus efectos eran desastrosos

para el organismo. Me vi en la obligación de sacrificar a los especímenes del laboratorio. Harrison los ha sustituido por otros, pero son salvajes y me resulta imposible trabajar con ellos.

Les he inyectado el Virus EB03 a los nuevos especímenes, pero dudo que el resultado con ellos sea el deseado. Existen varias diferencias entre los presos enfermos y el paciente sano. En los pacientes enfermos, las constantes vitales se han disparado, mientras que en el paciente sano se mantienen estables y su organismo asimila el virus a la perfección, por lo que tengo la certeza de que estamos en el buen camino. El borrado de memoria previo y la implementación de nuevas funciones ha resultado ser un éxito con el paciente 2511, y aunque es pronto para afirmarlo con certeza, creo que es el camino que debemos seguir con el resto de especímenes. Sería interesante para el estudio realizar un borrado completo de memoria con algunos sujetos de la Prisión, de esta forma podríamos disponer de datos suficiente que corroboren mi hipótesis.

Estudiaré de cerca la evolución del Virus EB03 en los especímenes enfermos, a los que encerré en las jaulas, y siguiendo sus recomendaciones, ordené trasladar al paciente 2511 a su dormitorio, aunque debo advertirle del riesgo que corremos en caso de que el Virus EB03 se volviera inestable en su organismo, motivo por el cual dos miembros de seguridad custodiaran de forma disimulada al paciente para no levantar sospechas, y yo mismo lo visitaré cada hora para conocer de primera mano la asimilación del virus. Le mantendré informado de las evoluciones.

Doctor Ridgway, ha pasado una hora desde que empecé a redactar esta nota y le comunico que he ordenado trasladar de nuevo al paciente 2511 al laboratorio de la Prisión. Los pacientes enfermos se muestran extremadamente agresivos, y el Virus EB03, inestable. Con el debido respeto, doctor, no quiero poner en riesgo la seguridad del CMA, por lo que me veo en la obligación de contradecir sus instrucciones.

Atentamente: Doctor Bracco».

Roger leyó la nota en voz alta y después la guardó en uno de sus bolsillos. El soldado seguía buscando documentación entre el montón de papeles del

escritorio, sentado en la silla del doctor.

—Este documento nos confirma que la infección se contagia por contacto —comentó Roger.

—No nos confirma nada. Sabemos que la nueva versión del virus no se contagia por el aire, y sospechamos que lo hace por contacto, pero nada más. De alguna forma el virus salió de ese laboratorio, pero no sabemos con certeza cuál. Pudo ser cualquiera. Lo único cierto es que han conseguido estabilizar el virus en un paciente.

Roger asintió.

—Hemos descubierto —continuó el soldado— que hay un paciente sano al que han inyectado el nuevo virus, y con buenos resultados. Y si esa bestia sigue en las instalaciones, nos enfrentamos a una máquina de matar biológica a las órdenes de Capital Tech, y a la que debemos evitar si no queremos terminar con la cabeza aplastada en el suelo. Hay que informar a Vólkov y averiguar quién es el paciente 2511.

Roger guardó silencio y trató de disimular, pues él conocía bien al paciente 2511, o al menos eso creía, porque desconocía hasta qué punto el *Virus EB03* era capaz de modificar su propia conducta. ¿Una máquina de matar a la que debían evitar? No. En esa puntualización Gary se equivocaba. Apenas sentía dolor, era cierto, y casi no quedaba resquicio del miedo en él, pero nadie debía evitarlo, seguía siendo Roger Mears y los demás sentimientos permanecían intactos. Roger conservaba su humanidad, sentía y pensaba como un humano, y no tenía intención alguna de dañar a sus compañeros.

24

En el comedor de la quinta planta, Vólkov ordenó a Alissa que ayudara a Foree a incorporarse y se prepararon para descender a las plantas inferiores. En el plan elaborado por el teniente, Brian tenía un papel secundario. Tras observar al hacker con detenimiento, Vólkov decidió que no era apto para el combate, y que no era más que un lastre del que preocuparse y una dificultad añadida. Sin embargo, tenía una misión para él: Brian sería el encargado de controlar las puertas desde la sala de controles, de esta forma ellos no tendrían que preocuparse de vigilar sus espaldas, y además ningún infectado podría ascender hacia las plantas superiores. Brian se mostró entusiasmado con el plan y suspiró aliviado, el hecho de no tener que enfrentarse con los infectados le supuso una alegría enorme.

Durante la noche, el teniente Vólkov tuvo que ver a sus soldados caer uno a uno. Impotente, no pudo hacer nada para evitar que los cuerpos de sus hombres fueran destrozados y desgarrados por los engendros hasta quedar reducidos a montones de carne y hueso esparcidos por el suelo. A Vólkov le preocupaba tener que bajar de nuevo con un sólo soldado en condiciones, otro malherido y dos civiles.

Alissa agarró a Foree por el brazo sano y le ayudó a levantarse. Apoyó al soldado contra su hombro, pero pesaba demasiado y tuvo que desistir.

—No te preocupes, puedo solo —dijo Foree, cuyo rostro se presentaba cada vez más blanquecino y enfermizo.

Alissa y Foree caminaron hasta la puerta, donde Vólkov y Brian aguardaban la llegada de Gary y Roger. El teniente frunció el ceño enfadado cuando los vio aparecer por el corredor.

—¿De dónde viene, soldado? —preguntó Alexey, con tono molesto.

—Disculpe, teniente, el civil necesitaba ir al baño y decidí acompañarlo —se

excusó Gary. Roger asintió corroborando la coartada.

—¿La señorita tiene la vejiga suelta? —dijo el teniente—. ¡Bien, en marcha!

—Un momento —interrumpió Roger, al ver que su amigo permanecía inmóvil mientras ellos iniciaban el camino—, ¿Brian no viene?

—Necesitamos a alguien que controle las puertas de acceso a las plantas inferiores, y ese chico no está preparado para combatir —dijo el teniente—. En la sala de controles nos será de más utilidad.

—¡Y una mierda! —exclamó Roger— ¡Él llegó hasta aquí con nosotros y vendrá con nosotros hasta el final! ¡No pienso dejarlo aquí solo!

El teniente Vólkov hizo una mueca de desaprobación, y con cierta parsimonia apoyó su escopeta en la pared sin apartar la mirada de los ojos de Roger. A continuación, se situó frente él, a escasos centímetros de su rostro. Roger mantuvo la mirada desafiante, y pudo ver el horror vivido en los ojos del teniente. Unos ojos que hablan el idioma de la guerra, oscuros y fríos, punzantes como el aguijón de un escorpión, y prendidos en el fuego donde la carne se consume hasta quedar reducida a polvo.

—Escúchame con atención, niño —dijo Vólkov, casi susurrando al oído de Roger—, mientras estés conmigo acatarás mis órdenes, de lo contrario...

—¿De lo contrario qué? —respondió Roger, con un tono retador y sin amedrentarse ante aquel chalado ruso.

Gary puso la mano sobre el hombro de Roger, invitándole a retroceder y a que cesará en su desafío. El soldado conocía de primera mano las intenciones de Vólkov, y era consciente de que el teniente no dudaría en matar a Roger sin mostrar un ápice de piedad por él.

—Brian estará más seguro aquí —dijo Gary, asintiendo con la cabeza y tratando de calmarle—. Los dos sabemos que ahí abajo no durará más de unos minutos.

Entonces Roger se apartó a un lado. El teniente golpeó a Brian en el brazo y

le guiñó un ojo.

—Puede que seas el único que salga con vida de aquí, chico — dijo Vólkov con cierta resignación—. Si antes de que amanezca no hemos vuelto, el helicóptero es tuyo.

Brian se rascaba el antebrazo con insistencia, tanta que incluso su piel se había levantado para mostrar una herida descarnada y sangrante. Roger le detuvo la mano con delicadeza para que dejará de autolesionarse.

—Nos veremos pronto, amigo —le tranquilizó Roger—. Te prometo que volveré a buscarte.

Brian dejó escapar unas lágrimas y los dos amigos se fundieron en un abrazo.

—Lo siento —respondió Brian—. De verdad que lo siento.

25

—Brian, ¿me recibes? —dijo el teniente, susurrando a través de la radio.

—«Le recibo, teniente» —se escuchó responder el hacker, situado ya en la sala de controles.

—Abre la puerta de la escalera A53. Vamos a iniciar el descenso. Treinta segundos abierta y cierras de nuevo. ¿Entendido?

—«Entendido».

La puerta de barrotes empezó a moverse sobre los raíles de acero. Chirriaba con estrépito rompiendo el silencio abrumador que envolvía la quinta planta. Cruzaron y accedieron a la escalera que descendía a la cuarta planta.

Unos segundos después la puerta se cerró a sus espaldas. Un grito espeluznante y desgarrador que heló la sangre de los supervivientes hizo que las paredes y el suelo temblaran.

—¿Qué cojones ha sido eso? —preguntó Gary, con los ojos abiertos como platos.

—No tengo ni idea —dijo Vólkov—. Y tampoco quiero saberlo. Ya escuché antes el mismo grito, al poco de llegar a las instalaciones y mientras descendíamos. No acabó bien.

—¿Es por eso que se encerró en el comedor, teniente?

—No acabó bien. Eso es todo. Sigamos.

A Vólkov le costaba reconocer que, fuera lo que fuera aquella cosa, le provocaba auténtico terror.

El grupo descendió con sigilo. En la escalera encontraron salpicaduras de sangre seca, esparcida por el suelo y las paredes en forma de pinceladas siniestras. El teniente comandaba el grupo, apuntando con la escopeta al frente y listo para abrir fuego contra los infectados. Gary cubría la larga distancia con su fusil de asalto, pero en aquella oscuridad la visibilidad se reducía a los pocos metros de

iluminación que ofrecían las lámparas tácticas. Descendieron hasta el rellano de la cuarta planta y se detuvieron frente a un pequeño cartelito anclado a la pared: A43.

—Bien, este es el plan: cruzaremos el pasillo «3» hasta la siguiente escalera, y así en todas las plantas hasta llegar a la inferior. No hay otro camino.

La escalera comunicaba sólo la quinta planta con la cuarta, y terminaban allí, en un muro de piedra repleto de polvo y mugre. El grupo debía cruzar el pasillo hasta encontrar otra escalera que los condujera a una planta inferior. La distribución de las escaleras fue diseñada de tal forma para dificultar las fugas, escaleras que no comunicaban más de dos plantas en un laberinto de celdas y pasillos que conducían directas al corazón del mal en un descenso capaz de descoser la capa de moral del más fuerte a dentelladas. El sistema estaba bien ideado, pero en aquella situación se había convertido en un problema añadido para el grupo, en una trampa mortal que deberían sortear con el arrojo de los que se enfrentan y sobreviven a la furia de un minotauro.

El teniente Vólkov apoyó su espalda contra el muro y asomó la cabeza entre los barrotes para observar el flanco derecho: pudo distinguir entre la oscuridad la silueta de varios infectados que deambulaban con parsimonia a escasos metros de su posición. Los monstruos habían perdido movilidad y aparentaban cierta torpeza. Gary cubrió el flanco izquierdo: sin infectados a la vista. Alexey hizo un gesto con la mano al resto del grupo para que mantuvieran la posición y, a continuación, dejó la escopeta en el suelo con cuidado de no hacer ruido para desenfundar la Parabellum de 9mm.

—Limpiamos esta planta hace unas horas, pero esos bichos habrán subido antes de que bloquearais las puertas —comentó el teniente en voz baja—. Bien, sólo son dos y los tengo a tiro: voy a reventar sus jodidos cráneos.

Entonces el teniente sacó el brazo entre los barrotes, empuñaba la pistola con decisión y, aunque los infectados se percataron de su presencia y emitieron

unos alaridos aterradores mientras volvían sus rostros descompuestos y expulsaban pequeñas bocanadas de sangre espesa, el teniente no pospuso su ejecución y con dos disparos certeros a la cabeza acabó con el tormento de aquellos pobres desgraciados. Luego alumbró con la linterna de mano el resto del pasillo: varios cadáveres amontonados en el suelo indicaban el paso de su equipo por esa zona. Alexey ordenó a Brian que abriera la puerta A43 e indicó al resto del grupo que ya podían avanzar.

La cuarta planta se componía de varias celdas acristaladas y blindadas, ninguna debía abrirse con el fallo de la alimentación general, pero algunas lo hicieron dejando en libertad a los enfermos mentales más peligrosos del estado. La sangre cubría las cristaleras; eran signos evidentes del espeluznante enfrentamiento entre presos e infectados que allí se llevó a cabo. Vólkov se detuvo frente a una de las celdas cerrada, iluminó el interior con la linterna, e hizo una mueca de repulsión.

—Debió encerrarse después de que le infectaran. Tal vez creyó que así salvaría la vida, y ahora es un puñetero monstruo encerrado en una pecera —sonrió el teniente.

Gary observó el interior de la celda. Roger se aproximó y se situó junto al soldado, y en ese momento, una arcada repentina estuvo a punto de hacerle vomitar.

—¡Putá mierda...! —exclamó Roger, mientras tosía y escupía en el suelo.

En el interior de la celda, un infectado sentado en el fondo se arrancaba la piel de su torso. La mayor parte de las fibras musculares de su cuerpo habían quedado al descubierto, y el suelo de la celda estaba bañado de sangre espesa y ennegrecida, sangre corrompida y condimentaba con los trozos de piel y carne muerta que se había extirpado con anterioridad. El engendro alzó la mirada, tal vez por simple curiosidad, o quizás molesto por la luz que iluminaba su siniestra sala de torturas. Emitió un tímido graznido, un sonido ahogado que invitaba a

los morbosos observadores a que lo dejaran tranquilo con su extraña perversión, y con delicadeza se realizó un corte a la altura del tórax, luego estiró con ambas manos la piel viscosa de su pecho hasta que logró despegarla por completo de su cuerpo.

—El cabronazo se está desollando a sí mismo... —masculló Alissa—. ¿Qué clase de locura es esta?

—Ya hemos visto suficiente —dijo Roger, apartando la mirada de la sádica escena—, deberíamos acabar con su sufrimiento.

Vólkov tomó el libro de notas que había en la tablilla junto a la celda, y leyó con atención y en voz alta:

—Constantine Osbourne.

—“El desollador de Riverside” —añadió Roger.

—No me jodas —dijo Alissa.

—¿Quién? —preguntó Gary.

—Hubo un tiempo en el que me dio por leer sobre criminales psicópatas y los crímenes atroces que cometieron —mintió. Ni siquiera recordaba por qué conocía la historia del asesino—. Constantine Osbourne encadenaba a sus víctimas en un sótano, las izaba y las desollaba vivas hasta que fallecían en sus manos, después cubría maniqués utilizando las pieles. Rememoraba no sé qué ritual español de la Edad Media. Encontraron varias docenas de maniqués cubiertos con piel humana en un almacén abandonado en los muelles de Riverside.

—Menuda historia —añadió Alissa—. Acabemos con su sufrimiento.

—Estoy de acuerdo —asintió Gary, y fijó su mirada en los ojos de Vólkov en busca de su aprobación.

Vólkov tenía otros planes.

—Los cojones. No es problema nuestro, avancemos —sentenció el teniente.

—Señor, con el debido respeto, tenemos una misión que cumplir —dijo

Gary, confuso por la decisión de su superior al mando—. Contener y eliminar la amenaza, ¿recuerda?

—La misión ya no es una prioridad y ese hijo de puta merece morir con sufrimiento —dijo el teniente con rostro serio—. Avancemos.

Gary hizo un gesto al resto de grupo para que avanzaran por el oscuro pasillo. Sorteando los cadáveres que encontraron en el suelo, caminaron hasta llegar a la siguiente puerta. Alissa cuidaba del soldado Foree, cuya herida empeoraba a cada minuto que pasaba poniendo en riesgo su vida y la del resto del grupo.

Brian abrió la puerta desde la sala de control y el grupo se adentró en la escalera que descendía a la tercera planta.

El pasillo «3» de la tercera planta se encontraba tranquilo, pese a que sólo un par de celdas permanecían cerradas. Los infectados de las plantas inferiores no habían ascendido. El teniente Vólkov iluminó con su linterna el flanco izquierdo: deberían recorrer este pasillo de forma inversa en busca de la siguiente escalera por la que descender.

—Venga, crucemos rápido. Aquí no hay nada —ordenó el teniente.

El grupo empezó a recorrer el pasillo. La oscuridad allí sólo era quebrada por las lámparas tácticas y las linternas, y era una oscuridad inquietante, opresiva. Caminar por los pasillos de la Prisión turbaba la mente del más cuerdo, con las húmedas celdas de barrotes oxidados que servían de cobijo para los seres más desquiciados de la sociedad, paredes de pintura corrida y descarnada por el paso del tiempo que habían sido testigos de actos espeluznantes, y con los aterradores quejidos de los infectados como sonido de fondo, un sonido lejano e inquietante a la vez, y capaz de poner el vello de punta al más valiente de los hombres. Transitar por allí era como hacerlo por un viejo manicomio abandonado, donde la locura golpeaba con fuerza para marcar por siempre el lugar.

Una vez cruzaron el corredor, hallaron la escalera que conducía hasta la

segunda planta, pero antes de descender, Roger se detuvo un momento, tenía le vejiga a punto de estallar.

—¿La señorita necesita mear otra vez? —dijo el teniente con sorna.

Los baños estaban situados junto a la escalera, y Roger advirtió a sus compañeros de huida que no podía seguir avanzado sin detenerse un minuto a orinar.

—Date prisa, princesa.

Roger accedió a los baños y contempló asqueado la inmundicia del lugar. Los viejos azulejos colgaban de las paredes, sucios, manchados con excrementos secos que los internos de la Prisión habían lanzado contra las paredes. El hedor era nauseabundo y estuvo a punto de hacerle vomitar, pero logró contener las arcadas pese a que su estómago se revelaba con insistencia. El olor a mierda y orina asentada se impregnó en su olfato, pero no le impidió avanzar.

Encontró varios cadáveres apilados en las duchas, desmembrados, que sangraban y expulsaban fluidos viscosos que se perdían en los desagües. Un reguero de sangre recorría los baños hasta perderse tras uno de los seis cubiletes ubicados al fondo. Roger avanzó y dejó las duchas a un lado. Sin prestar demasiada atención a la sangre, buscó una letrina en la que mear. Caminó hasta la zona de los cubiletes, con precaución de no tocar nada. Se situó frente al cubículo central y abrió la puerta empujándola con el pie. Observó con asco cómo las heces flotaban en el interior del inodoro oxidado, sobre un espeso líquido de color marrón. Roger alzó la vista al techo para evitar vomitar, entonces, un sonido que provenía de uno de los cubículos contiguos le alertó de que no estaba solo. Pensó en el reguero de sangre que se perdía tras la puerta y asomó la cabeza con precaución: algo se movía en el interior del cubilete, golpeaba las paredes y arañaba el aglomerado de la puerta.

—Joder... —masculló. Tal vez hubiera sido mejor marcharse de allí ignorando qué podía encontrar en el interior del cubilete, pero su mente no

lograba escabullirse del extraño sonido. Y como suele ocurrir, la curiosidad venció su combate particular contra la razón y Roger se situó frente a la puerta.

En el interior del cubículo escuchó de nuevo ese sonido perturbador. Algo o alguien arañaba las paredes y el suelo con insistencia, como un roedor hambriento atrapado en una caja de madera.

Roger dio dos pasos atrás y asestó una fuerte patada a la puerta. La abrió.

Encontró a un infectado que se retorció en el suelo con la cabeza introducida en el inodoro. En el suelo, un charco de sangre. Las piernas del engendro estaban amputadas a la altura de los mulos, y dejaban a la vista un cúmulo de filamentos de carne desgarrada y tendones que colgaban y se agitaban al ritmo de un compás siniestro, percutido por venas cortadas y hueso quebrado. El infectado rasgaba con las uñas el suelo y las paredes del cubilete tratando de escapar del pozo de mierda.

Ese rostro.

El rostro de la criatura puso en jaque a la razón de Roger, zarandeándola como lo hace un loquero cuando juega a ser dios con sus pacientes. Chamuscado, burbujeante, y con la piel resquebrajada y humeante, el rostro no correspondía al de un hombre adulto sino al de un niño. Un niño de inocencia robada y condenado a la peor de las existencias, pero dispuesto a devorarle las entrañas con un hambre voraz y sed de venganza.

Roger empujó con el pie al engendro y este se impulsó sobre sus brazos. El infectado miró a su presa con los ojos inyectados en sangre: no estaba atrapado en la letrina sino que intentaba beber del líquido corrompido. El infectado emitió un gemido atroz y le mostró su lengua sanguinolenta. La mandíbula se había desencajado y tan sólo un hilo de carne la mantenía unida al rostro, agitándose como el badajo de una campana. «¿Cómo cojones podían los infectados sobrevivir a semejantes heridas?», pensó Roger. Y en ese instante sintió miedo, pero no miedo al infectado, sino a la posibilidad real y palpable de

convertirse en una de esas aberraciones, sintió terror por el riesgo latente de acabar deambulando por el mundo convertido un cadáver andante sediento de sangre y muerte. Por primera vez en muchos años, su cuerpo estaba limpio de drogas, desintoxicado, y no tenía la más remota necesidad de consumir heroína ni cualquier otra sustancia, pero empezaba a considerar que el precio que había pagado por su rehabilitación era demasiado alto.

El infectado se arrastró hasta situarse frente a él y trató de agarrarlo con su mano desgarrada y de uñas descarnadas, pero apenas alcanzó a rozar el pantalón. Roger dio un paso hacia atrás y apuntó con la pistola a la cabeza del infectado.

—Descansa en paz —dijo antes de volarle la cabeza y esparcir sus sesos por el baño.

Gary irrumpió en los baños al oír el disparo. El soldado dirigió su rifle de asalto hacia la posición donde se encontraba Roger.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gary, y observó al infectado abatido en suelo—. ¿Estás bien?

—Sí. Salgamos de aquí, esto apesta —respondió Roger.

Pero mientras caminaban de regreso al pasillo, Gary observó una nota manchada de sangre que alguien olvidó sobre uno de los lavabos.

—Espera un segundo —dijo el soldado—. Mira, es una nota del doctor Bracco.

«Cronología de los efectos del Virus EB03 en los pacientes enfermos de las jaulas 1,2 y 3:

El ritmo cardiaco de los sujetos enfermos incrementa pasados unos quince minutos desde el momento de la inoculación del virus. Aunque no muestran otros síntomas de rechazo.

Transcurrida media hora desde la inoculación, la temperatura de los especímenes roza los 41°C y su ritmo cardiaco supera las doscientas pulsaciones por minuto.

Dependiendo del espécimen, el siguiente síntoma es un descenso drástico del ritmo cardiaco a niveles de reposo.

Han transcurrido cuarenta minutos desde la inoculación y el paciente de la jaula 2 entra en parada cardiorrespiratoria con fuertes convulsiones y espasmos, que han cesado tras unos cinco minutos. Los mismos síntomas se han iniciado en los sujetos de las jaulas 1 y 3.

Los tres especímenes han dejado de convulsionar. El sujeto de la jaula 2 debería estar muerto, pues el monitor no registra su ritmo cardíaco y las constantes vitales han desaparecido; sin embargo, continúa con vida. Expulsa sangre espesa por los orificios, incluidos los lagrimales. Los efectos son similares a los causados por el Virus EB02 y el Virus Erika, aunque el sujeto se muestra más nervioso y confuso, excesivamente agitado.

El espécimen de la jaula 2 ha empezado a golpearse la cabeza contra los barrotes de la jaula. Unos minutos más tarde, los sujetos 1 y 3 actúan de la misma forma y presentan los mismos síntomas.

Ha transcurrido una hora desde que inoculé el Virus EB03 a los tres especímenes enfermos y todos muestran una violencia extrema, expulsan bocanadas de sangre y golpean con dureza sus cabezas contra los barrotes. No podemos aproximarnos a las jaulas, se alteran hasta límites insospechados. Tratan de atacarnos y sólo esos barrotes nos separan de una muerte segura. Los tres han perdido todo rasgo de humanidad, despertándose en ellos sus instintos más primitivos.

Transcurridas varias horas, los pacientes de las jaulas 1, 2 y 3 se muestran agresivos cuando estamos dentro de su campo visión, pero parece que sus cuerpos empiezan a degenerarse por la falta de alimento. Hemos introducido un cadáver frío en sus celdas y no han prestado atención. Posteriormente, hemos hecho lo mismo con un cadáver todavía caliente y se han lanzado a devorarlo. Al ingerir carne y sangre caliente sus cuerpos se han activado de nuevo, mostrando una agresividad sin precedentes.

Mi conclusión es que necesitan alimentarse para evitar que su cuerpo se degenere y detenga, o tal vez su organismo se pausa para no consumirse a sí mismo.

Cronología de los efectos del Virus EB03 en el paciente 2511:

El paciente 2511 se encuentra bajo un coma inducido. Su ritmo cardíaco se muestra estable. No presenta síntomas de efectos adversos en su organismo.

Transcurrida media hora desde la inoculación del Virus EB03, la temperatura del paciente 2511 es normal. Su ritmo cardiaco sigue estable.

Después de una hora, el sistema inmunológico del paciente parece asimilar el Virus EB03. Su temperatura corporal ha aumentado ligeramente, pero sigue dentro de unos parámetros normales.

Han transcurrido más dos horas desde la inoculación del Virus EB03, y mientras los especímenes enfermos de las jaulas siguen en un estado de violencia extrema, el paciente 2511 se muestra estable. Su cuerpo asimila el virus y no presenta síntomas adversos. Es pronto para afirmarlo con seguridad, pero el proceso seguido con este paciente está obteniendo unos resultados satisfactorios. Este hecho demuestra que el Proyecto Erika tiene altas probabilidades de convertirse en un éxito inoculando el Virus EB03 en sujetos sanos».

Roger y Gary leyeron la nota con atención, y sin comentar nada regresaron al pasillo donde el resto del grupo aguardaba junto a la escalera. A continuación, Brian abrió la puerta desde la sala de control e iniciaron el descenso hacia la segunda planta.

26

A mitad de camino, el teniente Vólkov hizo una mueca de desaprobación y comprobó que su escopeta estaba cargada.

Desde la escalera podían escuchar cómo los gemidos y gritos de los infectados retumbaban en las paredes, creando un coro siniestro capaz de aterrorizar a los propios muertos. El pasillo estaba plagado de engendros.

—Empieza el baile, chicas —dijo Vólkov esbozando una sonrisa que indicaba seguridad pero que se enfrentaba al terror que mostraban sus ojos—. No os separéis. ¡Novato! Tú y yo iremos delante. Los demás seguidnos y disparad a la cabeza de todo lo que se mueva. No quiero dudas. ¿Entendido?

—¡Un momento, teniente! —interrumpió Alissa, impidiendo que Vólkov ordenara abrir la puerta de acceso al pasillo.

—¿Qué ocurre ahora, princesa? —preguntó el teniente, enervado.

Entonces el soldado Foree se dejó caer sobre un escalón para descansar y murmuró, pero su voz debilitada era inaudible. El teniente Vólkov tomó asiento junto al chico y observó su rostro sudoroso y mortecino.

—Teniente, no puedo seguir. Estoy cansando de luchar contra mí mismo y las piernas ya no me responden —dijo Foree. Un terrible ataque de tos le hizo escupir un gargajo de sangre espesa y coagulada—. Tengo visiones extrañas y la necesidad de vaciar mi cargador contra vosotros. Creo que ha llegado mi hora.

Gary miró a Alissa y esta asintió. Había llegado el momento de acabar con el sufrimiento de Foree, de evitar que se convirtiera en un infectado. Alissa empuñó su arma con decisión y encañonó al soldado.

—No, espera... todavía puedo ser útil —dijo Foree, señalando la granada de mano que colgaba de su chaqueta azul. Vólkov asintió e hizo un gesto con la cabeza para que Gary descendiera hasta la segunda planta y comprobara la cantidad de infectados que se iban a encontrar en el pasillo. Gary cumplió la

orden del teniente y, pese a la oscuridad que envolvía el pasillo, distinguió que estaba abarrotado de infectados.

Vólkov ayudó al soldado Foree a incorporarse y, apoyando el malherido brazo del subordinado en su hombro, descendieron hasta la puerta que daba acceso al pasillo. Foree abrazó a su teniente durante unos segundos y, a continuación, hizo lo mismo con Gary y se despidió de Roger con un apretón de manos. Después miró a los ojos de Alissa y sonrió.

—Gracias por cuidar de mí —susurró Foree, mostrando una débil sonrisa. Otro ataque de tos le hizo escupir sangre de nuevo—. Espero verte en otra vida.

—Cuenta con ello —dijo Alissa apenada—. Te recuerdo que me debes una cena.

—Lo anotaré en mi agenda —dijo, sin apenas fuerzas para sonreír—. Estoy preparado, señor.

El teniente Vólkov hizo un gesto al resto del grupo para que se protegieran en la zona alta de la escalera, junto a la puerta de acceso a la tercera planta y, a continuación, entregó una de sus granadas al soldado Foree.

—Soldado, un regalo de mi parte para esos engendros. No deje a ninguno con vida, ¿me ha entendido? Quiero ver cómo cubre las paredes con los pedacitos de esa basura orgánica —dijo el teniente Vólkov mostrando un semblante enfurecido.

—Ha sido un honor servir junto a usted, teniente.

—El honor ha sido mío, soldado —afirmó el teniente con resignación—. Destrócelos.

El soldado Foree asintió y el teniente subió a la tercera planta para reunirse con el resto del grupo. Peter asomó la cabeza y pudo ver al grupo de infectados deambular sin sentido alguno por el pasillo, tropezando unos con otros y lanzando al aire denso de la Prisión graznidos que helaban la sangre. El soldado emitió un suspiro prolongado y recordó a su madre, a su hermana, y supo cuánto

las echaría de menos. Si Capital Tech cumplía con la cláusula de indemnización estipulada en su contrato, el dinero que recibirían les ayudaría a llevar una vida digna y al menos su muerte en aquellas circunstancias cobraría sentido, o al menos eso quería pensar el soldado.

Peter Foree se desprendió de su chaqueta azul del SECOM y empuñó las dos granadas M62, una en cada mano, y con un movimiento de pulgares hacia arriba quitó de forma simultánea ambas anillas de seguridad. El tiempo se detuvo en ese instante, y las anillas sonaron con timidez al caer y rebotar en el suelo, después, Brian abrió la puerta y Foree accedió al pasillo. El soldado se dirigió con paso firme hacia los infectados, y estos empezaron a gruñir nada más detectar su presencia y trataron de abalanzarse sobre él.

—¡Os voy a reventar, hijos de puta! —gritó Peter Foree, y entonces arrancó a correr dejándose la vida en un último esfuerzo al servicio de Capital Tech. Los infectados se abalanzaron sobre él y Foree cayó al suelo, derribado por una muchedumbre putrefacta y vomitiva. El soldado pudo sentir las funestas mandíbulas de los engendros arrancando a mordiscos la carne de su cuerpo. Los infectados desgarraban el tejido del soldado mientras este trataba de zafarse a manotazos, pero no lo quedaban fuerzas para seguir luchando. El soldado apenas sentía dolor, el virus se había apoderado de su cuerpo, y mientras era devorado, tuvo la sangre fría para decidir el momento justo en el que activar las granadas, y cuando estuvo seguro de que los infectados le habían rodeado, pulsó las palancas de las M62 y las golpeó con rabia contra el suelo. La explosión hizo retumbar la Prisión y una bola de fuego recorrió el pasillo.

Pequeños trozos de piedra se desprendieron sobre las cabezas del grupo de supervivientes. Gary tragó polvo y, a continuación, escupió en el suelo tratando de aclarar su garganta. Roger y Alissa se mantuvieron en silencio, esperando recibir órdenes del teniente Vólkov, pero Alexey parecía cansado y angustiado por haber perdido a otro miembro de su equipo. El teniente se tomó su tiempo,

en silencio, con la mirada perdida y la mente volando sobre espacios inexplorados, tan oscuros y olvidados que ya no recordaba su existencia.

—Avancemos con cuidado —dijo cuando se repuso—, todavía existe el riesgo de que algún infectado siga con vida.

El grupo descendió de nuevo a la segunda planta, y mientras aguardaban protegidos tras el muro, Gary alumbró el pasillo con la linterna halógena: varios infectados habían sobrevivido a la explosión, y al ver la luz trataron de avanzar hacia su posición, pero caminaban con torpeza y se trastabillaron con los cuerpos desmembrados que quedaron diseminados por el suelo. Gary hincó su rodilla en el suelo y apuntó a sus cabezas con el fusil. Otros infectados intentaban levantarse, algunos sin piernas; otros, cercenados por la cintura y con los intestinos colgando, trataban de avanzar pero resbalaban en la laguna de sangre y vísceras en la que se había convertido el pasillo. Después de todo lo vivido hasta llegar allí, la situación resultaba cómica.

—¡Teniente, venga a ver esto! —exclamó Gary—. ¡Los infectados se han vuelto gilipollas!

El teniente Vólkov se acercó hasta la posición de Gary y no pudo evitar soltar una carcajada cargada de ira y rabia que se mezclaba con la impotencia y el terror que sentía.

—Joder, ¿qué coño les pasa a esos imbéciles? —dijo Alexey entre risas. El teniente alumbró con la linterna y pudo ver cómo los infectados trataban de levantarse, pero resbalaban y tropezaban una y otra vez con los restos y vísceras esparcidas por el suelo y las paredes, mientras emitían esos grotescos gemidos, aunque en aquella situación no resultaban tan terroríficos.

—Sus cuerpos están degenerándose. Los infectados han dejado de ser rápidos y ahora son lentos y torpes —comentó Gary—. Ya no parecen tan peligrosos.

—Fíjate, aún siguen vivos y sólo les mueve el deseo de acabar con nosotros

—afirmó Vólkov—. Son máquinas de matar. Acabe con ellos, soldado.

Gary abrió fuego y abatió a los infectados. Luego se dirigió a la montonera de cuerpos y se aseguró de que no quedaba ninguno con vida entre los restos chamuscados y desmembrados que obstruían el paso. Los trozos de carne todavía se movían y convulsionaban en el centro de la masacre, escupían sangre por las arterias seccionadas formando una amalgama repugnante de cuerpos mutilados y vísceras. El olor metálico de la sangre se mezclaba con el de la carne quemada y el rostro de Gary dibujó una mueca de repulsión. «A esto debe oler el Infierno», pensó el soldado.

El grupo avanzó por el pasillo en busca de la siguiente puerta. Gary y el teniente Vólkov iban al frente, asegurándose de que no hubiera infectados dentro de las celdas; Roger y Alissa cubrían la retaguardia. Vólkov apartaba con los pies los restos desmembrados de los cadáveres hasta que encontró el torso del soldado Foree, el cual reconoció por la camisa azul que conservaba el escudo del SECOM y que se había fundido con la carne en un acto *post mortem* en el que Capital Tech reclamaba su propiedad.

Peter Foree era un chico de la calle con una habilidad para el tiro fuera de lo común. Su madre trabajó como prostituta hasta que apareció muerta en un callejón, con su cuerpo oculto entre restos de basura. Nunca conoció a su padre. Se instruyó desde temprana edad en los suburbios de Capital City, y realizó pequeños trabajos para las mafias que traficaban con cualquier objeto de valor en el mercado negro. Pronto se convirtió en un sicario, un asesino sin escrúpulos a la orden de los capos. Vólkov sacó su culo de las calles y lo integró en la unidad del SECOM como tirador, apostó por él, y Peter le fue leal incluso en el momento de su muerte.

El teniente se acuclilló ante los restos del joven fallecido, se santiguó y arrancó las placas metálicas incrustadas en la piel chamuscada del soldado. La familia de Foree recibiría al menos un objeto que enterrar y al que rendir

homenaje.

El grupo continuó avanzando y pronto llegaron a la puerta de acceso a la escalera que descendía hasta la primera planta. Desde allí se podía escuchar los gritos y gemidos que procedían de abajo, rabiosos. La explosión debió alertar a una horda de infectados que reclamaban carne fresca con la que alimentarse.

—Brian, necesito que abras sólo la puerta A23 —advirtió el teniente Vólkov por radio—. Repito: sólo la A23.

—Entendido —respondió el hacker.

La puerta se abrió y el grupo descendió con precaución. Los infectados se amontonaban sobre los barrotes de la puerta de acceso a la segunda planta, vomitaban sangre y agitaban los brazos rompiendo sus huesos contra el acero oxidado. El teniente Vólkov ordenó detenerse al grupo y caminó hasta situarse a escasos metros de la puerta: los infectados, alterados y hambrientos, gruñían y gemían mostrando sus repugnantes dentaduras. Vólkov contabilizó una quincena de infectados. Sería una tarea sencilla y placentera acabar con ellos.

—¡Vosotros dos! —dijo el teniente, señalando a Roger y Alissa—. Venid aquí. ¿Habéis matado ya?

—Sí, señor —respondieron ambos casi al unísono.

—Bien, pues a practicar. Voladles la puta cabeza a esos bichos —dijo el teniente, y después volvió junto a Gary y tomaron asiento en un escalón.

Alexey dejó la escopeta de combate en el suelo. El semblante del teniente denotaba preocupación y tristeza, y Gary se interesó por él.

—¿Se encuentra bien, teniente?

—He matado a todos mis hombres —dijo Vólkov, afligido y casi derrotado.

—No se culpe, señor. En ocasiones las cosas no salen según lo planeado, y esta noche está siendo horrible para todos. Usted no ha matado a nadie, han sido los monstruos, pero no esos pobres desgraciados que se golpean contra las paredes tras haber perdido el raciocinio. No. Ellos también son víctimas, como lo

somos nosotros. Los verdaderos culpables, los monstruos de verdad, son esos cabrones que han creado semejante aberración con el único objetivo de que nos destruyamos los unos a los otros, y mientras tanto, ellos engordan sus cuentas bancarias con dinero sucio de sangre, escondidos en algún lugar paradisiaco del planeta, zampándose centollos del tamaño de una cabeza mientras se hinchan a coca para follar con putas de lujo. El mundo se va a la mierda, señor, y nosotros no podemos hacer nada por evitarlo.

El teniente Alexey Vólkov observó extrañado a Gary, sorprendido por las palabras del soldado, y que tan diferentes sonaban en boca de un militar que servía a las órdenes de esos monstruos a los que criticaba.

—¿Quién eres, novato? —preguntó Alexey, clavando sus ojos en los de Gary—. Te confieso que no me sorprendió verte llegar hasta la Prisión. Me advirtieron de que eras peligroso para la organización, un hueso duro que se había infiltrado en el SECOM, y recibí órdenes de que no salieras con vida de aquí, por esa razón te dejamos solo en el Módulo Privado. Capital Tech te condenó a muerte, pero es evidente que te sobran cojones para plantar cara a la adversidad.

—Soy un soldado que ha servido con orgullo a este país durante muchos años, y que ahora busca enmendar los terribles errores que cometió en el pasado.

—Ah... el pasado —suspiró Vólkov—, esa carga de conciencia con la que nos vemos obligados a bregar durante nuestra existencia. Si tuviera que corregir mis errores del pasado, necesitaría nacer diez veces, y otras diez por cada vez que naciera de nuevo. El pasado nos forja como hombres y no podemos huir de él por más que lo intentemos, porque el cabrón nos dará caza una y otra vez y nos recordará qué somos y para qué estamos hechos. Las heridas abiertas del pasado nos han llevado a este futuro que apesta a humo y ceniza. Y entre tú y yo: la guerra que se aproxima no la ganará los Estados Unidos de América, tampoco Rusia ni la coalición con China. En esa puta guerra no habrá vencedores, sino

vencidos. Perderá la humanidad. Perderemos todos.

—Caminamos hacia un futuro donde matar para vivir será una obligación, y en el que la vida tan sólo tendrá el valor de un kilo de carne —sentenció Gary—. Imaginar un mundo así es descorazonador.

—Nuestra civilización es complicada, soldado. Estados Unidos es una potencia que se cimentó en la violencia y la sangre del Salvaje Oeste, y ahora es un gigante voraz que se alimenta de guerras, destrucción y muerte. Hasta el día de hoy poseen el terrible honor de ser el único ejército que ha lanzado bombas nucleares contra civiles. Pero Rusia no es mejor nación. El mejor invento de mis hermanos camaradas es el AK47 y tienen tantas cabezas nucleares apuntando hacia nosotros que podrían convertir *yanquilandia* en un cráter gigante.

—Es la época que nos ha tocado vivir, señor. Los líderes creen que el siguiente paso es someter a la civilización bajo una única bandera, pero no se ponen de acuerdo en cuál debe ser el color en el que se tejerá la nueva nación, y lucharán unos contra otros hasta decidirlo en una batalla que se llevará millones de vidas inocentes por delante.

—Cierto. Si tengo éxito en esta misión, el país que me acogió y me dio la posibilidad de vivir con dignidad tejera la bandera, pero condenaré a la patria que me vio nacer y crecer como hombre y por la que mis antepasados entregaron sus vidas. Derramaré la sangre de mis hermanos. Si analizo mis opciones, estoy en una encrucijada moral en la que salgo derrotado sea cual sea el resultado de esta misión. ¿Cuáles son tus intenciones, soldado?

—Ya se lo he dicho, señor: enmendar los terribles errores que he cometido.
Vólkov asintió.

—¿Supongo que eres consciente de que llegado el momento nos enfrentaremos el uno al otro?

Gary asintió y aceptó el envite del teniente Vólkov.

—Cuando llegue ese momento no dude que estaré preparado, señor.

En la puerta de acceso a la primera planta, Roger y Alissa disparaban a las cabezas de los infectados. Cada vez se acercaban más monstruos a los barrotes arengados por el hambre y unos veinte cadáveres se amontonaban abatidos sobre el suelo, formando una montonera de carne putrefacta sobre un cemento grisáceo que se había teñido de rojo por la sangre derramada. Vaciaron varios cargadores con disparos certeros. Errar el tiro a tan corta distancia y con los barrotes de por medio era casi imposible y, sin presión, el pulso se mantenía firme y acabar con los infectados resultaba más sencillo. Roger hacía rato que no sentía ningún tipo de intimidación, tampoco repulsión por reventar las cabezas de los infectados. El *Virus EB03* empezaba a adueñarse de su organismo y lo estaba convirtiendo en la máquina de matar perfecta, en un asesino diseñado para ser despiadado y capaz de acabar con cualquier enemigo sin inmutarse ni sentir un ápice de piedad por ellos. En cierto modo, era una sensación agradable para él, incluso sus sentimientos hacia Alissa se desvanecían como una hoja seca arrastrada por el viento de otoño. Y sin sentimientos, el dolor desaparece y se lleva consigo el sufrimiento. En los últimos años, la vida de Roger se había convertido en un infierno: atormentado, se consumía en el remordimiento y las adicciones y, de alguna forma, también había dejado de sentir, condenándose a una oscuridad perversa de autodestrucción y soledad. Pero esos tiempos eran historia, pasado. Con el *Virus EB03* dentro de su cuerpo, esa percepción tan desoladora de su propia existencia había cambiado. Todavía era humano y pensaba con claridad, pero empezaba a plantearse que, tal vez, dejar de sentir tenía una parte positiva, y entonces su humanidad le recordó que tan sólo una delgada línea separa al hombre del monstruo. El amor, la amistad, el cariño y la ternura, sentimientos y emociones que también desaparecían de su mente; vivir por y para matar, destruir vidas alimentándose del dolor, del rencor y la ira,

luchar en batallas lejanas orquestadas por dirigentes cuyos intereses poco o nada tenían que ver con el bienestar de la humanidad. Ese era el futuro que Capital Tech había preparado para él.

«—¿No es eso lo que estabas buscando? —preguntó Louis, provocando que las palabras retumbaran en la cabeza de Roger—. Olvidar. Vivir sin dolor, sin miedo».

—¡Roger! ¡Roger! —gritaba Alissa, enfadada—. Espabila, tío. ¿No ves que se han largado? ¡Estás disparando al aire, joder!

—Se alejan —comentó Roger—. Son conscientes de que los estamos matando.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó ella, clavando sus ojos en los de Roger—. Estás abstraído y tienes las pupilas muy dilatadas. ¿Te has metido algo?

—Preocúpate por tus asuntos —respondió Roger con indiferencia.

Alissa se sorprendió por el puñetazo verbal que acababa de recibir, pero decidió no discutir con él. En cierto modo, podía entender la actitud de Roger y no esperaba que la perdonara, pero buscó su complicidad en la sala de controles contándole quién era en realidad, abriéndose y sincerándose con él, y sentirse ignorada en una situación tan complicada no resultaba agradable.

—Vale. Ya habéis practicado suficiente —dijo el teniente Vólkov levantándose de forma abrupta y decidida—. Es mi turno.

Vólkov introdujo ocho cartuchos en el depósito tubular de su escopeta de combate M590 y, a continuación, hizo un movimiento contundente con el brazo y la corredera recorrió el cañón. La escopeta estaba cargada y lista. Y Vólkov preparado para entrar en acción.

El teniente ordenó a Brian que abriera la puerta de acceso a la primera planta y, tras un movimiento circular de cuello en el que sus vértebras crujieron rabiosas, accedió al pasillo con una imperiosa necesidad de resarcirse. Tras la conversación mantenida con Gary, unos cables hicieron *clíc* en su cerebro activando su lado más primitivo y salvaje, el mismo que le hizo sobrevivir a la

Perestroika, a las mafias rusas, y a los fríos inviernos en los bosques de Siberia.

Vólkov saltó por encima de los cadáveres abatidos por Roger y Alissa, y fijó su mirada en los pocos infectados que todavía deambulaban en la oscuridad del pasillo. El teniente alzó la escopeta y la lámpara táctica iluminó sus rostros descompuestos, para luego avanzar con decisión mientras apretaba con rabia el gatillo provocando que el cañón de su escopeta escupiera fuego. El sonido de los disparos retumbó en las estrechas paredes del pasillo, y uno a uno fue abatiendo a los infectados, pintando de masa encefálica viscosa las paredes de cemento enmohecido de la Prisión. Las cabezas de los infectados explotaban, desintegrándose ante la potencia arrolladora de la M590 del teniente como si fuesen melones maduros. Cuando acabó con todos, Vólkov no se detuvo, y cargó una y otra vez el depósito tubular de la escopeta para seguir disparando a los cadáveres que yacían en el suelo. Se ensañó con ellos hasta desmembrarlos por completo, y el pavimento del suelo dejó de ser visible para convertirse en un cúmulo pegajoso de miembros amputados, sangre y vísceras.

Al otro lado del pasillo, el resto del grupo de supervivientes observaba sobrecogido la masacre, preocupados por el desorden mental del que Vólkov hacía manifiesto. El teniente estaba fuera de control, y cubierto de sangre seguía cargando y disparando su escopeta contra los infectados muertos.

—Hay que detener a ese loco —dijo Roger—. Ese tío ha perdido la cabeza.

—¿Te acercas tú y lo intentas? —preguntó Gary con ironía. Entonces, el teniente se detuvo y echó mano a su radio.

—Brian, abre la puerta que comunica el pasillo «12» con el «13».

—Hijo de puta —dijo Gary, sorprendido por la orden que acababa de dar el teniente—. Quiere que entren los infectados del bloque contiguo.

Desde la sala de controles y ajeno a lo ocurría en la primera planta, Brian pulsó el botón que abría la puerta de contención entre pasillos y una horda de infectados accedió al corredor donde se encontraba el grupo. El teniente Vólkov

alzó su escopeta y abrió fuego contra ellos, pero eran demasiados y estaban hambrientos. Gary dio un paso al frente y empezó a disparar su fusil. Decenas de infectados corrían hacia ellos con la intención de devorarlos, tropezaban y se golpeaban unos a otros mientras lanzaban estremecedores alaridos atraídos por la carne fresca.

—¡Disparad! —gritó Gary—. ¡Reaccionad!

Alissa y Roger corrieron hacia la posición de Gary y abrieron fuego. Roger se situó junto al soldado y avanzaron por el pasillo tiroteando las cabezas de los infectados que, abatidos, se amontonaban en el suelo, pero cada vez accedían más y estaban tan cerca de alcanzar al teniente que incluso podían tocarlo. Vólkov empezó a recular, sin dejar de disparar; a su espalda, el resto del grupo le cubría. La montonera de cadáveres era cada vez mayor y la situación estaba descontrolada. Vólkov apenas disponía de margen de maniobra y los infectados amenazaban con abalanzarse sobre él. Pese a la potencia arrolladora de la escopeta, el tiempo de recarga de la M590 era elevado, perdía demasiado, y cada segundo en ese pasillo se descontaba de una cuenta atrás que volaba vertiginosa hacia la peor de las muertes. El teniente empuñó la escopeta por el cañón como si de un bate de béisbol se tratase para asestar golpes certeros en los cráneos de los infectados, que se desplomaban a sus pies. Pero llegaban más: unos, vestidos con el uniforme naranja de la Prisión, otros eran celadores o funcionarios de prisiones, pero ni rastro del personal de seguridad armada. Los infectados saltaban sobre la montonera de cadáveres y trataban de abalanzarse sobre el teniente, que resistía estoico al frente del grupo como una bestia iracunda que ha permanecido encerrada durante años y a la que acaban de liberar de sus cadenas. Vólkov dejó caer la escopeta para utilizar las manos: agarraba al infectado de la cabeza y la hundía contra la pared, destrozando el cráneo hasta que la masa encefálica cubría su mano. Y así uno tras otro, hasta que tropezó y cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra el suelo. Gary y Roger avanzaron sin dejar

de disparar hasta situarse junto a la mole rusa, y el soldado agarró por el brazo a Vólkov y le ayudó a incorporarse. Roger vació su último cargador contra los infectados. Y los alaridos cesaron.

El pasillo estaba despejado y más de un centenar de cadáveres yacían muertos en el suelo.

—Con el debido respeto, señor, es usted un puto chalado —dijo Gary enervado y encarándose a su teniente—. ¡Nos ha puesto en peligro a todos!

El teniente Vólkov no articuló palabra y, con la mirada perdida, trató de limpiarse la sangre salpicada en su rostro restregándose las manos y los antebrazos.

Roger lanzó al pistola contra el suelo y se abalanzó sobre el teniente, trató de contener la fuerza adquirida con el *Virus EB03*, pero aun así lo tumbó de un sólo golpe en el mentón. Vólkov cayó desplomado y, aunque hizo ademán de incorporarse y recuperar la compostura, quedó sentado en el suelo, conmocionado y con los globos oculares agitándose de un lado a otro, como si la parte frontal de un camión hubiese impactado contra su rostro. Gary observaba la escena con sorpresa, sin dar crédito a lo que acababa de presenciar. La enorme masa rusa de músculos y testosterona permanecía sentada en el suelo. Vólkov había sido noqueado por un pelele, y aunque el soldado decidió no intervenir y aguardar desde la distancia para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, en su interior se regocijaba de placer.

Roger se acuclilló frente a Vólkov y lo agarró por el cuello. El teniente ni tan siquiera intentó defenderse, convertido en un pato de goma gigante de piernas blandas y voz entrecortada. Los ojos de Roger, enardecidos y encendidos en llamas, petrificaron a Vólkov. Y entonces fue cuando el teniente descubrió que aquel chico había dejado de ser humano.

—Si vuelves a ponernos en peligro, te mataré —susurró Roger al oído del teniente, mientras estrujaba su cuello cortando la circulación de la sangre—. ¿Me

has entendido? Te mataré con mis propias manos, jodido ruso cabrón.

El teniente asintió con la cabeza y Roger lo soltó. Gary hizo una mueca de asombro. Sin embargo, Alissa permanecía en silencio, pensativa, recordando el episodio con el infectado en la sala de controles. No dijo nada del suceso, aunque sospechaba que algo ocurría con Roger, o quizá las sospechas confirmaban más de lo que el resto del grupo conocía.

El teniente Vólkov se recompuso, se incorporó y recogió la escopeta del suelo. A continuación, comprobó que en el bolsillo de su chaqueta todavía guardaba algunos cartuchos. Entonces, un hilo de sangre descendió por su mano y goteó en el suelo. Alexey levantó con cuidado la manga de su chaqueta del SECOM y pudo ver una hilera de dientes marcada en su antebrazo. Gary fue el único que se percató de que uno de los infectados había mordido al teniente, y lo miró a los ojos. Con un movimiento brusco, Vólkov agarró a Alissa por el cuello que, desconcertada, no pudo reaccionar. Aplicándole una llave especial de *krav magá*, la desarmó y luego apretó la espalda de la chica contra su enorme cuerpo, oprimiendo con fuerza su cuello y cortándole la respiración. Alissa trató de zafarse, pataleó, pero en manos del teniente parecía una muñequita de trapo. Alexey encañonó a Alissa en la sien y empezó a caminar hacia atrás, esquivando los cadáveres de los infectados y sin apartar la vista de Gary, hasta que se detuvo a escasos metros de la escalera que conducía hasta la planta cero de la Prisión.

—¡Quietos! ¡Si os movéis, le vuelo la cabeza! —vociferó el teniente, y luego apartó el cañón de la cabeza de Alissa para apuntar a Roger, pero este ni se inmutó—. ¡Sé quién eres, chico! ¡Si intentas algo, la mato! ¡Te juro por Dios que mato a esta zorra!

Gary y Roger cruzaron sus miradas extrañados, desconcertados por las palabras del teniente. A pesar de que había dejado de confiar en él, Vólkov conocía parámetros de la misión de los que el soldado no había sido informado.

—Cálmese, teniente —dijo Gary con tono conciliador y moviendo las manos

con suavidad—. Estamos todos en el mismo bando, señor.

—¡El puto hacker tenía razón! —gritó Vólkov, fuera de sí—. ¡Es el Génesis!

—¿De qué coño habla? —susurró Gary dirigiéndose a Roger.

Roger permaneció en silencio, sin prestar atención a las palabras de Gary. No podía apartar la mirada del teniente Vólkov mientras su cerebro analizaba la situación a una velocidad vertiginosa. La distancia beneficiaba de forma clara al teniente: un simple movimiento en falso y aquel chalado ruso podía disparar su escopeta contra él y a su vez partir el cuello de Alissa sin inmutarse. Atacar primero no era una opción, y decidió que lo más sensato era aguardar al próximo movimiento de su enemigo, confiando en que Gary le hiciera entrar en razón y descuidara la guardia.

—Dejo mi arma en el suelo, teniente —dijo Gary, y depositó con cuidado su rifle en el pavimento—. El chico está desarmado.

—¡No entiendes nada, novato! —exclamó el teniente, y a su vez soltó una carcajada cargada de ironía—. ¡Él es el arma!

Gary miró de nuevo a Roger. El soldado no entendía nada. «¿Qué está ocurriendo? ¿Qué se me escapa?», se preguntaba, incapaz de comprender a qué se refería el teniente. Y mientras Gary dudaba, Roger intentaba trazar un plan para derribar a Vólkov, pero en cualquier situación que su cerebro procesaba él salía perdiendo y Alissa terminaba muerta. No le quedaba otra opción que seguir confiando en el desconcierto de Gary.

—No le entiendo, señor. En cualquier caso, suelte a la chica, es una civil —dijo Gary, intentando que Vólkov cediera. Pero el teniente hizo un gesto de negación con la cabeza y retrocedió varios metros más hasta situarse junto a la escalera.

—Brian —dijo el teniente por radio—, abre la puerta de acceso A1 y la de entrada a la planta cero.

Las puertas de barrotes oxidados se abrieron con lentitud, chirriando de

forma estridente y retumbando en el silencio de la Prisión. El teniente no apartaba la vista de la escalera, atento en todo momento a la posible presencia de infectados, pero ninguno subió en ese momento.

—¡Escúchame, novato! —gritó el teniente—. Contener y eliminar la amenaza era la tapadera, y rescatar a La Creadora una misión secundaria. La prioridad era descubrir si el Génesis sigue aquí y conseguir una muestra de sangre y ADN.

—¿Génesis? ¿De qué habla, teniente? —preguntó Gary, cada vez más confundido.

—Hablo del arma bioquímica definitiva. El soldado perfecto. La prueba irrefutable de que el Proyecto Erika puede ser un éxito —sentenció el teniente, y en su rostro se dibujó la satisfacción de la victoria—. Ridgway y su equipo de especialistas lo han conseguido, novato. Ya no es necesario rescatar a La Creadora. ¡Él es el Génesis!

El teniente Vólkov señalaba con la escopeta a Roger de forma amenazante.

—¿Eres el paciente 2511? —preguntó Gary, clavando sus ojos en los de Roger.

—No. No sé de qué habla. Ha perdido la cabeza.

—¿Cómo crees que ha sobrevivido a este infierno? Piénsalo, soldado, eres un tipo inteligente.

Gary, desconfiado, no apartaba la mirada Roger. El soldado estaba confuso por las afirmaciones del teniente, pero él no había llegado hasta allí en busca del Génesis, ni siquiera sospechó de su existencia hasta que encontró la nota en el despacho del doctor Ridgway, tampoco debía lealtad al SECOM, ni a Capital Tech. No debía lealtad a nadie. La motivación de Gary era demasiado personal como para enfrascarse en una batalla inútil contra el descerebrado de Vólkov. El soldado buscó la complicidad en los ojos enrojecidos de Roger, y por primera vez pudo ver en ellos la mirada fría y asesina de un infectado, aunque había algo

en ese chico que le empujaba a confiar en él: más allá de la oscuridad que empezaba a proyectar, en su interior todavía no se había asentado la maldad y de algún modo se sentía unido y atraído por él.

—Ahora —susurró el soldado.

De repente y para sorpresa de Vólkov, Roger agarró a Gary por las solapas y lo alzó varios centímetros, mientras el soldado intentaba tocar el suelo con la punta de las botas como si fuera una bailarina de ballet clásico. Luego lo estampó contra la pared y, a continuación, lo zarandeó y lo golpeó contra la otra pared del pasillo, repitiendo el mismo movimiento en varias ocasiones.

—¡Ayúdeme, teniente! ¡Ayúdeme! —suplico el soldado, asustado por la reacción de Roger e incapaz de defenderse. Vólkov dirigió su escopeta hacia la escalera y mató a un infectado que amenazaba con ascender. Después volvió a fijar su atención en el pasillo: si no actuaba pronto, Roger destrozaría a otro de sus hombres.

—¡Suéltalo o te mato! ¡Te juro que te mato! —gritó el teniente—. ¡Ya tenemos las muestras que necesitamos y estoy autorizado para acabar contigo!

Roger se detuvo y miró desafiante a los ojos de Vólkov, el teniente no mentía y estaba dispuesto a volarle la cabeza. Después soltó a Gary y este se desplomó sobre el suelo, pero se incorporó y corrió tambaleándose hasta situarse junto a su teniente.

—No vamos a salir de aquí, novato, pero cumpliremos con nuestra misión —sentenció. Vólkov estaba condenado a permanecer en la Prisión: un infectado le había mordido y pronto se convertiría en uno más de ellos. Para el resto del grupo, todavía quedaba un atisbo de esperanza, un destello de luz por el que luchar hasta la extenuación con el objetivo de salir con vida del aquel infierno.

En la sala de control de la quinta planta, Brian permanecía ajeno al enfrentamiento de sus compañeros, había encontrado un punto de corriente para cargar la batería y aporreaba como un poseso las teclas del ordenador portátil.

—«Brian, ¿me recibes?» —el chillido ruidoso de la radio le sobresaltó.

—Le recibo, teniente.

—«Tus sospechas eran ciertas. Repito: tus sospechas eran ciertas. Tienes las muestras correctas y puedes utilizar el helicóptero para escapar de aquí y cumplir con tu misión».

—¿Está seguro de esa afirmación, teniente?

—«Completamente seguro, muchacho. Ya sabes qué hacer. Sigue las instrucciones, te esperan. Buena suerte, chico, y que Dios bendiga a los Estados Unidos de América».

Roger recibió impertérrito la noticia de la traición del que hasta ese momento consideraba su único amigo: Brian debió extraerle muestras de sangre mientras estaba inconsciente, y traicionó así su confianza. Una rabia interior empezó a corroerle las entrañas con la misma voracidad que el ácido sulfúrico. Una rabia que no debía contener, pues en teoría el virus había erradicado de su cerebro cualquier rasgo de humanidad. «¿Por qué no puedo liberar esta ira? ¿Por qué no soy capaz de arremeter contra Vólkov sin preocuparme por Alissa? ¿Por qué... por qué tengo miedo a que ese hijo de puta la mate?», se preguntaba Roger. Y mientras las preguntas sin respuesta atizaban el cerebro de Roger y paralizaban su cuerpo, Gary intervino e intentó desarmar al teniente, pero este respondió con una maniobra de evasión y logró zafarse del ataque sin soltar la soga de carne y músculo que oprimía el cuello de Alissa. Tras un intenso forcejeo, Vólkov se deshizo del soldado y lo estampó de una patada frontal contra la pared, para luego asestarle un golpe contundente en el rostro con la culata de la escopeta. Gary se desplomó sobre el suelo, noqueado y con una herida abierta en la mejilla y el pómulo inflamado.

—Imbécil, con una mano tengo suficiente para acabar contigo —dijo el teniente con su marcado acento ruso, y escupió sobre el cuerpo del soldado.

—Hijo de puta —balbuceó Gary con la respiración entrecortada.

Y ese instante en el que el ego del teniente derrotó a su causa y le hizo descuidar la guardia, Alissa logró zafarse de la llave de presa a la que estaba sometida y se revolvió para asestarle una patada en los huevos. Vólkov gritó de dolor y se retorció hasta clavar una rodilla en el suelo con los cojones subidos y ahogando su garganta.

Alissa era consciente de que no podía enfrentarse a esa bestia ella sola y desarmada, y corrió desesperada hacia Roger. En el rostro de la chica se reflejaba el miedo a la muerte, pero a la vez sus bonitas facciones lo iluminaban de esperanza.

El sonido de la M590 resonó con estridencia en las estrechas paredes del pasillo. El oído de Roger había evolucionado con el *Virus EB03*, convirtiéndose en una máquina de precisión auditiva capaz de procesar cualquier sonido al instante. Escuchó las postas atravesar la piel de Alissa y desgarrar la carne y el tejido que encontraron a su paso, perforando los pulmones y cortando las arterias hasta incrustarse en las costillas y astillarlas como si fueran madera desgastada y vieja. Una mancha roja se marcó casi al instante en su espalda. Alissa se tambaleó sin apartar la mirada de Roger, anduvo dos pasos más y sonrió de forma tímida y fugaz antes de desplomarse.

—¡Alissa! —Roger reaccionó y se situó junto a ella—. ¡Alissa!

Roger abrazó a Alissa y la colocó boca arriba, mientras intentaba taponar la herida con sus manos. El boquete abierto en la espalda de Alissa apenas sangraba, pero la hemorragia interna amenazaba con consumir su vida con celeridad. Alissa tosió y la sangre borboteó en su garganta, dejando escapar una bocanada que recorrió su barbilla y descendió por el cuello. Roger acarició el cabello de la chica, sucio y áspero después de tanto luchar en aquellas malditas islas, pero tan suave y aterciopelado para él como la primera vez en que lo apartó de su rostro para besarla.

—Roger...

—No hables. Saldrás de esta, te prometo que saldrás de esta.

—Mi misión... —balbuceó la chica, con la boca repleta de sangre.

—No hables —repitió Roger—. Guarda tus fuerzas.

Los pulmones de Alissa sollozaban y sus ojos se apagaban. Roger podía oír cómo se contraían y el aire se perdía burbujeando en la hemorragia.

—Siempre supe quién eras.

—Respira, cielo. Respira y no hables.

—Mi misión...

—No.

—Mi misión era que no perdieras tu humanidad...

—Alissa...

Un último suspiro desesperado y el corazón de Alissa dejó de latir.

Una lágrima escapó de los ojos de Roger y recorrió su rostro hasta caer sobre el cuerpo sin vida de Alissa. Y sentía dolor, mucho. Punzadas terribles de dolor que le rasgaban la carne hasta llegar al corazón, como si alguien hubiera introducido las manos en su cuerpo y le estrujara el músculo con la intención de reventarlo. Un dolor incatalogable para alguien cuyo cupo de sufrimiento se había agotado años atrás. Un dolor que le recordaba que conservaba su humanidad, y que al menos Alissa no había muerto por una causa perdida.

—Has cumplido con tu misión —dijo Roger, y depositó con cuidado el cuerpo de Alissa sobre el suelo, después cerró sus ojos para que descansara en paz. El pasado de ambos ya no importaba, los dos habían cometido errores, pero el peaje del futuro truncado jamás se podría recomponer. Un futuro condenado a no existir desde el mismo día que se conocieron.

A continuación, enfurecido, alzó la vista para enfrentarse a Vólkov, pero el teniente se había marchado. Roger era consciente de que Vólkov lo tuvo demasiado tiempo a tiro y, sin embargo, no disparó contra él. «Ese hijo de puta todavía trama algo», pensó. Y se encaminó dispuesto a darle caza y a liberar toda

esa ira que amenazaba con reventarle las entrañas.

28

Roger recogió del suelo la pistola de Alissa y avanzó encolerizado hacia la escalera, pero cuando pasó junto al soldado, este lo agarró por el tobillo. Gary había recuperado el conocimiento y trataba de incorporarse, pero se encontraba mareado y dolorido. Roger ayudó a Gary a levantarse, pero el soldado estaba conmocionado y decidió sentarse en el suelo y apoyar la espalda contra la pared.

—¿Está muerta? —preguntó Gary al ver el cuerpo inerte de Alissa tendido sobre un charco de sangre. Roger asintió, y el soldado cerró los ojos con tristeza—. Lo siento, no he podido hacer nada. Intenté desarmarlo pero ese cabrón es demasiado fuerte.

—No es culpa tuya. La hubiera matado de todas formas —dijo Roger, apesadumbrado.

—¿Quién era ella? No era una paciente, ¿verdad?

—No. No lo era. Alissa formaba parte de una unidad de las Fuerzas Especiales, y estaba en una misión de infiltración cuando se desató la infección —respondió Roger.

Gary asintió.

—Era una mujer muy valiente y ha muerto con honor —dijo el soldado—. Si salimos de esta, le rendiremos el homenaje que se merece.

—Brian nos ha traicionado —dijo Roger, desviando el tema para evitar hablar de Alissa—. Ese cerdo estará volando en estos momentos hacia Capital City.

—Las muestras que tiene en su poder valen millones de dólares, y el dinero no entiende de amistad ni de valores —comentó el soldado con cierto desprecio en su tono—. Esta mierda se me fue de las manos... Debí imaginarlo. ¿Cómo no lo vi venir? Capital Tech nos ha mantenido bajo su control desde un principio. Tú eres su arma definitiva y te han puesto a prueba para comprobar cómo

desarrollas tu potencial, por ese motivo no te sacaron de aquí. Han utilizado el brote de infección para conocer y comprender tus límites, para averiguar hasta dónde eres capaz de llegar. Y ahora mismo estarán frotándose las manos. Imagina un ejército formado por miles de soldados como tú preparado para combatir bajo cualquier bandera. Hemos perdido, Roger, pronto Capital Tech dominará el mundo y nosotros, la humanidad, no podemos hacer nada por evitar nuestra propia destrucción.

—No hemos perdido —dijo Roger con frialdad mientras le tendía la mano al soldado—. Vamos, todavía tienes que encontrar a tu esposa y yo quiero dar caza a Vólkov. Voy a matar a ese hijo de puta.

Antes de descender a la planta baja, Roger se detuvo un instante para echar un último vistazo al cadáver de Alissa. Verla allí tirada, rodeada por los cuerpos desmembrados de los infectados, le produjo repulsión y a su vez tristeza, pero ya nada podía hacer por ella más que añorarla y ejecutar su venganza.

Gary y Roger se detuvieron en la puerta de acceso a la planta baja. El soldado iba armado con su fusil de asalto, y Roger con la pistola de Alissa, pero después de los enfrentamientos en las plantas superiores ambos iban escasos de munición.

La moral de Gary se arrastraba por el suelo, como un gusano a punto de ser aplastado. Cansado, desalentado después de tanta lucha abocada a un final desalmado, derrotado por un ruso desquiciado y un crío ambicioso que no eran sino el claro ejemplo de los hombres corrompidos que habitan en una sociedad podrida. La batalla de Gary no había empezado esa noche, sino que se remontaba a unos años atrás, cuando descubrió por error unos documentos trasapelados en el despacho de Erika, su esposa desaparecida. Eran los primeros bocetos de una idea macabra y tirana: los trazos iniciales de Capital Tech para diseñar su ejército de soldados bioquímicos, de humanos de genética modificada al servicio del poder capitalista. A Erika le habían ofrecido estar al frente de la investigación, en varias ocasiones, pero en todas dio su rechazo como respuesta.

Fue él mismo quien provocó que la semilla de aquella idea se desarrollara en la mente de su mujer y la empujó a trabajar en el proyecto, a que aceptara el trabajo que le habían ofrecido. El contrato con la empresa líder mundial en I+D suponía un salto importante en su carrera, y una inyección de dinero notable para una pareja humilde que sobrevivía con el sueldo bajo de un militar reclutado al servicio de la nación y una especialista en biogenética que investigaba y daba clases en una universidad pública. La noche en la que Erika debía partir hacia Islandia, Gary intentó evitar que se marchara, aterrado y con un cargo de conciencia que le impedía dormir por las noches. Tras una fuerte discusión, Erika se marchó y Gary nunca más la volvió a ver. Ni viva ni muerta. Pero él nunca creyó en la versión oficial y, desde entonces, encontrar a Erika y sabotear los planes de Capital Tech se había convertido en su particular obsesión y, a pesar de haber perdido la batalla contra la empresa armamentística, estaba más cerca que nunca de encontrar a su mujer.

Gary apuntó al pasillo, iluminado por la lámpara táctica de su fusil: sin rastro de infectados. El soldado desplegó el mapa en el suelo mientras Roger vigilaba girando la cabeza en ambas direcciones.

La planta inferior de la Prisión no ubicaba celdas, y se componía en su mayoría de pequeñas estancias, salas de inspección y visitas, una pequeña ludoteca donde ver la televisión, un comedor dividido en varias zonas, y el enorme patio donde los prisioneros menos peligrosos podían salir a respirar un poco de aire fresco. Ese viejo mapa no indicaba el acceso al centro de investigaciones subterráneo, por lo que Gary intentaba deducir dónde se ubicaría el punto más lógico de entrada, quizá cercano al túnel, aunque era como buscar un agujero de bala en medio de una inmensa oscuridad.

—Vayamos hacia la izquierda, en dirección a la puerta de acceso al túnel — dijo el soldado—. De todas formas, tenemos que desatracarla para subir a la azotea.

—¿Has pensado en cómo vamos a salir de aquí? Brian se habrá largado con el helicóptero —recordó Roger—. Subir a la azotea es una pérdida de tiempo.

—Tengo un plan. Venga, luego te cuento —le respondió Gary, guiñándole un ojo y dándole una palmadita en el brazo.

El soldado afirmaba tener un plan alternativo para escapar de la Prisión, y Roger empezaba a estar molesto porque nunca le contaba nada. Sin embargo, y por alguna extraña razón, no perdía la confianza en su compañero. Aquel soldado, un desconocido hasta hacía unas horas antes, se había convertido en la única persona en el mundo en la que todavía podía confiar.

Los dos avanzaron con cautela por el pasillo, iluminado con timidez por varias luces de emergencia intermitentes que les provocaba una visión del frenopático casi tan perturbadora como aterradora. A su paso, aparecieron varios infectados a los que abatieron con facilidad, pero la munición escaseaba; si no encontraban pronto la puerta de acceso a las instalaciones subterráneas, aquellos pasillos podían convertirse en una trampa mortal.

Recorrieron el laberinto de pasillos hasta llegar a la puerta atrancada que comunicaba con el túnel, ensangrentada y salpicada de vísceras tras un combate encarnizado entre soldados e infectados. Varios cadáveres bloqueaban la puerta y una enorme barra de acero colocada en los tiradores impedía su apertura. Sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la puerta, el cuerpo de un soldado del SECOM yacía con el rostro desfigurado por los mordiscos de los infectados. La cabeza del soldado, que aquellos engendros habían desgarrado a dentelladas, colgaba del cuello del fallecido. Gary comprobó las armas del soldado abatido: sin munición. A continuación, y con extremada precaución, Roger y Gary se aseguraron de que no quedaba ningún cuerpo con vida.

Después apartaron los cadáveres. Gary agarró los cuerpos por las piernas mientras Roger hacía lo propio por los brazos. Estuvieron varios minutos amontonando trozos de carne a unos metros de la puerta, donde no

interrumpían el paso.

—Pesas estos cabrones —comentó Gary. Roger sonrió con desgana—. Eh, ¿te encuentras bien?

—No lo sé. —un torrente de sentimientos contrariados rondaba por su cabeza y desembocaban en un pensamiento único: matar a Vólkov—. Esa herida tiene mal aspecto.

Un hilo de sangre emanaba del corte que Vólkov le había provocado en el rostro, y obligaba a que Gary tuviera que limpiarse con los nudillos una y otra vez.

—Qué va. Es un corte superficial y el pómulos no está roto. He sobrevivido a heridas y golpes mucho peores. Cicatrizará pronto.

—¿Te duele?

—¿Me interrogas por si estoy infectado?

—No. Me preocupo por ti.

—Qué tierno eres para ser un arma biológica valorada en cientos de millones de dólares.

—Todavía puedo sentirla.

—¿A quién? ¿A Alissa?

—Sí. Siento que ella sigue dentro de mí de alguna forma, como si formara parte de mi organismo. La siento viva y ella me hace sentir vivo, aunque sé que no volveré a acariciar su piel.

—Sé de qué hablas.

—Te ocurre lo mismo con...

—¿Con Erika? Sí, desde el primer día que se marchó. Es una sensación extraña pero sabes que está ahí; aunque ya no puedas tocarla sabes que sigue siendo real dentro de ti. Y la sensación se magnifica cuando la sientes tan cerca...

—¿Crees de verdad que ella está aquí?

—Si no lo creyera, me habría largado a nado hasta Capital City.

—Habrías muerto de hipotermia.

—¿Crees que tú podrías conseguirlo?

—¿Llegar a nado hasta Capital City?

—¿Podrías?

—No lo sé, pero no tengo intención alguna de intentarlo. ¿Es ese tu plan?

—No.

Una vez los cadáveres que bloqueaban la puerta estuvieron apartados, la desatrancaron. Por allí escaparían. Gary cruzó el umbral y descendió por la escalera hasta llegar al túnel que comunicaba las dos islas. Observó la escalera metálica que los conduciría de nuevo hasta la azotea. Roger aguardaba impaciente en el pasillo y, si el soldado tenía un plan para escapar de allí, consideraba que era el momento para conocerlo.

—¿Cómo saldremos de aquí? —preguntó Roger—. No tenemos helicóptero, no tenemos nada...

Gary sonrió, echó mano a uno de sus bolsillos, y extrajo una bengala de uso táctico, de las que se utilizan para marcar una posición estratégica en el campo de batalla.

—¿Una bengala? —cuestionó Roger, sorprendido.

—Exacto.

—¿¡Una jodida bengala!? ¿¡Ese es tu plan!? —exclamó Roger decepcionado.

—Esta bengala es nuestra única esperanza para salir de aquí —afirmó el soldado—. Escúchame, estuve más de diez años en las Fuerzas Especiales y te puedo asegurar que nunca abandonarían a nadie en una misión. Estoy convencido de que ahí afuera, en un barco, una unidad militar está esperando a que Alissa encienda una bengala para mover el culo hasta aquí y rescatarla.

—¿Y si te equivocas?

—No lo hago. Sé que están ahí, escondidos en algún lugar a la espera de que la azotea de la Prisión se ilumine de humo rojo.

—¿Y cuando descubran que no es Alissa la que ha encendido esa bengala?

—Rezaremos para que no abran fuego contra nosotros y nos saquen de aquí.

—Un plan cojonudo —comentó Roger con ironía.

—Si tienes una idea mejor, estaré encantado de escucharte.

—Mmm...

Entonces una explosión interrumpió la conversación e hizo retumbar las paredes de la Prisión. Roger y Gary se miraron sorprendidos, y una enorme llamarada se hizo visible dos pasillos más allá de donde se encontraban ellos.

—¡Qué coño...! —exclamó Roger.

—¡Semtex! —gritó el soldado, a la vez que arrancaba a correr en dirección hacia el lugar de donde escapaba una ola de polvo y humo impulsada por la onda expansiva de la explosión—. ¡Venga, ese ha sido Vólkov! ¡Habría encontrado la entrada!

Roger empezó a correr y descubrió que sus piernas eran más rápidas y ligeras que nunca, y ni en sus mejores años de baloncesto universitario se había sentido en tan buena forma física. El dolor había desaparecido por completo, y tan solo deseaba verse las caras con el teniente Vólkov para entablar un combate a muerte con él.

La visibilidad en el pasillo de la explosión era nula, inexistente. La nube de humo negro y polvo se comprimía a lo ancho del corredor. Roger y Gary decidieron mantener la posición, aguardando disponer de una percepción ventajosa para no ser sorprendidos por Vólkov. Y entonces, atravesando la nube de polvo y como si se tratara de un demonio que se erige surgido de las profundidades del infierno, la temible silueta del teniente se abrió paso hacia ellos. Tarde. No había tiempo para reaccionar.

Vólkov asestó una descomunal patada en el pecho de Gary y lo hizo volar varios metros hasta que el soldado dio con sus huesos contra la pared del fondo. Gary rebotó para quedar tendido en el suelo y con la respiración cortada. La

bestia tenía una fuerza sobrehumana, como un titán que exploraba el límite de su furia.

Roger retrocedió y se acuclilló junto al soldado sin perder de vista al teniente.

—¿Estás bien?

Gary se retorció de dolor mientras apretaba las manos contra su pecho. A escasos metros de ellos, Alexey Vólkov, o lo poco que quedaba de él, los observaba con los ojos ensangrentados y el rostro chamuscado por el fuego de la explosión. La caja torácica del teniente se retorció con violencia, agitándose con la rabia de un bisonte. Vólkov expulsó una bocanada de sangre espesa. El teniente se había transformado, abandonando la poca humanidad que una vez tuvo.

—Estoy bien... —dijo el soldado con la voz entrecortada. Gary agarró a Roger por la solapa de su chaqueta de mantenimiento—. Acaba con él. Destroza a ese hijo de puta.

Roger apuntó a la cabeza de Vólkov. Quizá un par de disparos eran suficientes para que aquel engendro ruso cayera al suelo, tampoco tenía la certeza de disponer de más balas en el cargador. Sin embargo, no era el final que esperaba para el teniente, no al menos el que él le había reservado.

—Este cabrón merece sufrir —masculló Roger, y se deshizo de la pistola para enfrentarse al teniente en un combate cuerpo a cuerpo.

Con decisión, Roger avanzó hasta colocarse frente al infectado: un par de metros separaban a las dos armas bioquímicas, tan similares como diferentes a la vez. Roger era perfecto; Vólkov, un error. Gary observaba la escena desde la distancia, y ver a las dos criaturas frente a frente le produjo un escalofrío que recorrió cada centímetro de su maltrecho cuerpo: ambos eran peligrosos.

Roger, más Génesis que ser humano, deseaba luchar contra aquella bestia y conocer así sus propios límites. No aparentaba sentir miedo, y no lo sentía. El combate se había convertido en su hábitat natural, e incluso parecía disfrutar con

la situación. Había sido creado para combatir, y encontrarse con Vólkov fue el detonante neurológico para que el *Virus EB03* se adueñara por completo de su cuerpo.

—Únete a mí, hermano —gruñó el teniente, con una voz tosca y profunda, casi infernal—. No somos tan diferentes.

—Te equivocas —respondió Roger—. Tú y yo no tenemos nada que ver.

El teniente Vólkov contorneó su cuello y un trozo de piel se le desprendió de su rostro, como si fuera un muñeco de cera derritiéndose. Después lanzó un espeluznante alarido.

Roger se colocó en guardia y el teniente trató de abalanzarse sobre él, pero lo esquivó con relativa facilidad. El combate físico parecía estar igualado, pero tácticamente Roger era superior, pues al conservar sus funciones cerebrales intactas podía pensar con claridad; en cambio, Vólkov sólo era prisionero del instinto más primitivo de combatir y dar caza a su presa. Roger aguardó con paciencia el siguiente movimiento del teniente, mientras su cerebro analizaba las posibilidades estratégicas que le ofrecía el estrecho y oscuro pasillo, como la Deep Blue cuando se enfrentó al Gran Maestro Kasparov, sólo que en esta ocasión con una carcasa humana y algo más en juego que un título de prestigio.

Vólkov lanzó un par de golpes contundentes que impactaron en el aire, y que Roger esquivó con una facilidad portentosa.

—Esto será más sencillo de lo que imaginaba —se dijo a sí mismo. Y acto seguido propinó un puñetazo demoledor en el abdomen del teniente, pero este ni se inmutó.

La fuerza sobrenatural de Roger estaba a la par con la de Vólkov, y en el aspecto físico no existía apenas diferencia entre ellos. Intercambiaron golpes durante varios minutos hasta que ambos quedaron presos de la misma llave de *krav magá*: el cuello de uno a disposición del otro. A un movimiento de brazo de partirse en dos.

Roger se separó y retrocedió unos pasos: tras su ataque fallido comprendió que un intercambio de golpes sería perjudicial para ambos y prolongaría el combate un tiempo innecesario, y valioso. «Piensa. Tú tienes la capacidad de pensar. Él no», se dijo.

Roger volvió a la posición de defensa, aguardaba a que Vólkov atacara otra vez para intentar aprovechar un error. Y Vólkov atacó. El teniente lanzó un alarido y corrió hacia él dispuesto a reventarlo. Entonces, Roger apoyó su pie derecho en la pared y tomó impulsó en sentido lateral, esquivó a Vólkov y agarró su cabeza por detrás, luego hizo un giro con su cuerpo de ciento ochenta grados y aplastó la cabeza del teniente contra la pared izquierda del pasillo. Vólkov se tambaleó. El viejo cemento de la pared quedó agrietado y con una enorme salpicadura de sangre y masa encefálica. Confuso por el terrible golpe, Vólkov miró a los ojos de Roger. El teniente tenía el cráneo hundido por la parte frontal y el rostro desfigurado por el brutal golpe. Pero el combate todavía no había terminado: Vólkov se resistía a morir.

—¡Acaba con él! —gritó Gary, llevándose las manos a las costillas.

Vólkov lanzó un nuevo alarido, más débil, menos aterrador. Y con el rostro desfigurado y la visión afectada, intentó golpear a Roger, pero sus movimientos eran lentos y torpes, y mientras intentaba atizarle sin éxito, un grumo de masa encefálica cayó al suelo provocando un desagradable sonido. Vólkov se detuvo, alzó la mirada y se tambaleó: su cabeza estaba abierta como una sandía.

Roger se acercó a Vólkov y cuando estuvo a un metro escaso de él, se detuvo y sonrió. A continuación, se impulsó y dio un salto hacia delante con el puño en alto, y golpeó en la cabeza del teniente con tanta brutalidad que su puño le desquebrajó por completo el cráneo y se hundió en el cerebro. El rostro de Roger se cubrió de rojo, salpicado por la sangre y la masa encefálica del teniente. Vólkov se desplomó, y esa enorme masa de músculos cayó al suelo como si fuera un saco de patatas: muerto, derrotado, aplastado por el Génesis.

Roger se había convertido en la máquina de matar que tanto ansiaba Capital Tech. Un ser sanguinario y despiadado capaz de derrotar a cualquier rival. El soldado perfecto. Su juguete mortal y arrollador estaba listo y preparado para el combate. Pronto, en alguna parte del mundo, un ejército de soldados Génesis sería creado en otra de las instalaciones secretas de Capital Tech. ¿Su objetivo? Vencer en cualquier batalla para someter y dominar al mundo, dar un paso hacia una civilización avanzada y modificar el curso natural de la evolución. El logro de Capital Tech era lo más cerca que la humanidad había estado nunca de Dios, de la creación del hombre como especie.

29

Con el teniente Vólkov eliminado, Roger se volvió y caminó hacia Gary. El soldado apretó enérgico su fusil, temeroso ante la posibilidad de que Roger abocara su ira contra él. Gary debía reaccionar tras ver desde su butaca privilegiada la facilidad con la que Roger había destrozado a Vólkov. Se preguntaba si todavía podía confiar en él o, de lo contrario, esa falta de piedad que había mostrado con el teniente había desterrado la humanidad que Alissa había logrado que conservara. El soldado alzó el fusil y apuntó a la cabeza del Génesis.

Roger se detuvo en seco.

—¿Qué haces? —dijo con absoluta normalidad—. Baja esa arma.

—¿Eres Roger? —preguntó el soldado con voz temblorosa.

—¡Claro que soy Roger! —exclamó él, y avanzó de nuevo hacia la posición del soldado. Gary oyó que la voz de Roger todavía sonaba humana y se tranquilizó, y con una mueca de dolor apoyó el arma en el suelo. A continuación, exploró su abdomen, tosió y escupió un poco de sangre.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Roger, mientras tomaba asiento a su lado.

—Creo que tengo alguna costilla rota —respondió Gary—. ¿Y tú?

Roger movió la cabeza de un lado a otro, la pregunta no tenía una respuesta sencilla. «¿Cómo me encuentro? Acabo de reventarle la cabeza a una bestia de más de ciento veinte kilos y estoy sentado a tu lado como si nada. ¿Cómo crees que me siento?». En realidad se sentía bien, poderoso, fuerte, invencible y feliz porque había vengado la muerte de Alissa. El *Virus EB03* era algo grandioso. Además conservaba su humanidad: podía sentir como cualquier otro ser humano y los temores por convertirse en un monstruo se habían disipado. Roger apoyó la cabeza en la pared y levantó la vista al techo.

«—Te sientes bien, ¿verdad? —preguntó Louis—. Fuerte, enérgico, insuperable. Casi no puedes contener el poder que habita dentro de ti. Es como electricidad que se impulsa a través de tu cuerpo queriendo escapar. Pero los recuerdos son cada vez más lejanos... incluso tienes que esforzarte para recordar quién soy. Apenas soy un vago recuerdo en tu mente —dijo Louis, con tono enigmático.

—No, eso no es cierto. Sé quién eres. Te recuerdo.

—No puedes pronunciar mi nombre, y para ti soy una sombra. Recuerdas que una vez fuimos amigos, pero has olvidado dónde estoy. Conservas tus sentimientos... pero no tu humanidad. Ya no eres humano, Roger. Acéptalo.

—¡Mientes!»

—¡Roger! ¡Roger! —vociferó el soldado mientras le golpeaba en la mejilla para que reaccionara.

—¿Qué ocurre? —preguntó confuso.

—¿Te encuentras bien? Has perdido el conocimiento durante unos segundos —comentó Gary—. Tenías los ojos en blanco.

—No te preocupes, sólo estoy un poco mareado. Supongo que el estrés me está afectado. Venga, te ayudo a levantarte. Todavía tenemos que encontrar a Erika.

—Antes de comprobar en qué estado se encuentra el acceso a las instalaciones subterráneas, necesito que me apliques un vendaje de compresión en la caja torácica.

Roger asintió y con las vendas que habían cogido de la enfermería y que no llegaron a utilizar con Garret le realizó un vendaje de compresión sobre el torso desnudo del soldado. Gary hacía muecas de dolor mientras Roger tensaba las vendas. Acto seguido, el soldado se vistió de nuevo con el uniforme del SECOM y ambos caminaron en dirección a la zona de donde calculaban que provino la explosión. Al pasar junto al cadáver del teniente Vólkov, Gary le devolvió el escupitajo y se adueñó de la última granada de su casaca.

—Nos puede venir bien —dijo, anclando la granada a su uniforme.

Los dos supervivientes entraron en una sala pequeña, sin más iluminación que las llamas de un pequeño incendio y cubierta de escombros. Encontraron documentación esparcida por toda la estancia, material de oficina, mobiliario, e incluso una puerta de acero arrugada como si fuera cartón que había sido arrancada de su marco por la onda expansiva. La oficina debía ocultar un acceso a las instalaciones secretas, de lo contrario no tenía sentido que el teniente Vólkov la hubiera hecho saltar por los aires.

—Se acercan dos infectados —dijo el soldado señalando hacia el pasillo—. Encárgate tú mientras yo compruebo la habitación.

De nuevo, un grito inhumano les puso en alerta. Era el mismo alarido que habían oído en las plantas superiores, pero esta vez sonaba más próximo, como si una bestia les estuviera acechando. Fuera lo que fuese, Roger no tenía intención alguna de enfrentarse a ese monstruo.

Roger apuntó a los infectados que se acercaban hacia ellos. Caminaban de forma lenta y torpe, escupían sangre pero no se mostraban violentos: sin alimento, el virus había degenerado sus cuerpos hasta el punto de convertirlos en dos sacos de carne en descomposición. No abrió fuego contra ellos, confiaba en las habilidades adquiridas para el disparo inducidas por el virus, y sentía curiosidad por observarlos de cerca. Los infectados iban vestidos con batas blancas salpicadas de sangre, quizá debieron pertenecer al personal médico que trabajaba en las instalaciones subterráneas. Uno de ellos arrastraba la pierna derecha, con la tibia convertida en un palo quebrado con forma de siete que emergía de la carne. Al otro le habían seccionado ambos brazos a la altura de los bíceps.

—¡Ven aquí, Roger! —gritó el soldado desde la habitación contigua a la oficina—. ¡He encontrado una entrada!

Con relativa tranquilidad, Roger apuntó a la cabeza de los infectados y los

abatió con sencillez. Luego entró en la oficina y, saltando sobre los escombros, se acercó hasta donde se encontraba Gary. Cruzaron por el agujero que había dejado la explosión, descendieron por unas escaleras metálicas y se adentraron en un pasillo todavía humeante. Las luces de emergencia habían sido arrancadas por la explosión, y los carteles que advertían del peligro biológico estaban cubiertos de polvo y hollín.

—Siempre me han parecido atractivos las señales de *biohazard* —comentó Roger.

—A mí también —sonrió el soldado—. Me recuerdan a los videojuegos que solía jugar en los noventa.

El pasillo que conducía a la entrada de los laboratorios tenía dos direcciones. Hacia la izquierda, una rampa llegaba hasta un pequeño muelle construido en la propia roca de la isla y con capacidad para tres lanchas motoras. El agua del mar permanecía estancada y un portón de grandes proporciones bloqueaba el paso. En el aire se podía respirar el salitre. Hacia la derecha, una puerta doble de acero pintada con líneas amarillas los separaba de las instalaciones secretas de Capital Tech en la Prisión. El blindaje de varios centímetros había resistido a la explosión y ni tan siquiera una carga considerable de Semtex había logrado provocar una grieta. Gary tenía la llave que abría la puerta, y de uno de sus bolsillos extrajo la mano del doctor Harrison con la esperanza de que sus huellas digitales no hubieran sido dañadas durante los combates y el trascurso de los acontecimientos hasta llegar allí.

El soldado colocó la mano amputada sobre el escáner biométrico, ante la atenta mirada de su compañero de huida. Tras un momento de incertidumbre, una luz roja se iluminó en el panel: «ACCESO DENEGADO», indicó el monitor del escáner. Gary retiró la mano e hizo una mueca de preocupación, después la volvió a colocar sobre el escáner. Tras unos segundos de espera, el sistema les denegó de nuevo el acceso.

—¡Mierda! —exclamó el soldado, decepcionado—. Si no consigo abrir esta jodida puerta, nada habrá tenido sentido. Toda esta mierda...

—Tranquilízate —le dijo Roger, apoyado la mano en el hombro del soldado.

Gary estaba alterado. Y en cierto modo era lógico, pues tras varios años tras la pista de Erika, con la inseguridad añadida de no saber si la encontraría viva o muerta, estaba más cerca que nunca de encontrarla y era consciente de que podía estar ante la última oportunidad de dar con ella. En la dura y dolosa travesía entre la incertidumbre, Gary se había convertido en un desertor de las Fuerzas Especiales, había sido perseguido por las autoridades y se había convertido en refugiado entre los mercenarios que, casi con total seguridad, arrasaron sin contemplaciones el centro de investigaciones de Islandia sin detenerse un segundo a pensar en los trabajadores.

—La siento más cerca que nunca, pero intuyo que algo no va bien —dijo Gary con tono apesadumbrado—, y temo por el estado en el que puedo encontrarla.

—Viva o muerta la habrás encontrado —comentó Roger—. Al menos podrás descansar y empezar una nueva vida.

El soldado asintió y, tratando de afianzar su pulso para no temblar, colocó de nuevo la mano sobre el escáner biométrico y el lector reconoció las huellas digitales del doctor Harrison.

«ACESO ACEPTADO. BIENVENIDO, Dr. HARRISON».

Los compresores se activaron y emitieron el sonido característico del aire comprimido al escapar de los acumuladores. La puerta se abrió de forma pausada, y dejó a la vista un pasillo ancho con una pendiente negativa, y apenas iluminado por unas lamparillas rojas que le otorgaban un aspecto aterrador.

Extremando la precaución por la posible presencia de infectados, Roger y Gary descendieron hasta la planta inferior y se detuvieron en un recibidor donde se acumulaba material de uso hospitalario: camillas vacías, sillas de ruedas,

bombonas de oxígeno... El aire allí abajo era denso y asfixiante, y una especie de humo hediondo y nauseabundo flotaba en el ambiente, más viciado que el de la morgue de una favela brasileña en plena guerra de bandas.

Se situaron frente a una puerta de seguridad entornada. Gary abrió la puerta con cuidado y lo primero que distinguió entre la oscuridad fue una camilla donde yacía un cadáver cubierto con una sábana manchada de sangre. El soldado apuntó con el fusil hacia el interior, y la luz emitida por la lámpara táctica iluminó fugazmente el pasillo: era estrecho y con celdas a ambos lados.

—Aislamiento —dijo el soldado.

Las puertas estaban construidas en acero y habían sido ancladas a una pared de piedra húmeda y antigua. Era un lugar marcado por el testimonio de asesinos despiadados que habían dejado allí su huella, grabada a golpe de cuchillo ensangrentado. Roger imaginó a los presos mientras conversaban entre celda y celda, enaltecendo sus crímenes, regocijándose en la sangre derramada, en orgías macabras que destilaban sufrimiento y dolor. Aquel pasillo apestaba a muerte y descomposición, a podredumbre humana.

—Crucemos.

Cruzaron el umbral y se adentraron en el pasillo de la zona de aislamiento. Al escuchar sus pasos, algo se removió en el interior de algunas celdas y golpeaban las puertas con violencia.

—Vamos —indicó Gary—, no hay tiempo que perder.

Y cuando ya casi habían alcanzado la salida, una voz solicitó auxilio con desesperación.

—Gracias a Dios que habéis venido —dijo la voz desde el interior de la celda.

—Joder... —masculló Roger cuando reconoció al interno con la ayuda de la linterna.

—Llevo varios días sin comida ni agua. Ayudadme, os lo suplico.

—Es Kurt Straker, considerado como uno de los asesinos en serie más sanguinarios del país. Mató a... ¿Cuántas personas inocentes, Kurt?

—Mientes —susurró el preso—. ¡Mientes!

—Escapaste de la penitenciaría Roosvell en el año ochenta y nueve, y tus dos compañeros de fuga aparecieron degollados días más tarde. Después, tu rastro desapareció, como si el Infierno hubiese reclamado a uno de sus discípulos más aventajados.

Straker acercó su rostro a los barrotes, y sonrió. No había nada más placentero para él que escuchar sus atrocidades en boca de otros, y sintió la erección en su entrepierna.

—Sigue, maldito perro —escupió el condenado.

—Acabaste primero como conserje en una escuela de secundaria en la ciudad de Silence Peek, Minnesota, hasta que te convertiste en el alcalde aprovechando el dolor de los pocos habitantes que permanecieron en la ciudad tras las desgracias.

—Eliphas Sorrow, el alcalde del Infierno —dijo Kurt, soltando una carcajada saturada de un alborozo indecente y carente de humanidad.

—Y allí, oculto, haciéndote pasar por un hombre corriente y honrado, derramaste la sangre de muchos inocentes.

—Mientes. En Silence Peek di forma a mi mejor obra y te aseguro que allí mis cuchillos no se alimentaron de inocentes. No. Eliphas no era un asesino, sino un artista que ilustró la muerte con trazos de justicia divina. Una vez al año...

—Que te jodan —dijo Gary mientras apretaba el gatillo—. Sigamos.

Roger se asomó por los barrotes de la puerta de la celda para contemplar el cadáver de Straker. Allí terminó sus días, en una habitación sin luz de cinco metros cuadrados y con la cabeza reventada de un disparo. Demasiado rápido para un hijo de puta de tal calibre.

—Creo que han introducido esos recuerdos en mi memoria —dijo Roger.

—¿Qué recuerdos?

—Tengo flashes, es como si pudiera ver a través de los ojos de estos psicópatas. Incluso puedo sentir su rabia y el hambre de matar. Casi me cuesta recordar quién soy y, sin embargo, conozco la vida de algunos asesinos como si yo mismo las hubiera vivido. No lo entiendo.

—Tal vez han creado un vínculo entre tú y estos cabrones para hacerte más despiadado. A la vez que han introducido artes marciales, habilidad para el tiro y combate estratégico, quizá también han añadido esos recuerdos a tu memoria para modificar tu conducta.

—Ah... mierda.

Abandonaron la zona de aislamiento y accedieron a una sala grande y sin ventilación, y la imagen que contemplaron allí les hizo estremecer de terror.

30

Decenas de camillas colocadas en hileras representaban el horror vivido entre los muros de la Prisión y creaban una imagen tan espeluznante como aterradora. En cada una de las camillas descansaba el cadáver de un prisionero: eran los cuerpos sin vida de todos aquellos desgraciados que habían servido como conejillos de indias para unos médicos trastornados que jugaban a ser dioses con ellos. Los cadáveres se descomponían, se deshacían en fluidos como carne corrompida, abandonados en aquella morgue improvisada que sangraba, metáfora real y palpable de un purgatorio irrespetuoso y grotesco.

Gary buscó el interruptor de la luz y, tras pulsarlo, la sala se iluminó durante unos segundos. Después, el sonido de una pequeña explosión precedido por un cortocircuito en la caja de fusibles hizo que se apagaran de nuevo. Las luces rojas de emergencia se activaron creando una atmósfera lúgubre y terrorífica. Al fondo de la morgue, Gary distinguió una puerta doble: deberían cruzar la sala en busca del laboratorio, donde el soldado creía que encontraría a Erika.

—¿Tenemos que cruzar por aquí? —preguntó Roger con desgana, sugestionado ante la magnitud de la locura humana que contemplaban sus ojos.

—Pensé que te habían suprimido el miedo... —comentó el soldado con tono irónico.

—Más que miedo siento repulsión hacia quienes hayan perpetrado semejante barbarie —contestó Roger sin apartar la vista de las camillas más cercanas. Pero lo cierto es que en realidad sentía miedo, el mismo que sentiría cualquier ser humano en una situación similar, incluso podía notar cómo se erizaba el vello de su cuerpo. Alissa había logrado que conservara su humanidad, pero Roger era consciente de que el *Virus EB03* no actuaba de la misma forma en su cuerpo que en otros.

Roger y Gary se llevaron las manos a la boca, taponándose los orificios para

evitar respirar el aire contaminado por los gases y el hedor de la descomposición. A continuación, avanzaron entre las camillas, sugestionados ante tanta muerte y dolor, y que hacían de aquel un lugar impregnado de sufrimiento. Malsano.

Caminaron con precaución, atentos a cualquier posible movimiento debajo de las sábanas, y que no se produjo. En la morgue sólo había muerte.

Cruzaron el umbral de la puerta doble y dejaron atrás la funesta sala. Accedieron a otra estancia, esta de paredes ennegrecidas y que apestaba a carne quemada. El aire allí estaba tan viciado que cada vez que inspiraban sus pulmones amenazaban con revolverse para salir huyendo de la caja torácica. Hallaron varias camillas más, vacías, aunque cubiertas de sangre seca. En una de las paredes se ubicaba el incinerador, una máquina ciclópea compuesta por una caldera y columnas de hierro que atravesaban las entrañas de la Prisión. El incinerador, todavía candente, consumía con el calor residual que desprendía a varios cuerpos que se calcinaban con sosiego, amontonados en las tripas del crematorio como si alguien hubiera descuidado el asado. No se detuvieron más tiempo allí. No necesitaban detenerse más tiempo. No era sano.

Dejaron atrás la sala de incineración para adentrarse en el laboratorio. Accedieron a una sala de descontaminación, con presión de aire negativa y provista de varios trajes de seguridad biológica de nivel 5 colgados en sus respectivas perchas, pero de nada servía el protocolo con las puertas de acceso abiertas de par en par.

Avanzaron y dejaron atrás la sala de descontaminación hasta toparse con una doble puerta de acero, protegida con escáner biométrico. Gary colocó la mano del doctor Harrison en el lector y accedieron al epicentro del mal, el lugar donde se engendró el destructivo virus que había asolado las instalaciones hasta convertirlas en un infierno de sangre y muerte.

Dos infectados los recibieron caminando con torpeza hacia ellos, y el soldado los abatió con relativa facilidad. La iluminación del laboratorio no funcionaba,

pero las luces rojas de emergencia estaban activadas. El hedor allí era insoportable, y una mezcla de formol y gases que desprendían los cuerpos en descomposición flotaba en el ambiente y enrarecían el aire dificultando la respiración.

Pasaron junto a las jaulas que mencionaba el doctor Bracco en sus notas: el interior de ambas jaulas se encontraba cubierto de sangre, vísceras y restos humanos. A Gary le llamó la atención que sus puertas estuvieran abiertas. Algún chalado dejó escapar a los infectados, quizás el mismo que originó el brote de la infección en un último ataque de locura.

En el centro del laboratorio se acumulaba el material quirúrgico, sucio y sanguinolento. Camillas vacías, otras con cuerpos abiertos en canal, ordenadores destrozados, documentado desparramado por las mesas y el suelo. Pero le llamó la atención una montonera de cadáveres vestidos con bata blanca, todos con signos evidentes de haber sido atacados y desmembrados por una criatura.

—Tienen el mismo aspecto que los que encontramos junto a la puerta de acceso al túnel —dijo Gary.

—Y como los del baño... hay algo suelto en estas instalaciones. —entonces el mismo alarido que temían retumbó en las paredes del laboratorio.

—Joder... —masculló el soldado—, espero que no tengamos que enfrentarnos a eso, porque sus gritos me provocan escalofríos.

Al lado de las jaulas descubrieron varias puertas de acero, cada una pertenecía a una celda diferente, y por alguna extraña razón a Roger le resultaban conocida: había estado allí con anterioridad. Roger caminó hasta las celdas y abrió una de las puertas, después cruzó el umbral y accedió. Recordaba esas paredes húmedas, el olor a orina y vómitos, y los grilletes ensangrentados que observó acariciándose las muñecas. «¿Qué broma macabra es esta?», se preguntó Roger. «¿Por qué tengo la sensación de haber estado aquí?». El recuerdo era tan real que casi podía sentir el acero levantando la piel de sus muñecas.

Gary permanecía inmóvil frente a tres cristaleras individuales ubicadas en otra zona laboratorio. Se trataba de las salas de experimentación. Las luces estaban apagadas y resultaba imposible ver nada desde el exterior. La oscuridad se había adueñado de las salas, y Gary sabía que cuando la oscuridad te alcanza, lo mejor que puedes hacer es huir.

—¿Crees que Erika está ahí dentro? —preguntó Roger, situándose junto al soldado.

Gary cerró los ojos y pulsó el interruptor de la luz para iluminar la primera estancia. El generador de emergencia mantenía operativos los sistemas de ventilación, pues el material biológico que contenían allí era de vital importancia para Capital Tech.

Las luces blancas de neón iluminaron la primera habitación e hicieron visible una sala de escáneres neuronales. Roger había pasado muchas horas en aquella sala, demasiadas, tal vez. En el suelo, un cadáver yacía sobre un charco de sangre: en una mano sujetaba un revólver; en la otra, una nota ensangrentada. Era el doctor Bracco y se había volado la tapa de los sesos. La cerradura electrónica indicaba que podían acceder a la sala. Gary accedió a recoger el revólver y se detuvo a leer la nota.

Roger observaba desde el otro lado del cristal, confuso. La sala de escáneres que él recordaba se ubicaba en el Módulo Privado del CMA, al igual que la celda donde lo tuvieron encadenado para limpiar su cuerpo de heroína. «Esto es una locura», pensó estupefacto. Y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Gary sorprendido, al ver el rostro blanquecino de Roger.

—Nada —respondió él—, estoy un poco mareado por el olor a descomposición. Se me pasará.

—Toma, es una nota de suicidio —comentó el soldado—. El doctor Bracco... mejor léela.

«Cuando decidí participar en este proyecto jamás pensé que lo haría de este modo. Siempre he creído en la ciencia, siempre he apoyado la doctrina de que son necesarios los sacrificios para avanzar, que es imperante investigar con el ser humano para mejorar la especie, y que negarnos a este hecho es absurdo, una falacia. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Son preguntas sin respuesta, y el único modo de hallar una se encuentra en el estudio profundo de nuestro cuerpo y nuestra mente a todos los niveles. Sólo así podremos explotar todas y cada una de nuestras habilidades.

Acepté el trabajo con ilusión, luego lo desarrollé por obligación, preso de mi propia codicia por adquirir conocimientos, pero también forzado por una pistola en la sien que me acompañaba a cada minuto, a cada segundo.

Soy consciente del daño que he hecho y en el futuro seré admirado por unos y odiado por otros. Nunca caeré en el olvido. Pero lejos de sentirme satisfecho, me observo en el espejo y no reconozco el rostro que veo. Ese hombre del reflejo no soy yo.

Capital Tech ya tiene lo que buscaba. En cambio, sobre mí cae una carga que soy incapaz de soportar, es demasiado pesada para mí, una carga colmada de sangre y dolor, de muerte y sufrimiento. ¿Qué he hecho?

He creado al portador de la aniquilación, al estandarte del exterminio. Y sin embargo, no pido perdón por mi creación, no merezco indulgencia alguna. No quiero vivir para ver la devastación de nuestra civilización: no estoy preparado para semejante atrocidad. Nadie en su sano juicio lo está.

Me he inyectado una dosis letal del Virus EB03, diez veces mayor que la inoculada al paciente 2511.

Que toda la sangre derramaba se vierta sobre mi tumba, porque mi cobardía me impide permanecer aquí para verla con mis propios ojos.

Doctor Bracco».

Roger guardó la nota en el bolsillo de su pantalón, junto con las otras que recogió durante el transcurso de la dura noche y que casi sin quererlo formaban la cronología siniestra de su propio desarrollo como arma biológica. Las últimas

palabras del doctor Bracco le hicieron reflexionar y, a cada minuto, la sensación de que él mismo se había convertido en una aberración iba en aumento. «Algo así no debe existir», se decía. Y sin embargo, acabar con su vida carecía de sentido ya que no afectaba al destino que la multinacional le había preparado. Curiosa paradoja. Con la traición de Brian, Capital Tech dispondría de las muestras necesarias para construir su ejército de soldados bioquímicos a partir de la sangre y el ADN de Roger, y en su mano no había nada para evitarlo.

El Génesis no era más que la confirmación.

—Da que pensar —dijo Gary, dando un pequeño golpe en el brazo de Roger.

—Ya lo creo —murmuró Roger. Y después ambos guardaron silencio durante unos segundos—. Si pudiera poner fin a todo esto...

—No serviría de nada —afirmó el soldado con contundencia—. Quítate esa idea de la cabeza, es absurdo que lo pienses.

—Lo sé. Necesito ver los ojos del doctor Bracco por última vez.

Roger accedió a la primera sala de experimentación y su rostro dibujó una mueca de perplejidad cuando miró a los ojos del doctor.

—¿Qué ocurre? —preguntó el soldado.

—No es Bracco.

—¿Cómo?

—Ese no es el cadáver del doctor Bracco.

El alarido volvió a escucharse en las instalaciones, pero en esta ocasión con tanta intensidad que reverberó en las cristaleras de las salas de experimentación anunciando una proximidad intimidante.

—No me jodas —dijo el soldado—. Ese grito me pone el vello de punta.

—Se acerca.

—¿Crees que es...?

—¿El doctor Bracco? —interrumpió Roger—. ¿Quién si no?

—Deprisa, quiero encontrar a Erika antes de que nos dé caza.

Gary se situó frente a la cristalera central y emitió un suspiro prolongado. Su corazón palpitaba con una exaltación inusual, como si presintiera que esta vez sí estaba en el lugar correcto. Tuvo un presagio, y una fuerza en su interior clamaba consciente de que había llegado el momento de acariciar de nuevo a su esposa. Y Erika le aterraba más que cualquier monstruo.

—No puedo pulsar el interruptor —dijo, antes de venirse abajo—. No puedo.

Roger asintió y sin mediar palabra lo pulsó él.

—Gracias...

Las luces blancas alumbraron el interior de la sala central de experimentación, pero lo que encontraron allí escapaba a su comprensión: una especie de potro ginecológico anclado en el centro de la habitación por cuyos laterales goteaban fluidos que se acumulaban en el suelo y formaban un charco de líquido corrompido, putrefacto. Y sobre el potro, una aberración. Los restos de lo que algún día fue un ser humano, ahora convertido era un engendro huesudo y cubierto de piel que había sido arrancado de las profundidades más oscuras del infierno. El cuerpo, desgarrado, estaba sujeto a la camilla por varias cadenas de hierro oxidado incrustadas en la carne, y correas de cuero tensadas que le impedían moverse. El monstruo estaba abierto en canal desde la parte baja del abdomen hasta la garganta, con todos sus órganos visibles. El instrumental quirúrgico mantenía el corte abierto. El estómago era una masa gelatinosa y densa que asimilaba un suero suministrado a través de un tubo que cumplía las funciones de cordón umbilical. Los pulmones se contraían y se expandían al compás que marcaba una máscara de oxígeno que, incrustada en el rostro, obligaba a la criatura a respirar. El corazón detenido, muerto, robado; en su lugar, una prótesis que hacía circular la sangre que bombeaba una máquina de diálisis y que le suministraba el plasma a través de unas vías introducidas en las

ingles y en el cuello. Sin expresión en el rostro, chamuscado, apergaminado y con parte de la piel desprendida que dejaba al aire los músculos faciales. Apenas unos mechones de cabello rubio colgaban de su cabeza pastosa.

Un cristal los separaba. Años de búsqueda desesperada, y un cristal. Los ojos de la criatura se abrieron como dos persianas al amanecer cuando Gary se situó frente a ella, y una lágrima del color rojo de la sangre descendió por lo que una vez fue una mejilla sonrosada y de piel suave, ahora convertida en un trozo de carne que rezuma.

—Erika... —balbuceó el soldado.

La mantenían con vida para seguir experimentando con el *Virus Erika*, cuya única muestra se encontraba en su propia sangre, la misma que el doctor Bracco había utilizado para crear la nueva cepa del virus y que recorría el cuerpo de Roger dotándolo de una fuerza antinatural, sobrehumana.

Gary se hundió. El soldado había llegado hasta allí consciente de que podía encontrar a su esposa en cualquier estado imaginable, pero aquella aberración desafiaba la lógica y era demasiado para él, e incapaz de soportar el sufrimiento, se derrumbó. El militar de élite, el mismo tipo duro que había sido capaz de guiarlos en su travesía por el mismísimo infierno, se arrodilló frente al cristal que lo separaba de su esposa y rompió a llorar como un niño.

Roger permaneció inmóvil, afligido; no supo cómo reaccionar ni qué decir, hasta que rompió el incómodo silencio.

—Lo... lo siento —dijo Roger con voz entrecortada. Gary lo miró y se secó las lágrimas. Después se incorporó y apoyó su cabeza en el cristal.

—No lo sientas. Esa cosa que ves ahí no es mi esposa, ella murió hace años —dijo el soldado con tono apesadumbrado—. Eso que ves ahí es el mal en su estado más puro y llevo años buscándolo para acabar con él. Necesito reparar mi error, y el de ella. Nuestro error.

—No te culpes, Gary.

—Yo la empujé a que aceptara el trabajo. Ella era la mejor científica en su campo, pero sus ingresos en la universidad eran ridículos para un profesional con sus conocimientos. Capital Tech le ofreció una cantidad desorbitante de dinero, pero ella dudaba de la moralidad de la empresa y se negó en rotundo. Erika adoraba la ciencia, era una soñadora, una idealista que fantaseaba con mejorar el mundo... y mira en qué se ha convertido.

—Si algo he aprendido esta noche, es que Capital Tech siempre obtiene lo que quiere. Entra ahí dentro y acaba con su sufrimiento. Luego olvida todo esto y recuerda sólo las cosas bonitas que viviste junto ella, esos recuerdos son vuestros y nadie os los podrá arrebatarse jamás.

Gary escuchó con atención las palabras de Roger. A continuación, secó sus lágrimas y pulsó la tecla de apertura de la cerradura electrónica. Accedió a la sala de experimentación con dificultad, dolorido por los golpes y las costillas rotas, y se situó frente a Erika. El ruido de las máquinas que la mantenían con vida se incrustó en el cerebro del soldado y le amenazó con hacerlo estallar. Ella se agitó, intentó zafarse de las correas como si pretendiera liberarse para abrazar a su marido, pero el cuero hurgó en las heridas y su cuerpo convulsionó mientras Erika apretaba los puños con fuerza.

Sus miradas se cruzaron. Y los ojos inyectados en sangre de su esposa le perseguirían el resto de su vida.

—Te quiero, cielo.

Gary alzó el fusil y abrió fuego contra su esposa. Vacío el cargador contra ella y las máquinas que la condenaban a la vida. Las balas perforaron el cuerpo de la criatura desmembrándolo y liberándolo de las cadenas, y de la condena.

Después, el silencio.

31

Con la muerte de Erika, Gary había puesto punto final a su particular misión en aquellas malditas islas y al capítulo más importante de su vida. El soldado se quitó la chaqueta del SECOM, salpicada con la sangre de su esposa, y la lanzó con rabia al suelo. Ya no tenía sentido fingir.

A Roger todavía le quedaban cuentas pendientes, decisiones que debía tomar antes de escapar de la isla. El *Virus EB03* le había dotado de fuerza, rapidez e inteligencia táctica, y su cerebro funcionaba a una velocidad superior a la normal. Alissa había logrado que conservara la humanidad pero, «¿es motivo suficiente para seguir con vida?», se preguntaba. Parte de su identidad se diluyó durante la noche y casi no recordaba la causa que lo había llevado a las islas. Algunos recuerdos seguían candentes en su memoria, como la traición de su padre, otros estaban borrosos, difusos, casi tan lejanos en el tiempo que parecían no tener relación con él. «¿Seré capaz de llevar una vida normal si escapo de aquí?». Conocía la respuesta.

—Salgamos de aquí —dijo el soldado.

Roger asintió y ambos caminaron hasta la puerta de salida, pero de repente se detuvo: algo le impedía salir del laboratorio.

—No hemos comprobado la tercera sala de experimentación —dijo.

El alarido.

—Larguémonos antes de que esa cosa nos encuentre.

Pero Roger hizo caso omiso a las advertencias del soldado. El subconsciente le obligó a volver para comprobar qué había en la tercera habitación. Esperaba encontrar respuestas.

Las luces de neón iluminaron el interior de la sala. Roger recordó la cama anclada a la pared, el mobiliario metálico, el libro sobre la mesa, incluso las luces blancas de neón que tanto le molestaban. Recordaba aquella habitación: era su

dormitorio en el Módulo Privado del CMA visto a través de una ventana. Sobre la cama, pudo intuir la presencia de un cuerpo cubierto con una sábana. Respiraba y los monitores indicaban constantes vitales, pero no alcanzaba a vislumbrar su rostro. Pulsó el interruptor de apertura pero la cerradura de la sala de experimentación no se abrió.

Un cristal separaba la ficción de una realidad que debía seguir dormida.

—¿Quién es?

—Qué más da. Pronto amanecerá y Capital Tech volatilizará estas instalaciones —afirmó el soldado, posando su mano sobre el hombro del que ya consideraba su compañero—. Tenemos que subir a la azotea o moriremos en esta prisión.

Roger asintió y cruzaron al crematorio. Accedieron a la morgue donde les aguardaba el último enfrentamiento: una criatura enorme de unos dos metros de altura y más de doscientos kilos de peso se alimentaba de los cadáveres abandonados en las camillas para reactivar las funciones de su organismo modificado. La morfología del monstruo guardaba similitudes con la del ser humano, pero en lugar de manos tenía garras largas y afiladas como las de un dragón escamado, y el cuerpo era una masa amorfa de tejido y venas sobreexpuestas y latentes. Arrancaba extremidades a mordiscos y engullía la carne putrefacta como si fuera un manjar. La criatura volvió la vista hacia ellos y lanzó un alarido espeluznante que provocó que varias luces de emergencia se apagaran.

El alarido.

El rostro del monstruo estaba desfigurado, hinchado. Unas venas del grosor de la rueda de una bicicleta palpitaban rabiosas, repletas de ira. Su mandíbula era una trituradora abierta que destrozaba el tejido como si fuera papel. Los restos de una bata blanca incrustada a jirones en la propia carne inflamada hacían sospechar que se trataba del doctor Bracco.

El soldado apuntó al monstruo con el revólver y vació las seis balas del treinta y ocho del tambor, pero la criatura absorbió los impactos como si fueran piedras lanzadas por un niño de tres años.

—Esta jodida noche no acabará nunca. ¿Tienes algún plan? —preguntó Gary —. Ahora es el momento de que demuestres de qué pasta estás hecho.

Con el descenso radical de estamina en su cuerpo tras su reencuentro con Erika, Gary se sentía hecho polvo e incapaz de ayudar a Roger. El daño que le causaban las costillas rotas le impedía respirar con normalidad y su umbral de dolor había descendido varios niveles. El soldado estaba roto.

—Lo distraeré mientras tú huyes —sentenció Roger.

—Y una mierda. No pienso dejarte aquí.

La criatura tumbó varias camillas de un manotazo. Su fuerza era descomunal.

—¡Corre! —gritó Roger situándose frente al monstruo. Y el soldado cruzó la morgue con dificultad, dolorido.

—¡Te esperaré! ¡Destrózalo!

—Ya...

La criatura se abalanzó sobre Roger y le lanzó un golpe a diestra que no pudo esquivar. Roger salió disparado como si de repente la gravedad no fuera más que el delirio de un científico loco, y su cuerpo se estampó contra una de las paredes de la morgue. En condiciones normales, la totalidad de sus huesos se habrían astillado o reducido a polvo, pero se incorporó como si nada y comprobó los daños: cero.

Entonces el engendro cogió un cadáver de una de las camillas cercanas, lo alzó varios centímetros sobre su cabeza, y lo arrojó contra Roger. Y luego otro, y otro. Roger sorteaba los cuerpos mientras aguardaba a que Bracco mostrara síntomas de cansancio, pero la criatura en la que se había convertido el doctor era obstinada, incansable.

El cerebro de Roger procesaba todas y cada una de las opciones, analizaba las

ventajas que podía extraer del entorno, pero no hallaba una manera viable de derrotar a ese prodigio biológico con sus manos y un machete.

La criatura tomó impulso con su tren inferior, del tamaño de dos ruedas de tractor, y se plantó frente a Roger para propinarle un golpe frontal del que se zafó y salió ileso, pero que terminó abriendo un boquete en el tabique que separaba la morgue del crematorio. Bracco lanzó un zarpazo y, a continuación, un combo de golpes continuados que destrozó gran parte de la morgue: camillas volcadas y cadáveres esparcidos y desmembrados por la furia de la bestia.

«Huye».

La orden de su cerebro era de una lógica aplastante.

«¡Huye!».

—No —masculló Roger, desobedeciendo, revelándose contra su propia mente y desafiando al *Virus EB03*—. Es hora de atacar.

Controlando el poder del Génesis, Roger saltó sobre la criatura y le propinó un puñetazo en el pecho canalizando toda su fuerza en el brazo. El monstruo retrocedió tres pasos sorprendido en un primer momento por el ataque de su rival, pero reaccionó precipitándose sobre él y tratando de agarrarle con ambas garras. Roger se zafó en una perfecta maniobra de evasión y le asestó una patada terrible en la pierna derecha que hizo añicos la articulación de la criatura. Luego empuñó el machete y se lo clavó con rabia en el muslo: el monstruo emitió un alarido atronador y gutural que se acentuó cuando la hoja descendió y desgarró la carne. La pierna de la criatura se abrió, despedazada y, como si fuera una vaca a la que acaban de sacrificar, su sangre brotó encolerizada.

El monstruo hincó la rodilla en el suelo, y Roger se sintió vencedor por un momento. Sólo quedaba rematarlo de un cuchillazo en la cabeza.

Y cuando se dispuso a dar el golpe de gracia a la bestia, descubrió horrorizado como el tejido dañado de la pierna se recomponía a una velocidad asombrosa. Cada nervio, cada vena, cada músculo y cada célula se regeneraron y

se unieron de nuevo en un acto precioso de genética molecular.

—Venga ya. No me jodas... —gruñó Roger entre dientes.

La criatura se incorporó y le asestó un golpe a Roger, que salió disparado arrastrando varias camillas a su paso. Dando dos saltos que dejaron su huella marcada en el suelo, el monstruo se plantó de nuevo frente a él y, como si de un camión quitanieves se tratase, se llevó por delante a Roger hasta estamparlo contra la pared. El tabique cedió ante la embestida y ambos cayeron en la sala del crematorio llevándose tras de sí un montón de escombros.

Roger intentó zafarse de la bestia pero la maniobra resultó en vano. Bracco le agarró por la cabeza, le clavó las garras en el rostro y lo alzó en alto: Roger estaba a merced del monstruo.

Sus miradas se cruzaron. En el fondo de aquella criatura, muy en el fondo, una mente privilegiada se arrepentía de sus actos. Y de nuevo un alarido estremecedor. Roger pensó que le aplastaría la cabeza, que estrujaría su cráneo hasta destrozarlo como si fuera una lata de cerveza. Pero de repente las garras del monstruo se debilitaron, se abrieron y dejaron caer a su presa al suelo. La criatura se revolvió y Roger aprovechó para romperle la rodilla de nuevo con otra patada.

—¡Corre! —gritaba Gary.

Y Roger arrancó a correr hacia la salida de las instalaciones subterráneas.

Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno...

32

El estruendo de la explosión hizo temblar las paredes y el techo, y una lengua de fuego estuvo a punto de alcanzar a los dos compañeros de fatigas. Cruzaron la morgue y el crematorio escupió una nube de humo y polvo.

—¡Hacia el muelle! —indicó Roger, y se cargó al soldado al hombro y tiró de él.

El fuego entró en contacto con el gas de la incineradora y provocó una segunda explosión. La onda expansiva les alcanzó y salieron disparados varios metros hasta darse de bruces contra el suelo. El olor a carne quemada envolvió el túnel, y Roger pulsó el interruptor que abría el portón del muelle para que el humo encontrara una escapatoria. Tosieron, escupieron, y cubrieron sus rostros para evitar tragar la mierda que contenía la humareda, con un alto nivel de toxicidad.

—Deprisa —dijo el soldado cuando el humo empezó a disiparse—, no tenemos tiempo que perder.

—¿Qué ha sido eso?

—Vi que casi derrotas a esa cosa y después cómo se regeneraba, así que le hice un corte y le introduje la granada de Vólkov y mi última carga de Semtex.

—Ha sido alucinante.

—Sí —sonrió el soldado—. Es la segunda vez que te salvo la vida. Me debes dos.

Ascendieron a la primera planta de la Prisión y dejaron atrás el cadáver del teniente Vólkov. Cruzaron a la antesala del túnel que unía las instalaciones con el CMA y subieron por las escaleras de hierro hasta la azotea, donde el aire fresco los recibió con una caricia suave en sus rostros. El cielo había abandonado la oscuridad más absoluta para adquirir una tonalidad azulada. Pronto amanecería.

—¡El helicóptero del SECOM! —exclamó sonriente el soldado al ver que el

aparato seguía posado sobre la grava del tejado.

Al abrir la puerta del helicóptero, el cuerpo de Brian se desplomó sobre ellos. El hacker tenía un agujero de bala en la cabeza y sus sesos estaban esparcidos por el asiento del piloto.

—Son las muestras que debía entregar a Capital Tech —dijo Roger, señalando unos virales aplastados y ensangrentados que encontró en el suelo de la cabina—. Las ha destruido.

Gary arrancó una nota de entre los dedos lívidos del hacker. Era como si nadie quisiera salir vivo de allí. La carga de conciencia pesaba demasiado, y la responsabilidad de ser artífice de un ataque mortífero contra la humanidad era un látigo de clavos fustigándote la espalda durante una eternidad.

«Si encontráis esta nota es porque habéis logrado escapar con vida. Me alegro por vosotros. Supongo que pensaréis que os traicioné por dinero, pero no es así. Lo cierto es que entré en el CMA obligado por Capital Tech, y si me hubiera negado, la justicia corrupta de esta nación vendida me habría condenado a pasar el resto de mi vida en la cárcel por vulnerar los sistemas de Defensa y Seguridad Nacional y desvelar información comprometida. En la tierra de la libertad, un presidente puede ordenar un genocidio con total impunidad, mientras a otros nos condenan y nos privan de la libertad por desvelar información y trasladar la verdad oculta a los ciudadanos.»

Abrir puertas de seguridad hasta conseguir muestras del Génesis y entregárselas a Capital Tech era el precio que debía pagar por mi libertad. Un precio demasiado alto. La libertad es el bien máspreciado que poseo, pero no puedo condenar a la humanidad. No sería justo provocar dolor y muerte a cientos de millones de inocentes por mi libertad.

El Génesis no es un arma biológica, es un antídoto. Capital Tech había planeado propagar el Virus Erika por todo el mundo y comercializar el antídoto por una cantidad cercana a los 50.000 dólares por unidad. El Virus Erika tiene una durabilidad de entre 24 y 96 horas en el cuerpo humano, depende del infectado y si logra alimentarse. El virus obliga a su huésped a propagarlo de forma sistemática, mientras que degenera progresivamente su

organismo hasta matarlo. El objetivo de Capital Tech era propagar la cepa para exterminar a las clases bajas y sustituir la mano de obra por drones y humanoïdes. Evolución selectiva, lo llaman. El mundo se convertirá en la pesadilla más temible y oscura de un demente, mientras los cabrones de las élites comen palomitas y disfrutan del espectáculo. El Génesis, por tanto, no debe existir.

Todavía puedo elegir y elijo morir con dignidad, no sin antes dejar mi firma en todo este asunto. Cuando amanezca, estas islas serán borradas del mapa, pero mañana todos los blogs conspiratorios hablarán de los planes de Capital Tech para someter al mundo, y espero que mis documentos lleguen a la prensa nacional e internacional. Mostrarán imágenes, documentos oficiales, y se harán públicos los nombres de todos los implicados. Seguramente serán desmentidos, nos tratarán de locos, rodarán algunas cabezas en las altas esferas y los politicuchos de turno presentarán dimisiones, pero en pocas semanas Capital Tech hará algún donativo u obra de caridad y nadie nos prestará atención. Todo volverá la normalidad. Esos hijos de puta urdirán nuevos planes para dominarnos, pero al menos durante unos días sentirán el miedo, y aunque solo sea por un breve periodo de tiempo, el mundo será un lugar mejor.

Larga vida a los “Cinco de Suberville”. Somos Anonymous. Somos Legión».

—Amigo... —suspiró, acuclillándose frente al cadáver de Brian.

Roger entregó la nota a Gary. A continuación, caminó hasta situarse al borde de la azotea. El aire acariciaba su rostro con suavidad, y desde allí contempló con tristeza los rascacielos de Capital City. Torres construidas por el hombre en su afán de alcanzar el cielo, convertidas en templos a la codicia.

—No tiene por qué ser así —dijo Gary, situándose junto a Roger—. Tú eres diferente, puedes con esto. Huiremos y lucharemos contra ellos.

—No existe lugar en el mundo donde ocultarme, y tú más que nadie sabes que Capital Tech terminará encontrándome. Y cuando den conmigo, todas las muertes de esta noche habrán sido en vano. No. Debo acabar con semejante locura. Aquí, y ahora.

El soldado asintió, consciente de que Roger tenía razón, con la certeza de que Capital Tech no se detendría jamás y que, mientras ellos hablaban, sus investigadores experimentaban con seres humanos en algún laboratorio perdido en los confines del planeta para dar con el Génesis.

Gary y Roger se fundieron en un abrazo sentido, sincero.

—Mi nombre es John. John Black. Gary es la identidad falsa que utilicé para infiltrarme en el SECOM.

—Roger Mears.

—No te conozco, Roger. No sé quién eres y no me importan los actos que cometiste para verte involucrado en toda esta mierda. El mundo nunca conocerá nuestra historia, pero yo te recordaré siempre como un ser humano íntegro, como un amigo, y como un héroe —dijo el soldado con la voz quebrada—. Durante el transcurso de la noche, hemos visto el horror que aflora del propio ser humano, las atrocidades que es capaz de cometer y de crear, la violencia salvaje... pero aun así soy un firme creyente del hombre, y lo soy porque me he demostrado a mí mismo que podemos cambiar y reconducir la civilización hacia la prosperidad.

—Lárgate ya, filósofo. Pronto amanecerá.

John asintió y, apesadumbrado, dejó atrás a Roger. El soldado subió a la cabina del helicóptero y programó el piloto automático con unas coordenadas que le llevarían a perderse en el horizonte. Los motores del helicóptero hicieron girar las hélices, y estas provocaron una ventisca repentina que levantó la arena de la grava.

Despegó.

Desde las alturas, John hizo el saludo militar con respeto y Roger le respondió de la misma forma. Sus caminos jamás volverían cruzarse. El soldado estaba dispuesto a seguir luchando contra Capital Tech, consciente de que algunos hombres vienen al mundo para luchar por sus ideales hasta el final,

aunque cada vez son menos los que optan por el camino de la lucha.

En nuestra sociedad, a los héroes se les reconoce después de combatir en batallas innecesarias. Reciben medallas al valor por asesinar a civiles y son capitaneados por líderes corruptos y jefes de estado vendidos a los poderes económicos que desconocen el significado de las palabras moralidad y ética. Monstruos sin escrúpulos que visten de traje y corbata y que obligan a los jóvenes a invadir países, a combatir por intereses materialistas, por trozos de tierra que no les pertenecen, por petróleo y materias primas, por riquezas. Destruidores, asesinos de inocentes, genocidas consentidos, bastardos aburguesados, usurpadores a gran escala que nos gobiernan desde despachos cimentados en la mentira y el engaño, con las manos sucias y manchadas con la sangre de sus hermanos. Gobiernos al servicio de oligarquías económicas que meten las manos en los bolsillos de los ciudadanos y les roban el pan de sus hijos. Grandes corporaciones que vuelan en círculos como buitres carroñeros que cagan y mean sobre los cadáveres que han dejado por el camino.

Gary, o John, y Brian y todas las personas anónimas que se rebelan contra los gobiernos imperialistas y se esfuerzan cada día para que el mundo deje de girar al ritmo que marca el valor de una moneda o el precio de las materias primas, son admirables. Ellos son los verdaderos héroes de nuestra civilización.

Roger pudo sentir en su rostro el calor producido por los primeros rayos de sol, era una sensación agradable. Una gaviota se posó sobre la azotea. El ave miró a Roger, emitió un graznido y desplegó sus alas alzando el vuelo. Roger levantó la vista y contempló el cielo azul, y se deleitó con los destellos de luz que bailaban sobre el mar en perfecta sintonía. Sonrió. Esa mañana, la vida se presentaba más bonita que nunca y, por primera vez años, disfrutó con el amanecer.

—Somos afortunados. Vivimos en un mundo precioso, ¿verdad? —comentó Louis, situándose junto a su amigo. Y Roger asintió—. Es una pena que nadie

nos enseñe a disfrutar del planeta. Nuestra codicia nos convierte en seres dañinos.

Roger volvió la mirada hacia su amigo y, por primera vez en mucho tiempo, pudo ver su rostro. Louis sonrió, comprensivo, feliz y triste a la vez.

—Ven conmigo, hermano. No tengas miedo. Más allá del miedo no hay nada, pero donde vamos estarás bien.

Roger asomó la cabeza y observó el precipicio. Pequeñas piedrecitas de grava se desprendieron al vacío. Las olas rompían con violencia contra las rocas escabrosas, erosionadas y moldeadas por el mar a golpe de cincel, en una creación artística, incesante, bella, más antigua que el hombre en la Tierra.

Roger cerró los ojos y saltó con los brazos abiertos.

Una sensación placentera envolvió su cuerpo. Un abrazo tierno y suave que le hizo comprender el verdadero significado de la palabra libertad.

GAME OVER

AGRADECIMIENTOS

En ocasiones escribir los agradecimientos de una novela se puede convertir en una tarea complicada para el autor, y no sólo porque los autores seamos unos bichos desagradecidos y sin alma, que también, sino porque muchas veces escribimos los agradecimientos mientras pensamos más en no olvidar que en recordar. Mi intención es que todas las personas que me han ayudado y que de alguna forma son parte fundamental de la novela, aparezcan en este apartado. Pero si por alguna razón, mi mente vuelve de jugar a las canicas y se olvida de alguien, pido disculpas de antemano.

Empiezo el discurso con tres menciones fundamentales en el proceso de creación, por su influencia, trascendencia, y las horas de diversión y horror que gracias a ellos forman parte de mi vida: Shinji Mikami, creador de Resident Evil; al Team Silent, padres del Survival horror psicológico; y a Hideo Kojima, creador de la saga Metal Gear. Estoy convencido de que encontraréis buena parte del arte de todos ellos en esta novela.

A Ana Martínez, mi compañera en la vida, por ser la primera persona en leer mis locuras y ofrecerme una visión diferente y alejada del género, quizá más cercana a la realidad. Gracias por dejarme soñar a tu lado.

A Pablo Fidel, compañero de letras y amigo, amante de las pistolitas, “jugón” de los de verdad, de los que disfrutan con un mando entre las manos. A ti te regalo un Shelby como agradecimiento por ayudarme con el primer borrador. Algún día acabaremos con los fantasmas.

A Álvaro Abreu, corrector, al que soy consciente de que he dado mucho trabajo, más del que me gustaría, y al que considero una parte fundamental de este proyecto.

A Iker Lázaro, gran lector y amigo, gracias por haberme ayudado a corregir las erratas de la primera edición.

A Juapi, porque sólo él es capaz de coger un lápiz y dibujar los desvaríos que rezuman en mi mente. Gracias por la espectacular portada de la primera edición, amigo.

A Kramer, amigo en la distancia, artista polifacético como pocos y que me acompaña en esta locura desde mis inicios. Te debo mucho, amigo. Gracias por crear la portada de la segunda edición.

Para agradecerle a Juan de Dios Garduño lo que ha hecho por mí, necesitaría un apartado completo sólo para él. Mil gracias, amigo, por tu tiempo y dedicación desinteresada. Decir que el mundillo literario está lleno de gilipollas es una obviedad, pero entre toda la morralla también hay personas a las que es inevitable querer, y tú sin duda eres una de ellas.

A mis padres, porque sólo cuando eres padre comprendes el porqué de muchas cosas. Gracias por todo, pero sobre todo por estar siempre ahí.

A Adriana, mi hija, por ser mi motivación y mi todo. Sin ti el mundo sería un lugar oscuro.

A todos los amigos que me apoyáis en el día a día. Mencionar sería injusto porque seguro que me olvidaría de alguien. Mil gracias a todos.

Y por último y más importante, a ti, querido lector, porque nada de esto tendría sentido sin tu apoyo. Gracias por acompañarme en esta aventura. Sólo espero haber cumplido con tus expectativas y, de no ser así, te pido disculpas y te prometo que me seguiré esforzando al máximo para adueñarme de tus pesadillas. ¿Nos vemos en la siguiente locura?

Contenido

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

PARTE I: DOLOR

1

2

3

4

5

6

7

PARTE II: MIEDO

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

PARTE III: TERROR

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

AGRADECIMIENTOS

Sobre el autor

David Pardo (Alzira, Valencia, mayo de 1980) Desde niño mostró inclinación por el género de terror, predilección que se mantuvo durante su adolescencia y ha perdurado hasta la actualidad. En febrero de 2012 publica Pueblo de Sombras (La Chica del Lago) y logra alcanzar el número 1 de Fantasía, Terror y Ciencia Ficción en Amazon España, siendo una de las novelas del género más descargadas en formato digital durante ese año. En noviembre de 2012, el autor presenta su segundo trabajo independiente: una novela breve de subgénero zombi titulada «DEGENERACIÓN», con la que logra de nuevo llegar al número 1 de terror en Amazon España y México, y es considerada por Amazon España como Bestseller 2013. En julio de 2013 se presenta la antología "No eres bienvenido", publicada por La Pastilla Roja Ediciones, antología en la que participa con el relato "Siempre vuelven para el juicio".

Durante el transcurso del año 2014, «DEGENERACIÓN» es traducida y publicada en tres idiomas (inglés, italiano y portugués).

INFECTUM es su tercer trabajo en solitario, y en la actualidad está trabajando con varios equipos de traductores para editar la novela en inglés e italiano.

Es miembro de NOCTE (Asociación española de escritores de terror).

David Pardo actualmente reside en Navarrés, un pequeño pueblo de la provincia de Valencia, con su esposa y su pequeña hija.